

brian
aldiss

Invernáculo

Lectulandia

Invernáculo es uno de los grandes clásicos de la literatura fantástica contemporánea. Vertebrada en torno al tema del «mundo cerrado», en el que los protagonistas nada saben ni de su propia historia ni de la del hombre, esta novela nos sitúa en un futuro posible en que la Tierra y la Luna han parado su rotación y ofrecen siempre la misma superficie al sol, que está a punto de convertirse en nova. Por ello, en la mitad del planeta reina una noche eterna, mientras que en la zona soleada se ha desarrollado un kilométrico manto vegetal. En este entorno, dos jóvenes supervivientes de la especie humana emprenderán un viaje iniciático que los conducirá hasta el lado oscuro del planeta donde, paradójicamente, vivirán la iluminación de las incógnitas respecto a su futuro y su pasado.

Lectulandia

Brian W. Aldiss

Invernáculo

ePUB v1.1

Chotonegro 29.05.12

más libros en lectulandia.com

Título original: *Hot house*
Brian W. Aldiss, 1962.
Traducción: Matilde Horne.
Diseño/retoque portada: Julio Vivas / Max Ernst.

Editor original: Chotonegro v1.1
Corrección de erratas: Lihuen
ePub base v2.0.

Primera Parte

1

Obedeciendo a una ley inalienable, las cosas crecían, proliferaban, tumultuosas y extrañas.

El calor, la luz y la humedad eran constantes y lo habían sido desde... Pero ya nadie sabía desde cuándo. A nadie le interesaban las preguntas que comienzan «¿Desde cuándo...?». o «¿Por qué...?». El mundo ya no era un lugar para el pensamiento. Era un lugar para la vegetación, para lo vegetal. Era un invernáculo.

A la luz verdosa, algunos de los niños habían salido a jugar. Preparados para afrontar a cualquier enemigo, corrían por las ramas, llamándose con voces quedas. Por un costado subía, en rápido crecimiento, un bayescobo; una brillante masa escarlata de bayas pegajosas. Estaba concentrado evidentemente en propagar su propia semilla y no era un peligro. Los niños se deslizaron junto a él. Un poco más allá había brotado un musgortiga, mientras ellos dormían. La planta se movió sintiendo la presencia cercana de los niños.

—Matadlo —ordenó Toy simplemente.

Toy era la niña que estaba al frente del grupo. Tenía diez años, había vivido durante diez fructificaciones de la higuera. Los otros obedecieron, incluso Gren. Desenvainaron los palos que todos los niños llevaban, imitando a los adultos, y rasparon al musgortiga. Lo rasparon y lo golpearon. A medida que lo abatían y lo aplastaban las agujas venenosas se iban excitando.

De pronto, Clat cayó hacia adelante. Tenía apenas cinco años; era la más joven del grupo de niños. Las manos se le hundieron en la masa venenosa. Lanzó un grito y rodó a un costado. Los otros niños también gritaron, pero no se atrevieron a acercarse al musgortiga.

Mientras se debatía tratando de escapar, la pequeña Clat gritó de nuevo. Se aferró con los dedos a la corteza áspera, pero perdió el equilibrio y cayó.

Los niños la vieron precipitarse sobre una hoja grande que se extendía más abajo, a varios largos de donde ellos estaban. La chiquilla se prendió a la hoja y allí quedó tendida, temblando en el trémulo verde. Alzó hacia ellos una mirada lastimosa; tenía miedo de llamarlos.

—Busca a Lily-yo —ordenó Toy a Gren.

El niño volvió rápidamente sobre sus pasos a lo largo de la rama en busca de Lily-yo. Una moscatigre salió del aire y se abalanzó sobre él, zumbando, furiosa. Gren la apartó de un manotazo, sin detenerse. Tenía nueve años y era un raro niño hombre, muy valiente ya, ligero y altivo. Corrió ágilmente hasta la cabaña de la mujer jefe.

Bajo la rama, adheridas a la cara inferior, colgaban dieciocho nueces —viviendas. Habían sido vaciadas y pegadas a la corteza con la cola que destilaba la planta

acetoila. Allí vivían los dieciocho miembros del grupo, cada uno en una cabaña: la mujer jefe, las cinco mujeres, el hombre y los once niños sobrevivientes.

Al oír el grito de Gren, Lily-yo salió de la nuezvivienda, trepó por una cuerda y llegó a la rama, junto al niño.

—¡Clat se ha caído! —gritó Gren.

Lily-yo golpeó fuertemente la rama con el palo antes de echar a correr seguida por el chico.

La señal alertó a los otros seis adultos, las mujeres Flor, Daphe, Hy, Ivin y Jury y el hombre Haris. Se apresuraron a salir de las nueces —viviendas con las armas preparadas, listos para el ataque o la huida.

Sin dejar de correr, Lily-yo lanzó un silbido agudo. Inmediatamente, un torpón salió del espeso follaje vecino, y voló hasta el hombro de Lily-yo. El torpón voló en círculos; era una especie de quitasol algodonoso; las varillas regulaban la dirección del vuelo. Seguía los movimientos de la mujer jefe.

Cuando Lily-yo se detuvo para observar a Clat, todavía despatarrada sobre su hoja, allí abajo, los niños y los adultos se congregaron alrededor.

—¡Quieta, Clat! ¡No te muevas! —gritó Lily-yo—. Bajaré a recogerte.

Aunque sentía dolor y miedo, la niña obedeció, mirando esperanzada a Lily-yo. La mujer jefe montó a horcajadas sobre la ganchuda base del torpón, al que silbó suavemente. Era la única del grupo que había dominado el arte de gobernar a los torpones. Estos torpones eran las esporas semisensibles del silbocardo. Los extremos de las varillas plumosas llevaban las simientes, unas semillas de una forma rara, a las que una leve brisa convertía en oídos atentos a cualquier movimiento del aire que favoreciera la propagación. Los humanos, después de largos años de práctica, habían aprendido a aprovechar estos toscos oídos para sus propios fines y decisiones, como Lily-yo en ese momento.

El torpón descendió, llevándola hacia la niña indefensa. Clat, tendida de espaldas, los observaba, secretamente esperanzada. Estaba aún mirando hacia arriba cuando unos dientes verdes asomaron en la hoja y la cercaron.

—¡Salta, Clat! —gritó Lily-yo.

La niña apenas tuvo tiempo de arrodillarse. Los vegetales rapaces no son tan rápidos como los humanos. Los dientes verdes se cerraron y apretaron a la niña por la cintura.

Bajo la hoja, un garratrampa estaba en acecho, sintiendo la presencia de la víctima a través de la capa delgada del follaje. Era una especie de caja cornea, un simple par de mandíbulas engoznadas, con muchos dientes largos. De uno de los ángulos salía un tallo robusto, más grueso que un ser humano, parecido a un cuello. De pronto, se dobló, llevándose a Clat hacia la boca verdadera, que estaba allá abajo como el resto de la planta, en el Suelo invisible de la selva, baboseando en la

obscuridad, la humedad y la podredumbre.

Lily-yo silbó y regresó en el torpón a la rama hogareña. Ya nada podía hacerse por Clat. Así iba el mundo.

El resto del grupo ya se dispersaba. Quedarse juntos era una invitación, una provocación a los innumerables enemigos de la selva. Además, la de Clat no era la primera muerte que presenciaban.

El grupo de Lily-yo había albergado en un tiempo a siete mujeres subordinadas y dos hombres. Dos mujeres y un hombre habían caído en la espesura. Entre todas, las ocho mujeres habían dado al grupo veintidós niños, cuatro de ellos varones. Siempre morían muchos niños. Con la desaparición de Clat, la espesura había devorado ya a más de la mitad de los niños. Lily-yo comprendía que era un índice de mortalidad terriblemente elevado, y como jefe del grupo se sentía culpable. Los peligros de las ramas podían ser muchos, pero no eran desconocidos ni imprevisibles. Y se recriminaba más aún por el hecho de que sólo quedaban tres varones entre los niños sobrevivientes: Gren, Poas y Veggy. De los tres, Lily-yo presentía obscuramente que Gren había nacido para tener problemas.

Lily-yo caminó de regreso a lo largo de la rama, a la luz verde. El torpón se alejó, sigiloso, obedeciendo las silenciosas instrucciones del aire de la selva, atento a la voz que le indicaba dónde tenía que dejar las semillas. Nunca el mundo había estado tan atestado. No había lugares vacíos. Los torpones flotaban a veces durante siglos a través de los bosques, y mientras esperaban el momento propicio para posarse eran el paradigma de la soledad vegetal.

Cuando llegó al sitio de las nueces, Lily-yo se descolgó por la enredadera hasta una de las cabañas, la que había sido de Clat. La mujer jefe apenas podía entrar, tan pequeña era la puerta. Los humanos hacían las puertas lo más estrechas posibles; las ensanchaban a medida que ellos crecían. Esto ayudaba a que no entrasen visitantes indeseables.

Todo era pulcro en la nuez-vivienda de Clat. La cama había sido tallada en la fibra blanda del interior; allí había dormido la chiquilla de cinco años, en el verdor inmutable de la selva. Sobre la cama, estaba el alma de Clat. Lily-yo la recogió y se la guardó en el cinturón.

Salió, se tomó de la enredadera, sacó el cuchillo y se puso a cortar en la madera viva, descortezada, donde habían pegado la nuez-vivienda. Luego de varias cuchilladas, la argamasa vegetal cedió. La nuez vivienda de Clat se inclinó, quedó suspendida un momento y cayó al fin.

Cuando desapareció entre las hojas ásperas y enormes, hubo una agitación en el follaje. Algo estaba luchando por el privilegio de devorar el enorme bocado.

Lily-yo trepó de vuelta a la rama. Se detuvo un instante para tomar aliento. Ya no respiraba con la soltura de antes. Había salido demasiadas veces de caza, había tenido

demasiados hijos, había librado demasiados combates. Con un raro y fugaz conocimiento de sí misma, se miró los desnudos pechos verdes. Eran menos firmes que cuando había tornado por primera vez al hombre Haris; y menos hermosos.

Supo por instinto que su juventud había terminado. Supo por instinto que era tiempo de Subir.

El grupo estaba cerca del Hueco, esperándola. Corrió hacia ellos. El Hueco era como una axila vuelta hacia arriba; el lugar donde la rama se juntaba al tronco. Allí recogían el agua.

Los del grupo observaban una fila de termitones que subía por el tronco. De cuando en cuando, un termitón saludaba a los humanos. Los humanos contestaban al saludo. Si los humanos tenían aliados en la selva, éstos eran los termitones. Sólo cinco grandes familias habían sobrevivido allí, en ese mundo vegetal que todo lo conquistaba; las moscatigres, los abejatroncos, los plantantes y los termitones eran insectos gregarios, poderosos e invencibles. La quinta familia era el hombre, al que se mataba rastrera y fácilmente. No estaba organizado como los insectos, pero aún subsistía. Era la última especie vertebrada que había sobrevivido en todo el avasallante mundo vegetal.

Lily-yo se acercó al grupo y también miró la fila de termitones que desaparecía en las capas altas del follaje. Los termitones podían vivir en todos los niveles de la selva, lo mismo en las Copas que en el Suelo. Eran los primeros y los últimos de los insectos; mientras algo viviera, los termitones y las moscatigres estarían allí.

Lily-yo bajó la vista y llamó al grupo.

Cuando todos la miraron, mostró el alma de Clat, levantándola por encima de la cabeza.

—Clat ha caído en la espesura —dijo—. El alma de Clat ha de subir a las Copas, según la costumbre. Flor y yo la llevaremos ahora, siguiendo a los termitones. Entretanto vosotras, Daphe, Hy, Ivin y Jury, cuidado bien al hombre Haris y a los niños.

Las mujeres asintieron con aire solemne. Luego, una a una, se acercaron para tocar el alma de Clat.

El alma había sido tallada toscamente en madera, y tenía forma de mujer. Cuando nacía una criatura, así eran los ritos: el padre le tallaba un alma, una muñeca, un alma tótem, porque cuando alguien caía a la espesura de la selva, apenas quedaba un hueso. El alma sobrevivía en cambio, y era sepultada en las Copas.

Mientras tocaban el alma, Gren se apartó atrevidamente del grupo. Tenía casi tanta edad como Toy y era tan activo y fuerte como ella. No sólo sabía correr rápidamente. También podía trepar. Y nadar. Y era voluntarioso, además. Sin hacer caso del grito de su amigo Veggy, corrió al Hueco y se zambulló en el estanque.

Debajo de la superficie, al abrir los ojos, vio un mundo de desabrigada claridad.

Unas pocas cosas verdes, parecidas a hojas de trébol, se extendieron al sentir la proximidad del chico, listas para envolverle las piernas. Gren las apartó de un manotón, mientras buceaba hacia el fondo. De pronto vio a la ollacalza, antes que ella lo viese.

La ollacalza era una planta acuática, de naturaleza semiparasitaria. Vivía en los huecos y hundía las ventosas de bordes serrados en la savia de los árboles. Se alimentaba también, sin embargo, por la parte superior, áspera, provista de una lengua parecida a una calza. Las fibras de la planta se desplegaron, rodearon el brazo izquierdo de Gren y se cerraron instantáneamente.

Gren estaba preparado. Una sola cuchillada partió a la ollacalza en dos. La parte inferior batió inútilmente el agua tratando de atrapar al niño. Antes que Gren pudiera alcanzar la superficie, Daphe, la hábil cazadora, ya estaba allí, colérica; de la boca le salían unas burbujas plateadas, como de la boca de un pez. Tenía preparado el cuchillo para proteger al niño.

Gren le sonrió mientras subía a la superficie y trepaba a la orilla seca. Se sacudió despreocupadamente, mientras Daphe salía también del agua.

—Nadie debe correr, nadar o trepar solo —le gritó Daphe, citando una de las leyes—. ¿No tienes miedo, Gren? ¡Qué cabeza hueca!

También las otras mujeres estaban enojadas. Pero ninguna tocó a Gren. Era un niño hombre. Era tabú. Tenía poderes mágicos: tallaba almas y daba hijos... o los daría cuando creciera de veras, y ya le faltaba poco.

—Soy Gren, el niño hombre —se jactó Gren. Buscó la aprobación de Haris. Pero Haris se limitó a apartar los ojos. Gren había crecido tanto que ya Haris no lo aplaudía como antes, aunque las proezas del niño eran cada vez más atrevidas.

Un tanto humillado, Gren corrió de un lado a otro, exhibiendo la lengua de la ollacalza, que aún tenía en el brazo. increpó jactancioso a las mujeres, mostrándoles qué poco le importaban.

—No eres más que un niño —se burló Toy.

Toy tenía diez años, uno más que Gren. Gren calló. Ya llegaría el momento de demostrar a todos que él era alguien muy particular. Lily-yo dijo, frunciendo el ceño: —Los niños han crecido mucho, ya no podemos manejarlos. Cuando Flor y yo hayamos ido a las Copas a sepultar el alma de Clat, volveremos y disolveremos el grupo. El momento de la separación ha llegado al fin. ¡Estad atentos!

Saludó a todos antes de alejarse, con Flor al lado.

Fue un grupo sobrecogido el que contempló la partida de Lily-yo. Todos sabían que tenían que dividirse; nadie quería pensarlo. El tiempo de la felicidad y la seguridad —así les parecía a todos —llegaba a su fin, tal vez para siempre. Los niños entrarían en un período de vida dura, solitaria, tendrían que valerse por sí mismos antes de unirse a otros grupos. Los adultos se encaminaban hacia la vejez, las pruebas

y la muerte, cuando subían a lo desconocido.

2

Lily-yo y Flor treparon fácilmente por la corteza rugosa, como si escalaran una serie de rocas casi simétricas. De cuando en cuando tropezaban con algún enemigo vegetal, una larguja o un alfombrón, pero eran adversarios insignificantes, a los que arrojaban en seguida a la umbría espesura de abajo. Los enemigos de los humanos eran los enemigos de los termitones, y la columna en marcha había eliminado ya los obstáculos del camino. Lily-yo y Flor subían inmediatamente detrás de la columna, animadas por aquella compañía.

Treparon durante largo tiempo. En una ocasión, descansaron sobre una rama vacía. Apoderándose de dos rondanas que pasaban por allí, las partieron y comieron la carne blanca y aceitosa. Mientras subían, habían visto, en diferentes ramas, algunos grupos humanos; a veces, estos grupos saludaban tímidamente. Pero a esa altura no había humanos.

Nuevos peligros amenazaban cerca de las Copas. Los humanos vivían en las zonas medias de la selva, más seguras, lejos de los riesgos de las Copas o del Suelo.

—Bien, movámonos —dijo Lily-yo a Flor levantándose después del descanso—. Pronto estaremos en las Copas.

Una conmoción hizo callar a las mujeres. Alzaron los ojos, mientras se acurrucaban pegadas al tronco, protegiéndose. Arriba, las hojas crujían, la muerte imponía su ley.

Una bricatrepa azotaba la corteza rugosa, frenética, codiciosa, atacando a la columna de termitones. Las raíces y tallos de la bricatrepa eran como lenguas y látigos. La planta azotaba el tronco y lanzaba una lengua pegajosa a los termitones.

Frente a esta planta, flexible y espantosa, los insectos tenían pocas defensas. Se dispersaron pero insistieron tercamente en trepar, confiando tal vez en que la ciega ley de los promedios les permitiría sobrevivir.

Para los humanos, la planta no era una amenaza seria, por lo menos cuando los sorprendía en una rama. Si daba con ellos en un tronco, podía arrojarlos fácilmente al fondo de la espesura.

—Trepemos por otro tronco —dijo Lily-yo.

Las dos mujeres corrieron ágilmente por la rama, saltando por encima de una floración parasitaria de colores vivos. Alrededor de aquella floración, un anticipo del mundo colorido que las aguardaba allá arriba, zumbaban los abejatroncos.

En un agujero de la rama, de aspecto inocente, acechaba un obstáculo peor, una moscatigre que salió zumbando y se precipitó sobre ellas. Era grande como un humano, de ojos enormes; una criatura horrible y malévola, que tenía armas e inteligencia. Las atacaba por pura maldad batiendo las mandíbulas y las alas transparentes. La cabeza consistía en una masa de pelo hirsuto y unas placas de

armadura. Detrás de la cintura delgada, el cuerpo amarillo y negro era enorme y redondo, y segmentado, y blindado con corazas giratorias. En la cola escondía un aguijón mortífero.

Se lanzó entre las dos mujeres, tratando de golpearlas con las alas. Lily-yo y Flor se echaron boca abajo en la rama y la moscatigre pasó velozmente entre ellas. Volvió en seguida a la carga, enfurecida, sacando y escondiendo el aguijón dorado.

—¡La mataré! —dijo Flor. Una moscatigre había matado a uno de sus bebés.

La criatura se acercaba en un vuelo veloz y rastrero. Flor se echó a un lado, alzó el brazo y se agarró del pelo hirsuto. La moscatigre perdió el equilibrio. Rápidamente la mujer levantó la espada, la dejó caer en círculo y cortó la cintura quitinosa y estrecha.

La moscatigre, partida en dos, se hundió en la espesura. Las dos mujeres reanudaron la carrera.

La rama, una principal, no se adelgazaba. Al contrario, se extendía con el mismo grosor veinte metros más y se transformaba en otro tronco. El árbol, viejísimo, uno de los organismos más añosos de los que habían prosperado en este pequeño mundo, tenía innumerables troncos. Hacía mucho tiempo —dos mil millones de años —se habían desarrollado árboles de muchas clases, según el suelo, el clima y otras condiciones. Al aumentar la temperatura, proliferaron y compitieron entre sí. El baniano, que medraba con el calor, aprovechando un complicado sistema de ramas que echaban raíces propias, predominó gradualmente sobre las otras especies. Presionado, evolucionó y se adaptó. Cada baniano se extendió más y más, a veces volviéndose sobre sí mismo, y duplicándose. Se hizo cada vez más ancho y más alto, protegiendo el tronco principal a medida que los rivales se multiplicaban, enviando hacia el suelo tronco tras tronco, extendiendo rama tras rama, hasta que al fin aprendió a desarrollarse en el baniano vecino, formando así un seto contra el que ningún otro árbol podía luchar. Esta complejidad incomparable aseguró la inmortalidad del baniano.

En este vasto continente en que vivían los humanos había ya un solo baniano. Se había convertido primero en el Rey de la Selva, y por último había llegado a ser la selva misma. Había conquistado los desiertos, los montes y los pantanos. Cubría el continente en un entrecruzado andamiaje. Sólo se detenía ante los ríos más anchos o en la orilla del mar donde podía ser atacado por las feroces algas marinas.

Tampoco penetraba en el Terminador, allí donde todas las cosas se detenían y comenzaba la noche.

Las mujeres trepaban lentamente, listas para defenderse de la pareja de la moscatigre muerta que ahora zumbaba hacia ellas. Había manchas de colores vivos en todas partes, adheridas al árbol, colgadas de las ramas o a la deriva. Medraban los bejucos y los hongos. Los torpones se desplazaban melancólicamente a través de la

maraña. A medida que se ganaba altura, el aire se hacía más fresco y los colores se multiplicaban, en un tumulto de azules y rojos, de amarillos y malvas, todos los arduos matizados de la naturaleza.

Un babosero envió tronco abajo unas gotas de goma color carmesí. Varias largujas, con destreza vegetal, detuvieron las gotas, las pincharon y murieron. Lily-yo y Flor pasaron al otro lado.

Se toparon con unas latigonas. Devolvieron los latigazos y continuaron el escalamiento.

Había allí muchas plantas de formas fantásticas, algunas parecidas a pájaros, otras a mariposas. A menudo aparecían látigos y manos, amenazantes.

—¡Mira! —murmuró Flor.

Señaló un lugar, allá arriba.

En la corteza del árbol había una grieta apenas visible. Una parte de la grieta se movía, también apenas visible. Flor alargó el brazo hasta que el palo que llevaba en la mano tocó la grieta. En seguida, hurgó con el palo.

Una sección de la corteza se abrió, revelando una pálida boca voraz. Un ostrabuche, muy mimetizado, se había abierto un hueco en el árbol. Moviéndose diestra y rápidamente, Flor metió el palo en la trampa. Cuando las mandíbulas se cerraron, tiró del palo ayudada por Lily-yo. El ostrabuche, sorprendido, fue arrancado de su guarida.

Abrió la boca y se desplazó por el aire. Un rayoplán se lo llevó al pasar.

Lily-yo y Flor siguieron trepando.

Las Copas eran un mundo extraño de características propias; el reino vegetal en sus aspectos más imperiales y exóticos.

Si el baniano reinaba en la selva y en realidad era la selva, los traveseros reinaban en las Copas. Eran los traveseros quienes habían levantado en las Copas ese paisaje típico. Suyas eran las grandes redes que se arrastraban por todas partes; suyos eran los nidos que se alzaban en los lugares más altos del árbol.

Cuando los traveseros abandonaban sus nidos, otros seres construían allí, y otras plantas crecían, extendiendo unos colores brillantes hacia el cielo. Los residuos y destilaciones transformaban estos nidos en plataformas sólidas. Allí crecía la quemurna, la planta que Lily-yo buscaba para el alma de Clat.

Apartando obstáculos, siempre escalando, las dos mujeres llegaron por fin a una de esas plataformas. Se refugiaron de los peligros del cielo debajo de una hoja, y descansaron. Incluso a la sombra, incluso para ellas, el calor de las Copas era terrible. Encima, paralizando medio cielo, brillaba un sol enorme. Brifiaba sin pausa, siempre fijo e inmóvil en un punto del cielo, y así brillaría hasta el día —ya no demasiado distante —en que ardería y se consumiría.

Allí, en las Copas, recurriendo al sol para poner en práctica sus extraños métodos

de defensa, la quemurna reinaba entre las plantas estacionarias. Las raíces sensitivas le habían dicho ya que había intrusos en las proximidades. Sobre la hoja protectora, Lily-yo y Flor vieron un círculo móvil de luz. Se desplazó por la superficie, se detuvo, se contrajo. La hoja empezó a humear y de pronto estalló en llamas. Enfocando una de las urnas, la planta atacaba a las dos mujeres con un arma terrible: el fuego.

—¡Corre! —ordenó Lily-yo.

Se refugiaron rápidamente detrás de la copa de un silbocardo, debajo de las espinas, sin dejar de mirar a la quemurna. El espectáculo era maravilloso.

Encabritada, la planta desplegaba tal vez media docena de flores de color cereza, cada una de ellas mas grande que un humano. Otras flores, ya fecundadas, se cerraban formando urnas polifacéticas. Se las podía ver también en otras etapas, cuando las urnas perdían el color a medida que las semillas se agrandaban. Finalmente, maduras ya las semillas, la urna —entonces hueca y de enorme solidez— se volvía transparente como el vidrio y se convertía en un arma de calor que la planta podía utilizar aun después de esparcidas las semillas.

Todos los vegetales y demás seres huían del fuego, con excepción de los humanos. Sólo ellos podían enfrentar a la quemurna y utilizarla de algún modo.

Lily-yo se desplazó cautelosamente y cortó una enorme hoja que se extendía sobre la plataforma. Alzando la hoja, mucho más grande que ella, corrió hacia la quemurna, se zambulló en el follaje y trepó hacia la copa sin detenerse, antes que la planta pudiera enfocarla con una lente urna.

—¡Ahora! —le gritó a Flor.

Flor ya se había lanzado hacia adelante.

Lily-yo levantó la hoja encima de la quemurna, manteniéndola entre la planta y el sol, para que las urnas amenazadoras quedaran en la sombra. Como si comprendiera que ahora ya no podía defenderse, la planta se dejó caer, desalentada, en la penumbra, viva imagen de la frustración vegetal, con las flores y las urnas colgantes e inertes.

Flor gruñó satisfecha, se lanzó hacia adelante y cortó una de las grandes urnas transparentes. Llevándola entre las dos, Flor y Lily-yo corrieron de nuevo a refugiarse detrás del silbocardo, en tanto la planta volvía a una vida frenética, agitando la urna que el sol ya alimentaba otra vez.

Llegaron al refugio justo a tiempo. Un avevege se lanzó sobre ellas desde lo alto... y quedó empalmado en una espina.

Inmediatamente, una docena de carroñeros comenzaron a disputarse el cadáver. Al amparo de la confusión, Lily-yo y Flor se pusieron a trabajar en la urna que habían conquistado. Con los cuchillos, y esforzándose juntas, abrieron una de las caras, lo suficiente para introducir en la urna el alma de Clat. La hendedura se cerró otra vez en seguida, con un pliegue hermético. Los ojos de madera del alma miraron a las dos

mujeres a través de las caras transparentes.

—Ojalá subas y llegues al cielo —dijo Lily-yo.

La misión de Lily-yo era procurar que el alma tuviera por lo menos cierta probabilidad de subir. Con la ayuda de Flor, llevó la urna hasta un cable de la red travesera. El extremo superior de la urna, el sitio donde había estado la semilla: era extraordinariamente pegajoso. La urna se adhirió fácilmente al cable y quedó allí, colgando al sol.

La próxima vez que un travesero trepara por el cable, la urna muy probablemente se le pegaría a una pata, como una rondana. De este modo podría ser llevada al cielo.

Estaban terminando el trabajo, cuando una sombra las envolvió. Un cuerpo de kilómetros de largo descendía hacia ellas: un travesero, el enorme equivalente vegetal de una araña.

De prisa, las mujeres se abrieron paso a través de la plataforma. Se habían cumplido los últimos ritos en honor de Clat; era hora de volver.

Antes de iniciar el descenso hacia los niveles medios del mundo verde, Lily-yo miró hacia atrás.

El travesero bajaba lentamente; era una enorme vejiga con patas y mandíbulas, y un pelo fibroso cubría casi toda la masa. Para Lily-yo era un dios, poderoso como un dios. Bajaba por el cable, flotando en aquel filamento que se perdía en el cielo.

Hasta donde alcanzaba la vista, los cables se elevaban oblicuamente desde la selva, señalando el cielo como dedos largos, desfallecientes, resplandeciendo al sol. Todos se inclinaban en la misma dirección, hacia una flotante semiesfera de plata, remota y fría, y visible hasta en el resplandor de la eterna luz solar.

Inmóvil, firme, la media luna se mantenía siempre en un mismo sector del cielo.

En el transcurso de los eones, la atracción de esta luna había retardado gradualmente la revolución axial del planeta madre hasta detenerla, hasta que el día y la noche, cada vez más lentos, quedaron fijos para siempre: el día en un lado del planeta y la noche en el otro. A la vez, un recíproco efecto de frenamiento había contenido la fuga aparente de la luna. Al alejarse de la Tierra, la luna había abandonado el papel de satélite terrestre y se remontó intrépidamente, como un planeta independiente por derecho propio, rozando el ángulo de un vasto triángulo equilátero que sostenía en los otros ángulos a la Tierra y al sol. Los dos cuerpos celestes, mientras durase la tarde de la eternidad, se mantendrían uno frente a otro, en la misma posición relativa. Estaban sujetos cara a cara y así seguirían, hasta que las arenas del tiempo dejaran de correr o hasta que el sol dejara de brillar.

Y aquellos innumerables filamentos flotaban a través de la separación, uniendo los mundos. Arriba y abajo, los traveseros podían desplazarse a voluntad, como enormes e insensibles astronautas vegetales, entre la Tierra y la luna, envueltas en una red indiferente.

De un modo sorprendentemente adecuado, la vejez de la Tierra estaba envuelta en telarañas.

3

El viaje de regreso al grupo apenas tuvo incidentes. Lily-yo y Flor bajaron sin prisa a los niveles medios del árbol. Lily-yo no corrió tanto como de costumbre. Le costaba afrontar la desintegración del grupo.

No sabía cómo expresarse. En esta selva milenaria, los pensamientos eran raros, y las palabras aún más escasas.

—Pronto tendremos que Subir, como el alma de Clat —dijo a Flor, mientras descendían.

—Así es —contestó Flor.

Y Lily-yo supo que no le sacaría una sola palabra más, algo más pertinente, sobre el tema. Tampoco ella era capaz de encontrar esas palabras. La comprensión humana nunca llegaba a aguas profundas en esos tiempos. Así andaba el mundo.

El grupo las saludó sobriamente. Como estaba cansada, Lily-yo respondió con un gesto y se retiró a la nuez-vivienda. Jury e Ivin pronto le llevaron comida, sin meter más que un dedo en la habitación, porque era tabú. Una vez que hubo comido y dormido, Lily-yo trepó de nuevo al sector hogareño de la rama y llamó a los demás.

—¡De prisa! —gritó, mirando fijamente a Haris, que no se apresuraba. ¿Por qué la exasperaba de ese modo, si sabía que ella lo favorecía más que a ninguno? ¿Por qué lo difícil tenía que ser tan precioso, o por qué lo precioso tenía que ser tan difícil?

En aquel momento, mientras la atención de Lily-yo estaba distraída, una larga lengua verde asomó detrás del tronco. Se desenrolló y se mantuvo en el aire un segundo. En seguida tomó a Lily-yo, por la cintura, apretándole los brazos contra el cuerpo, y la levantó de la rama. Lily-yo pateó y gritó con furia por haberse descuidado tanto.

Haris sacó un cuchillo del cinturón, saltó, entornando los ojos, y lanzó la hoja. Zumbando, la hoja atravesó la lengua y la clavó al tronco rugoso.

Haris no se detuvo entonces. Corrió hacia la lengua, seguido por Daphe y Jury, mientras Flor llevaba a los niños a lugar seguro. La lengua agónica aflojó los anillos que envolvían a Lily-yo.

En el otro lado del árbol había unas terribles sacudidas: la selva entera parecía vibrar. Lily-yo silbó a dos torpones, se desprendió de los anillos verdes, y sintió que pisaba de nuevo el suelo firme de la rama. La lengua, retorciéndose de dolor, azotaba ciegamente las inmediaciones. Los cuatro humanos se adelantaron con las armas preparadas.

El árbol mismo se estremecía por la furia de la criatura atrapada. Acercándose cautelosamente alrededor del tronco, los humanos lo vieron. El ajabazo contraía la boca vegetal y los miraba con la espantosa pupila palmeada del ojo único. Rabiosamente, se golpeaba contra el árbol, echando espumarajos, rugiendo. Aunque

ya habían tenido que afrontar a esas criaturas, los humanos se estremecieron.

En aquel momento el ajabazo era mucho más grueso que el tronco, pero si le parecía necesario, podía extenderse casi hasta las Copas, estirándose y adelgazándose. Como un obscuro títere de una caja de sorpresas, saltaba de improviso desde el Suelo en busca de alimento; sin brazos, sin cerebro, se desplazaba lentamente por el piso de la selva sobre anchas patas radicales.

—¡Clavadlo! —gritó Lily-yo.

Ocultas a todo lo largo de la rama, había estacas aguzadas, que el grupo reservaba para esas emergencias. Los humanos fueron clavando la lengua que se retorció y restallaba como un látigo. Por último, tuvieron clavado al árbol un largo trozo. Aunque el ajabazo seguía retorciéndose, ya no podía librarse.

—Ahora —dijo entonces Lily-yo—, tenemos que despedirnos y subir.

Ningún humano podía matar a un ajabazo, pues las partes vitales eran inaccesibles. Pero las convulsiones de la bestia atraían ya a los rapaces, a las largujas —los estúpidos tiburones de los niveles medios—, los rayoplanes, los trampones, las gárgolas y las sabandijas. Desgarrarían al ajabazo en trozos vivos y continuarían la tarea hasta que no quedara nada de él; de paso, tal vez cazaran a algún humano... Bueno, así eran las cosas. De modo que el grupo se disolvió rápidamente en la cortina de verdor.

Lily-yo, estaba enfadada. Era ella quien había provocado aquel conflicto. No había estado atenta. De otro modo nunca hubiera permitido que el ajabazo la atrapase. Había estado pensando en los errores que cometía dirigiendo a los otros. ¿Por qué hacer dos peligrosos viajes a las Copas, cuando uno habría bastado? Si hubiese llevado a todo el grupo cuando ella y Flor fueron a dejar en las Copas el alma de Clat, no habría sido necesaria la segunda ascensión, que les esperaba ahora. ¿Cómo no lo había previsto?

Dio unas palmadas. De pie bajo el refugio de una hoja gigante, llamó al grupo. Dieciséis pares de ojos la miraron confiadamente, esperando. La enfurecía ver cuánto confiaban en ella.

—Los adultos nos estamos haciendo viejos —dijo—. Nos estamos volviendo estúpidos. Yo misma soy una estúpida. Dejé que un lento ajabazo me atrapara. Ya no soy apta como cabeza de grupo. Ha llegado el momento de que los adultos subamos y volvamos a los dioses que nos crearon. Los niños se gobernarán solos. Serán el grupo. Toy los dirigirá. Luego Gren y pronto Veggy podrán tener hijos. Cuidado con los hijos varones. Que no caigan en la espesura, pues el grupo moriría. Es preferible que mueras tú, Toy, a que muera el grupo.

Lily-yo no había pronunciado nunca, ni los otros habían escuchado nunca, un discurso tan largo. Algunos no lo entendieron. ¿Qué era toda esa charla de caer en la espesura? Se caía o no se caía: nadie hablaba de eso. Así andaba el mundo y las

palabras no podían cambiarlo.

May, una niña, dijo descaradamente:

—Cuando estemos solas, podremos hacer muchas cosas.

Flor le dio una cachetada.

—Antes —le dijo—, tendrás que penar subiendo a las Copas.

—Sí, en marcha —dijo Lily-yo, disponiendo quiénes irían delante y quiénes detrás.

Alrededor del grupo, la selva palpitaba. Los seres verdes se agitaban y lanzaban dentelladas, devorando al ajabazo.

—La ascensión es dura. Comencemos enseguida —dijo Lily-yo, observando con inquietud alrededor, y echando luego a Gren una mirada particularmente severa.

—¿Por qué hay que trepar? —preguntó Gren rebelándose—. Con los torpones podríamos subir fácilmente hasta las Copas sin cansarnos.

Lily-yo no trató de explicarle que un humano que se desplazaba por el aire era mucho más vulnerable que cuando ascendía por los troncos rugosos, donde podría deslizarse entre los nudos de la corteza, en caso de ataque.

—Mientras yo sea la mujer jefe, tú treparás —dijo Lily-yo.

No podía golpearlo; Gren era un niño hombre tabú.

Retiraron las almas de las respectivas nueces-vivienda, y no hubo ceremonias de despedida. Llevaron las almas en los cinturones, y en las manos las espadas, espinas punzantes, afiladas y duras. Corrieron a lo largo de la rama detrás de Lily-yo, alejándose del ajabazo que ya se desintegraba, dejando atrás el pasado.

Retardado por los niños más pequeños, el viaje a las Copas fue largo. Los humanos superaban los azares usuales, pero no había modo de vencer la fatiga de los niños. A mitad de camino decidieron descansar en una rama lateral; allí crecía una peluseta que podía servirles de refugio.

La peluseta era un hermoso hongo desorganizado. Aunque tenía el aspecto de un musgortiga en escala mayor, no hacía daño a los humanos, y cuando el grupo se le acercó, escondió, como disgustada, los pistilos venenosos. A caballo sobre las ramas eternas del árbol, las pelusetas sólo deseaban alimento vegetal. Los humanos treparon hasta el centro de la peluseta y durmieron. Protegidos por aquellos entretejidos tallos verdes y amarillos, estaban a salvo de casi todos los peligros.

Flor y Lily-yo fueron quienes durmieron más profundamente entre los adultos. El viaje anterior las había cansado. Haris, el hombre, fue el primero en despertarse; comprendió que algo andaba mal. Al levantarse, despertó a Jury pinchándola con el palo. Era perezoso; además, tenía que mantenerse lejos de cualquier peligro. Jury se sentó; en seguida dio un grito de alarma y corrió a defender a los niños.

La peluseta había sido invadida por cuatro seres alados. Se habían apoderado de Veggy, el niño hombre, y de Bain, una de las niñas menores; los habían amordazado y

atado antes que pudieran despertarse.

Al oír a Jury, los seres alados miraron alrededor.

¡Eran hombres volantes!

En algunas cosas parecían humanos. Tenían una cabeza, dos largos y poderosos brazos, piernas macizas, y dedos fuertes en manos y pies. Pero en lugar de la suave piel verde, estaban cubiertos por una sustancia córnea brillante, en unos lados negra y en otros rosada. Y les crecían una grandes alas escamosas, parecidas a las de un avevege, desde las muñecas hasta los tobillos. Tenían rostros astutos, de expresión inteligente, y ojos brillantes.

Cuando vieron que los humanos despertaban, los hombres volantes alzaron en vilo a los dos niños cautivos. Se abrieron paso a través de la peluseta, y corrieron hacia el extremo de la rama.

Los hombres volantes eran enemigos muy mañosos, y aunque escasos en numero, el grupo los evitaba. Aunque sólo mataban cuando no tenían otro remedio, se dedicaban al robo de niños, un crimen que era considerado más grave. Cazarlos no resultaba fácil. Los volantes no volaban en realidad, pero planeaban en el aire hasta muy lejos a través del bosque y escapaban así a cualquier represalia humana. Jury se lanzó hacia adelante, seguida de Ivin. Alcanzó un tobillo, y se colgó al correoso tendón de ala que se juntaba al pie. Tironeado por el peso de Jury, uno de los volantes que sostenían a Veggy vaciló. y se volvió. El compañero, que soportaba ahora todo el peso del niño, se detuvo y extrajo un cuchillo.

Ivin se abalanzó sobre el hombre volante enfurecida. Había criado a Veggy; no estaba dispuesta a que se lo quitaran. La hoja del volante se movió en el aire. Ivin se echó sobre ella. El arma le abrió el vientre descubriendo las entrañas morenas; la desdichada cayó de la rama sin lanzar un solo grito. Hubo una conmoción en el follaje inferior: los trampones se disputaban el bocado.

El hombre volante, despedido hacia atrás por la embestida de Ivin, soltó a Veggy y abandonó al compañero que aún luchaba con Jury. Extendió las alas y saltó, siguiendo a los dos que ya se habían llevado a Bain.

Todo el grupo estaba ahora despierto. Lily-yo desató en silencio a Veggy, quien no lloró, pues era un niño hombre. Entretanto, Haris se arrodilló junto a Jury y el adversario alado, quien luchaba sin hablar, tratando de huir. Haris echó mano a un cuchillo.

—¡No me mates! —le gritó el hombre volante—. ¡Me iré!

La voz del hombre volante era áspera y apenas se entendían las palabras. La rareza de la criatura bastó para despertar la ferocidad de Haris; abrió los labios y mostró la lengua entre los dientes.

Hundió el cuchillo entre las costillas del hombre volante, cuatro veces sucesivas, hasta que la sangre le cubrió el puño apretado.

Jury se levantó jadeante y se apoyó en Flor.

—Me estoy haciendo vieja —dijo—. Antes no había nada tan fácil como matar a un hombre volante.

Miró a Haris con gratitud. Era útil para algo más que una cosa.

Con un pie, empujó el cuerpo inerte hacia el borde de la rama. El cuerpo rodó sobre sí mismo y luego cayó. Con las alas mustias, recogidas inútilmente a ambos lados de la cabeza, el hombre volante se hundió en la espesura.

Estaban recostados entre las hojas afiladas de dos silbocardos, deslumbrados por la luz del sol, pero atentos a nuevos peligros. La ascensión había concluido. Era la primera vez que los nueve chicos veían las Copas; callaban, asombrados.

Una vez más, Lily-yo y Flor sitiaron a una quemurna. Daphe les ayudaba a sostener levantadas las hojas que dejaban la planta en la sombra. Cuando la quemurna quedó abatida, indefensa, Daphe cortó seis de las grandes cápsulas transparentes: seis próximos ataúdes. Hy le ayudó a llevarlas a lugar seguro; luego, Lily-yo y Flor soltaron las hojas y corrieron a refugiarse detrás de los silbocardos.

Una nube de papelalas se desplazaba junto al grupo en aquel momento; para ojos casi siempre sumergidos en el verde de la espesura, los colores eran sorprendentes: había allí azules, amarillos, castaños y un malva de destellos acuosos.

Una de las papelalas se posó aleteando sobre una mata de follaje esmeralda próxima al grupo. El follaje era un babosero. Casi inmediatamente, la papelala se puso gris. Habiendo perdido la escasa materia alimenticia, se desintegró en polvo ceniciento.

Lily-yo se levantó con cautela y llevó consigo al grupo junto al cable más próximo de una red travesera. Cada adulto llevaba su propia urna.

Los traveseros, los más grandes de todos los seres, vegetales o no, no podían entrar en la selva. Echaban los cables entre las ramas superiores y los aseguraban por medio de hilos laterales.

Cuando encontró un cable conveniente, sin ningún travesero a la vista, Lily-yo se volvió e indicó que dejaran las urnas. Habló a Toy, Gren y los otros siete niños.

—Ayudadnos a entrar en nuestras urnas. Procurad que queden bien cerradas. Luego llevadlos al cable y pegad ahí las urnas. Luego, despedíos. Vamos a Subir, y dejaremos el grupo en vuestras manos. ¡Ahora vosotros estáis vivos!

Toy vaciló un momento. Era una joven esbelta, con pechos como peras.

—No te vayas, Lily-yo —dijo—. Todavía te necesitamos, y tú sabes que te necesitamos.

—Así anda el mundo —replicó Lily-yo con firmeza.

Abrió con esfuerzo la cara de una urna y se metió dentro. Ayudados por los niños, los otros adultos entraron también en los ataúdes. Por la fuerza del hábito, Lily-yo estuvo atenta hasta ver a Haris seguro.

Todos estaban ya dentro de aquellas prisiones transparentes. Una frescura y una paz sorprendentes los envolvieron poco a poco.

Los niños transportaron las urnas, sin dejar de mirar nerviosamente al cielo. Estaban asustados. Se sentían indefensos. Sólo Gren, el audaz niño hombre, parecía

disfrutar de aquella nueva independencia. Fue él más que Toy quien ordenó la colocación de las urnas en el cable del travesero.

Lily-yo sintió un olor curioso en la urna. A medida que aquel aire le entraba en los pulmones, sentía como un desprendimiento de los sentidos. Fuera, la escena hasta entonces clara pareció nublarse y encogerse. Vio que estaba colgada de un cable de travesero por encima de las Copas, con Flor, Haris, Daphe, Hy y Jury también colgados cerca, impotentes, en otras urnas. Vio a los niños, al nuevo grupo, que corrían a refugiarse. Sin volver la vista atrás, se zambulleron en el enmarañado follaje de la plataforma y desaparecieron.

El travesero se desplazaba a gran altura por encima de las Copas, fuera del alcance de cualquier enemigo. Alrededor de él el espacio tenía un color añil; unos rayos invisibles lo bañaban y alimentaban. Sin embargo, la alimentación del travesero dependía aún en parte de la Tierra. Después de muchas horas de ensoñación vegetativa, se balanceó y comenzó a descender por un cable.

Había en las inmediaciones otros traveseros inmóviles. De cuando en cuando, alguno despedía un globo de oxígeno o movía una pata para librarse de un parásito molesto. Disfrutaban de un ocio nunca alcanzado hasta entonces. El tiempo nada significaba para ellos; el sol les pertenecía, y seguiría perteneciéndoles hasta que se desintegrara, se transformara en una nova y se consumiera con ellos.

El travesero descendió en seguida, con una especie de vibración en las patas, tocando apenas el cable; bajaba directamente a la selva, hacia las frondosas catedrales de verdor. Allí, en el aire, vivían los enemigos de los traveseros, unos enemigos mucho más pequeños, pero también mucho más malignos e inteligentes: una de las últimas familias de insectos, las moscatigres.

Sólo las moscatigres podían matar a los traveseros, con métodos insidiosos, implacables.

Con el lento y largo discurrir de los eones, al aumentar la radiación del sol la vegetación había evolucionado hasta alcanzar una indiscutida supremacía. También las avispa habían evolucionado, manteniéndose a la vera de los acontecimientos. Aumentaron en número y tamaño, a medida que el reino animal se eclipsaba, sumergiéndose en la creciente marea de verdor. Con el tiempo, estas avispa llegaron a ser el enemigo principal de los traveseros aracnoides. Atacaban en enjambres, paralizando los primitivos centros nerviosos de los traveseros, dejando que se bambolearan hasta destruirse. Las moscatigres aovaban además en túneles que perforaban en los cuerpos de sus adversarios; cuando los huevos maduraban, las larvas se alimentaban de la carne viva.

Era esta amenaza, principalmente, lo que había impulsado a los traveseros a penetrar cada vez más en el espacio exterior, con el correr de los milenios. En esta región aparentemente inhóspita, habían alcanzado un monstruoso desarrollo.

La intensa radiación había llegado a ser para ellos una necesidad vital. Primeros astronautas de la naturaleza, habían cambiado la faz del firmamento. Mucho después de que los hombres hubieran agotado todas las soluciones, retirándose a los árboles de donde venían, los traveseros habían reconquistado aquella senda vacante. Mucho después de que la inteligencia dejara de dominar el mundo, los traveseros unieron el globo verde y el blanco con una indisoluble telaraña, antes el símbolo de lo fútil.

El travesero descendió entre el follaje de las Copas, tiesos los pelos del dorso mimético, verdinegro. Mientras descendía, capturó unas criaturas que revoloteaban entre los cables, y las absorbió. Cuando los gorgoteos cesaron, se quedó dormido.

Unos zumbidos lo sacaron del sueño. Vio, borrosamente, unas líneas amarillas y negras. Había sido descubierto por una pareja de moscatigres.

El travesero se puso en seguida en movimiento. La enorme masa, contraída en la atmósfera, tenía una longitud de casi dos kilómetros, y sin embargo se desplazaba leve como el polen, trepando por un cable en busca de la seguridad del vacío.

Entretanto, las patas que rozaban la telaraña fueron recogiendo esporas, rondanas, seres diminutos y seis urnas que contenían a seis humanos inertes. Las seis urnas quedaron colgadas de una pata.

Cuando alcanzó una altura de varios kilómetros, el travesero se detuvo. Recobrándose, despidió un globo de oxígeno, que quedó levemente adherido a un cable. Hubo una pausa. Los palpos temblaron. Luego el travesero ascendió decididamente en el espacio. El volumen de la masa fue creciendo a medida que disminuía la presión.

La velocidad del travesero aumentó. Plegó las patas, y las fileras subabdominales emitieron una tela nueva. Así se propulsaba el travesero, un enorme organismo vegetal casi insensible, mientras giraba lentamente para estabilizar su propia temperatura.

Bañado por las intensas radiaciones, el travesero disfrutaba. Estaba en su elemento.

Daphe despertó. Abrió los ojos y miró sin comprender. Lo que veía parecía incomprensible. Sólo sabía que había subido. Era una existencia nueva y no esperaba que tuviera significado.

Parte de lo que veía desde la urna estaba eclipsado por unos mechones amarillentos que podían ser pelo o paja. Todo lo demás era indistinto, borrado por una luz cegadora o por una profunda oscuridad. La luz y la sombra daban vueltas.

Daphe divisó poco a poco otros objetos. El más notable era una espléndida semiesfera verde, tachonada de blanco y azul. ¿Era una fruta? Arrastraba cables que brillaban aquí y allá; numerosos cables, plateados o dorados a la luz caprichosa. Identificó, a cierta distancia, dos traveseros; se desplazaban de prisa y parecían momificados. Había puntos de luz intensos, dolorosos. Todo era confuso.

Estaba en la morada de los dioses.

Daphe no sentía nada. Un curioso embotamiento la mantenía quieta, sin ganas de moverse. El olor en la urna era extraño. El aire parecía denso. Todo era como una pesadilla. Daphe abrió la boca; las mandíbulas, pegajosas, reaccionaban lentamente. Gritó. No emitió ningún sonido. El dolor la aturdió, apretándole los costados.

Todavía boqueando, volvió a cerrar los ojos.

Como un gran globo peludo, el travesero descendía hacia la luna.

No podía decirse que pensara, pues era poco más que un mecanismo. Sin embargo, en algún lugar de la masa tuvo la noción de que el agradable viaje era demasiado breve, de que podía haber otras rutas de navegación. A fin de cuentas, las odiadas moscatigres eran ahora tan numerosas, y tan molestas, en la luna como en la Tierra. Tal vez hubiera algún lugar pacífico en otra parte, otra de esas semiesferas verdes, al calor de los deliciosos rayos...

Quizás alguna vez valiera la pena echarse a navegar con el vientre repleto y un rumbo nuevo...

Eran muchos los traveseros que se cernían sobre la luna. Las redes se enmarañaban por todas partes. La luna era la base preferida de los traveseros, mucho más agradable que la tierra, donde el aire era denso y las patas se movían torpemente. Habían sido los primeros en descubrirla, exceptuando algunos seres ínfimos que habían desaparecido mucho antes. Eran los últimos señores de la creación. Los más grandes y poderosos. Estaban disfrutando de la larga y perezosa supremacía del ocaso.

El travesero retardó la marcha; dejó de hilar cables. A su modo, sin prisas, descendió por una red a la pálida vegetación lunar...

En la luna las condiciones eran muy distintas de las del pesado planeta. Allí nunca se habían impuesto los banianos de muchos troncos; en aquel aire tenue, de tan escasa gravedad, perdían fuerza y se derrumbaban. Allí, en vez de banianos, crecían apios y perejiles monstruosos, y fue sobre un lecho de estas plantas donde se posó el travesero. Siseando, como fatigado, sopló una nube de oxígeno, y se dejó caer, frotando el cuerpo y las patas en el follaje, desprendiéndose de cáscaras, polvo, nueces, hojas, y seis semillas de quemurna. Las semillas rodaron por el suelo y se detuvieron.

Haris, el hombre, fue el primero en despertar. Gimió al sentir un súbito dolor en los costados, y trató de incorporarse. La frente golpeó la pared de la urna y le recordó dónde estaba. Doblando piernas y brazos, empujó la tapa del ataúd.

Al principio, encontró resistencia, y de pronto la urna entera se hizo trizas. Haris quedó tendido en el suelo. Los rigores del vacío habían destruido la cohesión de la urna.

Incapaz de recobrase, Haris permaneció tendido, sin moverse. Le latían las

sienes, y el fluido que le entraba en los pulmones tenía un olor desagradable. Jadeó, buscando aire puro. Al principio le pareció tenue y frío, y sin embargo lo aspiró con gratitud.

Al rato, tuvo fuerzas para mirar alrededor.

Desde un matorral cercano, unos zarcillos largos y amarillos se estiraban y venían afanosamente hacia él. Alarmado, miró hacia todos lados, en busca de una mujer que lo protegiera. No había ninguna mujer a la vista. Torpemente, con los brazos muy rígidos, sacó el cuchillo del cinturón, se puso de costado y seccionó los zarcillos a medida que se acercaban. ¡Eran un enemigo fácil de vencer!

Haris gritó de pronto al ver su propia carne. Se levantó de un salto, tambaleante, asqueado de sí mismo. Estaba cubierto de costras. Peor aún: mientras las ropas se le desprendían en jirones, notó que en los brazos, costillas y piernas le crecía una masa de carne correosa. Cuando levantó los brazos, la masa se estiró, casi como alas. Estaba estropeado; su hermoso cuerpo era una horrible ruina.

Un ruido le hizo volverse, y por primera vez recordó a los otros. Lily-yo estaba zafándose de los restos de la urna, y alzó una mano a guisa de saludo.

Espantado, Haris vio que Lily-yo estaba también desfigurada. En realidad, la reconoció apenas. Tenía todo el aspecto de uno de los odiados hombres volantes. Haris se arrojó al suelo y se echó a llorar, con miedo y repugnancia en el corazón.

Lily-yo no estaba hecha para llorar. Sin hacer caso de sus propias deformaciones dolorosas, respirando con mucho trabajo, se puso en movimiento, buscando los otros cuatro ataúdes.

El primero que encontró fue el de Flor, aunque estaba medio sepultado. Un golpe con una piedra lo desintegró. Lily-yo levantó a su amiga, tan horriblemente transformada como ella. Flor se recobró en muy poco tiempo. Aspirando roncamente el aire extraño, también ella se incorporó. Lily-yo la dejó para ir en busca de las demás. Aunque muy aturdida, se alegró de sentir la extraña levedad del cuerpo sobre las piernas doloridas.

Daphe estaba muerta. Yacía rígida y amoratada en su urna. Lily-yo rompió la urna y la llamó a gritos, pero Daphe no se movió. Le asomaba la lengua hinchada y horrible. Daphe estaba muerta. Daphe, la que había vivido, Daphe, la que había cantado con voz dulce.

Hy también estaba muerta. No era más que un objeto lastimoso que yacía encogido en el ataúd, un ataúd que se había agrietado en el azaroso viaje entre los mundos. Cuando el golpe de Lily-yo quebró el ataúd, Hy se deshizo en polvo. Hy había muerto. Hy, la que había engendrado un niño hombre. Hy, la de los pies ligeros.

La urna de Jury era la última. Jury se movió cuando la mujer jefe llegó hasta ella y apartó las rondonas de la caja transparente. Un minuto después estaba sentada, mirándose con estoico desagrado las deformaciones del cuerpo, respirando el aire

áspero. Jury vivía.

Haris se acercó tambaleante a las mujeres. Llevaba su alma en la mano.

—¡Sólo nosotros cuatro! —exclamó—. ¿Hemos sido recibidos por los dioses o no?

—Sentimos dolor y por lo tanto vivimos —dijo Lily-yo—. Daphe y Hy han caído en la espesura verde.

Con amargura, Haris arrojó su alma al suelo y la pisoteó.

—¡Mirad lo que parecemos! —gritó—. Más nos valiera estar muertos.

—Antes de decidirlo, comamos —dijo Lily-yo.

Penosamente, entraron en el matorral, atentos otra vez a los posibles peligros. Flor, Lily-yo, Jury y Haris se sostenían mutuamente. La idea de tabú había quedado un tanto olvidada.

—¡Aquí no crecen árboles de verdad! —Protestó Flor, mientras se abrían paso entre unos apios gigantescos, cuyas crestas ondeaban allá arriba.

—¡Cuidado! —gritó Lily-yo.

Tiró de Flor, retrocediendo. Algo había cascabeleado lanzándoles una dentellada, como un mastín encadenado, alcanzando casi la pierna de Flor.

Un trampón, al no haber conseguido su presa, reabría lentamente las mandíbulas, mostrando los dientes verdes. Era sólo una sombra de los terribles garratrampas que vivían en la selva terrestre. Tenía las mandíbulas muy débiles, se movía con más lentitud. Aquí, sin el amparo de los gigantescos banianos, los garratrampas eran seres desheredados.

Los humanos tuvieron pronto una impresión parecida. Durante innumerables generaciones ellos y sus antepasados habían vivido en los árboles altos. La seguridad era arbórea. Aquí había árboles, pero eran árboles de apio y perejil sin la firmeza pétreo y las ramas innumerables del baniano gigante.

Se desplazaron, pues, nerviosos, desorientados, doloridos, sin saber dónde estaban ni por qué.

Fueron pronto atacados por bricatrepas y espinaserras. Las rechazaron. Eludieron un enorme matorral de musgortiga, más alto y más ancho que cualquiera de los que habían encontrado en la Tierra. Lo que perjudicaba a un grupo de plantas favorecía a otras. Subieron una ladera y llegaron a un estanque alimentado por un arroyuelo. En las orillas había bayas y frutas dulces al paladar, buenas para comer.

—Esto no es tan malo —comentó Haris—. Tal vez podamos vivir aún.

Lily-yo le sonrió. Haris era el más problemático, el más perezoso. Pero le agradaba tenerlo todavía al lado. Después de bañarse en el estanque, Lily-yo lo volvió a mirar. Por muy extrañas que resultaran las escamas que lo cubrían y las anchas excrecencias de carne que le colgaban a los lados, Haris era todavía atractivo, simplemente porque era Haris. Lily-yo tuvo la esperanza de no haber cambiado demasiado. Tomó un pedrusco dentado y se echó la melena hacia atrás; sólo se le desprendieron algunos cabellos.

Después del baño, comieron. Haris trabajó entonces, buscando cuchillos nuevos en los zarzales. No eran tan duros como los de la Tierra, pero no contaban con otra cosa. Luego, descansaron al sol.

La vida de los humanos había cambiado por completo. Habían vivido guiados más por el instinto que por la inteligencia. Sin el grupo, sin el árbol, sin la tierra, nada los orientaba allí y no sabían qué hacer. Se tendieron, pues, a descansar.

Tendida en aquel lugar, Lily-yo observó los alrededores. Todo era muy extraño. Sintió que se le encogía el corazón.

Aunque el sol brillaba como siempre, el cielo era de un azul turquesa. Y aquella semiesfera que resplandecía en el cielo toda manchada de verde, azul y blanco: Lily-yo no podía reconocerla como el lugar donde había vivido. Hacia ella subían unas fantasmales líneas de plata; más cerca, centelleaba la maraña de las redes traveseras, dibujando venas en el cielo. Los traveseros se desplazaban por allí arriba como nubes, los grandes cuerpos en serena laxitud.

Todo aquello era el imperio, la creación de los traveseros. En los primeros viajes a la luna, hacía milenios, habían esparcido literalmente las semillas de este mundo. En un comienzo, habían languidecido y muerto por millares en la inhóspita ceniza, pero hasta los muertos habían dejado allí unos modestos legados de oxígeno, suelo y esporas, y algunas semillas habían germinado en los cadáveres fecundos. Luego de siglos de sopor, habían echado raíces.

Crecieron. Aturdidas y doloridas al principio, las plantas crecieron. Con tenacidad vegetal, crecieron. Se extendieron. Prosperaron. Poco a poco los yermos de la faz iluminada de la luna se cubrieron de verde. En los cráteres, medraron las enredaderas. En las laderas desoladas, serpearon los perejiles. A medida que aparecía la atmósfera, florecía la magia de la vida, fortaleciéndose, vigorosa y rápida. Más que cualquier otra especie dominante en el pasado, los traveseros colonizaron la luna.

La pequeña Lily-yo no sabía nada de todo esto, ni le importaba. Apartó la mirada del cielo.

Flor se había arrastrado hasta Haris, el hombre. Se apretaba contra Haris y él la abrazaba y cubría a medias con su nueva piel, mientras ella le acariciaba el pelo.

Furiosa, Lily-yo se levantó de un salto, dio a Flor un puntapié en la espinilla y luego se arrojó sobre ella, con uñas y dientes para sacarla de allí. Jury corrió a ayudarla.

—¡No es momento para aparearse! —gritó Lily-yo—. ¿Cómo te atreves a tocar a Haris?

—¡Suéltame! ¡Suéltame! —le gritó Flor—. Haris me tocó primero.

Haris, desconcertado, se incorporó de un salto. Estiró los brazos, los movió arriba y abajo, y se elevó sin esfuerzo por el aire.

—¡Mirad! —exclamó con alarmado deleite—. ¡Mirad lo que puedo hacer!

Trazó un círculo en un peligroso vuelo sobre las cabezas de las mujeres. Luego perdió el equilibrio y cayó de cabeza, despatarrado, boquiabierto. Se hundió en el estanque.

Tres hembras humanas, angustiadas, temerosas y enamoradas se zambulleron detrás de Haris.

Mientras se secaban, oyeron ruidos en la espesura. En seguida se pusieron en guardia. Volvían a ser ellos mismos. Sacaron las espadas nuevas y observaron el matorral.

Cuando apareció, el ajabazo no era como sus hermanos de la Tierra. No se erguía tiesamente como el títere de la caja de sorpresas; se arrastraba por el suelo como una oruga.

Los humanos vieron el ojo deformado que asomaba entre los apios. Se volvieron sin pérdida de tiempo y escaparon.

Aunque el peligro había quedado atrás, continuaron marchando rápidamente, sin saber lo que buscaban. Luego durmieron y comieron, y siguieron avanzando, a través de la vegetación interminable, a la invariable luz del día, hasta que de pronto el bosque se interrumpió.

Delante de ellos, todo parecía cesar y luego empezar otra vez.

Cautelosamente, se acercaron a ver a dónde habían llegado. El suelo había sido hasta entonces muy desigual. Allí se abría del todo en una ancha grieta. Más allá de la grieta la vegetación crecía de nuevo. Pero ¿cómo podían los humanos salvar aquel abismo? Los cuatro permanecieron inmóviles, de pie, allí donde los helechos terminaban, mirando con angustia el borde distante de la grieta.

Haris el hombre contrajo el rostro dolorosamente como si se le hubiera ocurrido una idea inquietante.

—Lo que hice antes... yendo por el aire —comenzó torpemente—. Si lo hiciéramos otra vez, los cuatro, iríamos por el aire hasta el otro lado.

—¡No! —dijo Lily-yo—. No irás. Cuando subes, bajas. de golpe. Caerás en la espesura.

—Esta vez lo haré mejor. Creo que ya domino el arte.

—¡No! —repitió Lily-yo—. No irás. No es seguro.

—Déjalo ir —pidió Flor—. Dice que domina el arte.

Las dos mujeres se volvieron para mirarse. Haris aprovechó la oportunidad. Alzó los brazos, los agitó, se levantó algo del suelo y movió también las piernas. Antes de que tuviera tiempo de asustarse, estaba volando sobre el abismo.

Cuando comenzó a perder altura, Flor y Lily-yo, impulsadas por el instinto, también se lanzaron a la grieta. Extendieron los brazos y se deslizaron en un vuelo descendente detrás de Haris, sin dejar de gritar. Jury quedó atrás, llamándolas con desconcertada furia.

Haris recuperó en parte el equilibrio y consiguió alcanzar, pesadamente, un reborde en la otra pared de la grieta. Las dos mujeres se posaron junto a Haris, excitadas, farfullando reproches. Levantaron los ojos, aferrándose al risco para no caer. Los dos bordes de la grieta, donde se alineaban los helechos, sólo dejaban ver un estrecho segmento del cielo morado. Jury no estaba a la vista, pero alcanzaban a oír sus gritos. La llamaron, también a gritos.

Detrás del reborde, se abría un túnel en la pared del risco. Toda la cara de esa roca estaba horadada por túneles parecidos, como una esponja. Tres hombres volantes

aparecieron de pronto en el primer agujero, dos machos y una hembra, provistos de cuerdas y lanzas.

Flor y Lily-yo estaban agachadas sobre Haris. Antes que tuvieran tiempo de recobrase, fueron arrojadas al suelo y atadas con cuerdas. Otros hombres volantes salían de distintos agujeros y volaban planeando para ayudar a los captores. Aquí volaban más firme, más serenamente que en la tierra,.

—¡Llévalos adentro! —gritaron.

Los hombres de rostros alertas, inteligentes, rodearon afanosamente a los cautivos y los arrastraron a la obscuridad del túnel.

Asustados, Lily-yo, Flor y Haris se olvidaron de Jury, todavía acurrucada al borde del abismo. Nunca más la vieron.

El túnel descendía en una leve pendiente. Al fin se curvó y desembocó en otro túnel horizontal. Este se abrió a una caverna inmensa de paredes y techos lisos y regulares. Por un extremo entraba una luz diurna gris, pues la caverna estaba en el fondo de la grieta.

Los tres cautivos fueron llevados al centro de la caverna. Les quitaron los cuchillos y los dejaron en libertad. Mientras se agrupaban, intranquilos, uno de los hombres volantes se acercó y habló.

—No os haremos daño mientras no sea necesario —dijo—. Habéis llegado por la travesera desde el Mundo Pesado. Sois nuevos aquí. Cuando hayáis aprendido nuestras maneras, os uniréis a nosotros.

—Yo soy Lily-yo —dijo Lily-yo con orgullo—. Déjame ir. Somos tres humanos, no hombres volantes.

—Sí, humanos, y nosotros hombres volantes. Y vosotros hombres volantes y nosotros humanos, porque somos iguales. No sabes nada. Pronto sabrás muchas cosas, cuando hayas visto a los Cautivos. Ellos te dirán muchas cosas.

—Yo soy Lily-yo. Sé muchas cosas.

—Los Cautivos te dirán muchas cosas más.

—Si hubiera muchas cosas más, yo las sabría. Porque yo soy Lily-yo.

—Yo soy Band Appa Bondi y te digo que vengas a ver a los Cautivos. Lo que dices es charla tonta del Mundo Pesado, Lily-yo.

Varios hombres volantes comenzaban a mostrarse agresivos. Haris le dio un codazo a Lily-yo y murmuró: —Hagamos lo que él dice. No pongas las cosas más difíciles.

A regañadientes, Lily-yo se dejó conducir a otra cámara, con Haris y Flor. Esta cámara estaba medio en ruinas, y hedía. En el fondo, había un derrumbe de roca desintegrada. Los infatigables rayos solares que entraban por el hueco del techo formaban un círculo en el suelo y parecían tener alrededor una cortina de luz amarilla. Cerca de esta luz estaban los Cautivos.

—No temas verlos —dijo Band Appa Bondi, adelantándose—. No te harán daño.

Aquella introducción tranquilizadora era necesaria, porque los Cautivos no tenían un aspecto agradable.

Los Cautivos eran ocho y estaban encerrados en ocho quemurnas lo bastante grandes como para servirles de celdas estrechas. Las celdas estaban agrupadas en un semicírculo. Band Appa Bondi condujo a Lily-yo, Flor y Haris al centro del semicírculo, desde donde podían observar y ser observados.

Los Cautivos eran un penoso espectáculo. Todos tenían alguna deformidad. A uno le faltaban las piernas. Otro no tenía carne en la mandíbula inferior. Otro mostraba cuatro brazos enanos y sarmentosos. Un cuarto tenía unas alas de carne que enlazaban los lóbulos de las orejas y los pulgares, de modo que vivía con las manos perpetuamente levantadas hacia la cara. Un quinto tenía dos brazos y una pierna sin huesos, como colgantes trozos de carne. El sexto arrastraba unas alas monstruosas, como alfombras. El séptimo se ocultaba detrás de una pantalla de excrementos, con los que embadurnaba las paredes transparentes de la celda. Y el último tenía una segunda cabeza, una excrescencia marchita, cuyos ojos se mantenían malévolamente fijos en Lily-yo. Este último Cautivo, que parecía el jefe de los otros, habló, utilizando la boca de la cabeza principal.

—Yo soy el Cautivo jefe. Os saludo, hijos, y os invito a conoceros a vosotros mismos. Sois del Mundo Pesado. Nosotros somos del Mundo Verdadero. Habéis venido, pues sois de los nuestros. Aunque vuestras alas y cicatrices son nuevas, os invitamos a uniros a nosotros.

—Yo soy Lily-yo. Somos humanos, no hombres volantes. No nos uniremos a vosotros.

Los Cautivos gruñeron con fastidio. El Cautivo jefe habló de nuevo.

—¡Siempre tenemos que oír la misma cháchara de vosotros, los del Mundo Pesado! Comprende que os habéis unido a nosotros, porque os habéis vuelto como nosotros. Vosotros hombres volantes, y nosotros humanos. Sabéis poco y sabemos mucho.

—Pero nosotros...

—¡Basta de esa charla estúpida, mujer!

—Nosotros...

—Calla, mujer, y escucha —dijo Band Appa Bondi.

—Sabemos mucho —repitió el Cautivo jefe—. Te diremos algo. Quienes hacen el viaje desde el Mundo Pesado cambian. Algunos mueren. A los que viven les crecen alas. Entre los dos mundos hay rayos muy fuertes, muchos, que no se ven ni se sienten, que nos cambian los cuerpos. Cuando llegas aquí, cuando llegas al Mundo Verdadero, te conviertes en humano verdadero. La larva de la moscatigre no es una moscatigre hasta que cambia. Así también cambian los humanos.

—No entiendo lo que dice —protestó tercamente Haris, echándose en el suelo. Pero Lily-yo y Flor escuchaban.

—A este Mundo Verdadero, como tú lo llamas, venimos a morir —dijo Lily-yo, titubeando.

El Cautivo de la mandíbula descarnada observó entonces: —La larva de la moscatigre cree morir cuando se transforma en moscatigre.

—Todavía eres joven —dijo el Cautivo jefe—. Aquí comienzas otra vida. ¿Dónde están vuestras almas?

Lily-yo y Flor se miraron. Al huir del ajabazo se habían desprendido descuidadamente de las almas. Haris había pisoteado la suya. ¡Era inconcebible!

—¿Ves? Ya no la necesitas. Eres aún joven. Puedes tener criaturas. Algunas pueden nacer con alas.

El cautivo de los brazos sin huesos añadió: —Algunas pueden nacer mal, como nosotros. Algunas pueden nacer bien.

—¡Sois demasiado horribles para vivir! —protestó Haris—. ¿Cómo no os matan por vuestra fealdad?

—Porque sabemos todas las cosas —contestó el Cautivo jefe. De pronto, la segunda cabeza se irguió y dijo: —Tener una buena forma no es todo en la vida. Lo importante es saber. Como nosotros no podemos movernos bien, podemos... pensar. Esta tribu del Mundo Verdadero es buena y reconoce el valor de cualquier forma de pensamiento. Por eso deja que la gobernemos.

Flor y Lily-yo murmuraron a la vez.

—¿Dices que unos pobres Cautivos gobiernan el Mundo Verdadero? —preguntó finalmente Lily-yo.

—Así es.

—Entonces ¿por qué os tienen cautivos?

El hombre volante de lóbulos y pulgares enlazados en un perpetuo ademán de protesta, habló por primera vez, con una voz cálida y estrangulada.

—Gobernar es servir, mujer. Quienes tienen poder son esclavos del poder. Sólo el proscrito es libre. Como somos Cautivos, tenemos tiempo para hablar, pensar, proyectar y saber. Quienes saben manejan los cuchillos de otros. Nosotros somos el poder, aunque gobernamos sin poder.

—Nadie te lastimará, Lily-yo —agregó Band Appa Bondi—. Vivirás entre nosotros y disfrutarás de una vida libre de todo daño.

—¡No! —dijo el Cautivo jefe con las dos bocas—. Este otro ser, el varón, es evidentemente inútil; pero antes que puedan disfrutar de nada, Lily-yo y su compañera Flor han de ayudarnos en el proyecto.

—¿Les vamos a hablar de la invasión? —preguntó Bondi.

—¿Por qué no? Lily-yo y Flor, habéis llegado aquí en un momento propicio. Los

recuerdos del Mundo Pesado y de la vida salvaje están todavía frescos en vosotras. Necesitamos esos recuerdos. Por eso os invitamos a volver al Mundo Pesado.

—¿Volver allá? —preguntó Flor boquiabierta.

—Sí. Proyectamos un ataque al Mundo Pesado. Vosotras nos ayudaréis a dirigir nuestras fuerzas.

6

La larga tarde de la eternidad se consumía, el largo camino dorado de una tarde que alguna vez desembocaría en la noche permanente. Había movimiento, pero un movimiento en el que nada ocurría excepto aquellos sucesos insignificantes que tan grandes parecían a las criaturas que participaban en ellos.

Para Lily-yo, Flor y Haris hubo muchos acontecimientos. Ante todo, aprendieron a volar.

Los dolores relacionados con las alas desaparecieron pronto, al fortalecerse la nueva carne maravillosa, los maravillosos tendones nuevos. Remontar vuelo en aquella leve gravedad era un deleite cada vez mayor; allí no se conocían los torpes aleteos de los hombres volantes en el Mundo Pesado.

Aprendieron a volar y luego a cazar en bandadas. Llegado el momento, fueron preparados para llevar a cabo el plan de los Cautivos.

Fue una serie afortunada de accidentes la que condujo a los humanos a aquel mundo, y lo fue todavía más con el correr de los milenios. Porque, gradualmente, los humanos se adaptaron al Mundo Verdadero. El factor de supervivencia aumentó; se hicieron más poderosos. Y mientras tanto, las condiciones del Mundo Pesado eran cada vez más adversas; sólo la vegetación medraba allí.

Lily-yo, por lo menos, advirtió muy pronto cuánto más fácil era allí la vida. Sentada con Flor y otros diez o doce, comía pasta de alfombrón, a la espera de cumplir la orden de los Cautivos y partir hacia el Mundo Pesado.

Le costaba expresar lo que sentía.

—Aquí estamos seguros —dijo, señalando la vastedad de la tierra verde que se extendía bajo la plateada red de telarañas.

—Si no hubiera moscatigres, sería mejor aún —comentó Flor.

Descansaban en una cumbre desnuda, donde el aire era tenue y ni las enredaderas gigantes se atrevían a trepar. Aquel verde turbulento se extendía allá lejos, abajo, casi como en la Tierra, aunque contenido por formaciones circulares de rocas.

—Este mundo es más pequeño —insistió Lily-yo, tratando una vez más de que Flor entendiera lo que pensaba—. Aquí somos más grandes. No necesitamos combatir.

—Pronto tendremos que combatir.

—Pero luego volveremos aquí. Es un lugar menos feroz, menos peligroso y sin tantos enemigos. Aquí, los grupos podrían vivir con menos miedo. A Veggy y Toy, May, Gren, y a los otros niños, les gustaría.

—Echarían de menos los árboles.

—Pronto olvidaremos los árboles. En cambio, ahora tenemos alas. Es una cuestión de costumbres.

Conversaban a la sombra inmóvil de una roca. Allí arriba, como burbujas de plata en un cielo purpúreo, los traveseros se movían, tejiendo redes, bajando de cuando en cuando a los apios de la superficie. Mientras observaba esas maniobras, Lily-yo pensó en el proyecto que habían elaborado los Cautivos e imaginó una serie de cuadros animados.

Sí, los Cautivos sabían. Podían prever más cosas que ella. Ella y los suyos habían vivido como plantas, haciendo lo que correspondía en cada instante. Los Cautivos no eran plantas. Desde el interior de las celdas veían más que quienes estaban afuera.

Esto era lo que veían los Cautivos: los humanos que habían llegado al Mundo Verdadero tenían pocos hijos, porque eran viejos o porque los rayos que les habían dado alas les habían matado la simiente; el lugar era bueno y sería todavía mejor si hubiese más humanos; y un modo de que hubiese más humanos era traer criaturas y niños del Mundo Pesado.

Esto se había hecho desde tiempos inmemoriales. Hombres volantes intrépidos habían viajado de regreso a aquel mundo, a robar niños. Los hombres volantes habían atacado al grupo de Lily-yo cuando subía a las Copas, habían ido allí a cumplir esa misión. Se habían llevado a Bain para traerla al Mundo Verdadero en una quemurna... y nadie había vuelto a verlos.

Eran muchos los peligros y las adversidades que acechaban en el largo viaje de ida y vuelta. De todos los que iban, pocos regresaban.

Ahora, los Cautivos habían concebido un proyecto mejor y más audaz.

—Aquí llega un travesero —dijo Band Appa Bondi—. Preparémonos a partir.

Caminó al frente del grupo de doce volantes, los elegidos para este nuevo intento. El era el jefe. Lily-yo, Flor y Haris lo ayudarían, con otros ocho, tres varones, y cinco hembras. Sólo uno, el mismo Band Appa Bondi, había sido traído de niño desde el Mundo Pesado; los demás habían llegado allí en la misma forma que Lily-yo.

Lentamente, el grupo se levantó y extendió las alas. Había llegado el momento de iniciar la gran aventura. Sentían, sin embargo, un poco de miedo; no podían prever el futuro, como los Cautivos, con la excepción tal vez de Band Appa Bondi y Lily-yo, quien se animó diciéndose: —Así anda el mundo—. Luego, todos extendieron los brazos y volaron al encuentro del travesero.

El travesero había comido.

Había atrapado a uno de sus más sabrosos enemigos, una moscatigre, en una telaraña, y le había succionado el interior hasta dejar sólo una especie de caparazón. Descendió en un campo de apios, aplastando hojas y tallos. Poco a poco, comenzó a germinar. Luego se elevaría hacia las inmensidades negras, donde el calor y las radiaciones lo llamaban. Había nacido en este mundo. Como era joven, no había viajado aún al otro mundo, a la vez temido y deseado.

Los brotes le aparecían en el lomo, se elevaban, estallaban, caían al suelo y se

escurrían hundiéndose entre la pulpa y los residuos. Allí, durante diez mil años, crecerían en paz.

Aunque joven, el travesero estaba enfermo. El no lo sabía. La moscatigre enemiga era la causa, pero esto el travesero tampoco lo sabía. La enorme masa era poco sensible.

Los doce humanos planearon y descendieron en el lomo, cerca del abdomen, fuera del campo de visión del racimo de ojos. Se escondieron entre las fibras duras que les llegaban a los hombros y que eran los pelos del travesero. Miraron alrededor. Un rayoplán pasó veloz por encima y desapareció. Tres tumbonas se escurrieron por entre las fibras y no se las vio más. Todo estaba tranquilo, como en una colina desierta.

Al fin se desplegaron y avanzaron en fila: las cabezas gachas, los ojos escrutadores. Band Appa Bondi iba en un extremo y Lily-yo en el otro. El cuerpo del travesero parecía una ladera empinada, con grietas, hoyos y cicatrices, y el descenso no era fácil. Las fibras tenían distintos colores, negro, verde y amarillo, y dividían en franjas la enorme masa del travesero, que observada desde el aire se confundía con el entorno. En muchos lugares unas duras plantas parasitarias habían echado raíces, y se alimentaban exclusivamente de la enorme masa; casi todas perecerían cuando el travesero se lanzase al espacio entre los mundos.

Los humanos trabajaban. En una ocasión fueron derribados por un cambio de posición del travesero. A medida que la ladera se empinaba, bajaban más lentamente.

—¡Aquí! —gritó Y Coyin, una de las mujeres.

Habían encontrando por fin lo que buscaban, de acuerdo con el consejo de los Cautivos.

Apiñado alrededor de Y Coyin, con los cuchillos preparados, el grupo miró hacia abajo. En aquel sitio las fibras habían sido segadas como con una hoz, dejando un trozo desnudo, una especie de costra redonda, ancha, mayor que un humano de pie. Lily-yo se agachó y la palpó. Era muy dura.

Lo Jint puso el oído sobre la costra. Silencio.

Todos se miraron.

Se arrodillaron y metieron los cuchillos como palancas bajo los bordes de la costra. El travesero se movió, y todos se tendieron, apretados contra el cuerpo. Cerca brotó un germen, estalló, y rodó por la ladera. Una larguja lo devoró mientras caía. Los humanos siguieron trabajando.

La costra se movió. La levantaron. Vieron la boca de un túnel oscuro y viscoso.

—Yo entraré primero —dijo Band Appa Bondi.

Descendió al túnel. Los otros lo siguieron. El cielo oscuro permaneció allá arriba como un círculo, hasta que el duodécimo humano entró en el túnel. Luego acomodaron otra vez la costra. Se oyó un ruido sordo, un suave burbujeo, y la costra

empezó a cerrarse como la carne de una herida.

Sin moverse, se quedaron allí acurrucados durante mucho tiempo, en la cavidad que palpitaba levemente, los cuchillos listos y las alas plegadas. Los corazones humanos latían con fuerza.

En más de un sentido estaban en territorio enemigo. Los traveseros eran aliados sólo por accidente; devoraban a los humanos como —devoraban cualquier otra cosa. Pero el túnel era obra de la depredadora negra y amarilla, la moscatigre. Uno de los últimos insectos sobrevivientes, la vigorosa y hábil moscatigre atacaba una y otra vez al más invencible de todos los seres vivos.

La moscatigre hembra se posa en el travesero y horada en él un túnel. Excava y excava hasta que al fin se detiene y prepara una cámara natal, paralizando la carne del travesero con el aguijón, para impedir que cure. Antes de volver a la luz del día la moscatigre desova. Cuando los huevos maduran, las larvas se alimentan de la carne fresca y viva.

Al cabo de un rato, Band Appa Bondi hizo una señal y el grupo avanzó, descendiendo desmañadamente por el túnel. Los guiaba una débil luminiscencia. El aire era denso y tenía un olor vegetal. Los humanos se desplazaban muy lentamente, en silencio, pues algo se movía allá adelante.

De pronto, el movimiento se les echó encima.

—¡Cuidado! —gritó Band Appa Bondi.

En aquella terrible obscuridad, algo atacaba a los intrusos.

Antes que lo advirtieran, habían llegado a un sitio donde el túnel se ensanchaba formando la cámara natal. Los huevos de la moscatigre habían madurado. innumerables larvas con mandíbulas anchas como brazos de hombre se habían vuelto contra los intrusos y daban dentelladas feroces, iracundas y asustadas.

Casi en el mismo instante en que Band Appa Bondi partía en dos a la primera atacante, otra le cortó la cabeza de una dentellada. El desdichado cayó y sus compañeros avanzaron sobre él en la obscuridad. Precipitándose hacia adelante, eludían las mortales mandíbulas.

Detrás de las cabezas duras, el cuerpo de las larvas era blando y rechoncho. Bastaba un golpe de espada para que estallaran, con las entrañas al aire. Eran combativas, pero aún no sabían combatir. Los humanos acuchillaban furiosamente, las esquivaban, y las acuchillaban. No murió allí ningún otro humano. Apoyados de espaldas en la pared, herían de filo y punta, destrozando mandíbulas, desgarrando vientres endebles. Mataron sin tregua, sin odio ni misericordia, con las piernas hundidas hasta las rodillas en una especie de lodo. Las larvas lanzaban dentelladas, se retorcían y morían. Con un gruñido de satisfacción, Haris acuchilló a la última.

Agotados, los once humanos se arrastraron de vuelta al túnel, a esperar a que las paredes absorbieran el lodo horrible. Y a esperar luego mucho más.

El travesero se sacudió en el lecho de apios. Sentía unos vagos impulsos. Las cosas que había hecho. Las cosas que tenía que hacer. Las cosas que había hecho estaban hechas, las que tenía que hacer estaban todavía por hacer. Expulsó un globo de oxígeno y se incorporó.

Lentamente al principio, trepó por un cable, hacia la red donde el aire se enrarecía. Siempre, siempre antes de la tarde eterna se había detenido allí. Pero esta vez no había por qué detenerse. El aire no era nada y el calor lo era todo, el calor que incitaba y acicateaba, atraía y acariciaba más y más, mientras él iba subiendo.

Lanzó un cable desde una filera. Cada vez con más rapidez, con más decisión, continuó subiendo. Impulsaba hacia arriba la poderosa masa vegetal, alejándose del sitio donde volaban las moscatigres. Allí delante a una distancia incalculable flotaba un semicírculo de luz, blanco, azul y verde: un punto de mira.

Porque el sitio era muy solitario para un joven travesero; un sitio terrible y maravilloso, brillante y sombrío a la vez, colmado de nada. Gira mientras avanzas y te tostarás bien por ambos lados... No hay nada que pueda molestarte...

—Excepto, claro está, el pequeño grupo de humanos. Muy dentro de ti, te utilizan como un arca. No lo sabes, pero los llevas de regreso a un mundo que en otro tiempo, en una época inmemorial, perteneció a esa especie.

En casi toda la selva dominaba el silencio.

El silencio parecía pesar tanto sobre la selva como el espeso manto de follaje que cubría los territorios de la faz diurna del planeta. Era un silencio acumulado a lo largo de millones y millones de años, y que se ahondaba a medida que el sol irradiaba cada vez más energía en las etapas primeras de su declinación. Aquel silencio no significaba, sin embargo, ausencia de vida. Por el contrario, había vida por doquier, en una escala formidable. Pero el aumento de las radiaciones solares, que había extinguido a casi todo el reino animal, había tenido como última consecuencia el triunfo de la vida vegetal. Por todas partes, en miles de formas y disfraces, imperaban las plantas. Y los vegetales no tenían voz.

El nuevo grupo se desplazaba, al mando de Toy, a lo largo de las ramas innumerables, sin turbar nunca el profundo silencio. Viajaban allá entre las Copas, con manchas de luz y de sombra que caían sobre la piel verde de los cuerpos. Alertas siempre a cualquier posible peligro, se deslizaban con el mayor sigilo posible. El miedo los guiaba con un propósito aparente, aunque en realidad no iban a ninguna parte.

El movimiento les daba una necesaria ilusión de seguridad, por eso viajaban.

Una lengua blanca los detuvo.

La lengua bajó poco a poco a un lado de ellos. Silenciosa, Pegada casi al tronco protector, descendía de las Copas al Suelo distante: una cosa fibrosa y cilíndrica que parecía una víbora, áspera y desnuda. El grupo la observó, vio la punta que se desplegaba y desaparecía zambulléndose entre el follaje hacia el suelo oscuro de la selva.

—¡Un chuparraco! —dijo Toy a los otros niños.

Pese a que aún no se sentía muy segura como jefe del grupo, casi todos los niños —todos excepto Grenla rodearon, y la miraron con ansiedad, y luego se volvieron hacia la lengua.

—¿Puede hacemos daño? —preguntó Fay.

Fay era la más pequeña de las niñas, un año menor que la siguiente.

—Lo mataremos —dijo Veggy. Veggy era un niño hombre. Mientras saltaba por la rama de arriba abajo, el alma le resonaba como un cascabel—. Yo sé cómo matarlo. ¡Lo mataré!

—Yo lo mataré —dijo Toy, con firmeza.

Dio un paso adelante, mientras desenroscaba una cuerda de fibra que llevaba en la cintura.

Los otros la observaban, alarmados; no confiaban en la destreza de Toy. Casi todos eran ya adultos jóvenes, tenían los hombros anchos, los brazos recios, y los

largos dedos característicos de los humanos. Tres de ellos —una proporción generosa —eran niños hombres: el inteligente Gren, el seguro Veggy, el tranquilo Poas. Gren era el mayor de los tres. Gren se adelantó.

—Yo también sé cómo cazar al chuparraco —le dijo a Toy, mientras observaba el largo tubo blanco que todavía bajaba hundiéndose en la espesura—. Te sujetaré para que no te caigas, Toy. Necesitas ayuda.

Toy se volvió hacia él. Le sonrió, porque Gren era hermoso y porque algún día Gren se emparejaría con ella. En seguida frunció el ceño: ella era el jefe.

—Gren, tú ya eres un hombre. Es tabú tocarte, excepto en las épocas de acoplamiento. Yo capturaré al chuparraco. Luego iremos a las Copas para matarlo y comerlo. Haremos una gran fiesta, celebrando que yo mando ahora.

Las miradas de Gren y Toy se cruzaron, desafiantes. Así como ella no se había afirmado todavía en el papel de jefe, así Gren no había asumido —y le costaba hacerlo —el papel de rebelde. No aprobaba las ideas de Toy, pero aún no quería demostrarlo. Retrocedió, mientras jugueteaba con su alma, la pequeña imagen de madera de él mismo que llevaba colgada del cinturón, y que daba confianza.

—Haz lo que quieras —dijo.

Pero Toy ya se había marchado.

El chuparraco estaba posado en las ramas más altas de la selva. De origen vegetal, tenía muy poca inteligencia y un sistema nervioso rudimentario. Lo que le faltaba en este aspecto, le sobraba en volumen y longevidad.

Parecido a una semilla poderosa y alada, el chuparraco nunca plegaba las alas. Apenas se movían, pero las fibras flexibles y sensitivas de que estaban cubiertas, y una envergadura de cerca de doscientos metros, le permitían dominar las brisas que soplaban en ese mundo de invernáculo.

Posado así, en las ramas de más arriba, sacó aquella lengua increíble, y la hundió en las oscuras profundidades de la selva hacia el alimento que necesitaba. Al fin los botones tiernos de la punta tocaron el Suelo.

Cautelosos, lentamente, los sensitivos tentáculos de la lengua exploraron, listos para retraerse si tropezaban con alguno de los múltiples peligros de aquella región oscura. Esquivó hábilmente los musgos y los hongos gigantes hasta encontrar un trozo de tierra desnuda, pantanosa y espesa, repleta de alimento. La perforó y chupó.

—¡Bien! —dijo Toy cuando estuvo preparada. Sentía detrás de ella la excitación de los otros—. Que nadie haga ruido.

Había atado el cuchillo a la cuerda. Se inclinó hacia adelante y deslizó el cabo suelto alrededor del tubo blanco, encerrándolo en un nudo corredizo. Clavó el cuchillo en el árbol para asegurar la cuerda. Un momento después, la lengua se abultó y se desplegó todo a lo largo mientras el alimento que chupaba del suelo subía al «estómago» del chuparraco. El nudo se apretó. Aunque el chuparraco no lo sabía,

estaba preso ahora; ya no podía volar.

—¡Lo has hecho muy bien! —dijo Poyly, admirada.

Poyly era la mejor amiga de Toy, la emulaba en todo.

—¡Pronto, a las Copas! —gritó Tor. Ahora que está preso podremos matarlo.

Todos empezaron a trepar por el tronco más próximo, para llegar hasta el chuparraco. Todos menos Gren. Aunque no era desobediente por naturaleza, sabía que había modos más fáciles de Regar a las Copas. Como había aprendido de algunos adultos del viejo grupo, de Lily-yo y Haris el hombre, silbó por la comisura de los labios.

—¡Ven, Gren! —le gritó Poas, dándose vuelta.

Cuando vio que Gren meneaba la cabeza, Poas se encogió de hombros y siguió trepando por el árbol detrás de los otros.

Un torpón acudió al llamado de Gren, revoloteando lacónicamente a través del follaje. Las aspas giraban y en el extremo de cada varilla del quitasol volador crecían aquellas semillas de forma extraña.

Gren se encaramó en el torpón, se aferró con fuerza al mango de la sombrilla, y silbó sus instrucciones. Obedeciéndole perezosamente, el torpón lo llevó hacia arriba, y Gren llegó a las Copas justo detrás del resto del grupo, muy tranquilo, mientras los otros jadeaban.

—No tendrías que haberlo hecho —le dijo Toy con enfado—. Estuviste en peligro.

—Nadie me comió —replicó Gren.

Sin embargo tuvo de pronto un escalofrío, pues comprendió que Toy tenía razón. Subir por un árbol era trabajoso pero seguro. Flotar entre las hojas, donde en cualquier momento podían aparecer unas criaturas horribles y hundirlo a uno en la espesura, era fácil pero a la vez terriblemente peligroso. Sin embargo, ahora estaba a salvo. Los otros no tardarían en saber lo inteligente que era.

La lengua blanca y cilíndrica del chuparraco tanteaba aún los alrededores. El ave, posada justo arriba de donde estaba el grupo, giraba a uno y otro lado los ojos rudimentarios en busca de enemigos. No tenía cabeza. Colgado entre las alas tiesamente extendidas, estaba el cuerpo, una pesada bolsa cubierta por las protuberancias córneas de los ojos y unas excrecencias bulbosas; entre estas últimas pendía la vejiga del estómago, de la que salía la larguísima lengua. Desplegando toda la tropa, Toy les había ordenado que atacaran al monstruo desde varios puntos a la vez.

—¡Matadlo! —gritó—. ¡Ahora, saltad! ¡Pronto, niños míos!

Los niños saltaron sobre el chuparraco posado torpemente entre las ramas más altas, chillando con una excitación que hubiera enfurecido a Lily-yo.

El cuerpo del ave se hinchó, las alas se agitaron en una vegetal parodia de vuelo.

Ocho humanos —todos menos Gren —se abalanzaron sobre el follaje plumoso de la espalda, y hundieron los cuchillos en el epicarpio buscando el rudimentario sistema nervioso. En aquel follaje se escondían otros peligros. Despertada de su letargo, una moscatigre salió arrastrándose de una capa inferior de la espesura para toparse casi cara a cara con Poas.

Al encontrarse frente a un enemigo negro y amarillo tan grande como él, el niño hombre retrocedió dando gritos. En esta tierra de los últimos días, adormecida en el ocaso de su existencia, sólo sobrevivían unas pocas familias de los antiguos órdenes de los himenópteros y los dípteros, transformadas por la mutación; la más temible de todas era la moscatigre.

Veggy corrió a socorrer a su amigo. ¡Demasiado tarde! Poas yacía de espaldas, despatarrado. La moscatigre ya estaba sobre él. Las placas circulares del cuerpo se arquearon, y el sable de un agujón de punta roja salió disparado y se clavó en el vientre indefenso del niño. La moscatigre lo apretó entre las patas traseras y delanteras y con un presuroso batir de alas remontó vuelo llevándose al niño paralizado. Veggy le arrojó inútilmente la espada.

No había tiempo para lamentar aquella desgracia. Cuando algo que equivalía al dolor se le infiltró en el cuerpo, el chuparraco intentó volar. Sólo el nudo frágil de Toy lo retenía, y la cuerda podía soltarse.

Acurrucado debajo del vientre, Gren oyó el grito de Poas y supo que algo andaba mal. Vio que el cuerpo hirsuto se sacudía, oyó el crujido de las alas que batían el aire. Una lluvia de ramas cayó sobre él, ramas pequeñas que se quebraban, hojas que revoloteaban. La rama a la que estaba aferrado vibró.

El pánico lo ofuscó. Sólo sabía que el ave podía escapar, que había que matarla cuanto antes. Inexperto, apuñaló a ciegas la lengua, que ahora azotaba el tronco tratando de librarse.

Hundió el cuchillo una y otra vez hasta que en aquella manguera blanca y viva apareció una abertura. La tierra y el fango sorbidos del Suelo y destinados a alimentar al chuparraco, fueron expulsados sobre Gren como un vómito de inmundicias. El chuparraco se sacudía convulsivamente y la herida se le ensanchaba.

A pesar del miedo, Gren supo lo que iba a ocurrir. Se lanzó hacia arriba, con los largos brazos extendidos, alcanzó uno de los bulbos protuberantes del ave, y se colgó de él con una sacudida. Cualquier cosa era preferible a quedarse solo en los laberintos de la selva, donde podía errar durante media vida sin encontrar otro grupo de humanos.

El chuparraco se debatía, tratando de huir. Los forcejeos ensancharon el boquete que Gren le había abierto, y tironeando logró soltar la lengua. Libre al fin, remontó vuelo.

Despavorido, abrazándose a las fibras y al follaje, Gren trepó por el lomo enorme,

donde estaban acurrucados otros siete humanos asustados. Se unió a ellos sin decir una palabra.

El chuparraco subía y subía hacia el cielo cegador. Allí arriba el sol abrasaba, avanzando lentamente hacia el día en que se convertiría en nova y se consumiría junto con sus planetas, Y debajo del chuparraco, que giraba como la semilla del sicómoro, a la que tanto se parecía, se mecía la vegetación interminable, se elevaba, se elevaba tan inexorablemente como una leche que sube hirviendo hacia la fuente de la vida.

Toy estaba gritando.

—¡Apuñalad al ave! —decía, poniéndose de rodillas y blandiendo la espada—. ¡Apuñaladla, pronto! Despedazadla. Matadla, o nunca más volveremos a la selva.

Con la piel verde al sol, como bronce bruñido, estaba muy hermosa. Por ella Gren lanzaba cuchilladas. Veggy y May tallaron juntos un gran boquete en el cuerpo del ave; los fragmentos de la dura corteza que arrojaban a lo lejos eran atrapados por los rapaces de la selva antes de que tocaran el Suelo.

Durante largo rato el chuparraco continuó volando, imperturbable. Los humanos se fatigaron antes que él. No obstante, hasta el organismo menos sensible al dolor tiene un límite de resistencia: el chuparraco empezó a perder savia por numerosos agujeros y el vuelo amplio se debilitó. Comenzó a descender.

—¡Toy! ¡Toy! ¡Sombras vivientes, mira a dónde llegamos! —gritó Driff. Señalaba la maraña brillante hacia la que estaban cayendo.

Ninguno de los humanos jóvenes había visto el mar; la intuición y un conocimiento instintivo de los azares del planeta les decían que estaban yendo hacia grandes peligros.

Una parte de la costa asomó de pronto y se acercó. Y allí, donde las cosas de la tierra se encontraban con las cosas del océano, la necesidad de sobrevivir libraba la más cruenta de las batallas.

Aferrándose al plumaje vegetal del ave, Gren consiguió llegar a donde yacían Toy y Poyly. Comprendía que él mismo era en gran parte culpable de que se encontraran allí, y quería ser útil.

—Podemos llamar a los torpones y volar a un lugar seguro —dijo—. Ellos nos llevarán a casa sanos y salvos.

—Es una buena idea —lo alentó Poyly.

Pero Toy lo miró con aire ausente.

—Prueba de llamar a un torpón, Gren —dijo.

Gren silbó, frunciendo la cara. El viento se llevó el silbido. De todos modos, estaban volando a demasiada altura; los silbocardos no podían llegar hasta allí. Gren se quedó callado, y se apartó de los otros para ver hacia dónde iban.

—Si la idea hubiera sido buena, ya se me habría ocurrido —le dijo Toy a Poyly.

Es una tonta, pensó Gren con desdén.

El chuparraco empezó a perder altura más lentamente; había llegado a una de las altas mareas de aire cálido y flotaba a la deriva. En sus torpes y postreros esfuerzos por volver a internarse tierra adentro, sólo conseguía navegar en una línea paralela a la costa, dando así a los humanos el incierto privilegio de ver lo que allí les esperaba.

Una destrucción muy organizada se extendía cada vez más, una batalla sin generales que se venía librando desde hacía milenios. O acaso había un general en uno de los bandos, pues la tierra estaba cubierta por ese árbol único e imperecedero que había crecido, que se había expandido y propagado hasta devorarlo todo, de una a otra orilla. Los otros vegetales habían muerto de hambre; el árbol había aniquilado a todos sus enemigos y había conquistado el continente entero, hasta el Terminador, que separaba el día terrestre de la noche; había casi sojuzgado al Tiempo, ya que las infinitas ramificaciones de los troncos le permitirían vivir durante interminables milenios; pero no podía conquistar el mar. A orillas del mar, el árbol poderoso se detenía y retrocedía.

Allí, en medio de las rocas, entre las arenas y los pantanos de la costa, las especies derrotadas por el baniano habían levantado un último baluarte. Era un hogar inhóspito para ellas. Marchitas, deformadas, desafiantes, crecían como podían. El lugar era llamado la Tierra de Nadie, pues estaba sitiado por enemigos a uno y otro lado.

Del lado de la tierra, se les oponía la fuerza silenciosa del baniano. Del otro, tenían que defenderse de las ponzoñosas algas marinas y del asedio continuo de otros enemigos.

Allá arriba, por encima de todas las cosas, progenitor de aquella carnicería, brillaba el sol.

Ahora el ave herida caía más rápidamente; ya los humanos podían oír el golpeteo de las algas contra la costa. Todos juntos, en un grupo indefenso, esperaban a ver que ocurriría.

La caída del ave era cada vez más vertiginosa, más empinada, sobre el mar. La vegetación crecía junto a la orilla en las aguas sin mareas. Trabajosamente, el chuparraco consiguió desviarse hacia una península estrecha y pedregosa que se adentraba en el agua.

—¡Mirad! —gritó Toy. ¡Hay un castillo allá abajo!

El castillo se levantaba sobre la península, alto, delgado y gris; cuando el ave aleteó hacia él, el edificio pareció inclinarse de un modo raro. Ahora iban hacia él, chocarían con él. Era evidente que la criatura moribunda había avistado el claro al pie del castillo y lo había elegido para posarse, único lugar seguro en las inmediaciones.

Pero ahora las alas crujían como viejos velámenes en una tempestad, y ya no le obedecían. El gran cuerpo se desplomaba, y la Tierra de Nadie y el mar se

encrespaban para recibirlo, y el castillo y la península se sacudían acercándose.

—¡Sujetaos bien! —gritó Veggy.

Un momento después se estrellaban contra la torre del castillo; el choque los despidió a todos hacia adelante. Una de las alas se quebró y se desgarró cuando el ave se aferró a un contrafuerte lateral.

Toy adivinó lo que podía pasar: si el ave caía, e iba a caer, arrastraría consigo a los humanos. Ágil como un gato, saltó de lado a una depresión entre los remates irregulares de dos contrafuertes y el cuerpo principal del castillo. Enseguida llamó a los otros para que la imitaran.

Uno por uno fueron saltando a la angosta plataforma, y otros los sostenían al caer. May fue la última. Sujetando su alma de madera, saltó para ponerse a salvo.

El ave, desesperada e impotente, volvió hacia ellos un ojo estriado. Toy alcanzó a ver que la violencia del golpe le había partido en dos el cuerpo bulboso. De pronto, el ave empezó a resbalar.

El ala inválida se deslizó por el muro del castillo. La garra soltó el reborde de piedra, y el chuparraco cayó.

Los humanos se inclinaron a mirar por encima de la muralla natural. El ave cayó en el claro, al pie del castillo, y rodó por él. Con la vitalidad tenaz de los de su especie, se incorporó, se tambaleó un momento, y se alejó del gran edificio gris, arrastrando las alas y zigzagueando.

La punta de una de las alas, que iba rozando la orilla rocosa de la península, se reflejaba en el agua inmóvil.

La superficie del agua se arrugó, y las cintas anchas y correosas de las algas marinas emergieron de pronto. Las cintas estaban punteadas a todo lo largo por unas excrescencias semejantes a vejigas. Titubeando casi, empezaron a azotar el ala del chuparraco.

Los latigazos, al principio letárgicos, pronto fueron más acelerados. Una superficie creciente del mar se fue cubriendo, por espacio de un cuarto de milla, de aquellas furiosas algas marinas dominadas por un odio idiota hacia cualquier vida que no fuera la de ellas y que golpeaban y castigaban reiteradamente las aguas.

Al sentirse atacado, el chuparraco intentó alejarse de los latigazos. Pero la longitud de las cintas en actividad era sorprendente y los esfuerzos del ave no sirvieron de nada, aunque luchó con fuerza bajo la andanada de golpes.

Algunas de las vejigas protuberantes que azotaban a la infeliz criatura, golpeaban con tanta fuerza que estallaban. Un líquido parecido al yodo saltaba en espumarajos por el aire.

Cuando el líquido ponzoñoso caía sobre el cuerpo del ave, se elevaba en un vapor obscuro y fétido.

Ni gritar podía la desdichada, para aliviar las dolorosas convulsiones. Corría a

medias cojeando, a medias volando a lo largo de la península, encaminándose resueltamente hacia la costa; a ratos saltaba por el aire para esquivar los azotes de las algas. Las alas echaban un humo espeso.

Más de una especie de algas marinas festoneaba aquella costa macabra. El frenético aporreo cesó y estas algas vejigosas —seres autotróficos temporalmente exhaustos —se zambulleron bajo las olas.

Al instante saltó de las aguas un alga de dientes largos y córneos que barrieron la orilla. Bajo los azotes, varios fragmentos se habían desprendido de la corteza del ave, pero ya casi había conseguido llegar a la costa.

Los dientes la atraparon. Las algas marinas cada vez más numerosas sacaban del agua unos brazos ondulantes y tironeaban del ala. El chuparraco se debatía ahora débilmente. Rodó y fue a golpear las aguas confusas. El mar entero se abrió en bocas para recibirlo.

Ocho humanos aterrorizados contemplaban el espectáculo desde la torre más alta del castillo.

—Nunca más podremos volver a la seguridad de los árboles —gimió Fay. Era la más pequeña; se echó a llorar.

Las algas habían triunfado, pero aún no tenían el botín, pues las plantas de la Tierra de Nadie habían olfateado la presa. Apretujadas como estaban entre la selva y el mar, algunas de ellas, parecidas a mangles, habían tenido hacía tiempo la audacia de meterse en el agua. Otras, más parasitarias por naturaleza, crecían en las cercanías, extendiendo unas zarzas largas y tiesas que pendían sobre el agua como cañas de pescar.

Estas dos especies, con otras que llegaron muy pronto, reclamaban la víctima, y trataban de arrebatársela a sus enemigos marinos. Sacaron del agua unas raíces retorcidas y nudosas como las barbas de un calamar antediluviano, se prendieron al chuparraco, y la batalla comenzó.

Instantáneamente, toda la línea de la costa pareció animarse. Una terrible hueste de látigos y púas entró de pronto en acción. Todo se retorció en un delirio convulso. El mar azotado saltaba en una lluvia de espuma que en parte lo ocultaba, acrecentando el horror del combate. Bandadas de criaturas voladoras, plumacueros y rayoplanes, se remontaron desde la selva a reclamar una parte del botín.

Durante esta insensata carnicería, el chuparraco quedó pulverizado y olvidado; la carne rodó, convertida en espuma.

Toy se puso de pie resueltamente.

—Ahora nos iremos —dijo—. Tenemos que aprovechar el momento para llegar a la orilla.

Siete rostros angustiados la miraron como si estuviera loca.

—Allí nos moriremos —dijo Poyly.

—No —dijo Toy con fiereza—. Ahora no moriremos. Esas criaturas luchan entre ellas, y están demasiado ocupadas para atacarnos. Más tarde puede ser demasiado tarde.

La autoridad de Toy no era absoluta. El grupo no se sentía seguro. Al ver que se ponían a discutir, Toy se encolerizó y abofeteó a Fay y Shree. Pero los más rebeldes eran Veggy y May.

—Allí podrán matarnos en cualquier momento —dijo Veggy—, ¿No acabamos de ver qué le pasó al chuparraco, que era tan fuerte?

—No vamos a quedarnos aquí y morir —dijo Toy, con furia.

—Podemos quedarnos y esperar, a ver qué pasa —dijo Mar. Quedémonos aquí, por favor.

—No pasará nada —dijo Poyly, tomando partido por su amiga Tor. Sólo cosas malas. Así va todo. Tenemos que cuidarnos.

—Nos matarán —repitió Veggy tercamente.

Desesperada, Toy se volvió hacia Gren, el mayor de los niños hombres.

Gren había observado toda la destrucción con el semblante endurecido. La expresión no se le dulcificó cuando miró a Toy.

—¿Qué opinas tú? —preguntó Toy.

—Tú diriges el grupo, Toy. Quienes puedan obedecerte, que lo hagan. Es la ley.

Toy se irguió.

—Poyly, Veggy, May, todos vosotros... ¡seguidme! Vayamos ahora, mientras esas cosas están demasiado ocupadas para vernos. Tenemos que volver a la selva.

Sin titubear, pasó una pierna por encima del contrafuerte y empezó a deslizarse a lo largo del muro empinado. Un pánico repentino invadió a los demás; tenían miedo de quedarse solos. Siguieron a Toy. Se amontonaron en lo alto del contrafuerte, y se lanzaron tras ella.

Al llegar al pie, diminutos junto a la elevada torre gris del castillo, permanecieron un rato inmóviles y en silencio, amedrentados.

El mundo tenía un aspecto totalmente irreal. Bajo el gran sol que ardía allá arriba, las sombras que proyectaban parecían unas manchas de suciedad en el suelo. Y en todas partes la misma ausencia de sombras, la misma monotonía en el paisaje. Era un paisaje tan muerto como un mal cuadro.

En la costa, la batalla se extendía cada vez más encarnizada. Todo era Naturaleza en esa época (como en un sentido lo había sido siempre). La Naturaleza, dueña y señora de todas las cosas, parecía haber echado una maldición sobre lo que ella misma había creado.

Sobreponiéndose al miedo, Toy inició la marcha.

Mientras corrían detrás de Toy alejándose del castillo misterioso, sentían el suelo que crujió bajo los pies; el veneno pardusco había salpicado las piedras que pisaban;

el calor lo había resecao, y ya no era dañino.

El fragor de la batalla los ensordecía. La espuma los empapaba; pero los combatientes, empeñados en un odio insensato, no reparaban en ellos. Unas frecuentes explosiones cavaban surcos profundos en la superficie del mar. Algunos de los árboles de la Tierra de Nadie, sitiados durante siglos y siglos en la angosta franja de tierra, habían hundido las raíces en las arenas magras en procura no sólo de alimento sino también de algún medio que les permitiera defenderse de los enemigos. Habían descubierto carbón vegetal, habían extraído sulfuros y nitrato de potasio. Los nudosos organismos habían refinado y mezclado estas sustancias.

La savia que les corría por las venas había llevado la pólvora resultante hasta las nueces huecas de las ramas más altas. Y esas ramas las lanzaban ahora como granadas contra las algas marinas. El mar aletargado se convulsionaba bajo aquellos bombardeos.

El plan de Toy no era bueno: si tuvo algún éxito, fue más gracias a la suerte que a la cordura. A un costado de la lengua de tierra de la península, una gran masa de algas marinas se había alejado del agua a latigazos y había cubierto uno de aquellos árboles de pólvora. El simple peso de la masa de algas había empezado a derribarlo, y la contienda que ahora rugía era una lucha a muerte. Los pequeños humanos se alejaron rápidos del lugar, buscando refugio entre las hierbas altas.

Sólo entonces se dieron cuenta de que Gren no estaba con ellos.

Gren yacía aún bajo el sol cegador, agachado detrás del muro del castillo.

El motivo principal, pero no el único, para haberse quedado atrás, era el miedo. Sabía, como le había dicho a Toy, que la obediencia era importante. Pero a él, por naturaleza, le costaba obedecer. Sobre todo en ese caso, cuando el plan propuesto por Toy parecía ser tan precario. Además, también él había tenido una idea, aunque le era imposible expresarla.

—¡Oh, si no se puede hablar! —se dijo—. ¡Hay tan pocas palabras! ¡Seguramente había muchas más en otros tiempos!

La idea de Gren estaba relacionada con el castillo.

El resto del grupo era menos reflexivo. En el mismo momento en que habían aterrizado allí, la atención de todos se había distraído en otras cosas. La de Gren no; Gren se había dado cuenta de que aquel castillo no era de roca. Que había sido construido con inteligencia. Sólo una especie podía haberlo construido, y esa especie tendría sin duda un camino seguro para ir del castillo hasta la costa.

Por lo tanto, un momento después de que viera como los otros se alejaban a la carrera por el sendero pedregoso, golpeó con el mango del cuchillo la pared más cercana.

Al principio, nadie respondió a la llamada.

De pronto, sin previo aviso, una sección de la torre a espaldas de Gren giró y se abrió. Al oír aquel ruido levísimo, Gren dio media vuelta y se encontró cara a cara con ocho termitones que emergían de la oscuridad.

Antaño enemigos declarados, ahora los termitones y los humanos se consideraban casi como parientes, como si los fecundos milenios de metamorfosis hubiesen desarrollado algún vínculo entre ellos. Ahora que los hombres eran más los parias que los herederos de la Tierra, se encontraban con los insectos como entre iguales.

Los termitones rodearon a Gren y lo inspeccionaron, siempre moviendo las mandíbulas. Gren se quedó muy quieto mientras los termitones iban y venían alrededor, rozándolo con los cuerpos blancos. Eran casi tan grandes como él. Despedían un olor acre, pero no desagradable.

Cuando llegaron a la conclusión de que Gren era inofensivo, los termitones se encaminaron hacia las murallas. Gren no sabía si podían ver o no a la deslumbrante luz del sol, pero en todo caso oían claramente el estruendo de la batalla marina.

Tentativamente, Gren se acercó a la abertura de la torre. Había allí un olor extraño.

Dos de los termitones corrieron hacia él y le interceptaron el paso, con las mandíbulas a la altura de la garganta de Gren.

—Quiero bajar —les dijo Gren—. No causaré ningún trastorno. Dejad que entre.

Uno de los termitones desapareció por el agujero.

Un momento después reapareció acompañado por otro termitón. Gren dio un paso atrás. El termitón recién llegado tenía en la cabeza una protuberancia gigantesca.

La protuberancia, de un color pardo —leproso, era de consistencia esponjosa, y tenía unos orificios cóncavos, como los panales de los abejatronics. Proliferaba sobre el cráneo del termitón y alrededor del cuello como una especie de gola. Pese a aquella carga horripilante, el termitón parecía muy activo. Se adelantó, y los otros termitones se apartaron para que pasara. Parecía mirar fijamente a Gren; luego dio media vuelta.

Arañando el cascajo menudo del suelo, se puso a dibujar. Dibujó en forma burda pero clara una torre y una línea, y unió las dos figuras con una franja estrecha de dos trazos paralelos. La línea representaba sin duda la costa, la orilla de la península.

Gren estaba muy sorprendido. Nunca había oído que los insectos tuvieran tales habilidades artísticas. Dio vueltas alrededor del dibujo, observándolo.

El termitón retrocedió y pareció mirar a Gren. Era evidente que esperaba algo. Decidiéndose al fin, Gren se agachó y completó el dibujo con pulso vacilante. Trazó por el centro de la torre una línea que bajaba de la cúpula a la base, y la prolongó por la franja del camino hasta la línea de la costa. Luego se señaló él mismo con el índice.

Era difícil saber si los termitones habían comprendido o no. Dieron media vuelta y volvieron a entrar de prisa en la torre. Comprendiendo que no podía hacer otra cosa, Gren los siguió. Esta vez no lo detuvieron; era evidente que habían comprendido.

Aquel olor extraño, cavernoso, lo envolvió.

Cuando la entrada se cerró sobre ellos, el interior de la torre lo inquietó. Luego del sol cegador de allá afuera, todo era aquí oscuridad cerrada.

Descender de la torre no parecía difícil para alguien tan ágil como Gren, pues era como deslizarse por una chimenea natural, con rebordes en todas partes. Bajó rápidamente con más confianza.

Cuando los ojos se le acostumbraron a la oscuridad, Gren notó que una leve luminiscencia envolvía los cuerpos de los termitones, dándoles un aspecto fantasmal. Había muchos termitones en la torre, todos absolutamente silenciosos. Parecían moverse por todas partes como espectros, en filas sigilosas que iban y venían, subiendo y bajando en la oscuridad. No pudo imaginar la razón de todo ese ajeteo.

Por fin Gren y sus guías llegaron a la base del castillo. Gren pensó que estaban sin duda por debajo del nivel del mar. La atmósfera era húmeda y densa.

Ahora sólo lo acompañaba el termitón de la protuberancia craneana; los otros se habían retirado en orden militar sin volver la cabeza. Gren advirtió en seguida una curiosa luz verde, compuesta tanto de sombra como de claridad; al principio no se dio cuenta de dónde venía. Le costaba seguir al termitón; el corredor que atravesaban era de suelo desigual y estaba muy transitado. Por todas partes había termitones que iban de aquí para allá como con un propósito deliberado; había también otras criaturas

pequeñas que se desplazaban guiadas por los termitones, a veces solas, a veces en enjambres.

—No tan rápido —gritó Gren, pero el guía siguió avanzando al mismo paso, sin prestarle atención.

La luz verde era ahora más intensa. Flotaba, brumosa, a uno y otro lado del camino. Gren vio que se filtraba a través de unas láminas de mica irregulares, obra obviamente del genio creador de los insectos cavadores. Las láminas de mica formaban ventanas que daban al mar, y a través de ellas alcanzaban a verse los movimientos de las amenazadoras algas marinas.

La actividad de este lugar subterráneo lo dejó asombrado. En todo caso, los habitantes estaban tan ocupados con sus propios asuntos que ninguno se detuvo a inspeccionar a Gren; pero una de las criaturas que vivían con los termitones se le acercó de pronto. Cuadrúpeda y peluda, tenía una cola y un par de luminosos ojos amarillos, y era casi tan alto como Gren. Lo miró con aquellas pupilas centelleantes y gritó ¡Miiiauu!, y trató de frotarse contra él, rozándole el brazo con los bigotes. Estremeciéndose, Gren la esquivó y apuró el paso.

La criatura peluda se volvió a mirarlo como con reproche. Luego dio media vuelta para seguir a algunos de los termitones, la especie que ahora los toleraba y los alimentaba. Poco después Gren vio a otras de esas criaturas maulladoras; algunas infectadas y casi cubiertas por la excrecencia fangosa.

Gren y su guía llegaron por fin a un lugar donde el túnel ancho se ramificaba en varios túneles menores. Sin vacilar, el guía tomó por un ramal que ascendía en la obscuridad. La luz irrumpió de pronto cuando el termitón empujó una piedra plana que cerraba la boca del túnel y se arrastró hacia afuera.

—Habéis sido muy amables —dijo Gren cuando salió, también arrastrándose.

El termitón se deslizó de nuevo por la abertura, y sin mirar atrás, volvió a poner la piedra en su sitio.

Nadie necesitó decirle a Gren que ahora se encontraba en la Tierra de Nadie.

Gren olía el mar. Oía el estruendo de la batalla entre las algas marinas y las plantas selváticas, si bien ahora los ruidos eran intermitentes, pues los dos bandos ya estaban fatigados. Había todo alrededor una atmósfera de tensión y antagonismo que nunca había conocido en los niveles medios de la selva donde el grupo humano había nacido. Por encima de todo, veía el sol; el sol que brillaba feroz sobre él, a través de la fronda.

El suelo que pisaba era acre y pastoso, una mezcla de arcilla y arena en la que afloraba a menudo una superficie de roca. Era un suelo infértil, y los árboles que crecían en él estaban enfermos. Los troncos eran contrahechos, el follaje ralo. Muchos de ellos se habían entrelazado tratando de sostenerse mutuamente; y cuando el intento había fracasado, yacían desparramados en el suelo en horribles

contorsiones. Además, algunos habían desarrollado a lo largo de los siglos unos métodos de defensa tan curiosos que ya no parecían árboles.

Gren resolvió que lo mejor que podía hacer era arrastrarse hasta la lengua de tierra de la península y tratar de descubrir los rastros de Toy y los otros. Una vez que llegara a la orilla del mar, no le sería difícil distinguir la península: asomaría como un mojón prominente.

No tenía ninguna duda acerca de la dirección en que estaba el mar, ya que entre los árboles retorcidos podía ver claramente trazados los lindes de la Tierra de Nadie.

La larga línea que indicaba el final del suelo fértil era el perímetro exterior del gran baniano. Allí se alzaba, inmovible, aunque las ramas mostraban las cicatrices de innumerables ataques, de zarzas y de garras. Y para auxiliarlo, para ayudarlo a repeler a las especies confinadas en la Tierra de Nadie, allí se habían congregado las criaturas que vivían al abrigo de la fronda: allí estaban los garratrampas, los ajabazos, los bayescobos, los alfombrones y otros, prontos a impedir cualquier movimiento a lo largo del perímetro del baniano.

Con aquella formidable barrera detrás de él, Gren se adelantó, cauteloso.

Avanzaba lentamente. Cualquier ruido lo sobresaltaba. En una ocasión se tiró al suelo de bruces cuando una nube de largas agujas mortíferas cayó sobre él desde un espeso matorral. Al levantar la cabeza, vio un cacto que se sacudía y reordenaba las puntiagudas defensas. Nunca había visto un cacto; sintió un hueco en el estómago al pensar en todos los peligros desconocidos que lo rodeaban.

Un poco más adelante, tropezó con algo más extraño aún.

En el momento en que pasaba a través de un árbol de tronco contrahecho, enroscado como un lazo, el lazo se cerró. Gren consiguió escapar apenas al abrazo constrictivo. Mientras jadeaba tendido, con las piernas desolladas, un animal se escurrió tan cerca de él que hubiera podido tocarlo.

Era un reptil, largo y acorazado, que mostraba hileras de dientes en una sonrisa sin alegría. Antaño (en los tiempos desvanecidos en que los humanos tenían un nombre para cada cosa) lo habían llamado caimán. Observó un momento a Gren con ojos caprinos y se escabulló debajo de un tronco.

Casi todos los animales habían perecido milenios atrás. El simple peso de la vegetación que crecía al sol los había aplastado y extinguido. Sin embargo, cuando el último de los viejos árboles fue derrotado y obligado a confinarse en las ciénagas y en las orillas del océano, unos pocos animales se habían retirado con él. Allí, en la Tierra de Nadie, continuaban existiendo, disfrutando del calor y el sabor de la vida, mientras durase.

Avanzando con más cuidado aún, Gren reanudó la marcha.

Ahora la barahúnda que venía del mar había cesado; Gren caminaba en medio de una calma mortal. Todo estaba en silencio, un silencio expectante, como bajo una

maldición.

El suelo empezó a inclinarse hacia el agua. Los pedruscos le raspaban los pies. Los árboles más apartados se apiñaban de nuevo para resistir un posible ataque del mar.

Gren se detuvo. Tenía aún una angustia en el corazón. Anhelaba volver a reunirse con los otros. Sin embargo, no pensaba que se había quedado solo en el castillo de los termitones por terquedad. Sentía que los otros habían sido unos tontos y que tenían que haberle pedido que tomara el mando.

Miró alrededor y luego silbó. No hubo respuesta. De pronto, todo pareció calmarse, como si hasta las cosas que no tenían oídos estuviesen escuchando.

El pánico lo dominó.

—¡Toy! —gritó—. ¡Veggy! ¡Poyly! ¿Dónde estáis?

Mientras gritaba, una jaula descendió desde el follaje y lo encerró contra el suelo.

Cuando Toy condujo a sus seis compañeros a la costa, todos se echaron entre las hierbas altas y escondieron los ojos para recobrase del miedo. Tenían los cuerpos empapados por la espuma de la batalla vegetal.

Al fin se sentaron y discutieron la ausencia de Gren. Era un niño hombre y por lo tanto valioso; aunque no podían volver a buscarlo, podían esperarlo allí. Sólo necesitaban encontrar un sitio relativamente seguro.

—No esperaremos mucho —dijo Veggy—. Gren no tenía necesidad de quedarse. Mejor que lo dejemos y lo olvidemos.

—Lo necesitamos para el apareamiento —dijo Toy simplemente.

—Yo me aparearé contigo —dijo Veggy—. Soy un niño hombre con un gran apareador para meter. ¡Mira, éste no puedes gastarlo! ¡Yo me aparearé con todas las mujeres antes que la higuera vuelva a dar frutos! ¡Yo estoy más maduro que los higos!

Y con la excitación se levantó y bailó, mostrando su cuerpo a las mujeres, que no lo miraban con malos ojos. Ahora él era el único niño hombre del grupo. ¿No lo encontraban deseable?

May se levantó de un salto y bailó con él. Veggy corrió hacia ella. May lo esquivó ágilmente y escapó. Veggy la persiguió haciendo cabriolas. Ella se reía y él gritaba.

—¡Volved! —gritaron Toy y Poyly, furiosas.

Sin detenerse, May y Veggy corrieron desde la hierba hasta la pendiente de arena y piedras. Casi en seguida un gran brazo salió de la arena y tomó a May por el tobillo. Mientras la niña gritaba, apareció otro brazo, y luego otro, que la sujetaron con fuerza. May cayó de bruces, pataleando de terror. Veggy sacó el cuchillo y se lanzó furiosamente al ataque.

Otros brazos salieron de la arena y lo aferraron también a él.

Cuando la vida vegetal había conquistado la Tierra, los animales menos afectados habían sido los del mar. En el medio en que vivían había menos cambios que en tierra firme. No obstante, ciertas alteraciones en el tamaño y la distribución de las algas marinas habían obligado a muchos de ellos a cambiar de hábitos o de hábitat.

Las nuevas y monstruosas algas marinas demostraron ser expertas en la caza de cangrejos; los envolvían en una fronda glotona cuando se deslizaban por el lecho del mar, o los atrapaban bajo las piedras en esa época vulnerable en que los cangrejos pierden el caparazón. En unos pocos millones de años los braquiuros quedaron casi extinguidos.

Entretanto, los pulpos ya estaban en conflicto con las algas. Los cangrejos habían sido hasta entonces parte fundamental de la dieta de los pulpos. Estos y otros factores los empujaron a una nueva forma de vida. Obligados a esquivar las algas y buscar alimento, muchos de ellos abandonaron los mares. Se establecieron en las orillas... y evolucionaron hasta transformarse en pulpos de arena.

Toy y las otras niñas mujeres corrieron a rescatar a Veggy, aterradas por aquella amenaza al único niño hombre que les quedaba. La arena volaba por el aire en el fragor de la pelea. Pero el pulpo de arena tenía bastantes brazos como para dominar a los siete. Sin sacar el cuerpo fuera, los apresó a todos con sus tentáculos. Los humanos lucharon como pudieron, pero los cuchillos eran inútiles contra aquel abrazo gomoso. Una por una, las caras fueron desapareciendo en las arenas movedizas, y los gritos se apagaron.

En verdad, el triunfo de los vegetales era tanto resultado de la proliferación numérica como de la inventiva. A menudo triunfaban imitando simplemente algún artificio utilizado desde tiempos inmemoriales —quizá en menor escala— en el reino animal, como el travesero, el más poderoso de los vegetales, que había prosperado adoptando el modo de vida de la humilde araña allá en la era carbonífera.

En la Tierra de Nadie, donde la lucha por la supervivencia era más cruenta, este proceso de imitación estaba a la vista. Los sauces eran un ejemplo vivo: imitando al pulpo de arena habían llegado a convertirse en las criaturas invencibles de aquella costa terrorífica.

Los saucesinos vivían ahora debajo de la arena y el cascajo; sólo de vez en cuando mostraban el follaje. Las raíces flexibles como el acero se habían transformado en tentáculos. Fue uno de esos seres sanguinarios lo que salvó al grupo.

El pulpo de arena estaba obligado a asfixiar a sus presas lo antes posible. Una lucha demasiado larga atraería a los saucesinos que después de imitarlos se habían transformado en los enemigos más encarnizados de los pulpos. Allá iban, dos de ellos, asomando en la arena y mostrando sólo las hojas como arbustos inocentes, dejando detrás un agitado surco de tierra.

Atacaron por sorpresa y sin vacilaciones.

Las raíces de los sauces eran largas, recias y terriblemente resistentes. Uno de un lado, otro del otro, apresaron los tentáculos del pulpo. El pulpo conocía aquella constricción mortal, aquella fuerza obscena. Aflojando los tentáculos que sostenían a los humanos, dio media vuelta para enfrentar a los saucecinos en una lucha a muerte.

Con un impulso que lanzó por el aire a los humanos, salió del escondite en la arena, la boca abierta, los ojos pálidos redondos de pavor. Con un movimiento súbito, uno de los sauces lo volvió boca arriba. De un salto, el pulpo logró enderezarse otra vez, y desprender todos los tentáculos menos uno. Furioso, se arrancó de un mordisco el tentáculo molesto, como si su propia carne fuese el enemigo.

Allá cerca estaba el mar hostil, y se le ocurrió que podía servirle como refugio de emergencia. Pero no bien echó a correr, las raíces tentaculares de los sauces mortíferos golpearon a ciegas alrededor, tratando de encontrarlo. ¡Lo encontraron! Le cortaron la retirada, y el pulpo se sacudió furioso levantando una cortina de arena y piedras.

Pero ya los sauces lo habían capturado, y entre todos contaban con unas treinta y cinco patas nudosas.

Olvidándose de ellos mismos, los humanos contemplaban fascinados aquel duelo desigual. De pronto, los brazos que se agitaban ciegamente apuntaron a los humanos.

—¡Corred! —gritó Toy incorporándose con rapidez cuando la arena saltó junto a ella.

—¡Han atrapado a Fay! —gritó Driff.

La más pequeña del grupo había sido capturada. Mientras Fay buscaba algo en que apoyarse, uno de aquellos tentáculos delgados y blancos se le había enroscado en el pecho. La niña ni siquiera alcanzó a gritar. La cara y los brazos se le amorataron. Un segundo después era alzada en vilo y despedida brutalmente contra el tronco de un árbol próximo. El cuerpo destrozado y cubierto de sangre rodó por el tronco y se hundió en la arena.

—Así va el mundo —dijo Poyly con voz débil—. ¡Rápido! ¡Huyamos!

Corrieron a un matorral cercano y allí se escondieron, jadeantes. Mientras lloraban la pérdida de la más pequeña del grupo, oían los ruidos con que los sauces despedazaban al pulpo de arena.

Aunque los ruidos horribles ya no se oían, los seis miembros del grupo siguieron allí tendidos durante largo rato. Al fin Toy se incorporó y les habló.

—Ya veis lo que ha sucedido por no permitir que yo mande —dijo—. Hemos perdido a Gren. Ahora Fay ha muerto. Pronto todos estaremos muertos y nuestras almas se pudrirán.

—Tenemos que escapar de la Tierra de Nadie —dijo Veggy sobriamente—. Todo esto es culpa del chuparraco.

Sabía que él, Veggy, era responsable del incidente con el pulpo de arena.

—No llegaremos a ninguna parte —dijo Toy secamente —hasta que hayáis aprendido a obedecerme. ¿Tendréis que morir para aprenderlo? De ahora en adelante sólo haréis lo que yo diga. ¿Has entendido, Veggy?

—Sí.

—¿May?

—Sí.

—¿Y vosotras, Driff y Shree?

—Sí —respondieron las dos, y Shree añadió—: Tengo hambre.

—Seguidme en silencio —dijo Toy, mientras se aseguraba el alma al cinturón.

A la cabeza del grupo, escudriñaba atentamente alrededor antes de dar un paso.

El fragor de la batalla marina había menguado. Algunos árboles habían sido arrastrados al agua. Y a la vez, muchas algas habían sido sacadas fuera del mar. Hambrientos como estaban en aquel suelo yermo, los árboles victoriosos lanzaban las algas como trofeos por el aire.

Mientras el grupo avanzaba cautelosamente un cuadrúpedo de pelo largo pasó junto a ellos y en un instante desapareció.

—Hubiéramos podido comerlo —dijo Shree, malhumorada—. Toy nos prometió que comeríamos el chuparraco y no pudimos atraparlo.

El animal acababa de desaparecer entre las hierbas, cuando se oyeron allí unos ruidos y movimientos rápidos, un quejido, un presuroso gorgoteo, y luego silencio.

—Parece que se lo comió algún otro —murmuro Toy—. Dispersémonos y lo emboscaremos. ¡Preparados los cuchillos!

Se abrieron en abanico y se escurrieron entre las hierbas —altas, contentos de poder actuar con un propósito deliberado. Esta parte del trabajo de vivir la entendían bien.

Rastrear la causa de aquel gorgoteo rápido fue tarea fácil. La causa estaba presa y no podía moverse.

De un árbol extrañamente contrahecho pendía un palo; del extremo inferior del palo colgaba una jaula rudimentaria, con una docena de barrotes de madera. Los

barrotes estaban hundidos en el suelo. Dentro de la jaula, asomando el morro de un lado y la cola por otro, había un cachorro de caimán. Algunos trozos de pellejo le colgaban de la mandíbula, los restos de la criatura peluda que el grupo había visto cinco minutos antes.

El caimán miró fijamente a los humanos cuando los vio salir de entre las hierbas altas; también ellos lo miraron.

—Podemos matarlo —dijo Mar. No se mueve.

—Podemos comerlo —dijo Shree—. Hasta mi alma tiene hambre.

El caimán, protegido por la armadura del caparazón, no fue fácil de matar. Ya al comienzo, la cola lanzó a Driff dando vueltas por el aire hasta unos pedruscos que le lastimaron la cara. Pero atacándolo por todos los flancos, y encegueciéndolo, al fin consiguieron dejarlo sin fuerzas, y Toy se atrevió a meter la mano en la jaula y degollarlo.

Mientras el reptil se debatía en estertores agónicos, sucedió algo curioso. Los barrotes se levantaron y los extremos hundidos en la tierra salieron a la superficie, y todo el artefacto se cerró de golpe como un puño. El palo recto del que pendía se enroscó en espiral; la jaula desapareció arriba entre las ramas verdes del árbol.

Con gritos de asombro y terror, el grupo recogió el cuerpo del caimán y echó a correr.

Mientras zigzagueaban buscando un camino entre los troncos apiñados de los árboles, llegaron a una extensión de roca desnuda. Parecía un refugio seguro, sobre todo porque estaba rodeada por una variedad local del silbocardo espinoso.

Sentados en cuclillas en la roca, compartieron aquella comida poco tentadora. Hasta Driff participó, aunque aún le sangraban las heridas de la cara.

Apenas habían empezado a mover las mandíbulas, cuando oyeron la voz de Gren, pidiendo auxilio desde algún lugar cercano.

—Esperadme aquí y cuidad la comida —ordenó Tor. Poyly irá conmigo. Encontraremos a Gren y lo traeremos de vuelta.

La orden parecía sensata. Salir a explorar llevando la comida siempre era imprudente; salir a explorar a solas era peligroso.

Mientras caminaban junto a los silbocardos, volvieron a oír la llamada de Gren. Guiadas por el grito, bordearon un matorral de cactus de color malva, y allí estaba Gren: despatarrado de cara al suelo, al pie de un árbol parecido a aquél en que habían encontrado y matado al caimán, y encerrado en una jaula también parecida a la del caimán.

—Oh, Gren —exclamó Poyly—. ¡Cuánto te hemos echado de menos!

Mientras aún corrían, una treparrastra se lanzó sobre el prisionero desde la rama de un árbol vecino: una treparrastra con una boca roja en el extremo, brillante como una flor, de aspecto tan ponzoñoso como un babosero. Se precipitó hacia la cabeza de

Gren.

Poyly quería mucho a Gren. Sin detenerse a pensar, se lanzó sobre la trepadora, que en ese momento se balanceaba hacia adelante, tomándola lo más lejos posible de la punta para esquivar aquellos labios pulposos. Sacando un nuevo cuchillo, cortó el tallo que le latía en la mano. Luego se dejó caer de vuelta al suelo. Le fue fácil esquivar la boca que ahora se contraía, abriéndose y cerrándose.

—¡Cuidado arriba, Poyly! —gritó Toy para que se pusiera en guardia.

La planta parásita, alerta ahora ante el peligro, había desenrollado una docena de bocas rastreras. Animadas y mortíferas, se balanceaban alrededor de la cabeza de Poyly. Pero ya Toy estaba junto a ella. Entre ambas las descabezaron hábilmente, hasta que la savia les brotó a chorros de las heridas, y hasta que las bocas yacieron jadeantes. El tiempo de reacción de los vegetales no es el más rápido del universo, quizá porque rara vez sienten el estímulo del dolor.

Sin aliento, las dos niñas se volvieron a Gren, que aún seguía atrapado debajo de la jaula.

—¿Podréis sacarme? —preguntó Gren, mirándolas con desconsuelo.

—Yo soy el jefe. Claro que puedo sacarte —dijo Toy. Recordando lo que acababa de aprender, junto a la jaula del caimán, añadió —Esta jaula es parte del árbol. Conseguiremos que se mueva y te deje salir.

Se arrodilló y empezó a aserrar los barrotes de la jaula con el cuchillo.

En las enormes extensiones de tierra donde dominaba el baniano, cubriéndolo todo con espesas capas de verdor, el problema principal para las especies menores era la propagación de la simiente. En el caso del silbocado, que había desarrollado los curiosos torpones, y en el de la quemurna, que había convertido en armas las cápsulas semilleras, el problema había sido resuelto con ingenio.

No menos ingeniosas eran las soluciones de la flora de la Tierra de Nadie a otros problemas. Allí, la cuestión principal era la subsistencia, más que la propagación; este hecho explicaba la diferencia radical entre los parias de las playas y los parientes de tierra adentro.

Algunos árboles, entre ellos el mangle, vadeaban el mar y pescaban las mortíferas algas marinas para utilizarlas como abono. Otros, los saucesinos, habían desarrollado hábitos animales y cazaban a la manera de los carnívoros, alimentándose de carroña. Pero el roble, a medida que se sucedían y sucedían los millones de milenios de luz solar, fue transformando en jaulas algunas extremidades y cazaba animales vivos, para que los excrementos alimentaran las raíces hambrientas. Y si las criaturas atrapadas morían de hambre, también al descomponerse alimentaban al árbol.

Toy no sabía nada de todo esto. Sólo sabía que la jaula tenía que moverse, como se había movido la que encerraba al caimán.

Muy seria, con la ayuda de Poyly, acuchillaba los barrotes. Las dos niñas

trabajaban por turno en cada uno de los doce barrotes. Acaso el roble tuvo miedo de que le hicieran verdadero daño: los barrotes fueron arrancados del suelo y todo el artefacto desapareció entre las ramas.

Sin preocuparse por el tabú, las niñas se prendieron a los brazos de Gren y corrieron con él de regreso a reunirse con el resto del grupo.

Cuando estuvieron todos juntos, devoraron la carne del caimán, manteniéndose siempre en guardia.

No sin cierta jactancia, Gren les contó lo que había visto dentro del nido de los termitones. Ellos no querían creerlo.

—Los termitones no son tan inteligentes como para eso que dices —comentó Veggy.

—Todos vimos el castillo que construyeron. Estuvimos allí sentados.

—En la selva los termitones no tienen tanta inteligencia —intervino May, respaldando a Veggy como de costumbre.

—Esto no es la selva —dijo Gren—. Aquí han ocurrido cosas insólitas. Cosas terribles.

—Sólo ocurren dentro de tu cabeza —lo hostigó May—. Nos cuentas todas esas cosas raras para que olvidemos que desobedeciste a Toy. ¿Cómo va a haber debajo de la tierra ventanas que dan al mar?

—Sólo cuento lo que vi —dijo Gren. Ahora estaba enfadado—. En la Tierra de Nadie, las cosas son diferentes. Así va todo... Además, muchos termitones tenían una horrible excrecencia fangosa; yo nunca había visto nada parecido. Luego he vuelto a ver ese hongo. Es muy desagradable.

—¿Dónde lo viste? —preguntó Shree.

Gren lanzó al aire un trocito de vidrio de una forma extraña y lo recogió, tal vez como una pausa para acicatear la curiosidad de los otros, tal vez porque no quería mencionar el miedo que había sentido poco antes.

—Cuando ese árbol trampa me capturó —dijo—, miré hacía arriba, hacia las ramas. Allí, entre las hojas, vi una cosa horrible. No me di cuenta de qué era hasta que las hojas se agitaron. Entonces vi uno de los hongos que les brotan a los termitones, brillante como un ojo y creciendo en el árbol.

Toy se puso de pie.

—Aquí hay demasiadas cosas que causan la muerte —dijo—. Ahora tenemos que volver a la selva, donde podremos vivir felices. Arriba, todos.

—Déjame terminar este hueso —pidió Shree.

—Deja que Gren termine su historia —dijo Veggy.

—Arriba todos, todos. Meted vuestras almas en los cinturones y haced lo que ordeno.

Gren se metió el vidrio raro en el cinturón y fue el primero en levantarse de un

salto, deseando mostrarse obediente. Mientras los demás se ponían de pie, una sombra oscura pasó a poca altura por encima del grupo; dos rayoplanes trabados en combate, en pleno vuelo.

Por encima de la tan disputada franja llamada la Tierra de Nadie, pasaban muchas especies de chuparracos, tanto los que se alimentaban en el mar como los que se alimentaban en la tierra. Pasaban sin posarse, pues conocían muy bien los peligros que allí acechaban. Cruzaban rápidos, moteando sin cesar con sus sombras el follaje de las plantas proscriptas.

Los rayoplanes estaban trabados en una lucha tan encarnizada que no se daban cuenta de por dónde iban. Se estrellaron con estrépito contra las ramas superiores de un árbol próximo al grupo.

Al instante la Tierra de Nadie despertó a la vida.

Los árboles hambrientos y furiosos extendieron y sacudieron las ramas. Las zarzas dentadas desenroscaron los brazos. Las ortigas gigantes menearon las cabezas barbudas. Los cactus ambulantes se arrastraron y lanzaron púas. Las trepadoras arrojaron bolas pegajosas al enemigo. Unas criaturas que parecían gatos, como las que Gren viera en el nido de termitones, pasaron como exhalaciones y se agruparon en las copas, listas para atacar. Todos los que podían moverse se movieron, acicateados por el hambre. En un instante, la Tierra de Nadie se transformó en una máquina de guerra.

Aquellas plantas que no tenían ninguna movilidad se pusieron en guardia, prontas para recoger el segundo botín. El matorral de silbocardos próximo al grupo, enderezaba expectante las espinas. Relativamente inofensivo en el hábitat natural, aquí la necesidad de alimentar las raíces había obligado al silbocardo a mostrarse más agresivo. Ahora estaba dispuesto a sitiar a cualquier criatura que pasara. Asimismo, otro centenar de plantas, pequeñas, estacionarias y armadas, se preparaban a privarse de los ya predestinados rayoplanes, para alimentarse de quienes erraran el camino de vuelta, luego del festín.

Un gran saucesmo apareció agitando las raíces tentaculares. Forcejeaba para sacar de bajo tierra la desmochada cabeza, despidiendo alrededor nubes de arena y de escoria. Pronto también él luchaba a brazo partido con los desdichados rayoplanes, con los árboles trampa, y en verdad con cualquier criatura viviente que le pareciese irritante.

La escena era caótica. Los rayoplanes no tenían salvación.

—Mirad... ¡allí hay algunos de esos hongos! —exclamó Gren, señalando.

Entre las ramas cortas parecidas a víboras que formaban la cabeza del saucesino, asomaba la excrecencia de un hongo horripilante. No era la primera vez que Gren los veía desde que los rayoplanes se habían estrellado. Algunas de aquellas plantas que se desplazaban pesadamente, también lo tenían. Gren se estremeció a la vista del

hongo, pero a los otros no les causó tanta impresión. La muerte, al fin y al cabo, tenía muchas formas; todos lo sabían; así iba el mundo.

Una lluvia de ramas cayó sobre ellos desde la zona crítica. Los rayoplanes ya habían sido despedazados. Ahora la lucha era por el botín.

—Estamos demasiado cerca de todo este alboroto —dijo Poyly. Alejémonos.

—Estaba a punto de dar esa orden —dijo Toy, en un tono muy seco.

Se levantaron y echaron a andar como mejor pudieron. Ahora todos llevaban unos palos largos con los que tanteaban el camino que tenían delante, antes de aventurarse a continuar avanzando. Horrorizados por la crueldad despiadada de los saucesinos tenían que ser prudentes.

Anduvieron durante largo rato, venciendo un obstáculo tras otro, y a menudo desafiando a la muerte. Al fin el sueño los venció.

Encontraron el tronco hueco de un árbol caído. Expulsaron a la criatura de hojas venenosas que vivía allí, y durmieron dentro juntos y acurrucados, sintiéndose seguros. Cuando despertaron, no podían salir. Los dos lados del árbol se habían cerrado.

Driff, que fue la primera en despertar y en descubrir lo que había ocurrido, lanzó un grito que puso a todos los demás en movimiento. No había duda: estaban encerrados y corrían el peligro de asfixiarse. Las paredes del árbol, antes secas y podridas al tacto, ahora eran viscosas y rezumaban una especie de jarabe dulzaino. ¡Y en verdad, estaban a punto de ser digeridos!

El tronco caído no era otra cosa que un abdomen en el que se habían metido sin darse cuenta.

Al cabo de muchos eones, el olmobuche había abandonado por completo los primitivos intentos de alimentarse en las playas inhóspitas de la Tierra de Nadie. Eliminando todas las formas de estructura radicular, había adoptado esta forma de vida horizontal. Se disfrazó de tronco muerto. El sistema de ramas y hojas se había separado del tronco, transformándose en aquella criatura simbiótica de hojas que los humanos habían expulsado; una criatura simbiótica que era un señuelo eficaz para atraer a otros al estómago abierto del compañero.

Aunque normalmente el olmobuche sólo devoraba plantas y arbustos, también aprovechaba la carne. Siete pequeños humanos eran muy bienvenidos.

Los siete pequeños humanos luchaban con denuedo, resbalando en la viscosa oscuridad mientras atacaban con los cuchillos a aquella planta extraña. Todo en vano. La lluvia pegajosa caía cada vez más de prisa, a medida que al olmobuche se le despertaba el apetito.

—Es inútil —jadeó Toy—. Descansemos un momento y tratemos de pensar en algún plan.

Se sentaron en cuclillas, muy juntos. Defraudados, asustados, atontados por la

obscuridad, se quedaron quietos, sin saber qué hacer.

Gren trató de que le apareciera en la cabeza alguna imagen útil. Se concentró, sin prestar atención a la mucosidad que le chorreaba por la espalda.

Trató de recordar el aspecto del árbol visto desde fuera. Andaban en busca de algún lugar donde dormir cuando dieron con él. Habían trepado una loma, bordeando un terreno arenoso y desnudo que les había parecido sospechoso, y allí, en lo alto de la loma, entre unas hierbas cortas, habían encontrado al olmobuche. Por fuera era liso...

—¡Ja! —exclamó.

—¿Qué te pasa? —le preguntó Veggy—. ¿Por qué jajajeas?

Veggy estaba enojado con todos. ¿Acaso él no era un hombre? ¿Acaso no tenían ellas que haberle evitado este peligro y esta indignidad?

—Nos lanzaremos todos contra esa pared al mismo tiempo —dijo Gren—. Quizá consigamos que el árbol ruede.

Veggy se burló en la obscuridad.

—¿Y de qué nos servirá eso?

—¡Haz lo que él dice, tú, gusanito! —La voz de Toy era iracunda...

Todos saltaron ante aquel latigazo. Ella, lo mismo que Veggy, no se imaginaba lo que Gren tenía en la cabeza, pero necesitaba mostrar que conservaba aun alguna autoridad.

—Empujad todos contra esa pared, pronto.

En la pegajosa inmundicia, se amontonaron confusamente, tocándose para saber si todos miraban al mismo lado.

—¿Listos? —preguntó Tor. ¡A empujar! ¡Otra vez! ¡Otra! ¡Empujad! ¡Empujad!

Los pies les resbalaban en la savia viscosa, pero empujaban. Toy gritaba animándolos.

El olmobuche rodó.

Todos se excitaron. Empujaron con alegría, gritando a coro. Y el olmobuche rodó otra vez. Y otra. Y luego rodó continuamente.

De pronto, ya no fue necesario empujar. Como Gren había supuesto, el tronco echó a rodar cuesta abajo. Los siete humanos se encontraron dando saltos mortales a una velocidad creciente.

—Estad prontos para echar a correr en cuanto tengáis una posibilidad —gritó Gren—. Si tenéis una posibilidad. El árbol puede partirse en dos al llegar al pie de la pendiente.

Al tocar la arena, el olmobuche aminoró la carrera, y cuando el declive se convirtió en terreno llano, se detuvo. El socio, la criatura de hojas que entretanto había estado persiguiéndolo, le dio alcance. Saltó sobre el árbol e insertó en el tronco los apéndices inferiores. Pero no tuvo tiempo de lucirlos.

Algo se movió bajo la arena.

Un tentáculo radicular blanco apareció en la superficie, y luego otro. Se agitaron ciegamente y abrazaron al olmobuche por la cintura. Mientras la criatura de hojas huía despavorida, un saucesino se elevó sobre el suelo. Todavía atrapados dentro del tronco, los humanos oyeron los quejidos del olmobuche.

—Preparaos para saltar —murmuró Gren.

Pocas criaturas resistían el abrazo constrictor de un saucesino. El olmobuche era una víctima indefensa. Comprimido por aquellos tentáculos que parecían cables de acero, crujió como la cuaderna de un barco que se parte en dos. Impotente, tironeado de aquí para allá, estalló en pedazos.

La luz del día se derramó sobre ellos, y el grupo saltó tratando de ponerse a salvo.

Sólo Driff no pudo saltar. Un extremo del tronco había caído sobre ella. Frenética, gritaba y forcejeaba, pero no conseguía soltarse. Los otros, que ya se precipitaban hacia las hierbas altas, se detuvieron a mirar atrás.

Toy y Poyly cambiaron una mirada y corrieron a rescatar a Driff.

—¡Volved, estúpidas! —gritó Gren—. ¡Os atraparé también a vosotras!

Pero Toy y Poyly siguieron corriendo a donde estaba Driff. Aterrorizado, Gren corrió detrás de ellas.

—¡Venid! —gritaba.

Ya estaban a tres metros de donde se erguía el gran cuerpo del saucesino. En la cabeza mocha le brillaba el hongo, el hongo oscuro y rugoso que habían visto antes. Era horripilante. Gren no comprendía cómo los otros se atrevían a mirarlo. Tironeaba del brazo de Toy, pegándole y gritándole que volviese, que salvara su alma.

Toy no le hizo caso. A pocos palmos de aquellas raíces blancas, constrictoras, ella y Poyly forcejeaban tratando de liberar a Driff. Tenía una pierna apretada entre dos planchas de madera. Al fin una de las planchas se movió y pudieron sacar a Driff a la rastra. Llevándola entre las dos, corrieron hacia las hierbas altas donde los otros estaban acurrucados. Gren corrió con ellas.

Durante algunos minutos todos permanecieron tendidos allí, jadeantes. Pegajosos, cubiertos de inmundicias, eran casi irreconocibles.

La primera en incorporarse fue Toy. Se volvió hacia Gren y con una voz fría de cólera dijo: —Gren, te expulso del grupo. De ahora en adelante eres un proscrito.

Gren se levantó de un saltó, los ojos lagrimeantes, consciente de las miradas de todos. La proscripción era el más terrible de los castigos. En raras ocasiones se lo imponían a alguna mujer; pero a un hombre, era un hecho casi inaudito.

—¡No puedes hacerlo! —gritó—. ¿Por qué razón? No tienes ninguna.

—Tú me pegaste —dijo Toy—. Yo soy el jefe y tú me pegaste. Trataste de impedir que rescatáramos a Driff, hubieras dejado que se muriera. Y siempre quieres salirte con la tuya. Yo no puedo mandarte, así que tendrás que irte.

Los otros, todos menos Driff, estaban ahora de pie, boquiabiertos y ansiosos.

—¡Son mentiras! ¡Mentiras!

—No, es la verdad.

De pronto Toy flaqueó y se volvió hacia los cinco rostros que la miraban ansiosos.

—¿No es la verdad?

Driff, abrazándose la pierna herida, aseguró con vehemencia que era la verdad. Shree, amiga de Driff, estuvo de acuerdo. Veggy y May se limitaron a asentir con un movimiento de cabeza; se sentían culpables por no haber acudido también a rescatar a Driff, como compensación, apoyaban a Toy. Inesperadamente, la única voz discrepante fue la de Poyly, la mejor amiga de Toy.

—No interesa si lo que dices es o no verdad —declaró Poyly. Si no hubiera sido por Gren habríamos muerto dentro del olmobuche. El nos salvó allí, y tendríamos que estarle agradecidas.

—No —dijo Toy—, nos salvó el saucesino.

—Si no hubiera sido por Gren...

—No te metas en esto, Poyly. Tú viste que me pegaba. Tiene que irse del grupo. He dicho que tiene que ser expulsado.

Las dos mujeres se enfrentaron con furia, las manos en los cuchillos, las mejillas encendidas.

—Gren es nuestro hombre. ¡No podemos dejarlo ir! —dijo Poyly. Estás diciendo disparates, Toy.

—Todavía tenemos a Veggy. ¿O lo has olvidado?

—Veggy no es más que un niño hombre, ¡y tú lo sabes!

Veggy saltó, enfurecido.

—Tengo edad suficiente como para hacértelo a ti, Poyly, gordita —gritó, mientras brincaba alrededor exhibiéndose—. ¡Mira cómo estoy hecho, valgo tanto como Gren!

Pero ellas lo abofetearon y continuaron riñendo. Imitándolas, también los otros se pusieron a discutir. Sólo callaron cuando Gren estalló en lágrimas de cólera.

—¡Estáis todas locas! —gritó entre sollozos—. Yo sé cómo salir de la Tierra de Nadie, y vosotras no lo sabéis. ¿Cómo podríais ir sin mí?

—Podemos hacer cualquier cosa sin ti —dijo Toy, pero agregó—: ¿Cuál es tu plan?

Gren se rió con amargura.

—¡Valiente jefe eres, Toy! Ni siquiera sabes dónde estamos. Ni siquiera te has dado cuenta de que estamos en el linde de la Tierra de Nadie. Mira, puedes ver nuestra selva desde aquí.

Y señaló con el índice dramáticamente.

Al escapar precipitadamente del olmobuche, casi no habían reparado en el nuevo escenario. Era indudable que Gren tenía razón. Como había dicho, estaban en el linde de la Tierra de Nadie.

Detrás de ellos, los árboles contrahechos y achaparrados de la región crecían más apretados, como si cerraran filas. Había allí árboles erizados de púas, espinos y bambúes, y hierbas altas de bordes afilados, capaces de amputar limpiamente un brazo humano. Todos estaban entrelazados entre sí por una verdadera muralla de zarzas. Pretender meterse en esa espesura impenetrable era un suicidio. Todas las plantas montaban guardia como tropas que esperan a un enemigo común.

Y el aspecto del enemigo común no era tampoco tranquilizador.

El gran baniano, avanzando hasta donde los recursos alimenticios se lo permitían, asomaba alto y tenebroso por encima de los parias de la Tierra de Nadie. Las ramas más adelantadas sostenían una techumbre de hojas anormalmente espesa que pendía sobre el enemigo como una ola siempre a punto de romper, privándolo de tanta luz solar como era posible.

Para auxiliar al baniano estaban las criaturas que vivían en los recovecos de la espesura, los trampones, los ajabazos (esos títeres de caja de sorpresas), los bayascones, los mortíferos baboseros y otros más. Patrullaban como cancerberos eternos los perímetros del árbol poderoso.

La selva, tan acogedora para los humanos en teoría, ahora, desde allí, sólo les mostraba las garras.

Gren observó las caras de los otros mientras contemplaban aquella doble muralla de vegetación hostil. Allí nada se movía; la levísima brisa que soplaba desde el mar agitaba a duras penas una hoja acorazada; pero a ellos el miedo les contraía las entrañas.

—Ya lo veis —dijo Gren—. ¡Dejadme aquí! ¡A ver cómo atravesáis esa barrera! ¡Quiero verlo!

Ahora él tenía la iniciativa y la aprovechaba.

Él grupo lo miró, miró la barrera, volvió a mirar a Gren.

—Tú no sabes cómo atravesarla —le dijo Veggy, titubeando.

Gren hizo una mueca burlona.

—Conozco una forma —dijo.

—¿Piensas que los termitones querrían ayudarte? —preguntó Poyly.

—No.

—¿Entonces?

Gren los miró, desafiante. Luego miró a Toy cara a cara.

—Mostraré el camino, si queréis seguirme. Toy no tiene cabeza. Yo sí. No quiero ser un proscrito. Seré Vuestro guía, en lugar de Toy. Hacedme vuestro jefe y los salvaré a todos.

—¡Bah, tú, un niño hombre! —dijo Toy. Hablas demasiado. Siempre te estás jactando.

Pero alrededor de ella los otros cuchicheaban.

—Las mujeres son jefes, no los hombres —dijo Shree, con una duda en la voz.

—Toy es un mal jefe —vociferó Gren.

—No, no es verdad —dijo Driff—, es más valiente que tú.

Los demás aprobaron en murmullos la opinión de Driff, incluso Poyly. Si bien confiaban en Toy sólo hasta cierto punto, no creían mucho en Gren. Poyly se acercó a él y le dijo en voz baja: —Tú conoces la ley y sabes cómo son las cosas entre nosotros. Si no nos dices cómo podemos salvarnos, te expulsarán.

—¿Y si lo digo? —El tono truculento de Gren se debilitó, pues Poyly era una niña hermosa.

—En ese caso tú podrías quedarte con nosotros, como es justo. Pero no se te ocurra sustituir a Toy. Eso no es justo.

—Yo diré lo que es justo y lo que no es justo.

—Eso tampoco es justo.

—Tú eres justa, Poyly. No discutas conmigo.

—Yo no quiero que te expulsen. Estoy de tu parte.

—Entonces ¡mirad! —dijo Gren, y se volvió hacia los otros.

Sacó del cinturón aquel extraño trozo de vidrio que ya había exhibido antes. Lo mostró en la palma de la mano.

—Lo recogí del suelo cuando me cazó el árbol trampa —dijo—. Se llama mica o vidrio. Quizá proviene del mar. Quizá es lo que usan los termitones para hacer esas ventanas que dan al mar.

Toy se acercó a mirar, y Gren le apartó la mano.

—Si se lo pone al sol, hace un pequeño sol debajo. Cuando estaba en la jaula, me quemé la mano con él. Si no hubieseis llegado, hubiera podido salir de la jaula quemando los barrotes. Del mismo modo, quemando el camino, saldríamos de la Tierra de Nadie. Encendamos aquí algunas ramas secas y un poco de hierba y crecerá una llama. La brisa la llevará hacia la selva. A nada de todo esto le gusta el fuego... y por donde el fuego haya pasado, podremos pasar nosotros, y volver sanos y salvos a la selva.

Todos se miraron.

—Gren es muy inteligente —dijo Poyly—. Esa idea puede salvarnos.

—No dará resultado —dijo Toy tercamente.

En un arranque de cólera, Gren le arrojó la lente de vidrio.

—¡Mujer estúpida! ¡Tienes sapos en la cabeza! ¡Tendríamos que expulsarte! ¡Tendríamos que echarte por la fuerza!

Toy recogió la lente y dio un paso atrás.

—¡Gren, estás loco! —gritó—. No sabes lo que dices. Vete, antes que tengamos que matarte.

Gren se volvió enfurecido hacia Veggy.

—¡Ya ves cómo me trata, Veggy! No podemos tenerla como jefe. ¡o nos vamos los dos, o que ella se vaya!

—Toy nunca me hizo daño —dijo Veggy malhumorado, tratando de evitar una pelea—. A mí no me van a expulsar.

Toy entendió en seguida la situación y la aprovechó al vuelo.

—No puede haber discusiones en el grupo —gritó—, de lo contrario el grupo morirá. Así va el mundo. Gren o yo, uno de los dos tendrá que irse, y todos vosotros decidiréis quién. Que se vote. Quien quiera que me vaya yo y no Gren, que hable ahora.

—¡Eso es injusto! —gritó Poyly.

Durante un rato nadie habló. Todos esperaban, intranquilos.

—Gren tiene que irse —murmuró Driff.

Gren sacó un cuchillo. Veggy se levantó de un salto y sacó el suyo. May, detrás de él, hizo lo mismo. Pronto todos estuvieron armados contra Gren. La única que no se había movido era Poyly.

Gren tenía la cara larga de amargura.

—Devuélveme ese vidrio mío —dijo, extendiendo la mano hacia Toy.

—Es nuestro —dijo Toy—. Podremos hacer un pequeño sol sin tu ayuda. Vete antes que te matemos.

Gren observó por última vez los rostros de todos. Luego dio media vuelta y se alejó en silencio.

Estaba enceguecido por la derrota. No veía delante de él ningún futuro. Errar a solas por la selva era peligroso; aquí era doblemente peligroso. Si pudiera volver a los niveles medios de la selva, quizás encontrara allí otros grupos humanos; pero los humanos eran desconfiados y escaseaban, y aun suponiendo que lo aceptasen, la idea de entrar en un grupo desconocido no le atraía.

La Tierra de Nadie no era un lugar propicio para caminar abatido y a ciegas. A los cinco minutos de haber sido desterrado, ya había caído en las garras de una planta hostil.

El terreno escabroso descendía hasta el lecho seco de un arroyo. Por todas partes había peñascos más altos que Gren, y un manto de guijarros y cantos rodados cubría el suelo. Pocas plantas crecían allí, excepto unas hierbas filosas como navajas.

Mientras Gren erraba sin rumbo, algo le cayó en la cabeza, una cosa liviana e

indolora.

Varias veces había visto Gren, horrorizado, aquel hongo oscuro parecido a un cerebro que se adhería a otras criaturas. Esta planta dicomiceta era una forma mutada de la morilla. A lo largo de los eones había ido aprendiendo nuevas formas de alimentarse y de propagarse.

Durante un rato Gren permaneció inmóvil, estremeciéndose a veces bajo aquel contacto. En una ocasión levantó la mano, y la bajó bruscamente. Tenía la cabeza fría, casi adormecida.

Al fin se sentó al pie del peñasco más próximo, con la espalda firmemente apoyada contra la piedra, y mirando el sitio por donde había venido. Estaba en un lugar sombrío y húmedo. Allá arriba, en la parte más alta y a orillas del agua, brillaba un rayo de sol, y detrás pendía el follaje, que parecía pintado en verdes y blancos indistintos. Gren lo miraba con aire ausente, tratando de encontrar algún significado en aquella trama.

Supo obscuramente que toda esa fronda seguiría allí cuando él estuviese muerto, y hasta un poco más abultada a causa de su muerte, cuando los fosfatos orgánicos fuesen absorbidos por otras criaturas. Porque le parecía improbable que pudiera Subir, en la forma aprobada y practicada por sus antepasados; no había nadie que pudiera ocuparse de su alma. La vida era breve, y al fin y al cabo ¿qué era él? ¡Nada!

—Eres humano —dijo una voz.

Era el espectro de una voz, una voz inarticulada, una voz que no tenía ninguna relación con cuerdas vocales. Como el rasgido de un arpa polvorienta, parecía resonar en la cabeza de Gren, en algún alejado desván.

En la situación en que se encontraba, Gren no se sorprendió. Tenía la espalda apoyada contra la piedra; la sombra de alrededor no lo cubría sólo a él; su propio cuerpo era materia común, parte de la materia de alrededor. No era imposible que unas voces silenciosas respondieran a los pensamientos.

—¿Quién está hablando? —preguntó, ociosamente.

—Llámame morilla. Nunca te abandonaré. Puedo ayudarte.

Gren tuvo la débil sospecha de que esa morilla nunca había hablado hasta entonces, con tanta lentitud le llegaban las palabras.

—Necesito ayuda —dijo—. Soy un paria.

—Ya veo. Me he fijado a ti para ayudarte. Siempre estaré contigo.

Gren se sentía muy amodorrado, pero consiguió preguntar: —¿Cómo podrías ayudarme?

—Como he ayudado a otros —le dijo la morilla—. Una vez que estoy con ellos, ya no los abandono. Hay muchos seres que no tienen cerebro; yo soy un cerebro. Yo colecciono pensamientos. Yo y los de mi especie actuamos como cerebros, de modo que los seres a los que nos fijamos son más inteligentes y capaces que los demás.

—¿Seré entonces más inteligente que los otros humanos? —preguntó Gren.

La luz del sol en lo alto del arroyo no cambiaba nunca. Todo era confusión en la mente de Gren. Era como hablar con los dioses.

—Hasta ahora nunca habíamos capturado a un humano —dijo la voz; escogía más rápidamente las palabras—. Nosotras, las morillas, vivimos sólo en los lindes de la Tierra de Nadie. Vosotros sólo vivís en las selvas. Eres un buen hallazgo. Yo te haré poderoso. Irás a todas partes, y me llevarás contigo.

Sin responder, Gren continuó recostado contra la piedra fría. Se sentía exhausto y a gusto dejando pasar el tiempo. Al cabo, la voz rasgó de nuevo en su cabeza.

—Sé muchas cosas a propósito de los humanos. El Tiempo ha sido terriblemente largo en este mundo y en los mundos del espacio. En otras épocas, en años muy remotos, antes de que el sol se calentara, tu especie bípeda gobernaba el mundo. En ese entonces los humanos eran grandes, cinco veces más altos que tú. Se encogieron para adaptarse a las nuevas condiciones, para sobrevivir como fuera posible. En aquellos tiempos, los de mi especie eran muy pequeños; pero el cambio es un proceso incesante, aunque tan lento que pasa inadvertido. Ahora tú eres una criatura pequeña perdida en la maleza y yo en cambio puedo aniquilarte.

Luego de escuchar y reflexionar, Gren le preguntó a la morilla: —¿Cómo puedes saber todo eso, morilla, si nunca hasta ahora te habías encontrado con un humano?

—Explorando la estructura de tu mente. Muchos de tus recuerdos y pensamientos son herencias de un pasado remoto, y están sepultados tan profundamente en tu cerebro que no creo que puedas alcanzarlos. Pero yo puedo. Ahí leo la historia pasada de toda tu especie. Mi especie podría ser tan grande como lo fue la tuya...

—¿Entonces yo también seré grande?

—Eso es lo que tendría que ocurrir...

De pronto, una ola de sueño cayó sobre Gren. El sueño era insondable, pero poblado de peces extraños; sueños de colas aleteantes que él no llegaba a atrapar.

Se despertó de golpe. Algo se movía muy cerca.

En lo alto de la ribera, donde brillaba siempre el sol, estaba Poyly.

—¡Gren, mi adorado! —dijo ella, cuando advirtió aquel leve movimiento y descubrió que era Gren—. He dejado a los otros para estar contigo y ser siempre tu compañera.

Ahora tenía la mente clara, clara y viva como el agua de un manantial. Muchas cosas que antes habían sido misteriosas, ahora eran claras y llanas para él. Se levantó de un salto.

Poyly bajó los ojos y lo miró en la sombra. Vio con horror el hongo que le había crecido a Gren, un hongo negruzco como los del árbol trampa y los saucesinos. Le sobresalía por encima del pelo, le abultaba como una jiba debajo de la nuca y le avanzaba por el cuello como una gola hasta casi cubrirle las clavículas. Brillaba

sombríamente en intrincadas circunvoluciones.

—¡Gren! ¡El hongo! —gritó horrorizada, y dio un paso atrás—. ¡Te ha invadido!
Gren saltó rápidamente y le tomó la mano.

—Está bien, Poyly; no hay por qué alarmarse. El hongo se llama morilla. No nos hará daño. Puede ayudarnos.

En el primer momento Poyly no respondió. Sabía cómo eran las cosas en la selva, y en la Tierra de Nadie. Todos cuidaban de sí mismos, nadie se preocupaba por los demás. Sospechó vagamente que el verdadero propósito de la morilla era nutrirse a expensas de otros y propagarse; y que para lograr ese propósito sería capaz de matar al huésped tan lentamente como fuese posible.

—El hongo es malo, Gren —dijo—. No podría ser de otro modo.

Gren se dejó caer de rodillas, y la arrastró junto a él, mientras le murmuraba palabras tranquilizadoras. Le acarició los cabellos de color canela.

—Morilla puede enseñarnos muchas cosas —dijo—. Podemos llegar a ser mucho mejores. Ahora somos unas pobres criaturas. ¿Qué mal puede haber en que seamos mejores?

—¿Cómo es posible que un hongo pueda hacernos mejores?

En la cabeza de Gren, la morilla habló.

—Ella no va a morir. Dos cabezas valen más que una. Se os abrirán los ojos. Seréis... ¡seréis como dioses!

Casi palabra por palabra, Gren le repitió a Poyly lo que había dicho la morilla.

—Tal vez tú entiendas más, Gren —dijo Poyly, vacilando—. Siempre fuiste muy inteligente.

—Tú también puedes ser inteligente —le murmuró Gren.

Con reticencia, Poyly cedió al abrazo, hecha un ovillo contra él.

Una lonja del hongo se desprendió del cuello de Gren y cayó sobre la frente de Poyly. Ella se agitó y se debatió, farfulló una protesta, luego cerró los ojos. Cuando los volvió a abrir, veía todo muy claro.

Como una nueva Eva, llamó a Gren. A la cálida luz del sol hicieron el amor, dejando caer las almas al quitarse los cinturones.

Al fin se levantaron, sonriéndose.

Gren miró al suelo.

—Se nos han caído las almas —dijo.

Ella hizo un gesto de indiferencia.

—Déjalas, Gren. No son más que un estorbo. Ya no las necesitamos.

Se besaron y abrazaron y empezaron a pensar en otras cosas, ya completamente acostumbrados a la corona de hongos que les cubría las cabezas.

—No tenemos que preocuparnos de Toy y los otros —dijo Poyly—. Nos han abierto un camino de vuelta. ¡Mira!

Lo llevó al otro lado de un árbol alto. Un muro de humo flotaba levemente tierra adentro, allí donde la llama había mordido una senda hacia el baniano. Tomados de la mano, salieron juntos de la Tierra de Nadie, aquel Edén peligroso.

Segunda Parte

Pequeños seres sin voz y sin mente iban y venían presurosos por la carretera, apareciendo y desapareciendo en el obscuro verdor.

Dos cáscaras frutales avanzaban por esa carretera. Desde detrás de las cáscaras, dos pares de ojos espiaban con recelo a los seres silenciosos, y cómo se deslizaban aquí y allá también atentos a los peligros.

Era una carretera vertical; los ojos ansiosos no alcanzaban a ver ni el principio ni el fin. De cuando en cuando alguna rama se bifurcaba horizontalmente; pero los viajeros seguían de largo, en un avance lento aunque paulatino. En la superficie rugosa de la carretera había buenos asideros para los ágiles dedos de las manos y los pies que asomaban de las cáscaras. Y era además una superficie cilíndrica, pues se trataba en verdad de uno de los troncos del poderoso baniano.

Las dos cáscaras iban de los niveles medios hacia el suelo de la selva. La luz se filtraba a través del follaje, y las cáscaras parecían avanzar en una niebla verde hacia un túnel de negrura.

Por fin la cáscara que iba adelante vaciló y tomó la senda lateral de una de las ramas horizontales, siguiendo un rastro apenas perceptible. La otra cáscara la siguió. juntas se irguieron, casi apoyadas la una contra la otra, de espaldas a la carretera.

—Me asusta bajar al Suelo —dijo Poyly desde dentro de la cáscara.

—Hemos de ir a donde nos dice la morilla —dijo Gren con paciencia, explicando como había explicado antes—. Es más sabia que nosotros. Ahora que estamos sobre el rastro de otro grupo, sería una locura desobedecerle. ¿Cómo podríamos vivir solos en la selva?

Sabía que la morilla que Poyly tenía en la cabeza la estaba apaciguando con argumentos similares. No obstante, desde que los dos habían salido de la Tierra de Nadie, varios sueños atrás, Poyly había estado inquieta; este exilio voluntario era para ella una tensión demasiado dura, que no había esperado.

—Tendríamos que esforzarnos más por encontrar los rastros de Toy y los otros amigos —dijo Poyly. Si hubiésemos esperado hasta que el fuego se apagara, los habríamos encontrado.

—Tuvimos que seguir porque temías que pudiera quemarnos —dijo Gren—. Además, sabes que Toy no nos querrá aceptar de nuevo. No tiene consideración ni piedad, ni siquiera contigo, que eras su amiga.

Al oír esto, Poyly se limitó a refunfuñar. Al cabo de un rato, comenzó otra vez.

—¿Es necesario que continuemos buscando? —preguntó con una voz casi inaudible, aferrándose a la muñeca de Gren.

Y esperaron con temerosa paciencia a que otra voz conocida les diera la respuesta.

—Sí, tenéis que continuar, Poyly y Gren, pues yo lo aconsejo, y soy más fuerte que vosotros.

Era una voz ya familiar. Una voz que no necesitaba labios para expresarse, que no se escuchaba con los oídos; una voz que nacía y moría dentro de la cabeza como el títere de una caja de sorpresas, metido eternamente en el pequeño ataúd. Sonaba como el rasgido de un arpa polvorienta.

—Hasta aquí os he traído sanos y salvos —continuó la morilla —y os llevaré sanos y salvos hasta el final. Os enseñé a mimetizaros con las cáscaras; metidos dentro habéis recorrido ya un largo camino. Continúa un poco más y habrá gloria para vosotros.

—Necesitamos descansar, morilla —dijo Gren.

—Descansad y más tarde seguiremos, Hemos descubierto las huellas de otra tribu humana; no es momento para desfallecer. Tenemos que encontrar a esa tribu.

Obedeciendo a la voz, los dos humanos se echaron a descansar. Aquellas cáscaras tan incómodas de dos frutos de la selva —les habían extraído la pulpa edematosa, y les habían perforado unos toscos orificios para las piernas y los brazos —impedían que se acostaran en una posición natural. Se acurrucaron como pudieron, los brazos y las piernas hacia arriba, como si hubieran muerto aplastados por el peso del follaje.

En algún lugar, como un incesante canturreo de fondo, los pensamientos de la morilla proseguían, sin que pudieran acallarlos. En aquella era de proliferación vegetal, las plantas habían desarrollado la capacidad de crecer pero no la inteligencia; el hongo morilla, sin embargo, había desarrollado la inteligencia —la sutil pero limitada inteligencia de la selva—. Para favorecer aún más la propagación de la especie, se convertía en parásito de otras criaturas, sumando así la movilidad a la capacidad deductiva. La morilla que se había fragmentado en dos para apoderarse a la vez de Poyly y de Gren, iba de sorpresa en sorpresa, a medida que descubría en los centros nerviosos de los huéspedes que la alojaban algo que no había en ninguna otra criatura: una memoria racial, oculta aun para los propios humanos.

Aunque la morilla desconocía la frase «En el país de los ciegos el tuerto es rey», estaba en esa misma situación. Los días de las criaturas que proliferaban en el gran invernáculo del mundo, transcurrían entre la ferocidad y la lucha, las persecuciones y la paz, hasta que les llegaba la hora de caer en la espesura y servir de abono a la generación siguiente. Para ellos no había pasado ni futuro; eran como las figuras de un tapiz, no tenían relieve. La morilla, al comunicarse con las mentes humanas, era distinta. Tenía una perspectiva.

Era la primera criatura en millones y millones de años que recorría hacia atrás las largas avenidas del tiempo. Descubría posibilidades que la aterrorizaban, le causaban vértigo, y casi le silenciaban las cadencias de arpa de la voz.

—¿Cómo puede la morilla protegernos de los terrores del Suelo? —preguntó

Poyly al cabo de un rato—. ¿Cómo nos va a proteger de un ajabazo o de un babosero?

—Sabe muchas cosas —le respondió Gren simplemente—. Hizo que nos pusiéramos estas cáscaras para escondernos del enemigo. Hasta ahora nos han protegido bien. Cuando encontremos a esa otra tribu, estaremos todavía más seguros.

—A mí la cáscara me lastima los muslos —dijo Poyly, con esa predisposición femenina a la intrascendencia que eones y eones de historia no habían atenuado.

Mientras yacía allí, sintió que la mano de Gren le buscaba a tientas el muslo y se lo frotaba con ternura. Pero los ojos de Poyly seguían yendo y viniendo entre el ramaje, en guardia contra cualquier peligro.

Una criatura vegetal, de colores tan brillantes como un papagayo, bajó revoloteando y fue a posarse en una rama por encima de ellos. Casi al mismo tiempo un tiritrón saltó de su escondite en lo alto y cayó de golpe sobre el avevege. Hubo una lluvia dispersa de líquidos repulsivos. Un momento después, el avevege despedazado había desaparecido; sólo las manchas verdosas de un zumo viscoso indicaban el lugar en que había estado posado.

—¡Un tiritrón, Gren! —dijo Poyly—. Tenemos que irnos, antes que caiga sobre nosotros.

La morilla también había presenciado aquella lucha; en realidad la había presenciado con satisfacción, porque las sabrosas morillas eran uno de los manjares más codiciados por los aveveges.

—Seguiremos viaje, humanos, si estáis dispuestos —les dijo.

Un pretexto para seguir viaje era tan bueno como cualquier otro; la morilla, por ser parásita, no tenía necesidad de descanso.

Los humanos no estaban muy dispuestos a abandonar aquella tranquilidad temporaria, ni siquiera para evitar el ataque de un tiritrón. La morilla tuvo que acuciarlos. Hasta entonces, había sido bastante amable con ellos; no quería provocar una discordia, pues necesitaba la cooperación de los humanos. Tenía un objetivo último que era vago, petulante y ambicioso. Se veía reproduciéndose una y otra vez hasta ocupar toda la Tierra, cubriendo con sus circunvoluciones los valles y los montes.

Un fin que nunca podría alcanzar sin la ayuda de los humanos. Ellos serían el medio. Ahora —con esa fría deliberación que la caracterizaba —necesitaba dominar la mayor cantidad posible de humanos. Por eso los hostigó. Por eso Gren y Poyly obedecieron.

Descendiendo cabeza abajo por el tronco que era la carretera elegida, y aferrándose a las rugosidades de la superficie, reanudaron la marcha.

Otras criaturas utilizaban la misma ruta, algunas inofensivas como los foliofabios, en interminable caravana desde las profundidades hasta los pináculos de la selva;

algunas nada inofensivas por cierto, de dientes y garras verdes. Una especie sin embargo había dejado marcas diminutas pero inconfundibles a lo largo del tronco; una cuchillada aquí, una mancha allá, señales para un ojo avezado de que había vida humana en las cercanías. Este era el rastro que iban siguiendo los dos humanos.

El gran árbol y las criaturas que habitaban a su sombra iban y venían silenciosos, ocupados en sus quehaceres. Lo mismo hacían Gren y Poyly. Cuando los rastros que seguían doblaban por una rama lateral, también ellos doblaban, sin discutir.

Así continuaron, horizontal y verticalmente, hasta que Poyly atisbó un movimiento. Una forma humana se dejó ver apenas un instante y se zambulló precipitadamente en una mata de pelusetas. Una aparición misteriosa, y en seguida el silencio.

Apenas habían alcanzado a ver el destello de un hombro y un rostro alerta bajo una flotante cabellera; pero de algún modo la visión parecía haber electrizado a Poyly.

—Se nos escapará si no la capturamos —le dijo a Gren—. ¡Deja que vaya yo y trate de atraparla! Ten cuidado, por si los otros andan cerca.

—Deja que vaya yo.

—No, yo la atraparé. Haz algún ruido para distraerla cuando yo esté a punto de alcanzarla.

Saliendo de la cáscara, se arrastró sobre el vientre por la curva de la rama hasta quedar colgada cabeza abajo. Cuando empezó a deslizarse así por la rama, la morilla, temiendo por sí misma en aquella postura peligrosa, invadió la mente de Poyly. De pronto las percepciones de Poyly fueron extraordinariamente precisas y nítidas, la visión se le hizo más clara, la piel más sensible.

—Atácala desde atrás. Captúrala, pero no la mates; ella te conducirá al resto de la tribu —tañó la voz en la cabeza de Poyly.

—Calla, o te oírás —susurró Poyly.

—Sólo tú y Gren podéis oírme, Poyly. En vosotros he fundado mi reino.

Poyly se arrastró hasta más allá de la mata de peluseta antes de volver a trepar por la rama; no se oía ni el susurro de una hoja. Continuó deslizándose lentamente hacia adelante.

Por encima de los suaves capullos de la peluseta, Poyly espió a la criatura que estaba persiguiendo. Una mujer joven y bonita miraba recelosa alrededor, con unos ojos oscuros y límpidos, bajo una mano protectora y una corona de cabellos.

—No te reconoció como humana bajo la cáscara, por eso se esconde de ti —dijo la morilla.

Eso era una tontería, pensó Poyly. Que la hubiera reconocido o no, de todos modos se hubiera ocultado, como de cualquier desconocido. La morilla sorbió el pensamiento del cerebro de Poyly y comprendió por qué se había equivocado. A

pesar de todo lo que ya había aprendido, la noción misma de ser humano le era todavía extraña.

Se apartó prudentemente de la mente de Poyly, dejando que ella se entendiera a su modo con la desconocida.

Poyly se acercó un paso más, y luego otro, doblada casi en dos. Cabeza abajo, esperó de Gren la señal convenida.

Del otro lado de la mata de pelusetas, Gren sacudió una rama. La desconocida miró el sitio del ruido, pasándose la lengua por los labios entreabiertos. Antes que la mujer sacara el cuchillo, Poyly saltó sobre ella desde atrás.

Lucharon entre las fibras blandas: la desconocida buscaba a tientas la garganta de la agresora; Poyly, en venganza, le mordió el hombro. Terciando de improviso en la lucha, Gren tomó a la desconocida por el cuello y tironeó hacia atrás hasta que los cabellos azafrañados le cayeron sobre la cara. La muchacha había luchado con coraje, pero la habían capturado. Pronto estuvo atada y tendida sobre la rama, alzando los ojos hacia ellos.

—Buen trabajo —dijo la morilla—. Ahora ella nos llevará...

—¡Silencio! —aulló Gren.

El hongo obedeció instantáneamente.

Algo rápido se movía en los niveles superiores del árbol.

Gren conocía la selva. Sabía que los ruidos de lucha atraían en seguida a las criaturas rapaces. Apenas había acabado de hablar, cuando una larguja bajó girando en espiral como un resorte por el tronco más próximo y se lanzó sobre ellos. Gren la estaba esperando.

Las espadas de nada sirven contra las largujas. Gren la golpeó con un palo y la hizo volar zumbando por el aire. Cayó y se enderezó sobre la cola elástica para atacar de nuevo, pero un rayoplán se encorvó sobre ella desde las hojas de más arriba, la devoró de una dentellada, y continuó descendiendo.

Poyly y Gren se echaron de bruces al lado de la cautiva y esperaron. El terrible silencio de la selva los envolvió de nuevo como una marea, y una vez más estaban a salvo.

La prisionera casi no les hablaba. Hacía muecas y sacudía la cabeza en respuesta a las preguntas de Poyly. Sólo consiguieron sacarle en limpio que se llamaba Yattmur. Era evidente que estaba asustada por la siniestra gola que los humanos tenían alrededor del cuello y las relucientes protuberancias de las cabezas.

—Morilla, está demasiado asustada para hablar —dijo Gren, conmovido por la belleza de la muchacha que yacía atada a sus pies—. No le gusta tu aspecto. ¿La dejamos y seguimos viaje? Ya encontraremos otros humanos.

—Pégale y entonces hablará —tañó la voz silenciosa de la morilla.

Eso la asustará más.

Tal vez le suelte la lengua. Pégale en la cara, en esa mejilla que parece admirar...

—Ella no me hace ningún daño.

—Criatura estúpida. ¿Por qué nunca utilizas todo tu cerebro a la vez? Nos está haciendo daño a todos al retrasarnos.

—Me imagino que sí. No lo había pensado. Eres perspicaz, morilla, tengo que reconocerlo.

—Entonces haz lo que te digo y pégale.

Gren alzó una mano vacilante. La morilla le contrajo los músculos. La mano cayó con violencia sobre la mejilla de Yattmur, sacudiéndole la cabeza. Poyly parpadeó y miró perpleja a Gren.

—¡Criatura repulsiva! Mi tribu te matará —amenazó Yattmur, mostrando los dientes.

Gren alzó la mano otra vez. Los ojos le relampaguearon.

—¿Quieres otro golpe? Dinos dónde vives.

La joven se debatió en vano.

—No soy más que una pastora. Haces mal en lastimarme si eres de mi especie. ¿Qué daño te he causado? Sólo estaba recogiendo frutas.

Gren levantó nuevamente la mano, y esta vez la muchacha se rindió.

—Soy una pastora, cuido a los saltavilos. No es asunto mío pelear ni contestar preguntas. Puedo llevaros a mi tribu, si lo deseáis.

—Dinos dónde está tu tribu.

—Vive en la Falda de la Boca Negra, que queda cerca de aquí. Somos gente pacífica. No saltamos desde el cielo sobre otros humanos.

—¿La Falda de la Boca Negra? ¿Nos llevarás?

—¿No me haréis daño?

—No queremos hacer daño a nadie. Además, bien ves que somos sólo dos. ¿Por qué tienes miedo?

Yattmur hizo un gesto hosco, como si pusiera en duda las palabras de Gren.

—Entonces, dejarás que me levante y me soltarás los brazos. Mi gente no ha de verme con las manos atadas. No huiré de ti.

—Mi espada te traspasará el costado si lo intentas —le dijo Gren.

—Estás aprendiendo —aprobó la morilla.

Poyly quitó a Yattmur las ataduras. La muchacha se alisó los cabellos, se frotó las muñecas y empezó a bajar entre las hojas silenciosas, seguida de cerca por los dos captosres. No hablaron más, pero en el corazón de Poyly asomaron algunas dudas, sobre todo cuando vio que la continuidad interminable del baniano estaba interrumpiéndose.

Siguiendo a Yattmur, descendieron por el árbol. Una gran masa de piedras quebradas, coronadas de musgortigas y bayescobos iban apareciendo a uno y otro lado del camino.

Sin embargo, aunque descendían, la claridad aumentaba. Lo que sólo podía significar que el baniano no tenía allí una dimensión normal. Las ramas se encorvaban y se adelgazaban. Un haz de luz solar atravesaba el follaje. Las Copas casi tocaban el Suelo. ¿Por qué?

Poyly murmuró la pregunta mentalmente y la morilla respondió.

—La selva tiene que debilitarse en algún sitio. Estamos llegando a un paraje accidentado donde no puede crecer. No te alarmes.

—Tenemos que estar llegando a la Falda de la Boca Negra. Hasta el nombre de ese lugar me da miedo, morilla. Regresemos, antes de tropezar con una adversidad fatal.

—No hay regreso posible para nosotros, Poyly. Somos vagabundos. Sólo podemos seguir. No tengas miedo. Te ayudaré y nunca te dejaré sola.

Ahora las ramas eran demasiado débiles y delgadas para sostenerlos. Saltando con agilidad, Yattmur se lanzó hacia una cresta rocosa. Poyly y Gren aterrizaron junto a ella. Estaban allí mirándose unos a otros, cuando Yattmur alzó de súbito una mano.

—¡Escuchad! ¡Aquí vienen algunos saltavilos! —exclamó, mientras un ruido como de lluvia llegaba desde la selva—. Son las presas de caza de mi tribu.

Por debajo de la isla de roca se extendía el Suelo. No era la inmunda ciénaga de putrefacción y muerte contra la que tantas veces los habían puesto en guardia en los tiempos de la vida tribal.

El terreno, curiosamente resquebrajado y con depresiones, como un mar helado, era rojo y negro. En él crecían pocas plantas. Parecía tener en cambio una vida propia, una vida petrificada, acribillado de agujeros que se habían contraído como ombligos atormentados, órbitas oculares, bocas gesticulantes.

—Las rocas tienen caras malignas —murmuró Poyly mirando abajo.

—¡Calla! Vienen hacia aquí —dijo Yattmur.

Mientras miraban y escuchaban, una horda de criaturas extrañas se volcó sobre el

suelo accidentado; venían saltando, con un andar curioso, desde la espesura de la selva. Eran seres fibrosos, plantas que a lo largo de muchos eones habían aprendido a imitar torpemente a la familia de las liebres.

Comparadas con la carrera ágil y veloz de las liebres estas criaturas eran lentas y desmañadas. Los tendones fibrosos les crujían con cada movimiento; y corrían bamboleándose a uno y otro lado. La cabeza del saltavilo era una mandíbula hueca, con orejas enormes, y el cuerpo informe y de color irregular. Las patas delanteras, torpes y cortas, parecían muñones inútiles; las traseras en cambio eran mucho más largas y por lo menos había en ellas algo de gracia animal.

Poco de todo esto notaron Gren y Poyly. Para ellos los saltavilos no eran más que una especie extraña, con patas de una conformación inexplicable. Para Yattmur eran algo diferente.

Antes de que los saltavilos estuvieran a la vista, se desenroscó de la cintura una cuerda con pesas y la sostuvo balanceándola en las manos. Cuando la horda apareció pateando ruidosamente al pie de la roca, Yattmur lanzó diestramente la cuerda que se abrió en una especie de red, con los lastres oscilando en los puntos claves.

Atrapó a tres de aquellas criaturas de patas extrañas. Bajó en seguida gateando del promontorio, cayó sobre los saltavilos antes que pudieran recobrase, y los sujetó con la cuerda.

El resto de la horda partió, siempre corriendo, y desapareció. Los tres que habían sido capturados seguían allí en una sumisa actitud de derrota vegetal. Yattmur miró con aire desafiante a Gren y Poyly, como contenta al haberles podido mostrar que era una mujer de temple. Pero Poyly ni siquiera la miró; apretándose contra Gren, le señalaba el claro delante de ellos.

—¡Gren! ¡Mira! ¡Un... un monstruo, Gren! —dijo con voz ahogada—. ¿No te dije ya que este lugar era maligno?

Contra una ancha estribación rocosa, y cerca del camino por donde huían los saltavilos, se estaba inflando una especie de cáscara plateada. Aumentó hasta convertirse en un globo mucho más alto que cualquier humano.

—¡Es un tripaverde! —dijo Yattmur—. ¡No lo miréis! ¡Es dañino para los humanos!

Pero ellos lo miraban, fascinados: la cáscara era ahora una esfera empapada, y en esa esfera crecía un ojo, un ojo enorme y gelatinoso con una pupila verde. El ojo giró y giró hasta que pareció posarse en los humanos.

En la parte inferior de la esfera apareció un ancho boquete. Los últimos saltavilos que se batían en retirada lo vieron, se detuvieron, y tambaleándose dieron media vuelta y tomaron otro rumbo. Seis saltaron dentro del boquete que se cerró sobre ellos como unas fauces, mientras el globo se desinflaba.

—¡Sombras vivientes! —jadeó Gren—. ¿Qué es eso?

—Un tripaverde —dijo Yattmur—. ¿Nunca los habías visto? Por aquí viven muchos, pegados a las rocas altas. Vamos, tengo que llevar estos saltavilos a la tribu.

El tripaverde se había desinflado por completo. Se contraía, adhiriéndose a la roca en empapadas laminas superpuestas. Había un bulto todavía móvil cerca del suelo: el buche que contenía los saltavilos. Mientras los humanos lo contemplaban con horror, el tripaverde clavaba en ellos el verde ojo estriado. De pronto el ojo se cerró, y no vieron más que la cara de la roca. El mimetismo era perfecto.

—No puede hacernos daño —tañó la morilla—. Es sólo un estómago.

Reanudaron la marcha, otra vez siguiendo a Yattmur, avanzando penosamente por aquel suelo escabroso, con las tres criaturas cautivas que saltaban junto a ellos como si fuera algo que hacían todos los días.

El suelo se empinaba ahora en una cuesta. La morilla les indicó mentalmente que por ese motivo el baniano menguaba en altura y en fronda, y esperó a ver qué le respondían.

Poyly dijo: —Tal vez los saltavilos tienen esas patas para subir mejor las cuestas.

—Así ha de ser —dijo la morilla.

Pero eso es absurdo, pensó Gren, ¿Por qué?, ¿Qué pasa cuando tienen que correr cuesta abajo? La morilla no puede saberlo todo, de lo contrario no habría aprobado la tonta idea de Poyly.

—Es verdad que no lo sé todo —tañó la morilla, tomando a Gren por sorpresa—. Pero soy capaz de aprender con rapidez, y vosotros no. Porque a diferencia de algunos antepasados de vuestra misma raza, os guiáis principalmente por el instinto.

—¿Qué es el instinto?

—Pensamientos verdes —dijo la morilla, sin más explicaciones.

Al cabo Yattmur se detuvo. Había perdido la hosquedad del comienzo, como si el viaje los hubiera hecho amigos. Parecía casi alegre.

—Estáis en el centro de la zona en que vive mi tribu, donde queríais estar —dijo.

—Llámalos, entonces. Diles que venimos con buenas intenciones y que queremos hablar con ellos —dijo Gren, y añadió con ansiedad, sólo para la morilla —Pero no sé qué decirles.

—Yo te lo diré —tañó la morilla.

Yattmur alzó hasta los labios una mano cerrada y silbó. Poniéndose en guardia, Poyly y su pareja miraron en torno... Las hojas susurraron, y de improviso se encontraron rodeados de guerreros que parecían haber brotado de las profundidades. Al alzar los ojos, Poyly vio unos rostros desconocidos que los miraban desde las ramas.

Los tres saltavilos triscaban inquietos.

Gren y Poyly, absolutamente inmóviles, esperaron a que los examinasen.

La tribu de Yattmur se fue acercando lentamente.

La mayoría, como de costumbre, eran hembras, con adornos de flores en el bajo vientre. Todas estaban armadas, y muchas eran tan hermosas como Yattmur. Algunas llevaban en la cintura una cuerda con lastres.

—Pastores —dijo Yattmur—. He traído a dos extranjeros, Poyly y Gren, que desean unirse a nosotros.

Impulsado por la morilla, Gren dijo: —Somos vagabundos y no queremos haceros daño. Recibidnos bien si deseáis Subir en paz. Ahora necesitamos albergue y descanso. Más tarde os mostraremos nuestras habilidades.

Uno de los del grupo, una mujer robusta, que llevaba en la trenza del pelo una concha brillante, se adelantó y extendió la palma de la mano.

—Salud, extranjeros. Me llamo Hutweer. Yo soy el jefe de estos pastores. Si deseáis uniros a nosotros, seguidme. ¿De acuerdo?

Si no aceptamos, podrán matarnos, pensó Gren.

Desde el primer momento tenemos que mostrarles que nosotros somos los jefes, replicó la morilla.

Nos están apuntando con los cuchillos, dijo Gren.

Tenemos que mandar desde el principio, o nunca, insistió la morilla.

Mientras Gren y la morilla seguían discutiendo, Hutweer batió palmas con impaciencia.

—¡Contestad, extranjeros! ¿Seguiréis a Hutweer?

Tenemos que aceptar, morilla.

No, Gren, no podemos permitirlo.

¡Pero nos matarán!

¡Entonces, tú tendrás que matarla primero, Poyly!

¡No!

Yo digo que sí.

No... No... No...

Los pensamientos cobraron fuerza cuando la tercera voz entró en discordia.

—¡Pastores, alertas!

Hutweer bajó la mano hasta el cinturón en que llevaba la espada, y avanzó un paso más; tenía el rostro grave. Parecía evidente que estos extranjeros no eran amigos.

A los extranjeros les ocurría algo raro. Empezaron a contorsionarse, como en una danza fantasmal. Las manos crispadas de Poyly subieron hasta la gola oscura y reluciente del cuello, y en seguida bajaron como empujadas por una fuerza misteriosa. Los dos se retorcían lentamente y pisoteaban con fuerza. Los rostros se les estiraban y contraían de dolor, un dolor desconocido. Echaron espuma por la boca y orinaron en el suelo.

Se movieron lentamente, giraron, se tambalearon, arqueando los cuerpos,

mordiéndose los labios, con los ojos feroces mirando enloquecidos a la nada.

Los pastores retrocedieron, aterrorizados.

—¡Cayeron sobre mí desde el cielo! —gritó Yattmur tapándose la cara—. ¡Tienen que ser espíritus!

Hutweeer soltó la espada que había sacado; tenía el rostro lívido. Era una señal para la tribu. Con una prisa desesperada todos dejaron caer las armas y se cubrieron los rostros con las manos.

Tan pronto como el hongo comprendió que había tenido éxito casi sin proponérselo, dejó de insistir, y cuando Poyly y Gren sintieron que aquella presión brutal se aflojaba, estuvieron a punto de caer desplomados, pero la morilla los sostuvo.

—Hemos conquistado la victoria que necesitábamos —dijo con su voz de arpa—. Hutweeer se arrodilla ante nosotros. Ahora tenéis que hablarles.

—Te odio, morilla —murmuró Poyly sombríamente—. Haz que Gren cumpla tus órdenes, si quieres. Yo no lo haré.

Acicateado por el hongo, Gren se acercó a Hutweeer y le tomó la mano.

—Ahora que nos has reconocido —dijo—, no tienes nada que temer. Pero no olvides nunca que somos espíritus habitados por espíritus. Trabajaremos con vosotros. juntos fundaremos una tribu poderosa y podremos vivir en paz. Los seres humanos no serán nunca más los fugitivos de las frondas. Saldremos de aquí y seguiremos un camino de grandeza.

—El camino de salida está muy cerca de aquí —se aventuró a decir Hutweeer.

Había dejado en manos de las otras mujeres los saltavilos cautivos, y se adelantó a escuchar lo que Gren estaba diciendo.

—Nosotros os conduciremos más allá de ese camino —dijo Gren.

—¿Nos liberaréis del espíritu de la Boca Negra? —inquirió Hutweeer osadamente.

—Seréis gobernados como lo merecáis —declaró Gren—. Ante todo, mi espíritu compañero Poyly y yo necesitamos comer y dormir. Más tarde hablaremos con vosotros. Llevadnos ahora a vuestro refugio.

Hutweeer hizo una reverencia... y desapareció en el suelo bajo sus propios pies.

En el torturado lecho de lava había muchos agujeros. En algunos la tierra se había disgregado; otros habían sido cavados por los pastores como escondites subterráneos. Allí vivían en relativa seguridad y relativa obscuridad, en una caverna con orificios adecuados en el techo.

Más amablemente que Hutweer, invitaron a Poyly y Gren a que bajaran a la caverna, ayudados por Yattmur. Allí los viajeros se sentaron en camastros, y casi en el acto les sirvieron la comida.

Probaron el saltavilos, que los pastores habían preparado en una forma que los viajeros desconocían: con especias, para hacerlo sabroso, y con pimientos, para calentarlo. El saltavilos, les explicó Yattmur, era uno de los platos principales de la tribu; pero tenían otra especialidad, que ofrecieron a Gren y Poyly con cierta deferencia.

—Se llama pescado —dijo Yattmur, cuando ellos se mostraron satisfechos con el plato—. Lo atrapamos en Agua Larga al pie de la Boca Negra.

Al oír esto, la morilla prestó atención e hizo que Gren preguntase: —¿Cómo atrapáis a este pez, si vive en el agua?

—No los atrapamos nosotros. Nosotros no vamos a Agua Larga, pues allí vive una tribu de hombres extraños llamada los pescadores. Algunas veces nos encontramos con ellos, y como vivimos en paz, les cambiamos el saltavilos por pescado.

La vida de los pastores parecía placentera. Tratando de averiguar qué ventajas tenían, Poyly preguntó a Hutweer: —¿No hay muchos enemigos en los alrededores?

Hutweer sonrió.

—Hay muy pocos enemigos aquí. Nuestro gran enemigo, la Boca Negra, los devora a todos. Vivimos cerca de la Boca porque creemos que un solo enemigo grande es más fácil de manejar que muchos enemigos pequeños.

Al oír esto, la morilla le habló urgentemente a Gren. Gren había aprendido a comunicarse con la morilla sin necesidad de hablarle en voz alta, arte que Poyly nunca dominó.

—Tenemos que examinar esa Boca de la que hablan tanto —tañó la morilla—. Cuanto antes, mejor. Y ya que has perdido prestancia al comer con ellos como un humano común, tendrás que hacerles un discurso elocuente. Las dos cosas han de ir parejas. Iremos a averiguar que es esa Boca y les demostraremos el poco miedo que le tenemos.

—¡No, morilla! ¡Piensas con inteligencia pero sin sensatez! Si estos excelentes pastores temen a la Boca Negra, yo estoy dispuesto a imitarlos.

—Entonces no tenemos salvación.

—Poyly y yo estamos cansados. Tú no sabes lo que es estar cansado. Déjanos dormir, como prometiste.

—No hacéis más que dormir. Ante todo tenemos que mostrarles lo fuertes que somos.

—¿Cómo podremos hacerlo si nos caemos de cansancio? —terció Poyly.

—¿Queréis que os maten mientras dormís?

La morilla salió con la suya, y Gren y Poyly pidieron que los llevaran a ver la Boca Negra.

Al oír este pedido, los pastores se alarmaron. Hutweer silenció los murmullos de temor.

—Se hará lo que pedís, oh espíritus. Adelántate, Iccall —exclamó, y en el acto un joven con un blanco hueso de pescado en el pelo, saltó hacia adelante. Tendió la mano con la palma hacia arriba, saludando a Poyly.

—El joven Iccall es nuestro mejor cantor —dijo Hutweer—. Yendo con él no habrá peligro. El os mostrará la Boca Negra y os traerá de vuelta. Esperaremos aquí.

Salieron otra vez a la inmensa y eterna luz del día. Mientras parpadeaban, deslumbrados, sintiendo bajo los pies la ardiente piedra pómez, Iccall miró a Poyly con una sonrisa radiante y dijo: —Sé que estás cansada, pero no queda lejos de aquí.

—Oh, no, no estoy cansada, gracias —dijo Poyly, sonriéndole también, pues Iccall tenía unos ojos negros y grandes y una piel tersa, y era a su modo tan hermoso como Yattmur—. Es bonito ese hueso que llevas en la cabeza, tallado como las nervaduras de una hoja.

—Son muy raros... tal vez pueda conseguirte uno.

—Pongámonos en marcha, si es que vamos a ir —le dijo Gren a Iccall con aspereza, mientras pensaba que nunca había visto a un hombre con una sonrisa tan estúpida—. ¿Cómo es posible que un simple cantor, sí eso es lo que eres, sirva de algo ante un enemigo tan poderoso como Boca Negra?

—Porque cuando la Boca canta, yo también canto... y canto mejor —dijo Iccall sin inmutarse.

Encabezó la marcha entre las hojas y los pilares de roca resquebrajados, contoneándose un poco al andar.

Como Iccall había anticipado, no tuvieron que ir muy lejos. El camino seguía elevándose en pendiente, cada vez más cubierto de aquellas rocas ígneas negras y rojas; nada podía crecer allí. Hasta el baniano de zancadas tenaces, que atravesara en otro tiempo miles de kilómetros de continente, había tenido que retroceder. Los troncos más avanzados mostraban las cicatrices de la última erupción de lava. Aun así, echaban al suelo las raíces aéreas y exploraban las rocas con dedos ávidos en busca de alimento.

Iccall pasó rozando aquellas raíces y se agazapo detrás de un peñasco, indicando

a los otros que se acercaran. Señaló hacia adelante.

—Ahí tenéis la Boca Negra —murmuró.

Para Poyly y Gren, habitantes de la selva, era una experiencia insólita. Ignoraban hasta la idea misma de campo abierto. Lo miraban con ojos grandes de asombro, como si no creyeran que pudiera existir un paisaje tan extraño.

Agrietado y revuelto, el campo de lava se extendía a la distancia. Subía al cielo en una cuesta empinada y se convertía en un cono resquebrajado, una prominencia lejana y melancólica, que dominaba el paisaje.

—Esa es la Boca Negra —volvió a murmurar Iccall, mientras observaba el rostro de Poyly sobrecogido y asombrado.

Señaló con el dedo la voluta de humo que brotaba de los labios del cono y se perdía en el cielo.

—La Boca respira —dijo.

Gren apartó los ojos y volvió la mirada a la selva, más allá del cono. La selva eterna, voluntariosa. Al instante sus ojos fueron arrastrados otra vez hacia el cono; la morilla lo sondeaba tan a fondo que se pasó una mano por la frente, con una sensación de vértigo. La morilla se enojó y a Gren se le nubló la vista.

La morilla horadaba cada vez más abajo la ciénaga de la memoria inconsciente de Gren, como un ebrio que manoseara las borrosas fotografías de un legado. Gren estaba muy confundido. También él veía aquellas imágenes fugaces, algunas de ellas extraordinariamente vívidas, aunque no entendía qué significaban. Se desmayó, y cayó de bruces.

Poyly e Iccall lo levantaron. Pero el desmayo ya había pasado y la morilla tenía lo que necesitaba.

Triunfante, lanzó una imagen a la mente de Gren. Mientras Gren recordaba, la morilla explicó:

—Estos pastores temen a los fantasmas, Gren. Nosotros no tenemos nada que temer. La Boca poderosa no es más que un volcán, y pequeño por añadidura. Probablemente está casi extinguido.

Y utilizando los conocimientos que les había extraído de la memoria, explicó a Gren y Poyly qué era un volcán.

Tranquilizados, regresaron al hogar subterráneo, donde aguardaban Hutweer, Yattmur y los otros.

—Hemos visto vuestra Boca Negra y no la tememos —declaró Gren—. Podremos dormir en paz con sueños apacibles.

—Cuando la Boca Negra llama —le dijo Hutweer —todo el mundo ha de acudir. Sois poderosos, y os mofáis de ella porque sólo la habéis visto callada. ¡Cuándo cante, oh espíritus, ya os veremos bailar!

Poyly preguntó dónde habitaban los pescadores, la tribu que Yattmur había

mencionado.

—Desde donde estuvimos, hubiéramos podido ver los árboles en que viven — dijo Iccall —Del vientre de la Boca Negra brota el Agua Larga, que tampoco vimos a causa de la elevación del terreno. junto al Agua Larga están los árboles, y allí mismo viven los pescadores, una gente bastante rara que adora los árboles.

Al oír esto la morilla entró en los pensamientos de Poyly y la incitó a preguntar:

—Si los pescadores viven tan cerca de la Boca, oh Hutweer, ¿por qué arte de magia sobreviven cuando ella llama?

Los pastores se miraron y cuchichearon entre ellos, buscando una respuesta. No se les ocurrió ninguna. Al cabo de un rato, una mujer dijo:

—Los pescadores tienen largas colas verdes, oh espíritu.

Esta respuesta no satisfizo a nadie, ni a ella ni a los demás. Gren se echó a reír y la morilla le dictó un discurso.

—¡Oh vosotros, hijos de una boca vacía, que tan poco sabéis y tanto imagináis! ¿Cómo podéis creer que haya humanos de colas verdes? Sois gente simple y desamparada. Nos encargaremos de vosotros. Cuando haya dormido bajaré al Agua Larga y todos vosotros me seguiréis. Allí estableceremos una Gran Tribu, uniéndonos primero a los pescadores y luego a otros humanos de las selvas. Ya no tendremos que escapar atemorizados. Todos nos temerán.

En los retículos del cerebro de la morilla apareció la imagen de todo un campo de siembra humano. Allí podría propagarse en paz, al cuidado de los humanos. Ahora — y lamentaba profundamente esa desventaja —no tenía bastante volumen como para volver a dividirse y apoderarse de algunos otros pastores. Pero en cuanto pudiera... Llegaría el día en que podría vivir y crecer en paz en una plantación bien cuidada, y terminaría por reinar sobre toda la humanidad. Impaciente, obligó a Gren a que hablara:

—Ya no seremos las desdichadas criaturas de la maleza. Mataremos la maleza. Exterminaremos la selva y todos los seres malignos que la habitan. Sólo permitiremos que vivan las cosas buenas. Tendremos jardines y en ellos creceremos... fuertes, más fuertes, hasta que el mundo sea nuestro otra vez, como en tiempos remotos.

Se hizo un silencio. Los pastores se miraban, inquietos pero desafiantes.

Poyly pensó que lo que Gren decía era demasiado pomposo y fatuo. Tampoco Gren estaba satisfecho. Si bien consideraba a la morilla un amigo poderoso, aborrecía que lo obligase a hablar y actuar de un modo que a menudo él mismo no entendía.

Cansado, se echó en un rincón y casi en el acto se quedó dormido. Indiferente también a lo que los otros pensarán, Poyly se acostó a dormir.

Al principio los pastores estuvieron un rato mirándolos desconcertados. Luego Hutweer batió palmas para que se dispersasen.

—Por ahora los dejaremos dormir —dijo.

—¡Son gente tan rara! Me quedaré junto a ellos —dijo Yattmur.

—No es necesario; ya habrá tiempo de preocuparse cuando despierten —dijo Hutweer, empujando a Yattmur delante de ella.

—Ya veremos qué hacen estos espíritus cuando la Boca Negra cante —dijo Iccal, mientras trepaba hacia la entrada de la caverna.

Mientras Poyly y Gren dormían, la morilla no dormía. No conocía el sueño.

Se sentía como un niño que descubre en una caverna un cofre repleto de joyas; había tropezado con un tesoro insospechado hasta para su propio dueño; y aquel tesoro era de una naturaleza tal que la morilla se precipitó a examinarlo. Las primeras y rapaces indagaciones se fundieron en un excitado asombro.

El sueño de Gren y Poyly fue turbado por una multitud de fantasías extrañas. Bloques enteros de experiencia pasada se levantaban como ciudades envueltas en bruma, ardían un instante en el ojo del sueño, y se desvanecían. Trabajando sin pensamientos, que quizá hubieran provocado reacciones antagónicas en aquellos niveles inconscientes, la morilla excavaba los oscuros corredores que almacenaban las respuestas intuitivas de Gren y Poyly.

El viaje era largo. Muchos de los signos, inutilizados durante incontables generaciones, parecían confusos y equívocos. La morilla descendió poco a poco desde las épocas que habían precedido al inusitado incremento de la radiación solar hasta los tiempos en que el hombre era un ser mucho más inteligente agresivo que esa actual contraparte arborícola. Estudió maravillada y perpleja las grandes civilizaciones, y penetró luego mucho más profundamente, hacia atrás, a la época más larga y nebulosa de la prehistoria del hombre, antes de que tuvieran fuego para calentarse de noche, o un cerebro que les guiara la mano durante la caza.

Y allí la morilla, mientras escarbaba los rastros más remotos de la memoria humana, hizo aquel descubrimiento asombroso. Quedó inmovilizada durante varios latidos antes de que empezara a digerir la trascendencia de aquello con que había topado.

Tañendo en los cerebros de Gren y de Poyly, los despertó. Los dos se dieron vuelta, exhaustos, dispuestos a seguir durmiendo; pero no había manera de escapar de aquella voz interior.

—¡Gren! ¡Poyly! ¡Acabo de descubrirlo! ¡Somos parientes más cercanos de lo que pensáis!

Palpitando con una emoción que nunca les había mostrado, la morilla los obligó a ver las imágenes almacenadas en los limbos de la memoria.

Les mostró primero la era de la grandeza del hombre, una era de ciudades y caminos prodigiosos, una era de aventurados viajes a los planetas cercanos. Había sido una época organizada y de grandes aspiraciones, de comunidades, comunas, y comités. No obstante, la gente no parecía más feliz, y vivía soportando presiones y antagonismos. En cualquier momento eran aniquilados a millones por la guerra económica o la guerra total.

Luego, mostró la morilla, cuando el sol cambió, las temperaturas de la Tierra

habían empezado a subir. Confiando en el poder de la tecnología, la humanidad se preparaba a enfrentar esa emergencia.

—No nos muestres más —gimió Poyly, pues las escenas eran vívidas y dolorosas. Pero la morilla, sin prestarle atención, continuó informando.

Mientras preparaban aún las defensas, la gente empezó a enfermar. El sol derramaba ahora una nueva banda de radiaciones y toda la humanidad sucumbió poco a poco a una enfermedad extraña. Les afectaba la piel, los ojos... y el cerebro.

Al cabo de muchos años de sufrimiento, se hicieron inmunes a las radiaciones. Pudieron dejar las camas, arrastrándose. Pero algo había cambiado. Ya no eran capaces de mandar, de pensar, de luchar.

¡Eran criaturas diferentes!

Siempre arrastrándose, abandonaron las grandes y hermosas ciudades, abandonaron las casas, como si ya no reconocieran lo que fuera un tiempo el hogar del hombre. La estructura social se derrumbó, y toda aquella organización se extinguió de un día para otro. A partir de entonces las malezas medraron en las calles, el polen voló sobre las cajas registradoras; el avance de la selva había comenzado.

La decadencia del hombre no fue un proceso paulatino sino una carrera atroz y precipitada, como el desmoronamiento de una torre gigantesca.

—Ya basta —le dijo Gren a la morilla, luchando contra ella—. El pasado ya no nos concierne. ¿Por qué pensar en algo tan remoto? ¡Ya nos has preocupado bastante! ¡Déjanos dormir!

Gren tenía una sensación curiosa, como si todo le cascabeleara por dentro, mientras que por fuera nada se movía. La morilla estaba sacudiéndolo metafóricamente por los hombros.

—Eres tan diferente —tañó la morilla, siempre excitada—. Tenéis que poner atención. ¡Mirad! Retrocederemos a días muy distantes, cuando el hombre no tenía ni historia ni tradiciones, cuando ni siquiera era el Hombre. En ese entonces era una criatura miserable parecida a lo que sois vosotros ahora...

Y Poyly y Gren no tuvieron más remedio que ver las imágenes. Aunque eran oscuras y borrosas, vieron gente de aspecto simiesco que bajaba resbalando de los árboles y corría descalza entre los helechos. Era gente pequeña, nerviosa, y sin lenguaje. Se sentaban en cuclillas, correteaban, y se escondían en los matorrales. Los detalles no eran claros, porque en ese entonces no había percepciones claras. Los olores y los ruidos eran penetrantes, y a la vez excitantes como un enigma. Los humanos sólo veían imágenes fugaces a una media luz: pequeñas criaturas de un mundo primigenio que corrían de un lado a otro, disfrutaban, y morían.

Por algún motivo inexplicable para ellos, los humanos sintieron nostalgia y Poyly lloró.

Apareció una imagen más clara. Un grupo de la gente pequeña chapoteaba en una

ciénaga al pie de unos helechos gigantes. Desde los helechos caían cosas, les caían en las cabezas. Las cosas que caían eran reconocibles: hongos morilla.

—En el primitivo mundo oligocénico, mi especie fue la primera que desarrolló la inteligencia —tañó la morilla—. ¡Aquí tenéis la prueba! En condiciones ideales de humedad y tinieblas alcanzamos por primera vez la capacidad de pensar. Pero el pensamiento necesita piernas y brazos, miembros que él pueda mover. ¡Entonces nos hicimos parásitos de esas criaturas pequeñas, vuestros remotos antepasados!

Y de nuevo empujó a Poyly y Gren hacia adelante en el tiempo, mostrándoles la verdadera historia del desarrollo del hombre, que era también la historia de las morillas. Porque las morillas, que comenzaron como parásitas, se hicieron simbióticas.

Al principio se adherían al cráneo de los primates arbóreos. Más tarde, a medida que la conexión hacía prosperar a esa gente, a medida que aprendieron a organizarse y a cazar, fueron inducidas, generación tras generación, a que aumentaran la capacidad de los cráneos. Al fin las vulnerables morillas pudieron instalarse dentro, convertirse en un verdadero órgano, perfeccionar sus propias facultades bajo un techo curvo de huesos...

—Así se desarrolló la verdadera raza de los hombres —canturreó la morilla, lanzando una tormenta de imágenes—. Crecieron y conquistaron el mundo, olvidando el origen de estos triunfos, los cerebros de morillas que vivían y morían con ellos... Sin nosotras, estarían aún en los árboles, como vosotros vivís ahora, sin nuestra ayuda.

Los hombres eran físicamente más fuertes que las morillas. De algún modo se adaptaban a la creciente radiación solar, pero los cerebros simbióticos no sobrevivían. Morían en silencio, hervidos vivos en los pequeños refugios óseos que se habían modelado. El hombre se vio precisado... a valerse por sí mismo, equipado tan solo con una inteligencia natural que no era superior a la de los animales más evolucionados... ¡No es raro que perdiera aquellas espléndidas ciudades y se adaptara otra vez a la vida arbórea!

—Todo eso no significa nada para nosotros... absolutamente nada —gimió Gren—. ¿Por qué nos atormentas ahora con ese desastre remoto, de hace innumerables millones de años?

La morilla emitió en la cabeza de Gren un ruido silencioso parecido a una carcajada.

—¡Porque quizá el drama no haya concluido todavía! Yo soy de una cepa más robusta que mis antepasados remotos; yo puedo tolerar la elevada radiación. También vuestra especie puede tolerarla. ¡Este es el momento histórico para comenzar otra simbiosis, tan vasta y provechosa como la de antaño, la que enriqueció las mentes de aquellos micos que llegaron a viajar a las estrellas! Los relojes de la inteligencia

empiezan a dar nuevas campanadas. Los relojes vuelven a tener manecillas...

—¡Gren, está loca y yo no entiendo! —gritó Poyly, aterrada por el torbellino de ruidos detrás de los ojos cerrados.

—¡Escuchad las campanadas de los relojes! —tañó la morilla—. ¡Tocan por nosotros, hijos!

—¡Oh, oh! ¡Puedo oírlas! —se lamentó Gren, revolviéndose inquieto en el camastro.

Y el ruido ahogó todo los demás: un repique de campanas que sonaba como una música diabólica.

—¡Gren, nos estamos volviendo locos! —gritó Poyly. ¡Esos ruidos terribles!

—¡Las campanas, las campanas! —tañía la morilla.

Y así se despertaron Poyly y Gren, y se incorporaron bañados en sudor, la morilla como un fuego en las cabezas y los cuellos... y ese ruido terrible que no cesaba, ¡ahora todavía más terrible!

En medio de aquella enloquecida carrera de pensamientos advirtieron de pronto que estaban solos en la caverna bajo el lecho de lava. Todos los pastores habían desaparecido.

Los ruidos aterradores que oían venían de afuera, Por qué les parecían tan aterradores, no era fácil decirlo. El sonido predominante era casi una melodía, aunque nunca parecía resolverse. Cantaba no para el oído sino para la sangre, y la sangre respondía a aquella llamada de pronto helándose, de pronto acelerándose en las venas.

—¡Tenemos que ir! —dijo Poyly tratando de ponerse de pie—. ¡Nos llama!

—¿Qué he hecho? —gimió la morilla.

—¿Qué pasa? —preguntó Gren—. ¿Por qué tenemos que ir?

Se apretaron uno contra otro, asustados; pero con una urgencia en la sangre que no les permitía estarse quietos. Las piernas se les movían como si tuvieran voluntad propia. Fuera lo que fuese aquella terrible melodía, tenían que ir hacia ella.

Sin prestar atención a los golpes y caídas, treparon por la cascada de rocas que servía de escalera, salieron al aire libre, y se encontraron en medio de una pesadilla.

La terrible melodía soplaba ahora alrededor como un vendaval, aunque no se movía ni una sola hoja. Se les prendía a las piernas, y tironeaba, frenética. Pero no eran los únicos que acudían a la llamada de aquel canto de sirena. Criaturas aladas y corredoras y saltonas y rastreras se abrían paso impetuosamente a través del claro, todas en una dirección, hacia la Boca Negra.

—¡La Boca Negra! —gritaba la morilla—. ¡La Boca Negra canta para nosotros y tenemos que acudir!

Aquella melodía no sólo les tironeaba de los oídos; también les tironeaba de los ojos. Las retinas mismas, en parte insensibles, veían el mundo entero en blanco,

negro y gris. Blanco era el cielo que espiaba allá arriba, y gris el follaje que moteaba el cielo; negras y grises las rocas deformadas bajo los pies que corrían sin detenerse. Tendiendo las manos hacia adelante, Gren y Poyly echaron a correr junto con todos los otros.

Entonces, en un remolino de pavor y compulsión, vieron a los pastores.

Como sombras, los pastores estaban apoyados en los últimos troncos del baniano. Se habían atado allí con cuerdas. En medio del grupo, también atado, estaba Iccall el cantor. ¡Ahora cantaba! Cantaba en una posición singularmente incómoda, como desfigurado, como si tuviera el cuello roto, la cabeza colgante, la mirada salvaje clavada en el suelo.

Cantaba con toda la voz y toda la sangre. El canto se alzaba con valentía, desafiando el canto retumbante de la Boca Negra, y tenía poder, el poder de contrarrestar aquel maleficio que hubiera podido arrastrar a todos los pastores hacia la boca que entonaba la otra melodía.

Los pastores escuchaban con sombría atención lo que Iccall cantaba. Mas no estaban ociosos. Atados a los troncos de los árboles, lanzaban sus redes para atrapar en ellas a las otras criaturas que acudían ciegamente a la irresistible llamada.

Poyly y Gren no entendían las palabras del canto de Iccall. Nadie les había enseñado a entenderlas. El posible mensaje era eclipsado por las emanaciones de la Boca poderosa.

Luchaban con denuedo contra esa emanación, pero de nada les servía. A pesar de ellos mismos, seguían adelante, a los tropezones, pero avanzando. Los seres voladores les golpeaban las mejillas al pasar. ¡Todo aquel mundo blanco y negro se precipitaba como una marea en una única dirección! Sólo los pastores que escuchaban el canto de Iccall parecían inmunes.

Cada vez que Gren trastabillaba, criaturas vegetales saltaban galopando por encima de él.

De improviso, en tropel, desde la selva, empezaron a llegar los saltavilos. Sin dejar de escuchar desesperadamente el canto de Iccall, los pastores los apresaban en las redes, los retenían, y los sacrificaban allí mismo, en medio de la confusión.

Poyly y Gren corrían, dejando atrás a los últimos pastores, en una carrera cada vez más rápida a medida que la horrenda melodía crecía en poder. ¡Bajo un dosel de ramas se agigantaba la distante Boca Negra! Un grito ahogado —¿de qué? ¿de admiración? ¿de horror? —les brotó de los labios ante aquel espectáculo.

Ahora el terror, animado por el canto de la Boca Negra, tenía formas y piernas y sentimientos.

Hacia ella —lo vieron con los ojos vacíos —se volcaba un torrente de vida, acudiendo al llamado fatídico; atravesaba, veloz, el campo de lava, trepaba por las laderas volcánicas ¡y se arrojaba al fin triunfalmente a la gran abertura!

Otra visión escalofriante les golpeó los ojos. Por encima del borde de la Boca aparecieron tres dedos grandes, largos y quitinosos que ondulaban e incitaban al compás de la nefasta melodía.

Los dos humanos gritaron de horror al verlos... pero redoblaron la carrera pues los dedos grises los llamaban.

—¡Oh Poyly! ¡Oh Gren! ¡Gren!

Era un grito que atraía como un fuego fatuo. No se detuvieron. Gren consiguió echar una rápida mirada hacia atrás, a los negros y grises turbulentos de la selva.

Acababan de pasar junto a Yattmur; indiferente al canto de Iccall, la joven se desprendió de las correas que la sujetaban al árbol. Desmelenada, con los cabellos flotantes, se zambulló en la marea de vida, y corrió detrás de ellos. Como una amante en un sueño, tendía los brazos hacia Gren.

A la luz fantasmal, tenía el rostro gris, pero cantaba con coraje mientras corría, un canto como el de Iccall que se oponía a la melodía maléfica.

Gren miraba de nuevo hacia adelante, hacia la Boca Negra; ya se había olvidado de Yattmur. Los largos dedos incitantes le hacían señas a él, sólo a él.

Había tomado de la mano a Poyly, pero en el momento en que dejaban atrás una prominencia rocosa, Yattmur le alcanzó la otra mano.

Durante un momento afortunado miraron a Yattmur, durante un momento afortunado el canto valeroso de Yattmur fue más fuerte que todo. Con la celeridad de un relámpago, la morilla aprovechó la oportunidad para romper el hechizo.

—¡Desvíate a un lado! —tañó—. ¡Desvíate a un lado, si es que quieres vivir!

Justo a la orilla del camino crecía un matorral raro de brotes tiernos. Lentamente, tomados de la mano, fueron hacia ese incierto refugio. Un saltavilos se les adelantó y se internó en el matorral, buscando sin duda algún atajo. Se hundieron en una tiniebla gris.

Al instante la monstruosa tonada de la Boca Negra se debilitó. Yattmur se dejó caer sollozando contra el pecho de Gren; pero aún no habían escapado a todos los peligros.

Poyly tocó una de las cañas delgadas de alrededor y lanzó un grito. Una masa glutinosa resbaló por la caña y le cayó en la cabeza. Sin saber lo que hacía, se aferró a la caña y la sacudió.

Desolados, miraron en torno, y advirtieron que se encontraban en una especie de cámara pequeña. La visión empobrecida los había engañado: habían caído en una trampa. Ya el saltavilos que había entrado antes que ellos estaba irremisiblemente atrapado en aquella sustancia que exudaban las cañas.

Yattmur fue la primera en adivinar la verdad.

—¡Un tripaverde! —exclamó—. ¡Nos ha tragado un tripaverde!

—¡Abre una salida, pronto! —tañó la morilla—. ¡Tu espada, Gren... rápido,

rápido! ¡Se cierra sobre nosotros!

Detrás de ellos el boquete había desaparecido. Estaban encerrados. El «techo» empezó a hundirse, a descender hacia ellos. La ilusión de que estaban en un matorral se desvaneció. Estaban en el estómago de un tripaverde.

Sacaron las espadas, listos para defenderse. A medida que las cañas de alrededor —unas canas tan engañosas que parecían troncos tiernos— se enroscaban y se insertaban unas dentro de otras, el techo descendía, y los pliegues rezumaban una gelatina asfixiante. Dando un salto, Gren clavó con fuerza la espada. Una gran rajadura apareció en la cáscara del tripaverde.

Las dos muchachas lo ayudaron a agrandarla. Cuando la bolsa se derrumbó, lograron sacar las cabezas por la rajadura.

Pero ahora la vieja amenaza parecía haber cobrado fuerzas. otra vez el lamento mortal de la Boca les tironeó de la sangre. Con una energía redoblada, hincaban los cuchillos en el tripaverde, para librarse y acudir a la espeluznante llamada.

Ahora estaban libres, excepto los pies y los tobillos, pegados aún a la gelatina. El tripaverde, firmemente adherido a la cara de una roca, no podía obedecer a la llamada de la Boca Negra. Ya se había desinflado por completo; sólo el ojo solitario, melancólico, impotente observaba ahora a los humanos que trataban de despedazarlo.

—¡Tenemos que ir! —gritó Poyly, y al fin consiguió liberarse. Con la ayuda de ella, también Gren y Yattmur se desprendieron de los despojos del tripaverde. Cuando al fin —echaron a correr, el ojo se cerró.

Se habían demorado más de lo que pensaban. La sustancia gelatinosa les entorpecía los pies. Se abrían paso por la lava como mejor podían, siempre tropezando, siempre empujados por otras criaturas. Yattmur estaba demasiado exhausta para volver a cantar. La voz de la Boca Negra los dejaba sin fuerzas.

Rodeados por una galopante fantasmagoría de vida, empezaron a escalar las laderas del cono. Allá arriba los tres dedos se movían siniestros invitándolos. Un cuarto dedo apareció, y luego un quinto, como si lo que había dentro del volcán estuviera subiendo y preparando la culminación de sí mismo.

A medida que la melodía aumentaba hasta hacerse insoportable, y los corazones les latían con fuerza, todo cuanto veían se transformaba en una mancha gris. Los saltavilos mostraban la razón de aquellas largas patas traseras; les permitían saltar las cuevas más escarpadas, pasaban veloces junto a ellos, llegaban de un brinco a la boca del cráter, y dando un último salto se precipitaban al interior del misterio.

Dominados por el deseo de conocer al terrible cantor, con los pies entorpecidos por la masa pegajosa, los humanos treparon a gatas los últimos pocos metros que los separaban de la Boca Negra.

La horrible melodía cesó de pronto en la mitad de una nota. Fue algo tan inesperado que los tres cayeron de bruces. Extenuados, aliviados, cerraron los ojos y

allí se quedaron, tendidos, sollozando juntos. La melodía ya no se oía, ya no se oía.

Luego de muchos latidos, Gren abrió un ojo.

El mundo recobraba los colores naturales. El rosa invadía otra vez el blanco, el gris se transformaba en azul y verde y amarillo, el negro se disolvía en las tonalidades sombrías de la selva. Al mismo tiempo, el impulso inexorable que lo había llevado hacia la Boca se convirtió en horror por lo que podía haber ocurrido.

Las criaturas que se encontraban en las cercanías, las que habían llegado demasiado tarde para obtener el doloroso privilegio de ser engullidas por la Boca Negra, sentían sin duda la misma repulsión que él. Daban media vuelta y regresaban cojeando a la selva, al principio lentamente, luego a paso vivo, hasta imitar la carrera desenfrenada de un momento antes, en dirección opuesta.

Pronto el paisaje quedó desierto.

Un poco más arriba los cinco dedos terribles y largos estaban en reposo muy juntos sobre los labios de la Boca Negra. Luego, uno por uno, se fueron retirando, dejando en Gren la idea inconcebible de un monstruo que se escarbara los dientes luego de una comilona abominable.

—Sí no hubiera sido por el tripaverde ahora estaríamos muertos —dijo—. ¿Te sientes bien, Poyly?

—Déjame en paz —respondió Poyly, con la cara todavía hundida entre las manos.

—¿Tienes fuerzas para andar? Por los dioses, volvamos con los pastores —dijo.

—¡Esperad! —exclamó Yattmur—. Habéis engañado a Hutweer y los otros, haciéndoles creer que erais grandes espíritus. Os vieron correr hacia la Boca Negra, y ahora han de saber que no sois grandes espíritus. Por haberlos engañado, sin duda os matarán si regresáis.

Gren y Poyly se miraron descorazonados. Pese a las intrigas de la morilla, les había alegrado sentirse otra vez miembros de una tribu; la perspectiva de volver a una vida errante y solitaria no los seducía.

—No tengáis miedo —tañó la morilla, leyéndoles el pensamiento—. ¡Hay otras tribus! ¿Por qué no esos pescadores que ellos mencionaron? Parecen ser una tribu más dócil que los pastores. Pedidle a Yattmur que os conduzca a ellos.

—¿Están lejos de aquí los pescadores? —preguntó Gren a la joven pastora.

Ella le sonrió y le oprimió la mano.

—Con placer os llevaré hasta allí —dijo—. Desde aquí podéis ver dónde viven.

Yattmur señaló las laderas del volcán. En la dirección opuesta a aquella por la que habían venido, en la base misma de la Boca Negra, había una abertura. De la abertura brotaba una corriente de agua ancha y rápida.

—Por allí corre el Agua Larga —indicó Yattmur—. ¿Veis esos árboles raros y de troncos bulbosos, esos tres que crecen junto a la orilla? Allí es donde viven los pescadores.

Sonrió, mirando a Gren cara a cara.

La belleza de la joven le arrebató los sentidos como una cosa palpable.

—Alejémonos de este cráter, Poyly —dijo.

—Ese monstruo terrible que cantaba... —dijo ella, tendiéndole una mano. Gren la tomó y la ayudó a levantarse.

Yattmur los observaba sin hablar.

—En marcha, entonces —dijo con tono áspero.

Yattmur marchó adelante, y se deslizaron cuesta abajo, hacia el agua; a cada rato volvían la cabeza para cerciorarse de que nada había trepado fuera del volcán y venía tras ellos.

Al pie de la Boca Negra encontraron el río llamado Agua Larga. Una vez que escaparon de la sombra del volcán, se tendieron al calor de la orilla. Las aguas corrían oscuras, raudas y tranquilas. En la orilla opuesta, la selva comenzaba otra vez, mostrándoles una columnata de troncos. De este lado del río, la lava impedía hasta una distancia de varios metros el crecimiento de aquella vegetación lujuriosa.

Poyly hundió las manos en la corriente; era tan rápida que se abría en ondas alrededor de los dedos. Se salpicó la frente y se frotó la cara con la mano mojada.

—Estoy tan cansada —dijo—. Cansada y enferma. No quiero ir más lejos. Todos estos parajes son tan extraños... no son como los acogedores niveles medios de la selva, donde vivíamos con Lily-yo. ¿Qué le ocurre al mundo en este sitio? ¿Se ha vuelto loco o se está muriendo? ¿Se acaba aquí?

—El mundo tiene que acabar en algún sitio —dijo Yattmur.

—El sitio en que acaba puede ser apropiado para que empecemos otra vez —tañó la morilla.

—Cuando hayamos descansado un rato, nos sentiremos mejor —dijo Gren—. Y luego tú tendrás que regresar con los pastores, Yattmur.

Mientras la miraba, advirtió un movimiento, detrás de él.

Dio media vuelta, espada en mano, y al levantarse de un salto se topó con tres hombres velludos que parecían haberse materializado en el suelo.

Las muchachas se levantaron también de un salto.

—No les hagas daño, Gren —gritó Yattmur—. Son pescadores, gente por completo inofensiva.

Y en verdad, los recién llegados no parecían peligrosos. A la segunda mirada, Gren no estuvo tan seguro de que fueran humanos. Los tres eran gordos, y bajo el vello abundante, la carne parecía de una consistencia esponjosa, casi como una materia vegetal en putrefacción. Llevaban cuchillos en la cintura, pero las manos, les colgaban ociosas a los costados. No exhibían otro adorno que un cinturón trenzado de plantas trepadoras de la selva. En los tres rostros, la expresión de mansa estupidez era tan parecida que casi parecía un uniforme.

Gren reparó en otra característica significativa antes de que hablaran; todos ellos tenían colas, largas y verdes, tal como habían dicho los pastores.

—¿Traen algo para comer? —preguntó el primero.

—¿Han traído algo para nuestras panzas? —les preguntó el segundo.

—¿Podemos comer algo de todo lo que han traído? —preguntó el tercero.

—Creen que sois de mi tribu, que es la única que conocen —dijo Yattmur. Volviéndose hacia los pescadores, respondió —No tenemos comida para vuestras panzas, oh pescadores. No veníamos a veros, sólo estábamos de viaje.

—No tenemos ningún pescado para ellos —replicó el primer pescador, y en seguida los tres dijeron casi a coro—: Pronto será el tiempo de la pesca.

—No tenemos nada que dar en cambio de comida, pero en verdad nos gustaría probar un poco de pescado —dijo Gren.

—No tenemos pescado para ellos. No tenemos pescado para nosotros. Muy pronto será el tiempo de la pesca —dijeron los pescadores.

—Sí, ya os oí la primera vez —les dijo Gren—. Lo que quiero decir es esto: ¿nos daréis pescado cuando tengáis?

—El pescado es bueno para comer. Hay pescado para todos cuando viene.

—Bien —dijo Gren, y luego añadió, para que lo oyesen Poyly, Yattmur y la morilla—: Parecen gente muy simple.

—Simples o no —dijo la morilla —no los vi trepando enloquecidos hacia la Boca Negra. Tenemos que preguntarles cómo es eso. ¿Cómo resistían aquel canto terrible? Vayamos hasta donde viven, ya que parecen bastante inofensivos.

—Queremos ir con vosotros —dijo Gren a los pescadores.

—Nosotros atrapamos pescado cuando el pescado viene, pronto. Ellos no saben cómo atraparlo.

—Entonces iremos a ver cómo lo atrapáis.

Los tres pescadores se miraron y una vaga inquietud pareció turbar aquella superficie de estupidez. Sin añadir una palabra, dieron media vuelta y echaron a andar por la orilla del río. No había alternativa, y los otros los siguieron.

—¿Qué sabes acerca de esta gente, Yattmur? —preguntó Poyly.

—Muy poco. A veces hacemos trueque, como ya sabéis, pero mi gente los teme porque son tan extraños, es como si estuvieran muertos. Nunca se alejan de esta pequeña franja de la ribera.

—No pueden ser del todo tontos —dijo Gren observando los traseros rollizos de los tres hombres que caminaban delante—. Al menos saben cómo alimentarse bien.

—¡Mirad cómo llevan las colas! —exclamó Poyly. Son gente muy rara. Nunca vi nada parecido.

Me será fácil gobernarlos, pensó la morilla.

Al caminar, iban recogiendo y enrollando las colas con la mano derecha; lo hacían con tanta naturalidad que era evidentemente un acto automático. Por primera vez los otros advirtieron la extraordinaria longitud de aquellas colas; en realidad, las puntas no estaban a la vista. Nacían en la base de la columna vertebral, en una especie de almohadilla verde y blanda, y se extendían por la lava hasta perderse en los matorrales.

De improviso, y al mismo tiempo, los pescadores se detuvieron y dieron media vuelta. —

—No irán más adelante por ahora —dijeron—. Estamos cerca de nuestros árboles

y no pueden venir con nosotros. Se quedan aquí y pronto traemos a todos el pescado.

—¿Por qué no podemos ir con vosotros? —les preguntó Gren.

De repente, uno de los pescadores se echó a reír.

—¡Porque no tienen cola! Esperan aquí y pronto traeremos pescado.

Y siguió andando con los otros, sin molestarse en volver la cabeza para ver si lo habían obedecido.

—Esta gente es muy rara —dijo Poyly otra vez—. No me gustan, Gren. No parecen personas. Vayámonos; no nos será difícil encontrar comida.

—¡Tonterías! En verdad, podrían sernos muy útiles —tañó la morilla—. Mirad, allá hay una barca o algo parecido.

Un poco más lejos, junto a la orilla, había varios pescadores trabajando. Todos tenían las mismas colas verdes. Trabajaban afanosos a la sombra de los árboles, arrastrando hacia una barca algo que parecía una red. La embarcación, una balsa pesada, flotaba contra la orilla, y de vez en cuando se hundía en la corriente. Los tres pescadores se unieron al grupo principal y ayudaron a tirar de la red. Aunque parecían tener prisa, trabajaban con movimientos lánguidos.

La mirada de Poyly iba y venía de los pescadores a los tres árboles a cuya sombra estaban trabajando. Nunca había visto árboles de aspecto tan insólito, y esto la intranquilizó todavía más.

Separados del resto de la vegetación, los tres árboles parecían de algún modo unas piñas gigantes. Una gola de hojas espinosas, proyectadas hacia afuera desde el suelo mismo, protegía el carnoso tronco central, que en los tres casos era un ovoide abultado y nudoso. De los nudos del ovoide brotaban unos largos tallos rastreros; y en la cima crecían nuevas hojas, espinosas y afiladas, que se abrían y extendían por el aire hasta unos sesenta metros, o colgaban tiesas por encima del Agua Larga.

—Poyly, examinemos más de cerca esos árboles —tañó urgente la morilla:—. Gren y Yattinur nos esperarán y vigilarán desde aquí.

—No me gusta ni esa gente ni este lugar, morilla —dijo Poyly. Y no dejaré aquí a Gren con esa mujer; tú haz lo que quieras.

—No tocaré a tu compañero —dijo Yattmur, indignada—. ¿Cómo se te ocurre semejante tontería?

Poyly avanzó, tambaleándose, súbitamente apremiada por la morilla. Se volvió a Gren con ojos suplicantes; pero Gren estaba cansado y no la miró. Poyly se adelantó a regañadientes y no tardó en encontrarse bajo los árboles corpulentos. Se alzaban muy altos por encima de ella y proyectaban unas sombras puntiagudas. Los troncos hinchados parecían estómagos enfermos.

La morilla no pareció sentir la amenaza.

—¡Justo lo que yo suponía! —exclamó luego de una prolongada inspección—. Aquí es donde terminan las colas de los pescadores. Están unidos a los árboles por la

rabadilla... nuestros ingenuos amigos pertenecen a los árboles.

—Los humanos no crecen en los árboles, morilla. ¿No lo sabías...? —Poyly enmudeció de repente, pues una mano le había caído sobre el hombro.

Se volvió. Uno de los pescadores la miraba de cerca, cara a cara, con una mirada inexpresiva e hinchando los carrillos.

—No tenías que haber venido bajo nuestros árboles —dijo—. La sombra de aquí es sagrada. Te dijimos que no vinieras bajo nuestros árboles y tú no lo recordaste. Te llevaré con aquellos que no han venido contigo.

Los ojos de Poyly seguían el recorrido de la cola del pescador. Tal como había declarado la morilla, estaba unida a la hinchazón del árbol espinoso más cercano. Estremeciéndose, se apartó de él.

—¡Obedécele! —tañó la morilla—. Hay un maleficio aquí, Poyly. Tenemos que combatirlo. Deja que nos lleve donde están los otros y entonces lo capturaremos y le haremos unas cuantas preguntas.

Eso nos traerá problemas, pensó Poyly, pero en seguida la morilla volvió a invadirle la mente, diciendo: —Necesitamos a esta gente y quizá necesitemos la barca.

De modo que Poyly cedió; el pescador la tomó por el brazo y la llevó de vuelta lentamente a donde estaban Gren y Yattmur, que observaban con curiosidad la escena. Mientras caminaban, el pescador iba desenrollando solemnemente la cola.

—¡Ahora! —le gritó la morilla cuando llegaron a donde estaban los otros.

Impulsada por la voluntad de la morilla, Poyly se abalanzó sobre la espalda del pescador. El ataque fue tan repentino que la criatura se tambaleó y cayó de bruces.

—¡Ayudadme! —gritó Poyly.

Pero ya Gren saltaba hacia adelante con el cuchillo preparado. En el mismo momento oyeron el griterío de los otros pescadores. Soltaron la gran red y juntos echaron a correr hacia Gren y el grupo, golpeando pesadamente el suelo.

—¡Pronto, Gren, córtale la cola! —dijo Poyly, acicateada por la morilla, mientras forcejeaba en el polvo para mantener derribado al pescador.

Sin una pregunta, pues ya le habían llegado también las órdenes de la morilla, Gren extendió el brazo y dio una cuchillada.

Había seccionado la cola verde a dos palmos de la rabadilla del pescador. En el mismo instante el hombre dejó de debatirse. La cola verde se retorció, se sacudió contra el suelo como una serpiente herida y los anillos apresaron a Gren. Gren le asestó una nueva cuchillada. Goteando savia, la cola se enroscó y con movimientos ondulantes se arrastró hacia el árbol. Como si aquello fuera una señal, todos los otros pescadores se detuvieron a la vez; por un momento fueron y vinieron sin rumbo y luego, indiferentes, reanudaron la tarea de cargar la red en la barca.

—¡Alabados sean los dioses! —exclamó Yattmur, echándose el cabello hacia

atrás—. ¿Qué te impulsó a agredir a este pobre hombre, Poyly, a atacarlo por la espalda como hiciste conmigo?

—Estos pescadores no son como nosotros, Yattmur. No pueden ser humanos... esas colas que los sujetan a los árboles...

Sin enfrentar la mirada de Yattmur, Poyly clavó los ojos en el muñón de cola del individuo que lloraba a los pies de ella.

—Estos pescadores gordos son esclavos de los árboles —tañó la morilla—. Son repulsivos. Con esos tallos rastreros que les penetran en la columna vertebral, los obligan a cuidar de ellos. Mira a este pobre infeliz que se retuerce... ¡es un esclavo!

—¿Es peor que lo que haces con nosotros, morilla? —preguntó Poyly, a punto de llorar—. ¿Hay alguna diferencia? ¿Por qué no nos dejas en paz? Yo no tenía ningún deseo de atacar a este hombre.

—Yo os ayudo... os salvo la vida. Ahora, ocúpate de este pobre pescador y acaba de decir tonterías.

El pobre pescador ya se estaba ocupando de sí mismo. Sentándose, se examinó la rodilla que se había lastimado al caer sobre la roca. Los observaba con una ansiedad que no modificaba la estupidez de la expresión. Acurrucado en el suelo, parecía un bollo enorme, torpemente amasado.

—Puedes levantarte —le dijo Gren con afabilidad, mientras le tendía la mano para ayudarlo—. Estás temblando. No tienes nada que temer. No te haremos daño si respondes a nuestras preguntas.

El pescador estalló en un torrente de palabras, casi todas ininteligibles, haciendo ademanes con las grandes manos.

—Habla pausadamente. ¿Te refieres a los árboles? ¿Qué estás diciendo?

—Por favor... El árbol panza, sí. Yo y ellos todo uno, todo panza o panzamanos. La panzacabeza piensa por mí donde yo sirvo a los árboles. Tú mataste mi cuerdapanza, y no hay buena savia en mis venas. Tu gente salvaje y perdida sin árbol panza, no tienen savia para entender lo que digo...

—¡Basta! ¡Habla claro, panzón! Eres humano ¿no? ¿A estas plantas infladas las llamas árboles panza? ¿Y tienes que servirlos? ¿Cuándo te capturaron? ¿Cuánto tiempo hace?

—No éramos altos cuando los árboles panza nos recogieron, cuidaron, mimaron como madres. Los bebés entran en los pliegues blandos, sólo visibles las piernas, y maman y maman de la panza. Nos atan a la cuerdapanza para caminar. Por favor, quiero volver, encontrar otra cuerdapanza; sin cuerdapanza soy un pobre niño perdido también yo.

Poyly, Gen y Yattmur lo miraban perplejos, no entendían ni la mitad de lo que decía. —

—No entiendo —murmuró Yattmur—. Hablaba con más sensatez antes que le

cortaras la cola.

—Te hemos devuelto la libertad —dijo Gren, siempre incitado por la morilla—, y libertaremos también a todos tus amigos. Os llevaremos lejos de estos panzudos inmundos. Seréis libres, libres de trabajar con nosotros y de empezar una nueva vida. ¡Ya nunca más seréis esclavos!

—¡No, no, por favor!... ¡Nosotros somos como las flores de los árboles panza! No queremos ser hombres salvajes como vosotros, sin encantadores árboles panza...

—¡Acaba de una vez con tus árboles!

Levantó una mano y el otro calló instantáneamente; se mordía los labios y se rascaba, angustiado, los muslos carnosos.

—Nosotros somos vuestros libertadores; tendríais que estarnos agradecidos. Dinos ahora, ¿qué es esa pesca de que nos han hablado? ¿Cuándo empieza? ¿Pronto?

—Pronto, sí, pronto, por favor —imploró el pescador mientras trataba de tomar la mano de Gren—. Los peces nadan poco en Agua Larga. Boca Negra está demasiado cerca. Y si no hay peces, no hay pesca ¿eh? Entonces Boca Negra canta a todas las cosas para que vengan a alimentarlo, y los árboles panza hacen grandes ruidos maternos y nos abrazan, no nos dejan ser comida para la Boca. Después, poco tiempo, hay una tregua, sin cantos, sin comida, sin, ruido. Y Boca Negra arroja lo que no necesita comer, arroja las sobras en el Agua Larga. Entonces vienen peces grandes con hambre grande a comer todas las sobras y pronto nosotros los pescadores hombres panza salimos y atrapamos peces grandes, hambre grande en red grande, y felices damos de comer a los árboles panza, a los hombres panza, todos a comer...

—Está bien, suficiente —dijo Gren.

El infeliz pescador calló sumiso. Trató de mantenerse en pie, apoyándose primero en una pierna, luego en la otra. En el momento en que los demás se enredaban en una excitada discusión, cayó al suelo, sosteniéndose la dolorida cabeza entre las manos.

Instigados por la morilla, Gren y Poyly pronto elaboraron un plan.

—Podemos librarlos a todos de esta existencia humillante —dijo Gren.

—Ellos no desean que los salvemos —le dijo Yattmur—. Son felices.

—Son horribles —dijo Poyly.

Mientras hablaban, el Agua Larga cambió de color. Miles y miles de restos y desechos irrumpieron de pronto en la superficie manchando el agua, que los barrió hacia los árboles panza.

—Las sobras del festín de la Boca —dijo Gren—. Vamos, antes que la barca zarpe y los pescadores empiecen a pescar. Sacad los cuchillos.

impulsado por la morilla, Gren echó a correr, y Poyly y Yattmur lo siguieron. Sólo Yattmur volvió un instante la cabeza para echar una mirada al pescador. Se revolcaba por el suelo en un arranque de desesperación, indiferente a todo lo que no fuese su propia desdicha.

Los otros pescadores ya habían cargado la red en la barca. Al ver los desechos que arrastraba el río lanzaron gritos de contento y treparon a la embarcación. A medida que subían a la barca, extendían las colas sobre la popa. El último estaba trepando cuando Gren y las mujeres llegaron a la carrera.

—¡Saltad a la barca! —gritó Gren, y los tres saltaron, y cayeron de pie al mismo tiempo sobre la tosca y crujiente cubierta. Los pescadores que se encontraban más cerca se volvieron juntos a enfrentarlos.

Aunque tosca y pesada, construida bajo la dirección de los seudointeligentes árboles panza, la barca estaba hecha para un propósito determinado: atrapar los grandes peces que acudían a Agua Larga a comer la carroña. No tenía remos ni velámenes, y sólo la utilizaban para transportar de una a otra orilla una red pesada. Para esto habían tendido una cuerda recia sobre las aguas atándola a un árbol en las dos márgenes del río. De este modo la barca, asegurada a la cuerda por una serie de anillas, no era arrastrada por la corriente. Y la simple fuerza bruta la llevaba de una a otra orilla: la mitad de los pescadores tiraba de la cuerda mientras el resto echaba la red. Así había sido desde los tiempos más remotos.

La vida de los pescadores estaba dominada por la rutina. Cuando los tres intrusos aterrizaron en medio de ellos, ni los pescadores ni los árboles panza supieron claramente qué hacer. Tampoco se pusieron de acuerdo, y la mitad de los pescadores resolvió continuar halando la barca aguas adentro, y la otra mitad lanzar un contraataque.

En una acometida uniforme, la fuerza de defensa se lanzó sobre Gren y las mujeres.

Yattmur echó una mirada atrás: era tarde para saltar otra vez a la orilla; ya se habían alejado demasiado. Sacó el cuchillo y aguardó, junto a Poyly y Gren. Cuando los pescadores atacaron, lo hundió en el vientre del que estaba más próximo. El hombre trastabilló, pero los otros cayeron sobre ella. El cuchillo de Yattmur resbaló por la cubierta y antes que pudiera desenvainar la espada, le habían inmovilizado las manos.

Los hombres gordos se abalanzaron sobre Poyly y Gren, y aunque los dos lucharon con denuedo, también fueron abatidos.

Al parecer, ni los pescadores ni los panzudos amos de la orilla habían pensado en utilizar cuchillos hasta que vieron el de Yattmur. Ahora, en un solo movimiento, todos sacaron a relucir los cuchillos.

En el cerebro de Gren, entre el pánico y la cólera, tañeron, furibundos, los pensamientos de la morilla.

—¡Micos sin seso! No perdáis más tiempo con estos mequetrefes. Cortadles el cordón umbilical, las colas, ¡las colas, imbéciles! ¡Cortadles las colas y no podrán haceros daño!

Echando maldiciones, Gren hincó una rodilla en la ingle y los nudillos en la cara de un atacante, y desvió de un revés un cuchillo de hoja curva. Acicateado por la morilla, aferró a otro pescador por el cuello, se lo retorció con furia salvaje y arrojó a la criatura a un lado. Ahora tenía el camino libre. De un brinco llegó a la popa.

Allí estaban las colas verdes, treinta juntas, extendidas hacia la orilla.

Gren lanzó un grito de triunfo y bajó la hoja.

¡Media docena de golpes secos, coléricos, y asunto concluido!

La barca osciló con violencia. Los pescadores se sacudieron, convulsos, y cayeron al suelo. La actividad cesó. Los hombres gemían y gritaban, tratando de levantarse unos a otros, y allí se quedaban, tendidos en un racimo impotente, con las amputadas colas colgando. Sin nadie que la moviera, la barca flotaba en el centro de la corriente.

—Ya lo veis —comentó la morilla—. La lucha ha terminado.

Al levantarse, Poyly creyó vislumbrar una especie de aleteo. Miró hacia la orilla y un apagado grito de horror le brotó de los labios. Gren y Yattmur se volvieron y miraron en la misma dirección. Quedaron petrificados, blandiendo todavía los cuchillos.

—¡Agachaos! —gritó Poyly.

Unas hojas centelleantes como espadas dentadas giraban por encima de ellos. Los tres árboles panza hervían de cólera. Privados de los esclavos voluntarios, fustigaban el aire con las hojas largas que les brotaban del vértice. La masa entera del cuerpo les temblaba mientras las oscuras hojas verdes relampagueaban sobre la embarcación.

En el momento en que Poyly se tiraba de bruces, la primera hoja azotó la cubierta, abriendo una herida profunda en la madera tosca. Volaron astillas. Siguió un segundo y un tercer latigazo. Poyly comprendió que un bombardeo tan terrible los mataría a todos en pocos instantes.

La furia espantosa de aquellos árboles parecía sobrenatural. Poyly no dejó que la paralizara. En tanto Gren y Yattmur se agazapaban bajo el endeble amparo de la popa, ella saltó, sin esperar a que la morilla la guiara, se inclinó sobre la borda y frotó el filo del cuchillo contra las recias fibras que mantenían la barca en cruz sobre las aguas.

Las hojas acorazadas hacían estragos cerca de ella. Los pescadores habían sido alcanzados una y otra vez. Parábolas de sangre manchaban la cubierta. Las infelices criaturas lloraban, se amontonaban unas sobre otras, y se apartaban del centro de la cubierta, con los miembros ensangrentados, tambaleándose. Pero los árboles seguían castigando sin misericordia.

Dura como era la cuerda de amarre, se rompió al fin bajo el ataque de Poyly. Dio un grito de triunfo cuando la barca en libertad osciló al empuje de las aguas.

Estaba aún trepando para ponerse a salvo cuando otra hoja descendió, restallante.

Las espinas del borde carnoso se le hincaron con violencia en el pecho.

—¡Poyly! —gritaron Gren y Yattmur con una sola voz, levantándose de un salto.

Ya no la alcanzaron. El golpe la había sorprendido en una posición inestable. Se dobló en dos cuando la sangre le brotó de la herida. Las rodillas se le arquearon y cayó hacia atrás. Por un instante miró a Gren a los ojos en una tierna súplica, y en seguida desapareció por encima de la borda y golpeó las aguas.

Gren y Yattmur corrieron y se asomaron por la borda. Una nueva turbiedad en el agua señalaba el sitio en que Poyly se había hundido. Una mano afloró en la superficie, con los dedos abiertos, seccionada del brazo. Casi al instante desapareció en medio de un tumulto de peces de cuerpos bruñidos, y ya no hubo más señales de Poyly.

Gren se dejó caer sobre la cubierta; golpeaba la madera loco de dolor e increpaba a la morilla: —¿No podías haberla salvado, hongo miserable, excrecencia inútil? ¿No podías haber hecho algo? ¿Qué le diste sino sinsabores?

Se hizo un largo silencio. Gren la llamó de nuevo, con dolor y con odio. Al fin la morilla habló con voz débil.

—La mitad de mí ha muerto —musitó.

Ya la barca había empezado a girar a la deriva río abajo. Ahora estaban a salvo de las copas mortíferas de los árboles panza que seguían batiendo espuma sobre las aguas.

Al ver que se alejaban de la costa, los pescadores entonaron un coro de gemidos. Yattmur se plantó ante ellos cuchillo en mano, sin permitirse mostrar alguna compasión por las heridas que tenían.

—¡A ver, hombres panza! ¡A ver, hijos rabilargos de árboles hinchados! ¡Basta de alboroto! Alguien que era real acaba de morir y guardaréis duelo por ella o arrojaré a todos por la borda con mis propias manos.

Al oír esto los pescadores cayeron en un silencio abyecto. Amontonados en un grupo sumiso, se consolaban mutuamente y se lamían unos a otros las heridas. Yattmur corrió hacia Gren, lo abrazó y apoyó la mejilla en la de él. Gren trató de resistirse, sólo por un momento.

—No llores demasiado a Poyly. Era hermosa en vida... pero a todos nos llega la hora de caer en la espesura. Yo estoy aquí, y de ahora en adelante seré tu compañera.

—Querrás volver a tu tribu, con los pastores, —dijo Gren, desconsolado.

—¡Ja! Los hemos dejado lejos. ¿Cómo podré volver? Levántate y ven a ver qué rápido nos lleva el agua. Ya casi no alcanzo a ver la Boca Negra... ya no es más grande que uno de mis pezones. Estamos en peligro, Gren. ¡Despierta! Pregúntale a tu amigo mágico, la morilla, a dónde estamos yendo.

—No me importa lo que ahora pueda pasarnos.

—Mira, Gren...

Un clamor se alzó entre los pescadores. Con una especie de interés apático, señalaban hacia adelante y gritaban; bastó para que Yattmur y Gren se levantaran de prisa.

La barca a la deriva se precipitaba rápidamente hacia otra embarcación. Más de una colonia de pescadores vivía en las orillas del Agua Larga. Ya otra asomaba adelante, señalada por dos árboles panza abultados. La red estaba extendida a través de la corriente, y la barca permanecía aún en la orilla opuesta, cargada de pescadores. Las colas pendían sobre el río por encima de la red.

—¡Vamos a chocar contra esa barca! —exclamó Gren—. ¿Qué podemos hacer?

—No, no chocaremos con la barca. Tal vez la red nos detenga. Entonces podremos ganar la orilla sanos y salvos.

—Mira a esos imbéciles que trepan por los costados de la barca. Van a ser despedidos por encima de la borda. —Llamó a gritos a los pescadores. —¡Eh, vosotros, rabones! ¡Bajad pronto de ahí si no queréis caer al agua!

La voz se ahogó entre los gritos de los pescadores y el rugido de las aguas. La corriente los precipitaba irresistiblemente hacia la otra embarcación. Un momento

después chocaban contra la red que les interceptaba el camino.

La barca rechinó y se ladeó. La sacudida lanzó al agua a varios pescadores. Uno de ellos consiguió llegar de un salto a la otra barca, que estaba cada vez más cerca. Las dos embarcaciones chocaron y se separaron oblicuamente como en una carambola de billar y la cuerda que atravesaba el agua restalló y se rompió.

De nuevo empezaron a navegar a la deriva, en una precipitada carrera río abajo. La otra barca, que ya estaba en la ribera opuesta, siguió allí, sacudiéndose peligrosamente. Muchos de los tripulantes habían saltado a la orilla; otros habían sido arrojados al agua; a algunos el accidente les había seccionado la cola. Pero las desventuras de estos pescadores quedaron sin develar, pues la barca de Gren se precipitó en seguida por una amplia curva y la selva se cerró a uno y otro lado.

—¿Y ahora qué hacemos? —preguntó Yattmur, estremeciéndose.

Gren se encogió de hombros, perplejo. No se le ocurría nada. El mundo parecía decirle que era demasiado grande y terrible para él.

—¡Despierta, morilla! —dijo—. Tú nos metiste en este brete... sácanos ahora.

Como respuesta, la morilla empezó a sacudirle las ideas, a ponérselas patas arriba. Mareado, Gren se sentó pesadamente. Yattmur le estrechaba las manos mientras unos recuerdos y pensamientos fantasmales revoloteaban ante el ojo mental de Gren. La morilla estaba estudiando navegación.

Al cabo dijo: —Necesitamos gobernar esta barca.

Pero no tenemos con qué. Habrá que esperar y ver qué ocurre.

Era reconocer la derrota. Gren se sentó en la cubierta y rodeó a Yattmur con un brazo, indiferente a todo cuanto ocurría alrededor. Regresó con el pensamiento a los días en que él y Poyly eran niños despreocupados en la tribu de Lily-yo. La vida había sido tan fácil, tan placentera, y ellos casi ni se habían enterado. Si hasta hacía más calor entonces; en el cielo, casi verticalmente sobre ellos, siempre había brillado el sol.

Abrió un ojo. El sol estaba muy bajo, al borde del horizonte.

—Tengo frío —dijo.

—Acurrúcate contra mí —lo tentó Yattmur.

A un lado había un montón de hojas recién cortadas, destinadas quizá a envolver el pescado que los pescadores esperaban atrapar. Yattmur abrigó con las hojas a Gren y se tendió junto a él, abrazándolo.

Al calor del cuerpo de Yattmur, Gren se tranquilizó. Con un interés recién nacido, empezó a explorar instintivamente el cuerpo de ella. Era cálida y dulce como los sueños de la infancia, y se apretaba a él con ardor. También las manos de ella iniciaron un viaje exploratorio. Entregados a aquel mutuo deleite, se olvidaron del mundo. Cuando él la tomó, ella también estaba tomándolo.

Hasta la morilla se había apaciguado con el placer de lo que ellos hacían al abrigo

de las hojas. La barca continuaba precipitándose río abajo; de tanto en tanto golpeaba contra la orilla, pero nunca dejaba de avanzar.

Al cabo de un tiempo se internó en un río mucho más ancho y caudaloso, y luego dio vueltas y vueltas arrastrada por un remolino; todos se marearon. Allí murió uno de los pescadores y tuvieron que arrojarlo por la borda. Esto pudo ser una señal pues en el acto la embarcación se liberó del remolino y navegó otra vez a la deriva sobre el amplio pecho de las aguas. Ahora el río era muy ancho y aumentaba cada vez más; pronto no vieron ninguna orilla.

Aquel era un mundo desconocido para los humanos; a Gren la sola idea de unas enormes extensiones vacías le parecía inconcebible. Contemplaban con asombro aquel espacio inmenso, y en seguida, temblando, apartaban la mirada y se cubrían los ojos con las manos. Todo en torno era movimiento; y no sólo las aguas inquietas del torrente. Se había levantado un viento frío, un viento que se hubiera extraviado en las distancias inconmensurables de la selva, pero que aquí era dueño y señor de todas las cosas. Agitaba las aguas con pasos invisibles, empujaba la barca y la hacía crujir, salpicaba de espuma las caras preocupadas de los pescadores, los despeinaba y les silbaba en los oídos. Arreció hasta helarles la piel, y tendió un velo de nubes en el cielo, obscureciendo los traveseros que se desplazaban allá arriba.

Quedaban en la barca dos docenas de pescadores; seis de ellos estaban muy malheridos a causa del ataque de los árboles panza. Al principio no intentaron acercarse a Gren y Yattmur; yacían allí, amontonados, como un monumento viviente a la desesperación. Primero murió uno y luego otro, y ambos fueron arrojados por la borda en medio de un duelo desordenado.

De este modo la corriente los fue llevando al mar.

La anchura del río impedía que fueran atacados por las algas marinas gigantes que festoneaban las costas. Nada, en verdad, les indicó que habían pasado del río al estuario, del estuario al mar; las anchas ondas parduscas de agua dulce se mezclaban con las olas saladas.

Poco a poco el pardo se diluyó en verde y en azul, el viento arreció, y los llevó en otra dirección, paralela a la orilla. La poderosa selva no parecía más grande que una hoja.

Uno de los pescadores, a instancias de los otros, se acercó a Gren y Yattmur que aún descansaban tendidos entre las hojas, y se inclinó humildemente ante ellos.

—Oh grandes pastores, oídnos hablar cuando hablamos, si me permitís que empiece a hablar —dijo.

—No queremos haceros ningún daño, gordinflón —respondió Gren con aspereza—. Como vosotros, estamos en una situación difícil. ¿No podéis entenderlo? Quisimos ayudaros, y lo haremos si el mundo vuelve a secarse. Pero trata de ordenar tus ideas para poder hablar con sensatez. ¿Qué deseas?

El hombre se inclinó de nuevo haciendo una reverencia. Detrás de él, sus compañeros se inclinaron también en una penosa imitación.

—Gran pastor, te vemos desde que llegaste. Nosotros, los hijos de los árboles panza, no somos tontos y hemos visto tu tamaño. Sabemos que pronto, cuando acabes de jugar a la lonja doble con tu dama entre las hojas, te gustará matarnos. No somos tontos, somos listos, y como somos listos no nos parece tonto morir por vosotros. Pero como estamos tristes, nos parece tonto morir sin comer. Todos nosotros, pobres hombres panza tristes y listos, no hemos comido y suplicamos comida pues ya no tenemos una mamá que nos llene la panza.

Gren gesticuló, impaciente.

—Tampoco nosotros tenemos comida —dijo—. Somos humanos como vosotros. También nosotros tenemos que mirar por nosotros mismos.

—Ay, no nos atrevíamos a esperar que quisieras compartir tu alimento, porque tu alimento es sagrado y lo que quieres es vernos morir de hambre. Eres muy listo al ocultarnos la comida de saltavilos que siempre llevas. Porque nos sentimos realmente felices, oh gran pastor, aunque nos dejes morir de hambre, si nuestra muerte te procura una buena carcajada y una canción alegre y otra partida de lonjas con la dama lonja. Pues como somos humildes, y no necesitamos comida para morir...

—En verdad, me gustaría matar a estas criaturas —dijo Gren con furia, soltando a Yattmur e incorporándose—. Morilla, ¿qué hacemos con ellos? Tú nos metiste en esto. Ayúdanos a salir.

—Que echen la red por encima de la borda y que atrapen unos peces —tañó la morilla.

—¡Bien! —dijo Gren.

Se levantó de un salto arrastrando con él a Yattmur, y se puso a vociferar órdenes a los pescadores.

Desolados, incompetentes pero serviles, los pescadores prepararon la red y la echaron por la borda. Aquí el mar pululaba de vida. Tan pronto como la red se hundió, algo grande empezó a tironear, a tironear y a trepar inexorablemente.

La barca se ladeó. Dando un grito, los pescadores se echaron atrás: un gran par de pinzas se encaramaba, matraqueando, sobre la borda. Gren estaba debajo. Sin pensarlo más, sacó el cuchillo y atacó.

Una cabeza de langosta más grande que la cabeza de Gren se levantó ante él. Uno de los globos oculares voló por el aire arrancado de raíz... y en seguida el otro, cuando Gren volvió a clavar el cuchillo.

Sin hacer ningún ruido el monstruo marino se soltó de la borda y cayó de nuevo en las profundidades, dejando a los pescadores aterrorizados y llorosos. Casi tan asustado como ellos —pues sentía en la mente el terror de la morilla —Gren dio vueltas alrededor del grupo asestándoles puntapiés y vociferando.

—¡Arriba, guatapanzas cobardones! ¿Vais a dejaros morir? Y bien, yo no os dejaré. Levantaos y recoged esa red antes de que caigan sobre nosotros otros monstruos marinos. ¡A ver, moveos! ¡Recoged esa red! ¡A ella, pronto, bestias balbuceantes!

—Oh gran pastor, puedes arrojarnos a los misterios del mundo mojado que no nos quejaremos. ¡No podemos quejarnos! Ya ves que te alabamos hasta cuando sacas las bestias del mundo mojado y las arrojas sobre nosotros y somos demasiado miserables para quejarnos, así que pedimos misericordia...

—¡Misericordia! Os desollaré vivos si no recogéis esa red al instante. ¡Manos a la obra!

Los pescadores pusieron manos a la obra; el vello que les cubría los flancos flotaba en la brisa.

La red subió cargada de criaturas que les salpicaban y azotaban los tobillos.

—¡Magnífico! —exclamó Yattmur, apretándose a Gren—. Tengo tanta hambre, amor mío. ¡Ahora viviremos! Esta Agua Larga terminará muy pronto, estoy segura.

Pero la embarcación seguía navegando a merced de las corrientes. Durmieron otra vez y luego otra, y el frío continuaba; cuando despertaron descubrieron que la barca estaba totalmente inmóvil.

Gren abrió los ojos y vio una franja de costa cubierta de arena y de matorrales. El y Yattmur estaban solos en la barca.

—¡Morilla! —gritó, levantándose de un salto—. Tú que nunca duermes, ¿por qué no me despertaste y dijiste que ya no había más agua? ¡Y los guatapanzas han escapado!

Miró alrededor el océano, que los había llevado hasta allí. Yattmur se levantó en silencio; se abrazaba los pechos y contemplaba con asombro un enorme pico escarpado que se elevaba entre los matorrales cercanos.

La morilla hizo un ruido que sonó como una risa fantasmal en la mente de Gren.

—Los pescadores no podrán ir muy lejos; dejemos que sean ellos quienes descubran si el paraje es peligroso o no. Os permití dormir, a ti y a Yattmur para que estéis bien descansados. Necesitaréis de todas vuestras fuerzas. ¡Este quizá sea el sitio en que habremos de erigir nuestro nuevo reino, amigo mío!

Gren puso cara de escéptico. No vio ningún travesero en las alturas, y lo consideró un augurio nefasto. Todo cuanto tenía a la vista, fuera de la isla hostil y el piélago del océano, era un avevege, una velosemilla que bajo el dosel de una nube alta se desplazaba por el cielo.

—Supongo que será mejor bajar a tierra —dijo.

—Yo preferiría quedarme en la barca —dijo Yattmur, echando una ojeada aprensiva a la pared de roca.

No obstante, cuando Gren le tendió la mano, la tomó y saltó por la borda sin

protestar. Pero Gren notó que le castañeteaban los dientes.

Se detuvieron en la playa inhóspita, atentos a cualquier amenaza.

La velosemilla surcaba aún el aire, pero en seguida cambió un grado o dos de dirección. Se remontó por encima del océano; las alas leñosas trepidaban como las velas de un barco que navegara viento en popa.

Al oír aquel ruido los dos humanos alzaron los ojos. La velosemilla había avistado tierra. Poco a poco, volando en círculo, empezó a perder altura.

—¿Nos está persiguiendo? —preguntó Yattmur.

Tenían que optar entre esconderse debajo de la barca o internarse en la franja de selva que se encrepaba detrás del frontón bajo de la costa. La barca era un refugio frágil, si la enorme velosemilla se decidía a atacar; tomados de la mano, el hombre y la mujer se deslizaron entre el follaje.

Ahora la velosemilla descendía a plomo. No retraía las alas. Desplegadas y rígidas, crepitaban y vibraban en el aire con un ímpetu creciente.

Aunque formidable, la velosemilla era sólo una burda imitación de las verdaderas aves, que en otros tiempos habían poblado los cielos terrestres. Los últimos pájaros habían sucumbido muchos eones atrás, cuando el sol entró en la última etapa de su existencia y comenzó a irradiar más energía. Con una ineptitud soberbia y en consonancia con la supremacía del mundo vegetal, la velosemilla imitaba a una especie ornitológica extinguida, cruzando los cielos con alas fragorosas.

—¿Nos habrá visto, Gren? —preguntó Yattmur, espiando por entre el follaje.

Hacía frío a la sombra de aquel risco alto.

Gren respondió oprimiéndole el brazo con fuerza, mientras miraba arriba entornando los ojos. Atemorizado y furioso como estaba, prefería no hablar. La morilla, a la espera de los acontecimientos, no le daba ningún apoyo.

Ya no cabía duda de que el torpe pajarraco no alcanzaría a rectificar a tiempo la dirección y que al fin se estrellaría contra el suelo. La sombra negra y rápida siguió bajando por encima del matorral, y pasó como una exhalación por detrás de un árbol vecino estremeciendo el follaje... y luego silencio. Ningún sonido llegaba a oídos de los humanos, aunque el avevege no podía haber chocado contra el suelo a más de cincuenta metros de distancia.

—¡Sombras vivientes! —exclamó Gren—. ¿Algo se lo ha tragado?

No se atrevía a imaginar que pudiera haber una criatura bastante grande como para devorar a una velosemilla.

Estuvieron un rato inmóviles y expectantes, pero nada interrumpió el silencio.

—¡Se ha desvanecido como un fantasma! —exclamó Gren—. Vayamos a ver qué le ha pasado.

Yattmur se aferró a él tratando de retenerlo.

—Estamos en un paraje desconocido, con peligros que ignoramos —dijo—. No busquemos problemas, que ya ellos nos buscarán a nosotros. No sabemos nada de este lugar. Ante todo hemos de averiguar qué lugar es, y si es habitable.

—Prefiero ir yo al encuentro de los problemas y no que ellos vengan a mí —dijo Gren—. Aunque quizá tengas razón, Yattmur. Los huesos me dicen que este no es un buen sitio. ¿Dónde se habrán metido esos estúpidos guatapanzas?

Salieron a la playa y la recorrieron lentamente, escudriñando en torno, buscando indicios de los desventurados pescadores, yendo y viniendo entre la llanura del mar y la escarpa del risco.

Los indicios que buscaban no estaban lejos.

—Han andado por aquí —dijo Gren, corriendo a lo largo de la orilla.

Huellas de pasos pesados y excrementos indicaban el sitio por donde los guatapanzas habían chapoteado hasta la costa. Muchas de las huellas eran imprecisas y se dirigían hacia uno y otro lado; también aparecían huellas de manos, señalando los lugares en que habían tropezado unos con otros y se habían caído. Las huellas revelaban la marcha torpe e insegura de los guatapanzas. Un poco más adelante, apuntaban hacia un angosto cinturón de árboles de hojas coriáceas y tristes que se alzaba entre la playa y el risco. Mientras seguían las huellas hacia la obscuridad, un ruido apagado hizo que se detuvieran. De un lugar cercano llegaban quejidos.

Sacando el cuchillo, Gren habló. Asomándose al bosquecillo que se alimentaba como podía de aquel suelo arenoso, se puso a gritar.

—Quienquiera que seas, ¡sal de ahí antes que te saque a la rastra!

Los gemidos se redoblaron, una fúnebre melopea de balbuceos apenas inteligibles.

—¡Es un guatapanza! —exclamó Yattmur—. No lo maltrates, si está herido.

Con los ojos ya acostumbrados a la penumbra, corrió hacia adelante y se arrodilló en el terreno arenoso, entre las hierbas ásperas.

Uno de los pescadores gordos yacía en el suelo; otros tres estaban acurrucados contra él. Al ver aparecer a Yattmur se sacudió con violencia e intentó darse vuelta y alejarse.

—No te haré daño —dijo ella—. Os estábamos buscando, queríamos saber a dónde habíais ido.

—Es demasiado tarde. No estuviste antes y ahora tenemos los corazones

destrozados —lloró el hombre; las lágrimas le resbalaban por las mejillas. Tenía un largo rasguño en el hombro y el pelo desgredado se le había pegoteado a la sangre seca, pero Yattmur pudo observar que la herida no era profunda.

—Es una suerte que hayamos dado con vosotros —dijo—. Lo que tienes no es grave. Ahora que todos se levanten y vuelvan a la barca.

Al oír esto el guatapanza rompió en una nueva melopea; los otros tres le hicieron coro, hablando en aquel dialecto peculiar y enredado.

—Oh grandes pastores, aparecen aquí y aumentan nuestras desdichas. Mucho nos alegra que aparezcan otra vez aunque sabemos que ellos quieren matarnos, matar a estas pobres y amables y desamparadas criaturas que somos.

—Sí, que somos, somos, somos, y aunque nuestro amor los ama, ellos no pueden amarnos, porque no somos más que barro miserable, y ellos son asesinos crueles, y crueles con el barro.

—¡Quiéren matarnos aunque ya nos estamos muriendo! ¡Oh, cuánto admiramos vuestro valor, inteligentes héroes sin cola!

—Acabad de una vez con ese inmundo farfalleo —ordenó Gren—. No somos asesinos ni nunca hemos querido haceros daño.

—¡Qué inteligente eres, amo! ¡Nos has cortado las preciosas colas y pretendes decirnos que no hubo daño! Creímos que estabas muerto, que las lonjas dobles en la barca habían terminado para siempre, y por eso, cuando el mundo acuoso se volvió sólido, tristes escapamos con todas nuestras patas, pues roncabas mucho. Ahora nos has atrapado otra vez, y como ya no roncas, sabemos que quieres matarnos.

Gren le asestó un revés en la mejilla al pescador más próximo; el hombre gimió y se retorció como si se estuviera muriendo.

—¡Callad, imbéciles llorones! No os haremos daño si confiáis en nosotros. Poneos en pie y decidnos dónde están todos los demás.

La orden sólo provocó nuevas lamentaciones.

—Bien ves que los cuatro, cuatro infelices sufridores, nos estamos muriendo sin remedio de la muerte que mata a todos, los verdes y los rosados, por eso quieres que estemos de pie, porque así moriremos de una muerte mala, y cuando nuestras almas se hayan ido nos patearás, y sólo muertos podremos estar contigo y no llorar con bocas inofensivas. ¡Oh sí, nos caeremos del suelo en que estamos tendidos! ¡Qué idea tan astuta, gran pastor!

Mientras así se lamentaban, trataban desesperados de aferrar los tobillos de Yattmur y Gren y besarles los pies; los humanos saltaban a uno y otro lado esquivando aquellas efusiones.

Durante la orgía de lamentos, Yattmur había tratado de examinarlos. —.

—No tienen heridas graves estos infelices —dijo—. Sólo rasguños y magulladuras.

—Pronto los curaré —dijo Gren.

Uno de los hombres había conseguido asirle el tobillo. Gren lanzó un puntapié a la cara mofletuda. Movido por una repulsión incontenible, agarró a otro y lo levantó del suelo de viva fuerza.

—¡Qué prodigiosamente fuerte eres, amo! —gimió el hombre mientras trataba al mismo tiempo de besarle y morderle las manos—. Tus músculos y tu crueldad son enormes para unas pobres criaturas moribundas como nosotros, de sangre estropeada por cosas malas y otras cosas malas, ¡ay!

—¡Te haré tragar tus propios dientes si no te callas! —lo amenazó Gren.

Con la ayuda de Yattmur, levantó a los otros tres que a pesar de los incesantes lloriqueos no estaban malheridos. Los obligó a callar y les preguntó que había sido de los dieciséis pescadores que faltaban.

—¡Oh, generoso sin cola! Perdonas la vida a este pequeño numero cuatro para gozar matando a un gran número dieciséis. ¡Qué abnegación tan abnegada! Felices te decimos qué felices somos al decirte qué camino tomó el alegre y triste dieciséis, para que nos perdones la vida y sigamos viviendo y gozando de tus bofetones y golpes y patadas crueles en la nariz de la cara tierna. El dieciséis nos dejó aquí tirados muriendo en paz antes de escapar por ese camino para que tú los atrapes y juegues a la muerte.

Y señalaron, abatidos, la línea de la costa.

—Quedaos aquí, y en silencio —ordenó Gren—. Volveremos a buscaros cuando hayamos encontrado a los demás. No os mováis de aquí, pues algo podría comeros.

—Con temor esperaremos, aun si antes morimos.

—Quietos aquí entonces.

Gren y Yattmur echaron a andar a lo largo de la playa. Allí todo era silencio; hasta el océano susurraba apenas al rozar las orillas; y otra vez sintieron la terrible desazón, como si millones de ojos invisibles estuviesen acechando.

Mientras avanzaban, observaban el mundo en torno. Hijos de la selva como eran, nada podía parecerles más extraño que el mar; sin embargo, allí la tierra misma era extraña. No sólo porque los árboles —de hojas coriáceas, quizá adecuadas para un clima más frío —fuesen de una variedad desconocida; ni a causa del risco que asomaba por detrás de los árboles, tan escarpado y gris; un risco que se elevaba por encima de ellos empequeñeciéndolo todo alrededor, y que proyectaba una sombra tétrica sobre el paisaje.

Además de todas aquellas rarezas tangibles, había otra, que no hubieran podido nombrar, pero que luego del absurdo altercado con los guatapanzas parecía aún más inquietante. El silencio rumoroso del mar contribuía a que se sintieran inquietos.

Echando una mirada nerviosa por encima del hombro, Yattmur observó otra vez el risco encumbrado. Bajo las nubes oscuras que se movían por el cielo, el gran

muro parecía derrumbarse.

Yattmur se dejó caer de bruces y se tapó los ojos.

—¡Los riscos se nos vienen todos encima! —gritó, tironeando de Gren para que se echara junto a ella.

Gren alzó los ojos una sola vez y tuvo la misma ilusión: aquella torre alta y majestuosa se inclinaba hacia ellos. Se escurrieron entre las rocas, apretujando los cuerpos tiernos, hundiendo las caras en la arena húmeda y escamosa. Eran hijos del invernáculo de las selvas; aquí había tantas cosas desconocidas que la reacción inmediata era siempre el miedo.

Instintivamente, Gren llamó al hongo que le cubría el cuello y la cabeza.

—¡Morilla, sálvanos! Confiamos en ti y tú nos trajiste a este lugar horrendo. Ahora tienes que sacarnos de aquí, pronto, antes que el risco se nos venga encima.

—Si tú mueres, yo muero —dijo la morilla, tañendo unos sonos armoniosos en la cabeza de Gren. Y añadió algo más tranquilizador—. Podéis levantaros. Las nubes se mueven; el risco no.

Pasó un momento —un intervalo de silenciosa espera sólo interrumpida por la endecha del mar —antes que Gren se atreviera a comprobar la verdad de lo que decía la morilla. Por último, viendo que ningún aluvión de rocas le caía sobre el cuerpo desnudo, se decidió a mirar. Al notar que él se movía, Yattmur gimoteó.

Gren creyó ver que el risco seguía cayendo. Se armó de coraje y observó más atentamente.

Parecía que el risco viniera navegando por el cielo hacia él; sin embargo, al fin tuvo la certeza de que no se movía. Se atrevió a apartar los ojos de aquella superficie agujereada y codeó a Yattmur.

—El risco no nos hará daño por ahora —dijo—. Podemos seguir.

Yattmur alzó un rostro atribulado, con manchas rojas en las mejillas que había apoyado contra las piedrecitas de la playa; aún tenía algunas adheridas a la piel.

—Es un risco mágico. Siempre se está cayendo y no cae nunca —dijo luego de mirar detenidamente la roca.

—No me gusta. Tiene ojos que nos vigilan.

Reanudaron la penosa marcha. De tanto en tanto Yattmur miraba con inquietud hacia arriba. El cielo se estaba cerrando todavía más y las sombras de las nubes venían por el océano.

La costa era una curva cerrada y continua; la arena desaparecía a menudo bajo grandes macizos de rocas encerrados entre la selva y el mar. No había otro remedio que escalarlas y en el mayor silencio posible.

—Pronto llegaremos de vuelta al punto de partida —dijo Gren volviendo la cabeza y observando que la barca había quedado oculta detrás del risco.

—Correcto —tañó la morilla—. Estamos en una isla pequeña, Gren.

—Entonces ¿no podremos vivir aquí, morilla?

—Me parece que no.

—¿Cómo haremos para irnos?

—Como vinimos... en la barca. Algunas de estas hojas gigantes podrán servirnos de velas.

—Odiarnos la barca, morilla, y el mundo acuoso.

—Pero los prefieres a la muerte. ¿Cómo podríamos vivir aquí, Gren? No es más que una torre de piedra con una franja de arena alrededor.

Sin comunicar esta conversación muda a Yattmur, Gren se dejó llevar por unos pensamientos confusos. Al fin concluyó que lo más sensato era postergar cualquier decisión hasta que hubiesen dado con los guatapanzas...

Advirtió que Yattmur miraba cada vez más a menudo por encima del hombro la torre de piedra. En un arranque de impaciencia, exclamó:

—¿Qué pasa?

Si no miras por dónde vas, te romperás la crisma.

Ella le tomó la mano.

—¡Calla! Te va a oír —dijo—. Esta torre tiene un millón de ojos que nos vigilan todo el tiempo.

Gren iba a volver la cabeza cuando Yattmur lo tomó por la barbilla y lo arrastró hasta obligarlo a agazaparse junto a ella detrás de un peñasco.

—No le hagas ver que sabemos —murmuró—. Espíala desde aquí.

Gren espió. Con la boca seca observó aquella pared gris, alta y vigilante. Las nubes habían velado el sol, y en la penumbra el risco tenía un aspecto aún más amenazador. Ya antes había observado que la superficie estaba acribillada de agujeros. Ahora notó la regularidad con que estaban distribuidos y cuánto se parecían a ojos malignos que acecharan desde las profundidades de muchas órbitas.

—Ya lo ves —dijo Yattmur—. ¿Qué criaturas terribles cobija este lugar? Está embrujado, Gren. ¿Qué seres vivos hemos visto desde que llegamos? Nada se mueve entre los árboles, nada corretea por la playa, nada trepa por la cara de esa roca. Sólo la velosemilla, y algo la ha devorado. Sólo nosotros estamos vivos, pero ¿por cuánto tiempo?

Mientras Yattmur se lamentaba, hubo un movimiento en la torre de piedra. Los ojos fríos —ya no cabía ninguna duda de que eran ojos —giraron en las órbitas; eran incontables y se movieron juntos y juntos miraron en otra dirección, como si otearan algo a lo lejos, en el mar.

Impulsados por la fuerza de aquella mirada pétrea, Gren y Yattmur también se volvieron. Desde donde estaban agazapados, sólo era visible una porción del mar, enmarcada por las rocas de la playa cercana, pero suficiente para que pudieran observar la conmoción de las distantes aguas grises: una enorme criatura marina se

acercaba nadando a la isla.

—¡Oh sombras! ¡Esa criatura viene hacia nosotros! ¿Volvemos corriendo a la barca?

—¡Echémonos al suelo y quedémonos quietos! No puede habernos visto entre esas rocas.

—¡La torre mágica de muchos ojos la está llamando para que venga a devorarnos!

—Tonterías —dijo Gren, también como respuesta a sus propios temores.

Hipnotizados, observaron a la criatura marina. La espuma impedía ver cómo era. Sólo dos grandes aletas que batían las aguas como ruedas enloquecidas asomaban claramente a intervalos. De vez en cuando les parecía ver una cabeza que apuntaba hacia la orilla.

La ancha sábana del mar se encrespó. Un telón de lluvia cayó desde el cielo encapotado ocultando a la criatura marina y vertiendo gotas frías y punzantes sobre todas las cosas.

Obedeciendo a un impulso común, Gren y Yattmur se zambulleron entre los árboles; chorreando agua, se apoyaron contra un tronco. La lluvia arreció. Por un momento, no alcanzaron a ver más allá de la resquebrajada orla de blancura que bordeaba la orilla.

Un acorde desolado llegó desde el agua, una llamada de advertencia, como si el mundo estuviera desmoronándose. La criatura marina pedía a gritos que la guiaran. La isla (o la torre) voceó en seguida una respuesta.

Como arrancada de los cimientos mismos, chirriante y cavernosa, sonó una nota. No era una nota demasiado potente, pero lo impregnó todo; se esparció por la tierra y el mar como la lluvia misma, como si cada decibel fuese una gota separada de las demás. Aterrorizada por aquel sonido, Yattmur se aferró a Gren, llorando.

Por encima del llanto, por encima del ruido de la lluvia y del mar, por encima de las resonancias de la voz de la torre, se alzó otra voz; una voz mellada, asustada, que pronto se extinguió. Era una voz compuesta, un coro de súplicas y reproches, y Gren la reconoció.

—¡Los guatapanzas que faltaban! —exclamó—. Tienen que estar cerca de aquí.

Miró en torno sin esperanzas luchando contra la lluvia que le cegaba los ojos. Las grandes hojas coriáceas se combaban y volvían a saltar bruscamente derramando la carga de agua que les caía encima desde el risco. No se veía nada más que selva, la selva que se inclinaba sumisa ante el aguacero. Gren no se movió; los guatapanzas tendrían que esperar a que la lluvia amainara. Se quedó donde estaba, con un brazo alrededor de Yattmur.

Trataban de ver el mar, cuando delante de ellos el gris se rompió en un torbellino de olas.

—¡Oh sombras vivientes! Ese ser ha venido a buscarnos —susurró Yattmur.

La enorme criatura marina había llegado ya a los bajíos y estaba saliendo pesadamente del mar. Entre las cataratas siseantes de la lluvia vieron una gran cabeza chata. Una boca estrecha y pesada como una tumba se abrió con un crujido... y Yattmur se libró del abrazo de Gren y echó a correr, gritando despavorida, hacia el lugar de donde había venido.

—¡Yattmur!

Iba a correr detrás de ella, pero el peso muerto de la voluntad de la morilla cayó sobre él de improviso. Gren quedó paralizado, inmóvil, doblado hacia adelante como en la línea de largada de una carrera. Sorprendido en esa posición inestable, cayó de costado en la arena anegada.

—¡Quédate donde estás! —tañó la morilla—. Como es obvio que esa criatura no viene por nosotros, tenemos que esperar y averiguar qué pretende. No nos hará daño si te quedas quieto.

—Pero Yattmur...

—No te preocupes por esa niña tonta. Más tarde la encontraremos.

A través de la violencia de la lluvia llegaba un quejido irregular y prolongado. La gran criatura estaba sin aliento. Se arrastraba trabajosamente por la cuesta de la playa a pocas yardas de donde yacía Gren. Velada por las grises cortinas de la lluvia, con la respiración anhelante y los movimientos penosos, cobró de pronto el aspecto —andando allí pesadamente, en aquel escenario tan inverosímil como ella —de un grotesco símbolo de dolor conjurado en una pesadilla.

Ahora la cabeza estaba oculta entre los árboles. Gren sólo veía el cuerpo, impulsado hacia adelante por las sacudidas de las aletas poderosas, hasta que también el cuerpo desapareció. La cola se deslizó un momento cuesta arriba; luego fue engullida asimismo por la selva.

—Ve a ver dónde ha ido —ordenó la morilla.

—No —dijo Gren. Se arrodilló. Una suciedad pardusca, una mezcla de arena y lluvia, le resbalaba por el cuerpo.

—Haz lo que te digo —tañó la morilla. El propósito secreto de la morilla, propagarse tanto como le fuera posible, seguía siempre allí en el fondo de su pensamiento. Este humano que en un principio le había parecido un huésped inteligente y promisorio, en realidad no había respondido a sus esperanzas; una bestia bruta, primitiva, como la que acababan de ver, merecía sin duda una investigación. La morilla impulsó a Gren hacia adelante.

Avanzando por el linde arbolado, encontraron los rastros de la criatura marina. Al desplazarse había abierto una zanja —en la que cabía un hombre de pie.

Gren se dejó caer al suelo sobre las manos y las rodillas; la sangre le ardía en las venas. La criatura no estaba muy lejos; un definido olor salobre, putrefacto, flotaba en el aire. Atisbó por detrás del tronco de un árbol, siguiendo las huellas con la

mirada.

Allí la franja de selva se interrumpía de pronto, para recomenzar un poco más lejos a lo largo de la costa. En aquel claro, la arena llevaba en línea recta a la base del risco... y allí, en la base del risco, se abría una caverna grande. Alcanzó a ver, a través de la lluvia, que las huellas del monstruo entraban en la caverna. No obstante, aunque los límites de la caverna eran visibles —bastante grande como para contener al monstruo, pero nada más —parecía silenciosa y vacía, como una boca petrificada en un bostezo perpetuo.

Intrigado, olvidándose del miedo, Gren salió al claro para observar mejor, y en seguida vio allí a algunos de los dieciséis guatapanzas.

Estaban acurrucados todos juntos bajo los árboles que flanqueaban la franja arenosa, apretados contra el risco y muy cerca de la caverna. Como era natural en ellos, se habían resguardado debajo de un reborde de roca que los bañaba ahora con un incesante chorro de agua. Con el largo vello del cuerpo chorreado y aplastado, parecían en verdad muy mojados, mojados y asustados. Cuando Gren apareció, gimotearon de miedo, cubriéndose los genitales con, las manos.

—¡Salid de ahí! —gritó Gren, sin dejar de mirar alrededor en busca de algo que explicase la desaparición del monstruo marino.

Con la lluvia que les chorreaba por las caras, los guatapanzas estaban totalmente desanimados; Gren recordó el estúpido grito de terror que habían lanzado cuando divisaron al monstruo. Ahora, dando vueltas y vueltas en círculos cerrados, como ovejas, y balbuceando sonidos ininteligibles, parecían querer huir de Gren. Tanta estupidez le revolvió la sangre. Levantó una piedra pesada.

—¡Salid de ahí y venid conmigo, panzabebés llorones! —vociferó—. ¡Pronto, antes que el monstruo los descubra a todos!

—¡Oh terror! ¡Oh amo! ¡Todas las cosas odian a los infelices y amables guatapanzas! —gimieron; tropezaban unos con otros volviendo a Gren las espaldas carnosas.

Furioso, Gren tiró la piedra. Fue a dar en la nalga de uno de los hombres; un tiro certero pero de consecuencias nefastas. La víctima saltó chillando a la arena, dio vueltas alrededor, y huyendo de Gren echó a correr hacia la caverna. Como a una voz de mando, los otros también saltaron y se precipitaron detrás en tropel; imitándolo, se agarraban el trasero con las manos.

—¡Volved! —gritó Gren, lanzándose detrás de ellos por las huellas del monstruo—. ¡No os acerquéis a la cueva!

No le hicieron caso. Ladrando como cuzcos, se precipitaron en la caverna; los ruidos que hicieron al entrar retumbaron con ecos ásperos en las paredes. Gren los siguió.

El olor salobre del monstruo pesaba en el aire.

—Sal de aquí cuanto antes —acució la morilla en la mente de Gren, mientras le enviaba una punzada de dolor por todo el cuerpo.

De las paredes y el techo de la caverna sobresalían unos bastones de piedra que apuntaban hacia dentro; en los extremos se ahuecaban en órbitas oculares, como las cuencas de la cara exterior del risco. Aquellos ojos también acechaban; cuando los guatapanzas entraron en tropel, abrieron los párpados y se pusieron a mirar, uno por uno, cada vez más numerosos.

Viendo que estaban acorralados, los pescadores se revolcaron por la arena a los pies de Gren en una batahola de gritos lastimeros.

—¡Oh grande y poderoso señor, oh matador de piel fuerte, oh rey de la carrera y de la caza, mira cómo corrimos hacia ti en cuanto te vimos! ¡Qué contentos estamos de que honres con tu presencia nuestros pobres y viejos panzaojos! Corrimos hacia ti sin vacilar aunque nuestra carrera fue torpe y atolondrada, y de algún modo nuestras piernas nos llevaron por malos caminos y no por caminos buenos y felices, pues además la lluvia nos confundió.

Más y más ojos se abrían ahora en la caverna, todos con la mirada pétrea clavada en el grupo. Gren tomó por los cabellos a uno de los guatapanzas y lo obligó a levantarse. Los demás callaron, contentos tal vez de que por el momento no se ocupara de ellos.

—Ahora escuchadme —dijo Gren, con los dientes apretados. Había llegado a aborrecer con ferocidad a estas criaturas que despertaban en él instintos latentes, agresivos—. No os deseo ningún mal, como he dicho antes. Pero tenéis que salir de aquí inmediatamente. Aquí estáis en peligro. ¡Volved a la playa pronto, todos!

—Nos lapidarás...

—¡No importa lo que yo haga! Haced lo que digo. ¡Moveos!

Mientras hablaba dio un empujón al hombre y lo mandó rodando hacia la entrada de la caverna.

En aquel momento comenzó lo que más tarde Gren recordaría como el espejismo.

Un número crítico de ojos se había abierto en las paredes de la caverna.

El tiempo se detuvo. El mundo fue todo verde. A la entrada, el hombre panza se sostuvo en equilibrio sobre una pierna como si fuera a volar, se volvió verde y quedó petrificado en aquella absurda posición. Detrás, la lluvia era también verde. Todo verde, todo inmóvil.

Y todo empezó a encoger. A empequeñecerse. A retraerse y contraerse. A transformarse en una gota de lluvia que caía para siempre desde los pulmones del cielo. O en un grano de arena que bajaba eternamente en las clepsidras del tiempo infinito. En un protón que se precipitaba inagotable por su propia versión de bolsillo del espacio ilimitado. Para alcanzar por último la inmensidad infinita de la nada... la riqueza infinita de la no-existencia... y así transformarse en Dios... ser el principio y

el fin de la propia creación...

...o conjurar un billón de mundos que zumbaban a lo largo de los verdes eslabones de cada segundo... o volar a través de los increados montones de sustancia verde que en una vasta antecámara del ser esperaban la hora o el eón apropiados...

Porque él estaba volando ¿no? Y en aquellas notas próximas y más felices (¿no lo eran?) volaban los seres que él o algún otro, alguien en otro plano de la memoria, había llamado alguna vez «los guatapanzas». Y si aquello era volar, entonces estaba aconteciendo en aquel imposible universo verde de delectación, en un elemento que no era el aire y en una corriente ajena al tiempo. Y volaban en la luz, irradiaban luz.

Y no estaban solos.

Todo estaba con ellos. La vida había reemplazado al tiempo, eso era; la muerte había desaparecido, porque allí los relojes sólo podían desgranar fertilidad. Pero de todas las cosas, había dos que le parecían familiares...

En aquella otra existencia vaga —oh, era tan difícil recordar, un sueño dentro de un sueño—, en aquella existencia en la que había una playa de arena y una lluvia gris (¿gris?) que no tenía nada de verde, porque no hay nada que se parezca al verde, en aquella existencia un ave enorme había bajado del cielo y una gran bestia había emergido del mar... y habían penetrado en el... espejismo, y todos estaban allí en un mismo deleite verde, sustancioso. El elemento en que flotaban les aseguraba que había allí sitio de sobra para que todas las cosas pudieran crecer y prosperar en paz, y desarrollarse eternamente, si fuera necesario: los guatapanzas, el ave, el monstruo.

Y sabía que los otros habían ido hacia el espejismo atraídos por algo que a él no lo había llamado. No porque eso importara, ya que allí encontraba la dulzura de ser, de dejarse estar simplemente en aquel eterno vuelo-danza-canción, sin tiempo ni medida ni zozobras.

Sin nada más que un sentimiento de plenitud: estar transformándose en algo verde y bueno.

...Sin embargo, por alguna razón, los otros lo iban. dejando atrás. El primer impulso empezaba a decaer. Incluso allí había zozobras, y algo significaban, también allí, las dimensiones; de lo contrario, no se habría quedado atrás. Y ellos no estarían volviendo las cabezas, sonriéndole, saludándolo, el ave, la bestia, los guatapanzas. Ni las esporas y semillas, las afortunadas criaturas de savia que llenaban la distancia creciente que lo separaba de sus compañeros, estarían girando. Ni él los seguiría, gimiendo, perdiéndolo todo... Oh, perder todo ese mundo de naturaleza inimaginable, ese mundo brillante que de pronto le era tan querido...

Ya no reviviría el miedo, la última y desesperada tentativa de recobrar el paraíso, el verde que huía, el vértigo que lo poseía, y los ojos, un millón de ojos que decían todos «No» y lo escupían devolviéndolo al mundo...

Estaba otra vez en la caverna, despatarrado sobre la arena pisoteada, en una

postura que era un burdo remedo de vuelo. Estaba solo. Alrededor de él, un millón de ojos de piedra se cerraban desdeñosos, y una música verde se apagaba. Estaba doblemente solo, pues la torre de piedra se había retirado de la caverna.

La lluvia seguía cayendo. Sabía que aquella eternidad inconmensurable en que había estado ausente había sido apenas un instante, una brizna de tiempo. El tiempo... cualquier cosa que fuera... acaso un fenómeno meramente subjetivo, un mecanismo del torrente sanguíneo humano, que los vegetales no padecían.

Gren se incorporo, sorprendido por sus propios pensamientos.

—¡Morilla! —murmuró.

—Estoy aquí...

Hubo un largo silencio.

Al cabo de un rato el hongo-cerebro se decidió a hablar.

—Tú tienes pensamientos, Gren —tañó—. Por eso la torre no te aceptó... no nos aceptó. Los guatapanzas eran casi tan necios como la criatura marina y el ave; ellos fueron aceptados. Lo que para nosotros es un espejismo, para ellos es ahora la realidad. Ellos fueron aceptados.

Otro silencio.

—¿Aceptados dónde? —preguntó Gren. Había sido tan hermoso...

La morilla no respondió directamente.

—Esta es la larga era de lo vegetal —dijo—. Lo verde ha medrado en la faz de la tierra, ha echado raíces y ha proliferado; todo sin pensamiento. Ha adoptado muchas formas y se ha aclimatado a todos los medios; y así ocupa desde hace largo tiempo cualquier posible sitio ecológico.

La tierra está hoy más peligrosamente superpoblada que en cualquier época. Hay plantas por doquier... plantas que con ingenio pero sin inteligencia, siembran y se propagan, multiplicando la confusión, aumentando el problema de cómo encontrará lugar para crecer una brizna más de hierba. Cuando tu remoto antepasado, el hombre, era dueño y señor del mundo, sabía cómo resolver el problema de un jardín o un huerto superpoblado. Trasplantaba, o quemaba las malezas. Ahora, de algún modo, la naturaleza ha inventado su propio jardinero. Las rocas se han convertido ellas mismas en transmisores. Es probable que haya estaciones como ésta en todas las costas... estaciones en las que cualquier criatura de poco seso pueda ser aceptada para una progresiva transmisión... estaciones donde las plantas puedan ser trasplantadas...

—¿Trasplantadas dónde? —preguntó Gren—. ¿Dónde estaba ese lugar?

Algo parecido a un suspiro flotó en los pasadizos de la mente de Gren.

—¿No te das cuenta de que son sólo conjeturas, Gren? Desde que me he unido a ti, me he vuelto en parte humana. ¿Quién conoce todos los mundos posibles para las distintas formas de vida? El sol significa una cosa para ti, y otra para una flor. Para nosotros el mar es terrible; para esa gran criatura que vimos... No hay palabras ni

pensamientos que describan el lugar adonde fuimos; cómo puede haberlas si era tan claramente el producto de... procesos inactivos irracionales,. —.

Gren se incorporó, tambaleándose.

—Tengo ganas de vomitar —dijo.

Salió zigzagueando de la caverna.

—Para concebir otras dimensiones, otras modalidades del ser —prosiguió la morilla.

—¡Por lo que más quieras, cállate! —gritó Gren—. ¿Qué me importa que haya lugares... estados... si no puedo... alcanzarlos? No puedo, y nada más. Todo aquello fue un maldito espejismo, así que déjame en paz ¿quieres? Tengo ganas de vomitar.

La lluvia había menguado un poco. Le golpeó levemente la espalda cuando arqueó la columna y apoyó la cabeza contra un árbol. Las sienes le latían, los ojos le lagrimeaban, el estómago se le contraía en espasmos.

Tendrían que hacer velas con las hojas grandes y alejarse en la barca de aquel lugar, él y Yattmur y los cuatro guatapanzas sobrevivientes. Tenían que irse. Como estaba haciendo frío, tal vez necesitaran abrigarse con hojas. Este mundo no era un paraíso, pero algo podían aprovechar.

Estaba vaciando aún el estómago cuando oyó que Yattmur lo llamaba.

Alzó los ojos, sonriendo débilmente. A lo largo de la playa lluviosa, Yattmur volvía a él.

Estaban de pie, tomados de la mano, y Gren trataba confusamente de contarle a Yattmur la experiencia de la caverna.

—Me alegro mucho de que hayas vuelto —dijo ella con dulzura.

Gren asintió, con un movimiento de la cabeza culpable, recordando lo hermosa y extraña que había sido la experiencia. Se sentía extenuado. La sola idea de tener que hacerse de nuevo a la mar lo aterrorizaba; pero era evidente que no podían quedarse en la isla.

—Manos a la obra, entonces —dijo la morilla en la cabeza de Gren—. Eres tan remolón como un guatapanza.

Siempre de la mano de Yattmur, dio media vuelta y se encaminaron a paso lento playa abajo. Soplaban un viento glacial, que arrastraba la lluvia hacia el mar. Los cuatro guatapanzas estaban acurrucados todos juntos en el sitio en que Gren les había dicho que esperasen. Cuando vieron llegar a Gren y Yattmur, se postraron servilmente en la arena.

—Acabad con eso —dijo Gren sin ningún humor—. Todos tenemos que trabajar y vosotros también.

Dándoles palmadas en los flancos rollizos, los hizo marchar delante de él en dirección a la barca.

Una brisa brillante y cortante como vidrio soplaban por encima del océano.

Para los ocasionales traveseros que de tanto en tanto surcaban el espacio allá en las alturas, la barca con los seis pasajeros no era más que un leño que flotaba lentamente a la deriva, y que ahora ya estaba lejos de la isla del risco elevado.

De un mástil improvisado pendía la vela de hojas, toscamente cosida; pero, desgarrada por vientos adversos, ya no servía de mucho. La barca, ahora sin rumbo, era arrastrada hacia el este por una impetuosa corriente de aguas templadas.

Los humanos observaban con apatía o con ansiedad, según la naturaleza de cada uno, cómo eran arrastrados por la corriente. Habían comido varias veces y habían dormido a menudo desde que zarparan de la isla del risco.

Había muchas cosas para ver en ambas orillas, cuando miraban. A babor corría una larga costa, y desde esa distancia la selva de los acantilados no se interrumpía nunca. A lo largo de incontables vigilias había permanecido invariable; y las colinas que se alzaban tierra adentro, con frecuencia creciente, también estaban vestidas de selva. Entre la costa y la barca, se interponían a veces unos islotes. En esos islotes crecía una vegetación variada, desconocida en el continente; algunos estaban coronados de árboles, otros cubiertos de capullos extraños; pero muchos no eran más que jibas de roca árida. A veces temían que la barca encallase en los bancos de arena

que bordeaban las islas; pero hasta entonces, y a último momento, siempre habían logrado evitarlo.

A estribor se extendía el océano infinito. Ahora aparecía puntuado por formas de aspecto maligno, acerca de cuya naturaleza Gren y Yattmur no tenían aún ninguna clave.

Lo desesperado, y también lo misterioso de la situación, pesaba sobre los humanos, aunque ya acostumbrados a ocupar un lugar subordinado en el mundo. Ahora, como para atribularlos todavía más, se levantó una niebla que se cerró alrededor de la barca y ocultó la costa.

—Es la niebla más espesa que yo haya visto nunca —dijo Yattmur mirando junto con Gren por encima de la borda.

—Y la más fría —dijo Gren—. ¿Has notado qué le está pasando al sol?

En la niebla que se espesaba cada vez más, ya no se veía nada excepto el mar junto a la barca y un enorme sol rojo que pendía muy bajo sobre las aguas detrás de ellos, blandiendo una espada de luz a través de las olas.

Yattmur se estrechó más contra Gren.

—El sol siempre estaba encima de nosotros —dijo—. Ahora el mundo acuoso amenaza engullirlo.

—Morilla, ¿qué le pasa al sol cuando desaparece? —preguntó, Gren.

—Cuando el sol desaparece hay obscuridad —tañó la morilla, y añadió con amable ironía—: Como tú mismo podías haberlo deducido. Hemos entrado en el reino del eterno crepúsculo y la corriente nos arrastra a él cada vez más.

El tono había sido circunspecto, pero Gren sintió el miedo de lo desconocido. Apretó con más fuerza a Yattmur, los ojos fijos en el sol, opaco y enorme en la atmósfera saturada de humedad. Mientras miraban, una de aquellas formas fantasmagóricas de estribor se interpuso entre ellos y el sol, arrancándole de una dentellada un bocado grande e irregular. Casi al mismo tiempo la niebla se cerró y el sol desapareció.

—¡Ohhh! ¡Ahhh!

Ante la desaparición del sol, un clamor desconsolado se elevó de los guatapanzas, que estaban echados en la popa todos juntos sobre un montón de hojas secas. Ahora correteaban despavoridos, tomando las manos de Gren y Yattmur.

—¡Oh amo poderoso de las hogazas! —gritaban—. Cruzar todo este mar acuoso es demasiada maldad, demasiada maldad; tomamos mal rumbo y el mundo se ha perdido. Por tomar mal rumbo el mundo se ha ido y hemos de retomar el buen rumbo para que el mundo vuelva.

El largo vello les brillaba con la humedad, los ojos les bailaban frenéticos. Saltaban arriba y abajo, y lloraban tanta desdicha.

—¡Alguien se ha comido el sol, oh gran pastor!

—¡Basta de ese alboroto estúpido! —dijo Yattmur—. Tenemos tanto miedo como vosotros.

—¡No, no es cierto! —exclamó Gren furioso, mientras se apartaba del cuerpo las manos pegajosas de los guatapanzas—. Nadie puede tener tanto miedo como ellos, porque ellos viven con miedo. ¡Alejaos, guatapanzas llorones! El sol volverá cuando se levante la niebla.

—¡Oh valiente y cruel pastor! —gritó uno de los hombres—. Tú escondiste el sol para asustarnos porque ya no nos amas, ¡aunque nosotros gozamos felices de tus tan amables golpes y de tus buenas malas palabras! Tú...

Gren le asestó un puñetazo, y la descarga de tensión lo tranquilizó. El infeliz rodó —hacia atrás, chillando. Los otros se abalanzaron sobre él al instante, aporreándolo porque no aceptaba con alegría los poderosos golpes con que el amo lo honraba. Enfurecido, Gren los alejó a los empujones.

En el momento en que Yattmur acudía a ayudarlo, una sacudida los derribó a todos por el suelo. La cubierta se inclinó y los seis resbalaron, en montón. Unas esquiras transparentes llovían sobre ellos.

Yattmur, sana y salva, recogió una esquirra y la examinó. Mientras la observaba, la esquirra cambió, se empequeñeció, y al cabo de un momento sólo le quedaba en la mano un poco de líquido. Lo miró, asombrada. Una pared de esa misma sustancia cristalina asomó frente a la barca.

—¡Oh! —dijo con voz ahogada al comprender que acababan de chocar con una de aquellas acuosas formas fantasmales—. Nos ha atrapado una montaña de niebla.

Acallando las protestas ruidosas de los guatapanzas, Gren se levantó de un salto. En la proa de la embarcación había aparecido una rajadura, y por ella entraba un hilo de agua. Trepó a la borda y miró en torno.

Al empuje de la corriente templada, la barca había chocado contra una montaña transparente que parecía flotar sobre el mar. Al nivel del agua, como desgastada por la erosión, la montaña bajaba en pendiente. Allí, en esa playa glacial, que sostenía la proa rota por encima del agua, había encallado la embarcación.

—No nos hundiremos —dijo Gren, Hay un arrecife aquí debajo. Pero la barca es inútil ahora; si se aleja del arrecife, se hundirá.

Y en verdad, se iba llenando paulatinamente de agua, como lo atestiguaban los lamentos de los guatapanzas.

—¿Y qué podemos hacer? —le preguntó Yattmur—. Quizá estábamos mejor en la isla del risco.

Gren miraba indeciso en torno. Una hilera de dientes largos y afilados pendía sobre la cubierta como si se dispusiera a partir la barca en dos de un mordisco. De esos dientes caían unas gotas de saliva helada que salpicaba a los humanos. ¡Habían ido a meterse directamente en la boca del monstruo de cristal!

Allí, casi al alcance de la mano, se veían las entrañas del monstruo, un paisaje sobrecogedor de líneas y planos verdes y azules; algunos, de una belleza abominable, reflejaban los destellos anaranjados de un sol que los humanos nunca veían.

—¡Esta bestia de hielo quiere devorarnos! —chillaban los guatapanzas correteando por la cubierta—. ¡Oh, oh, el fuego de la muerte se abalanza sobre nosotros, frío como el hielo en esas horribles mandíbulas glaciales!

—¡Hielo! —exclamó Yattmur—. ¡Sí! Qué raro que estos pescadores estúpidos puedan enseñarnos algo. Gren, esto se llama hielo. En las tierras pantanosas, cerca del Agua Larga, donde ellos vivían, crecen unas florecillas llamada friumbrías. En ciertas épocas, estas flores, que crecen a la sombra, producen este hielo frío para guardar en él la simiente. Cuando yo era niña iba a los pantanos en busca de estas gotas de hielo y las chupaba.

—Ahora esta gran gota de hielo nos chupa a nosotros —dijo Gren; el agua fría que chorreaba de la bóveda le corría por la cara—. ¿Qué hacemos, morilla?

—Esta barca no es sitio seguro —tañó la morilla—; tenemos que buscar algún otro. Si se desliza fuera del banco de hielo, todos se ahogarán menos tú: porque la barca se hundirá y sólo tú sabes nadar. Tenéis que abandonar la barca en seguida y llevar con vosotros a los pescadores.

—¡Bien! Yattmur, querida, súbete al hielo mientras yo me ocupo de que estos cuatro imbéciles vayan contigo.

Los cuatro imbéciles se resistían a abandonar la embarcación, pese a que ya la mitad de la cubierta estaba hundida en el agua. Cuando Gren los llamó, se alejaron de un salto; al ver que iba hacia ellos se dispersaron por la cubierta; lo esquivaban y se escabullían, sin dejar de gemir.

—¡Sálvanos! ¡Perdónanos la vida, oh pastor! ¿Qué hemos hecho nosotros, cuatro miserables montones de estiércol, para que ahora quieras arrojarnos a las fauces de esa bestia helada? ¡Socorro, socorro! Ay, míseros de nosotros, ¿tan repulsivos somos que te alegra tratarnos así?

Gren se lanzó con furia hacia el más cercano y más velludo; el hombre se escabulló, chillando, sacudiéndose los genitales.

—¡A mí no, gran espíritu bestial! Mata a los otros tres que no te aman, no a mí que te...

Con una zancadilla, Gren lo derribó en plena carrera. La frase comenzada se transformó en un alarido; el guatapanza cayó despatarrado, antes de arrojarse de cabeza al mar. Gren se lanzó detrás de él y juntos chapotearon en el agua helada hasta que Gren alcanzó a la llorosa criatura y sujetándola por la piel y el pelo de la nuca, la arrastró de viva fuerza hasta la borda. De un solo impulso, la lanzó hacia arriba; sin dejar de gritar, el guatapanza cayó como un peso muerto en el agua de la barca, a los pies de Yattmur.

Apabullados ante este despliegue de fuerza, los otros tres abandonaron el refugio de la barca y se encaminaron mansamente hacia la boca de la bestia de hielo; los dientes les castañeteaban de miedo y de frío. Gren los siguió. Por un rato, los seis, muy juntos —contemplaron el interior de una gruta que al menos para cuatro de ellos era unas fauces gigantescas. Sonó detrás como un tintineo, y se volvieron a mirar.

Uno de los amenazadores colmillos de hielo se había quebrado y acababa de caer. Se clavó vertical como una daga en la madera de la cubierta antes de deslizarse oblicuamente y estallar en añicos. Casi como si esto fuera una señal, un ruido mucho más alarmante les llegó desde abajo. El banco de hielo en el que descansaba la barca, cedió de pronto. Durante un momento el borde de una delgada lengua de hielo asomó a la vista; antes que volviera a hundirse en el agua, ya la barca se alejaba a merced de la oscura corriente. Vieron como desaparecía, mientras se llenaba rápidamente de agua.

Por algún rato pudieron seguirla con la mirada; la niebla se había disipado un poco, y de nuevo el sol trazaba una pincelada de fuego frío en el dorso del océano.

Pese a todo, Gren y Yattmur sintieron una profunda tristeza al verla desaparecer en las aguas. Con la barca perdida, estaban encerrados en la montaña de hielo. Los cuatro guatapanzas los siguieron en silencio —pues no había alternativa —cuando los humanos se internaron en el hielo escurriéndose a lo largo del túnel cilíndrico.

Chapoteaban a través de charcos glaciales, apretados por las costillas heladas. El sonido más leve despertaba un verdadero frenesí de ecos. A cada paso, los ruidos aumentaban y el túnel era más angosto.

—¡Oh espíritus, aborrezco este sitio! Mejor hubiera sido morir en la barca. ¿Cuánto más tendremos que andar? —dijo Yattmur, al ver que Gren se detenía.

—No mucho más —respondió Gren sombríamente—. Hemos llegado a un callejón sin salida. Estamos atrapados.

Suspendida del techo hasta casi el nivel del suelo, una hilera de magníficas estalactitas les cerraba el paso casi tan eficazmente como un puente levadizo. Del otro lado de las estalactitas había una pared de hielo.

—¡Siempre problemas, siempre dificultades, siempre una nueva adversidad! —dijo Gren—. El hombre fue un accidente en este mundo, de lo contrario hubiera tenido mejores defensas.

—Ya te he dicho que tu especie fue un accidente —tañó la morilla.

—Hasta que tú llegaste éramos felices —dijo Gren con aspereza.

—¡No eras más que un vegetal hasta entonces!

Enfurecido por aquella estocada, Gren se prendió a una de las estalactitas y tiró. El hielo se quebró con un ruido seco encima de él. Empuñándolo como una lanza, lo arrojó contra la pared de enfrente.

Unos carillones dolientes repicaron a lo largo del túnel cuando toda la pared cayó

hecha añicos. El hielo se desprendía, se rompía, resbalaba por el suelo rozándoles los tobillos, mientras toda una cortina a medio derretir celebraba su propio derrumbe con una desintegración rápida. Los humanos se agacharon, protegiéndose las cabezas con las manos; les parecía que toda la montaña de hielo se estaba desmoronando alrededor.

Cuando el estrépito cesó, alzaron los ojos, y vieron entonces que más allá de la abertura todo un nuevo mundo los esperaba. El témpano, detenido en un remanso de la corriente hacia el lado de la costa, había ido a recostarse contra una isla, entre los brazos de una ensenada, y ahora se inclinaba hacia el agua otra vez.

Si bien la isla no parecía muy hospitalaria, los humanos respiraron con alivio cuando vieron un poco de verde, algunas flores, y unas cápsulas de semillas que se remontaban por el aire sobre unos tallos elevados. Allí podrían pisar un suelo que no ondulaba perpetuamente bajo los pies.

Hasta los guatapanzas parecían reanimados. Con gruñidos de felicidad siguieron a Yattmur y Gren a lo largo de un arrecife de hielo, deseando estar bajo aquellas flores. Sin muchas protestas saltaron una angosta franja de agua azul para aterrizar en un promontorio de roca, y de allí trepar a salvo hasta la orilla.

Coronada de rocas y piedras resquebrajadas, la isleta no era por cierto un paraíso. Pero tenía al menos la ventaja de ser pequeña: tan pequeña que no había sitio en ella para las amenazadoras especies vegetales que proliferaban en el continente; Gren y Yattmur se sentían capaces de enfrentarse a cualquier peligro menor. Para decepción de los guatapanzas, no crecía allí ningún árbol panza al que pudieran sujetarse. Y para decepción de la morilla, no prosperaba allí ningún hongo como ella; por mucho que deseara dominar a Yattmur y los guatapanzas, además de Gren, era todavía demasiado pequeña para fragmentarse; había tenido la esperanza de encontrar aliados que le prestasen ayuda. Para decepción de Gren y Yattmur, no había allí humanos con quienes pudieran unirse.

Como compensación, un manantial de agua pura brotaba de la roca, canturreando entre las grandes piedras que cubrían casi toda la isleta. El arroyo descendía en cascada por la playa y se volcaba en el mar. De una carrera llegaron hasta él por la arena, y allí mismo bebieron, sin esperar a disfrutar de un sorbo menos salobre un poco más arriba.

Como niños, olvidaron toda preocupación. Luego de beber con exceso y de abundantes eructos, se zambulleron en el agua para lavarse; pero estaba tan fría que no se quedaron allí mucho rato. Luego empezaron a instalarse.

Durante un tiempo vivieron contentos en la isleta. En aquel reino del crepúsculo eterno, el aire era frío. Se las ingeniaron para proveerse de mejores prendas de abrigo con las hojas o los líquenes rastreros, que usaban muy ceñidos alrededor del cuerpo. De tanto en tanto los engullían las nieblas y neblinas; luego el sol volvía a brillar, a

poca altura sobre el nivel del agua. A veces dormían, a veces se tendían sobre las caras de las rocas que miraban al sol, y comían frutas, escuchando los gemidos de los témpanos de hielo que surcaban el mar.

Los cuatro guatapanzas habían construido una especie de choza primitiva no muy lejos de donde descansaban Gren y Yattmur. En una ocasión, mientras dormían, la choza se derrumbó encima de ellos. A partir de entonces durmieron al aire libre, los cuatro amontonados bajo un manto de hojas, tan cerca de los amos como Gren lo permitía.

Era bueno sentirse felices otra vez. Cuando Gren y Yattmur hacían el amor, los guatapanzas saltaban alrededor y se abrazaban unos a otros excitados, cantando loas a la agilidad del amo inteligente y la dama lonja.

Las enormes cápsulas se sacudían y repiqueteaban, cargadas de semillas, en los tallos altos. Por el suelo correteaban unos vegetales semejantes a lagartijas. En el aire revoloteaban unas mariposas de alas acorazonadas que vivían por fotosíntesis. La vida continuaba sin las transiciones de luz del ocaso y el amanecer. Prevalecía la indolencia; reinaba la paz.

A no ser por la morilla, los humanos se hubieran conformado al fin con esa forma de vida.

—No podemos quedarnos aquí, Gren —dijo en cierta ocasión, cuando Gren y Yattmur despertaban de un sueño apacible—. Ya habéis descansado bastante y recuperado fuerzas. Ya es hora de que nos pongamos otra vez en camino, en busca de otros humanos para fundar así nuestro reino.

—Estás diciendo tonterías, morilla. Hemos perdido nuestra barca. Tendremos que quedarnos para siempre en la isla. Es fría quizá, pero hemos conocido sitios peores. Deja que nos quedemos aquí, tranquilos y contentos.

El y Yattmur estaban desnudos, chapoteando a lo largo de una serie de charcos entre los grandes bloques cuadrangulares de piedra que coronaban la isla. La vida era apacible y ociosa. Mientras pataleaba con sus bonitas piernas, Yattmur entonaba una pastorela. Gren se resistía a escuchar la voz horrorosa que le resonaba en el cráneo. Cada día la detestaba más.

La conversación silenciosa fue interrumpida de pronto por un grito de Yattmur.

Algo parecido a una mano con seis dedos tumefactos le había aprisionado el tobillo. Gren corrió a auxiliarla, y se la desprendió sin dificultad. La mano se debatía entre los dedos de Gren mientras la examinaba.

—Es tonto que haya armado tanto alboroto —dijo Yattmur—. No es más que otra de esas criaturas que los guatapanzas llaman zarparrastras. Vienen a la tierra desde el mar. Cuando las atrapan, las abren por la mitad y se las comen. Son duras pero sabrosas.

Los dedos eran grises y bulbosos, de textura rugosa y extremadamente fríos. Se

abrían y cerraban lentamente en la mano de Gren. Por último Gren la dejó caer en la orilla, y la criatura se escabulló entre las hierbas.

—Las zarparrastras nadan fuera del mar y hacen agujeros en el suelo —dijo Yattmur—. He estado observándolas.

Gren no respondió.

—¿Hay algo que te preocupa? —preguntó ella.

—No —dijo él sin convicción.

No quería decirle lo que pretendía la morilla, que se pusieran de nuevo en marcha. Se dejó caer en el suelo, el cuerpo rígido, casi como un anciano. Aunque asustada, Yattmur trató de tranquilizarse y volvió a las lagunas. Pero desde ese momento notó que Gren se apartaba y se encerraba cada vez más en sí mismo; y supo que la causa era la morilla.

Gren despertó del sueño siguiente y notó que la morilla ya se le revolvía en la cabeza.

—Te dejas llevar por la molicie. Tenemos que hacer algo.

—Estamos contentos aquí —replicó Gren con hosquedad—. Además, como ya te he dicho, no tenemos barcas que nos lleven a las tierras grandes.

—Las barcas no son el único medio de cruzar los océanos —dijo el hongo.

—Oh, morilla, acaba de una vez o terminarás por matarnos con tu inteligencia. Déjanos en paz. Aquí somos felices.

—¡Felices, sí! Echaríais raíces y hojas si pudierais. ¡Gren, tú no sabes lo que es la vida! Te aseguro que te esperan grandes placeres y poderes, si sólo me permites ayudarte a conquistarlos.

—¡Vete al demonio! No entiendo lo que quieres decir.

Se levantó con violencia como si quisiera huir de la morilla. El hongo lo sujetó y lo paralizó. Gren se concentró y envió ondas de odio a la morilla; inútilmente, pues la voz seguía atormentándolo.

—Puesto que es imposible para ti ser mi compañero, tendrás que resignarte a ser mi esclavo. El espíritu de investigación ha muerto en ti; si no quieres escuchar mis críticas, tendrás que acatar mis órdenes.

—¡No sé de qué hablas!

Gren había gritado. Yattmur despertó bruscamente, se incorporó y lo observó en silencio.

—¡Pasas por alto tantas cosas! —dijo la morilla—. Yo sólo puedo percibir las por medio de tus sentidos; sin embargo me torno el trabajo de analizarlas y ver qué hay detrás. Eres incapaz de sacar conclusiones, yo en cambio las saco en cantidades. ¡El mío es el camino del poder! ¡Mira de nuevo alrededor! ¡Mira esas piedras a las que trepas con tanta indiferencia!

—¡Vete al demonio! —gritó Gren otra vez.

Instantáneamente, se dobló en dos, atormentado por horribles dolores. Yattmur corrió hacia él, le sostuvo la cabeza, trató de calmarlo. Le escudriñó la mirada. Los guatapanzas se acercaron en silencio y se detuvieron detrás de Yattmur.

—Es el hongo mágico ¿no? —preguntó ella.

Gren asintió. Fantasmas de fuego se perseguían en los centros nerviosos, le abrasaban el cuerpo en una melopea de dolor. Mientras el dolor persistió, a duras penas pudo moverse. Por último se fue, y él dijo entonces con voz débil: —Tenemos que ayudar a la morilla. Quiere que exploremos estas rocas con más atención.

Temblando de arriba abajo, se levantó a cumplir lo que le habían ordenado. Yattmur le acarició el brazo.

—Después de explorar, atraparemos peces en la laguna y los comeremos con frutas —dijo, con ese talento natural de las mujeres, siempre capaces de encontrar consuelo en caso de necesidad.

Gren le echó una humilde mirada de gratitud.

Las grandes piedras habían sido desde tiempos remotos parte natural del paisaje. En los sitios en que el arroyo serpeaba, las piedras desaparecían, enterradas bajo el lodo y los guijarros. Sobre ellas crecían hierbas y juncos y a menudo estaban cubiertas por una espesa capa de tierra. Allí en particular abundaban las flores que los humanos habían visto desde el témpano de hielo. Estas flores guardaban sus semillas en unas cápsulas que coronaban los tallos; Yattmur las llamaba las zancudas, sin que advirtiera hasta mucho tiempo después lo acertado del nombre. Las raíces de las zancudas se extendían sobre las piedras como serpientes petrificadas.

—Qué fastidiosas son estas raíces —refunfuñó Yattmur —Crecen por todas partes.

—Es curioso cómo las raíces de una planta crecen de la raíz de otra y también de la tierra —respondió Gren con aire ausente.

Estaba de rodillas observando la unión de dos raíces, de distintas plantas: luego de unirse, las raíces trepaban serpenteando sobre una piedra y se hundían en el suelo entre otras piedras, en una grieta irregular.

—Puedes bajar por ahí. No te ocurrirá nada malo —dijo la morilla—. Baja a la rastra entre la piedras, a ver qué encuentras.

Unas pocas notas de la melopea de dolor sacudieron otra vez los nervios de Gren.

Acatando la orden, y muy a pesar suyo, se deslizó entre las piedras, ágil como una lagartija. Tanteando con cautela, descubrió que las piedras de la superficie estaban asentadas sobre bloques similares, y éstos a su vez sobre otros, más abajo aún. No obstante, las piedras estaban sueltas en algunos sitios, y escurriéndose pudo descender entre las superficies frías.

Yattmur lo siguió salpicándole los hombros con una ligera lluvia de tierra.

Luego de reptar hasta una profundidad de cinco hileras de piedras, Gren y

Yattmur llegaron juntos al suelo. Ahora, aunque casi aplastados entre las paredes de roca, se desplazaban por un terreno llano. Atraídos por una disminución de la obscuridad, se arrastraron hasta llegar a un espacio algo más amplio, en el que podían estirar los brazos.

—Siento olor a frío y a obscuridad —dijo Yattmur—, y tengo miedo. ¿Para qué nos ha hecho bajar aquí? ¿Qué piensa de este lugar?

—Está enloquecida —replicó Gren, sin admitir que la morilla no le hablaba ahora.

Poco a poco empezaron a ver mejor. La pared superior se había hundido en un costado, y la fuente de luz era el sol, que brillaba horizontal entre las piedras apiladas, introduciendo en la caverna un rayo explorador. La luz reveló unas cintas de metal trenzado entre las piedras, y una abertura delante de ellos. En el remoto hundimiento de aquellas piedras, el boquete había subsistido. Allí y ahora, los únicos seres vivos además de ellos eran las raíces retorcidas de las zancudas, que se hundían en el suelo como serpientes petrificadas.

Obedeciendo a la morilla, Gren escarbó el cascajo. Allí había más metal y más piedra y ladrillo, casi todo inamovible. Tanteando y tironeando, logró aflojar y arrancar algunos escombros; apareció una larga placa de metal tan alta como el propio Gren. Uno de los extremos estaba despedazado; en el resto de la superficie había unas marcas separadas, dispuestas en una especie de dibujo:

—Esto es escritura —jadeó la morilla—, un signo del hombre cuando tenía poder en el mundo, en un pasado muy remoto. He aquí las huellas del hombre. Estas han de haber sido las construcciones de antaño. Gren, trepa por esa abertura, a ver qué más puedes encontrar.

—¡Está oscuro! No puedo entrar ahí.

—Trepa, te he dicho.

Las esquirlas de vidrio emitían débiles destellos junto a la abertura. Gren extendió la mano buscando a tientas dónde afirmarse y la madera podrida se desprendió todo alrededor. Entró por la abertura y una lluvia de yeso le cayó en la cabeza. Del otro lado había una pendiente; lastimándose con los vidrios rotos, resbaló entre los escombros. Se encontraba ahora en un recinto amplio.

Desde fuera, Yattmur chilló de miedo. Gren le respondió en voz baja, para tranquilizarla, mientras con una mano en el pecho, esperaba a que el corazón se le calmase. En la obscuridad casi total, miró en torno. Nada se movía. El silencio de los siglos reposaba allí, vivía allí, denso y empalagoso, más siniestro que cualquier ruido, más terrible que el miedo.

Se quedó un momento así, paralizado, hasta que la morilla lo sacudió.

La mitad del techo se había desmoronado. El lugar era un laberinto de ladrillos y vigas metálicas. Para el ojo inexperto de Gren, todo parecía igual. El olor a siglos lo

sofocaba.

—Ahí en el rincón. Hay un objeto cuadrado. Acércate y mira —le ordenó la morilla, valiéndose de la vista de Gren.

A regañadientes, Gren se abrió paso hacia el rincón. Algo se le escurrió por debajo de los pies y huyó en sentido contrario; era un zarparrastras como el que se había prendido al tobillo de Yattmur. En el rincón asomaba una caja cuadrangular tres veces más alta que Gren; en la cara delantera sobresalían tres semicírculos de metal, manijas, le instruyó la morilla. Sólo alcanzaba a la más baja de las manijas. Tiró de ella obedientemente.

Se abrió apenas el ancho de una mano; luego se trabó.

—¡Tira, tira, tira! —tañó la morilla.

Gren tiró con una furia salvaje. La caja entera empezó a sacudirse y a vibrar, pero lo que la morilla llamaba el mueble no se movió. La caja se bamboleaba y Gren seguía tirando. Allá arriba, por encima de la cabeza de Gren, algo se desplazó sobre la cima del mueble. Un objeto oblongo se precipitó hacia abajo. Gren se agachó para esquivarlo, y el objeto cayó con ruido detrás de él, levantando una nube de polvo.

—¡Gren! ¿Estás bien? ¿Qué tienes que hacer ahí abajo? ¡Sal!

—¡Sí, sí, ya salgo! Morilla, nunca conseguiremos abrir este estúpido mueble.

—¿Qué es ese objeto que por poco nos parte la cabeza? Examínalo y házmelo ver. Quizá sea un arma. Si al menos encontráramos algo útil...

El objeto que había caído era delgado, largo y ahusado, parecido a una semilla de quemurna aplastada, y de un material terso al tacto, no frío como el metal. La morilla dictaminó que era un estuche. Cuando vio que Gren podía levantarlo con relativa facilidad, se excitó.

—Tenemos que llevar este estuche a la superficie —dijo—. Podrás subirlo entre las piedras. Lo examinaremos a la luz y averiguaremos qué hay dentro.

—Pero ¿cómo podrá ayudarnos? ¿Nos llevará acaso al continente?

—Yo no esperaba encontrar una barca aquí abajo. ¿No sientes curiosidad? Esto es un símbolo de poder. ¡Vamos, muévete! Eres tan estúpido como un guatapanza.

Aguijoneado por el insulto, Gren trepó gateando sobre los escombros. Yattmur se aferró a él, pero no tocó el estuche amarillo. Durante un momento cuchichearon entre ellos, apretándose uno a otro los genitales para sentirse más fuertes; luego treparon trabajosamente hacia la luz del día, por entre las capas de piedras apiladas, arrastrando y empujando el estuche.

—¡Uhhh! ¡Qué bien sabe la luz del día! —murmuró Gren cuando lastimados y magullados emergieron al aire brumoso. Los guatapanzas llegaron corriendo, con las lenguas colgantes de alivio, Bailando alrededor, hicieron un alboroto de lamentaciones y reproches por la ausencia de los amos.

—¡Mátanos por favor, hermoso amo cruel, antes de saltar otra vez a los labios de

la tierra! ¡Mejor un golpe de muerte malvada antes que dejarnos solos luchando a solas en luchas desconocidas!

—Vosotros, panzones, sois demasiado gordos; no hubierais podido escurrirnos con nosotros por esa grieta —dijo Gren, mientras se examinaba con amargura las heridas—. Si tanto os alegra vernos ¿por qué no nos traéis algo que comer?

Cuando Yattmur y él se hubieron lavado las heridas y magulladuras en el arroyo, Gren se ocupó del estuche. En cuclillas, sobre él, lo dio vuelta varias veces con cautela. Tenía una curiosa simetría que lo atemorizaba. Al parecer, también los guatapanzas estaban asustados.

—Esa rara forma malísima de tocar es una rara y mala forma tocadora —gimió uno de ellos, mientras bailoteaba de un lado a otro—. Por favor sólo tócala para arrojarla al chapoteante mundo acuoso.

Se unió a los otros guatapanzas y todos miraron hacia abajo con tonta excitación.

—Te dan un consejo sensato —dijo Yattmur.

Pero la morilla lo apremiaba, y Gren se sentó y tomó el estuche entre los pies y los dedos. Mientras lo examinaba, sentía que el hongo se apoderaba de todas las imágenes tan pronto como le llegaban al cerebro; escalofríos de miedo le recorrían la espalda.

En la parte superior del estuche había uno de esos dibujos que la morilla llamaba escritura. Este parecía algo diferente según de donde se lo mirara, y luego seguían varias líneas de dibujos similares, pero más pequeños.

Gren empezó a tironear y apretar el estuche. No se abría. Los guatapanzas pronto perdieron todo interés y se alejaron vagabundeando. Gren mismo lo hubiera arrojado a un lado si la morilla no hubiera insistido, aguijoneándolo y apremiándolo. Pasaba los dedos a lo largo de una cara lateral, cuando una tapa se levantó de golpe. El y Yattmur se miraron de soslayo y luego escudriñaron el interior del estuche, acuclillados en el suelo, boquiabiertos de temor.

El objeto era del mismo material amarillo y sedoso que el estuche. Gren lo levantó con cuidado y lo puso en el suelo. Fuera de la caja, un resorte se activó, y el objeto, que había tenido la forma de una cuña, adaptada a las dimensiones del estuche, extendió de pronto unas alas amarillas. Se alzó frente a ellos cálido, único, desconcertante. Los guatapanzas se arrastraron de vuelta y miraron con los ojos dilatados de asombro.

—Es como un pájaro —musitó Gren—. ¿Será posible que lo hayan hecho hombres como nosotros, que no haya crecido?

—Es tan suave, tan... —Yattmur no encontró las palabras adecuadas y estiró una mano para acariciarlo. —Lo llamaremos Belleza.

La edad y las infinitas estaciones habían deteriorado el estuche, pero el objeto alado aún parecía nuevo. Cuando la mano de la muchacha acarició la superficie, una

tapa se levantó con un clic, mostrando las entrañas de la criatura. Los cuatro guatapanzas huyeron al matorral más cercano. Modeladas con materiales extraños, metales y plásticos, las entrañas del pájaro dorado eran un espectáculo maravilloso. Había carretes pequeños, una hilera de perillas, unos diminutos circuitos amplificadores, un dédalo de intestinos hábilmente enroscados. Arrastrados por la curiosidad, los dos humanos se inclinaron a tocarlo. Pasmados de asombro, dejaban que sus dedos —esos cuatro dedos con un pulgar en oposición que tan lejos habían llevado a los antepasados humanos —disfrutaran del placer de los conmutadores móviles.

¡Las perillas sintonizadoras giraban, los conmutadores funcionaron!

Con un susurro casi imperceptible, Belleza se levantó del suelo, revoloteó, se elevó por encima de ellos. Gritando, asombrados, Gren y Yattmur retrocedieron, y pisaron el estuche, destrozándolo. Belleza no se inmutó. Soberbio y en poderoso vuelo, giraba allá arriba en círculos, resplandeciente al sol.

Cuando hubo ganado suficiente altura, habló.

—¡Salvad al mundo para la democracia! —gritó. La voz, aunque no muy potente, era penetrante.

—¡Oh, Belleza habla! —exclamó Yattmur, contemplando maravillada las alas refulgentes.

En un instante reaparecieron los guatapanzas; querían participar de la excitación; retrocedían con temor cuando Belleza volaba sobre ellos, se quedaban petrificados cuando revoloteaba en círculos, alrededor de las cabezas del grupo.

—¿Quiénes instigaron la desastrosa huelga portuaria del 31? —preguntó retóricamente Belleza—. Los mismos hombres que hoy os pondrán una argolla en la nariz. Pensad con vuestras cabezas, amigos, y votad por el HRS... ¡votad por la libertad!

—Dice... ¿qué está diciendo, morilla? —preguntó Gren.

—Está hablando de hombres que llevan argollas en las narices —dijo la morilla, que estaba tan desconcertada como Gren—. Eso era lo que se ponían cuando eran Civilizados. Tienes que escuchar bien lo que dice y tratar de aprender.

Belleza revoloteó en círculos alrededor de una de las altas zancudas, y allí permaneció, zumbando ligeramente y emitiendo una que otra consigna. Los humanos, creyendo haber ganado un aliado, estaban de muy buen humor. Durante largo rato siguieron así, con las cabezas levantadas, observando y escuchando. Fascinados por las extravagancias de Belleza, los guatapanzas se tamborileaban las barrigas. Bajemos de nuevo a ver si encontramos otro juguete —sugirió Yattmur.

Luego de un silencio, Gren replicó: —La morilla dice no. Cuando no queremos bajar, dice que bajemos; y cuando queremos bajar, ella no quiere. No la entiendo.

—Entonces eres estúpido —gruñó la morilla—. Esta Belleza voladora no nos

llevará al continente. Necesito pensar. Tenemos que ayudarnos a nosotros mismos; deseo observar sobre todo esas plantas zancudas. Calla y no me molestes.

Durante largo rato no volvió a comunicarse. Gren y Yattmur se metieron otra vez en la laguna para lavarse los cuerpos y los cabellos y quitarse la suciedad subterránea, mientras los guatapanzas iban y venían por las cercanías, casi sin quejarse, hipnotizados por aquel infatigable pájaro amarillo que revoloteaba encima de ellos. Más tarde, Gren y Yattmur fueron a cazar a la loma de la isla, lejos de las piedras amontonadas. Belleza los siguió volando en círculos, gritando de cuando en cuando: —¡El HRS y una semana laborable de dos días!

Recordando lo que había dicho la morilla, Gren observó con más atención las plantas zancudas. No obstante la estructura recia y entrelazada de las raíces, las flores mismas pertenecían a un orden inferior, aunque siendo heliotrópicas, atraían a las mariposas acorazonadas. Bajo los cinco pétalos brillantes y simples crecía una cápsula desproporcionada, un receptáculo facetado con seis compartimientos, y en cada una de las caras tenía unas protuberancias gomosas y ciliadas, como las estrellas de mar.

Todo esto Gren lo observó sin mucho interés. Lo que les sucedía a las flores en el momento de la fertilización era más sorprendente. Yattmur andaba cerca de una de ellas cuando una abejatronco pasó zumbando y se posó en la flor, hincándose sobre el pistilo. La planta respondió con violencia a la polinización. Con un ruido extraño y estridente, la flor y el receptáculo semillero volaron hacia el cielo como un cohete, impulsados por un resorte que se desenroscó de improviso en la cápsula misma.

Atemorizada, Yattmur se zambulló en el matorral más próximo, seguida de cerca por Gren. Observaron con cautela; vieron que el resorte se desenroscaba ahora más lentamente. Al calor del sol, se erguía y se secaba hasta convertirse en un tallo. El receptáculo de seis caras se mecía a la luz del sol, muy por encima de ellos.

Para los humanos, el reino vegetal no tenía sorpresas. Todo cuanto no significara una amenaza, no les interesaba mucho. Ya habían visto a esas zancudas, ondeando allá arriba en el aire.

—Las estadísticas revelan que estáis en mejor posición que vuestros patrones —dijo Belleza, revoloteando alrededor del nuevo poste vegetal—. ¡Recordad lo que ocurrió en la Unión de Cargueros Interplanetarios de Bombay! Defended vuestros derechos mientras todavía los tenéis.

A unas pocas matas de distancia, otra zancuda se lanzó hacia el aire, crepitando; el tallo se irguió y se endureció.

—Regresemos —propuso Gren—. Vamos a nadar un rato.

Mientras hablaba, la morilla se abatió sobre él, apretujándolo por dentro. Gren se tambaleó y forcejeó; en seguida se desplomó sobre un matorral, deshecho de dolor.

—¡Gren! ¡Gren! ¿Qué te pasa? —balbuceó Yattmur, corriendo hacia él, abrazándole los hombros.

—Yo... Yo... Yo...

Las palabras no le llegaban a la boca. Un tinte azulado se le extendía desde los labios por la cara. Tenía los miembros rígidos. La morilla lo estaba castigando, paralizándole el sistema nervioso.

—He sido demasiado tolerante contigo, Gren. ¡No eres más que un vegetal! Quiero hacerte una advertencia. En adelante seré más imperiosa y tú serás más

obediente. No espero que seas capaz de pensar, pero al menos puedes observar para que yo pueda pensar. Estamos a punto de hacer un descubrimiento valioso acerca de estas plantas, y te echas atrás como un estúpido. ¿Quieres pudrirte eternamente en esta roca? Ahora quédate quieto y observa, de lo contrario te torturaré con calambres, como éste.

Atormentado por un dolor insoportable, Gren rodó por el suelo, la cara aplastada contra las hierbas y el suelo polvoriento. Yattmur lo levantó y lo llamó, consternada.

—¡Es ese hongo mágico! —dijo, mirando con horror la costra dura y reluciente que rodeaba el cuello de Gren. Los ojos se le llenaron de lágrimas—. Gren, amor mío, vámonos de aquí. Se está levantando otra niebla. Tenemos que volver con los otros.

Gren meneó la cabeza. De nuevo el cuerpo le pertenecía, al menos por el momento; los calambres habían cesado, dejándole los miembros blandos como gelatina.

—La morilla quiere que me quede —dijo con voz apagada. Tenía lágrimas de debilidad en los ojos—. Ve tú con los demás.

Acongojada, Yattmur se puso de pie. Se retorció las manos de furia e impotencia.

—Volveré pronto —dijo.

Alguien tenía que ocuparse de los guatapanzas. Eran demasiado estúpidos hasta para comer solos, si no había alguien cerca. Mientras bajaba la pendiente murmuró en voz alta: —Oh espíritus del sol, destruid a ese hongo mágico cruel e insidioso antes que mate a mi amado.

Por desgracia los espíritus del sol parecían particularmente débiles. Un viento desapacible soplabla desde las aguas, arrastrando una niebla que velaba la luz. Muy cerca de la isla navegaba un témpano de hielo; se lo oía crujir y crepitar, aunque ya había desaparecido como un fantasma tragado por la niebla.

Oculto a medias entre los matorrales, Gren seguía tendido en el suelo, observando. Allá arriba revoloteaba Belleza, apenas visible en la bruma cada vez más oscura, voceando a intervalos alguna consigna.

Una tercera zancuda se había lanzado hacia las alturas, con el acostumbrado chirrido. Gren vio cómo subía, con más lentitud que las anteriores, ahora que el sol se había ocultado. El continente ya no era visible. Una mariposa pasó revoloteando y desapareció; Gren se sintió abandonado en un montículo ignoto, encerrado en un universo de acuosa oscuridad.

A lo lejos, gemía el témpano, con una voz que reverberaba sombría sobre el mar. Estaba solo, separado de los suyos por el hongo. En un tiempo el hongo lo había colmado de esperanzas y de sueños de conquista; ahora sólo le producía náuseas; pero no sabía cómo librarse de él.

—Allá va otra —dijo la morilla, interrumpiendo deliberadamente estos

pensamientos.

Una cuarta zancuda acababa de saltar de la roca cercana. La cápsula pendía del turbio muro de niebla como la cabeza de un decapitado. Una ráfaga la empujó, haciéndola chocar con la más próxima. Las protuberancias, ciliadas como de estrella de mar, se unieron unas con otras, y las dos cápsulas quedaron juntas, meciéndose apaciblemente sobre las largas piernas.

—¡Ajá! —dijo la morilla—. Sigue observando, hombre, y no te preocupes. Estas flores no son plantas independientes. Seis de ellas, con una estructura radicular común, constituyen una planta. Crecen de las seis garras de esos tubérculos que hemos visto, los zarparrastras. Observa y verás que las otras dos flores de este mismo grupo serán polinizadas dentro de poco.

Algo de la excitación de la morilla se había contagiado a Gren, reanimándolo mientras seguía encorvado entre las piedras frías; observando y esperando, ya que no podía hacer ninguna otra cosa, dejó pasar un tiempo infinito. Yattmur volvió, le echó encima una estera que habían trenzado los guatapanzas, y se tendió junto a él casi sin hablar.

Al fin la quinta zancuda fue polinizada y se lanzó crepitando hacia las alturas. Cuando el tallo se irguió, la cápsula se balanceó hasta toparse con otra; se unieron, y cabeceando sobre la pareja anterior, formaron una sola cápsula, sostenida por la gavilla de los cuatro tallos erguidos, meciéndose allá arriba, por encima de las cabezas de los humanos.

—¿Qué significa todo esto? —preguntó Yattmur.

—Espera —susurró Gren.

Apenas había hablado, cuando la última cápsula fertilizada trepó hasta las demás. Trémula, pendía en la niebla esperando una ráfaga; la ráfaga llegó. Casi sin un sonido, los seis receptáculos se entrelazaron en un solo cuerpo. En el aire amortajado, parecía una criatura voladora.

—¿Podemos irnos ahora? —preguntó Yattmur.

Gren estaba tiritando.

—Dile a la muchacha que te traiga algo de comer —tañó la morilla—. Todavía no te irás.

—Pero ¿tendrás que quedarte aquí para siempre? —preguntó ella con impaciencia, cuando Gren le transmitió el mensaje.

Gren sacudió la cabeza. No lo sabía. Fastidiada, Yattmur desapareció en la niebla. Tardó un largo rato en volver, y para ese entonces la zancuda había dado un nuevo paso.

La niebla se había disipado ligeramente. Los rayos horizontales del sol iluminaron el cuerpo de la zancuda moteándolo de bronce. Como estimulada por este color nuevo, la zancuda movió uno de los seis tallos. El extremo inferior se soltó de

golpe del sistema de raíces y se convirtió en una pierna. El movimiento se repitió en cada uno de los otros tallos. Uno por uno se desprendieron del suelo. Cuando el último también se soltó, la zancuda dio media vuelta y... oli, no era una ilusión óptica, las cápsulas semilleras echaron a andar sobre los zancos colina abajo, a paso lento pero firme.

—Síguela —tañó la morilla.

Incorporándose, Gren echó a andar detrás de la criatura; caminaba tan tieso como ella. Yattmur lo acompañó en silencio. En lo alto, el dorado pájaro mecánico también los seguía.

La zancuda tomó el camino por el que ellos bajaban a la playa. Al verla, los guatapanzas rompieron a chillar y corrieron a esconderse en los matorrales. Imperturbable, la zancuda continuó avanzando, pisando el suelo con delicadeza, hacia la arena.

Tampoco allí se detuvo. Entró a las zancadas en el mar hasta que sólo el cuerpo rechoncho y séxtuple de la cápsula quedó fuera del agua. Vieron cómo iba hacia la costa hasta que desapareció poco a poco engullida por la niebla. Belleza voló detrás, proclamando consignas, y volvió en silencio poco después.

—¡Has visto! —exclamó la morilla, haciendo tanto ruido en el cráneo que Gren se llevó las manos a la cabeza—. ¡Ahí tienes nuestra vía de escape, Gren! Estas zancudas crecen aquí, donde tienen espacio suficiente para desarrollarse y madurar, y luego van al continente a esparcir las semillas. Y si estos vegetales migratorios son capaces de llegar a la costa, ¡podrán llevarnos con ellos!

Las rodillas metafóricas de la zancuda parecieron combarse un poco. Con lentitud, como si el reumatismo le agarrotara las largas coyunturas, movió las seis piernas, una por una con prolongadas pausas vegetales entre uno y otro movimiento.

Gren había tenido dificultades para convencer a los guatapanzas e instalarlos en la cápsula de semillas. Para ellos la isleta era el lugar en que tenían que quedarse, pese a la amenaza de los golpes; era absurdo querer cambiarla por una futura felicidad imaginaria.

—No podemos quedarnos aquí; probablemente pronto faltarán los alimentos —les dijo Gren, cuando vio que se tiraban al suelo, acobardados.

—Oh pastor, felices te obedecemos con nuestros síes. Cuando toda la comida se acabe aquí, entonces nos iremos contigo en una zancuda caminadora por el mundo acuoso. Ahora comemos preciosa comida con muchos dientes y no nos iremos de aquí hasta que se acabe.

—Entonces será demasiado tarde. Tenemos que irnos ahora, cuando se están yendo las zancudas.

Nuevas protestas, acompañadas por un incesante e inquieto palmoteo de las nalgas.

—Nunca antes hemos visto a las zancudas caminantes para dar un paseo con ellas cuando caminan con zancadas. ¿Dónde estaban entonces cuando nunca las veíamos? Terrible hombre pastor y dama lonja, la gente sin cola quiere ir con ellas. Nosotros no queremos. No nos importa no ver nunca a las zancudas caminantes caminando con zancadas.

Gren no se limitó durante mucho tiempo a los argumentos verbales; cuando recurrió al palo, los guatapanzas se dejaron persuadir rápidamente; admitieron que Gren tenía razón, y se resignaron, aunque de mala gana. Moqueando y resoplando, fueron arrastrados hasta un grupo de seis flores, cuyos botones acababan de abrirse. Habían crecido juntas en el borde de un risco poco elevado que miraba al mar.

Siguiendo instrucciones de la morilla, Yattmur y Gren habían pasado un tiempo juntando comida, que envolvieron en hojas y ataron con zarzas a las cápsulas semilleras de la zancuda. Todo estaba pronto para el viaje.

Los cuatro guatapanzas fueron obligados a trepar a cuatro receptáculos. Ordenándoles que se sujetaran bien, Gren fue de uno a otro, apretando con la mano el centro harinoso de cada capullo. Una por una, las cápsulas se lanzaron chirriando hacia el aire, acompañadas por un pasajero que colgaba muerto de miedo.

Sólo con la cuarta cápsula no anduvieron bien las cosas. La flor se inclinaba sobre el borde del acantilado. Cuando el resorte se desenroscó, el peso suplementario del guatapanza no le permitió erguirse y la encorvó a un lado, como un avestruz que se ha roto el cuello; con los talones suspendidos en el aire, el guatapanza chillaba y pataleaba.

¡Oh mamá! ¡Oh panza! ¡Auxilia a tu gordo y precioso hijito! —gritaba.

Nada ni nadie acudió a auxiliarlo. El guatapanza se soltó. En medio de una lluvia de provisiones se precipitó en las aguas del mar como un Icaro innoble, protestando siempre. La corriente lo arrastró. Vieron como la cabeza del desdichado se hundía bajo las aguas turbulentas.

Liberada de la carga, la zancuda se irguió de un salto, chocó contra las otras tres cápsulas ya erectas y se unió a ellas.

—Ahora nos toca a nosotros —dijo Gren, volviéndose hacia Yattmur.

Yattmur seguía con los ojos fijos en el mar. Gren la tomó del brazo y la empujó hacia las dos flores que no habían brotado aún. Sin mostrar ningún enojo, ella se soltó.

—¿Tendré que golpearte, como a un guatapanza? —preguntó Gren.

Ella no se rió. Gren tenía aún el palo.

Notando que Yattmur no se reía, apretó el palo con más fuerza. Obedientemente, Yattmur trepó al receptáculo verde de la zancuda.

Se aferraron al reborde de la planta y sacudieron el pistilo de la flor. Un instante después, también ellos subían en espiral por el aire. Belleza revoloteaba alrededor de

ellos, implorándoles que se opusieran a los intereses creados. Yattmur estaba terriblemente asustada. Cayó de bruces entre los estambres polinizados; casi no podía respirar a causa del perfume intenso de la flor, y el vértigo la paralizaba.

Una mano tímida le tocó el hombro.

—Si el miedo te da hambre no comas de esta horrible flor zancuda; ¡prueba buen pescado sin patas andarinas que nosotros hombrecitos listos atrapamos en un charco!

Yattmur miró al guatapanza; la boca del hombre se movía, nerviosa, tenía ojos grandes de mirada suave, el pelo ridículo, teñido de rubio por el polen. No había en él ninguna dignidad: con una mano se rascaba la entrepierna, con la otra ofrecía pescado.

Yattmur se echó a llorar.

Desolado, el guatapanza se arrastró hacia ella y le pasó el brazo peludo alrededor del hombro.

—No le echéis demasiadas lágrimas mojadas al pescado que no te hará daño —dijo.

—No es eso —dijo Yattmur—. Es que os hemos causado tantas desdichas, pobre gente...

—¡Oh nosotros pobres hombres panza todos perdidos! —comenzó, y sus dos compañeros corearon una endecha doliente—. ¡Es verdad que crueles nos traen muchas desdichas!

Gren había estado observando cómo las seis cápsulas se juntaban en una rechoncha unidad. Miró tratando de ver de qué modo las piernas de la zancuda se desprendían del sistema de raíces. El coro de lamentaciones lo distrajo.

El palo de Gren cayó con ruido sobre una espalda rolliza. El guatapanza que intentaba consolar a Yattmur se apartó, lloriqueando. También los otros se apartaron.

¡Dejadla en paz! —gritó Gren con furia, alzándose sobre las rodillas—. ¡Si volvéis a tocarla, panzacos inmundos y peludos, os tiraré a las rocas!

Yattmur lo observó con los labios estirados en una mueca que mostraba los dientes. No dijo nada.

Nadie volvió a hablar hasta que al fin la zancuda empezó a agitarse con un movimiento deliberado.

Gren percibió el doble sentimiento de excitación y triunfo que experimentó la morilla cuando la zancuda dio el primer paso. Una por una, las seis piernas se movieron. Hizo una pausa manteniendo el equilibrio. Dio otro paso. Volvió a detenerse. Luego se movió de nuevo, esta vez con menos vacilación. Lentamente echó a andar a las zancadas, alejándose del risco a través de la isleta, y tomó el suave declive de la playa, el mismo camino que habían seguido las otras, hacia el lugar donde las corrientes marinas eran menos turbulentas. Belleza la siguió, volando en las alturas.

Sin titubeos, la zancuda vadeó el océano. Pronto las piernas quedaron totalmente sumergidas; el agua la rodeaba por todos los costados.

—¡Maravilloso! —exclamó Gren—. ¡Libres al fin de esa isla abominable!

—No nos hizo ningún daño. Allí no teníamos enemigos —replicó Yattmur—. Dijiste que querías quedarte allí.

—No podíamos quedarnos allí para siempre. —Desdeñoso, le respondía con los mismos argumentos que a los guatapanzas.

—Tu morilla mágica es demasiado codiciosa. Sólo piensa en cómo puede utilizarnos... a los panzas, a ti, a mí, a las zancudas. Pero las zancudas no crecieron para ella. No estaban para ella en la isla. Estaban en la isla antes que nosotros llegáramos. Crecen para ellas mismas, Gren. Y ahora no van a la costa por nosotros sino por ellas. Ahora cabalgamos en una y nos creemos inteligentes. Pero ¿hasta qué punto lo somos? También estas panzas pescadoras se creen inteligentes, y nosotros sabemos que son unos pobres infelices. ¿Y si también lo fuéramos nosotros?

Gren nunca la había oído hablar así. Se quedó mirándola sin saber qué responder, hasta que la irritación lo ayudó.

—Me odias, Yattmur —dijo—. De lo contrario no hablarías de ese modo. ¿Te he hecho algún daño, yo? ¿Acaso no te protejo, no te amo? Sabemos que los guatapanzas son estúpidos, y nosotros somos diferentes, así que no podemos ser estúpidos. Dices esas cosas para herirme.

Yattmur ignoró estos despropósitos. Dijo sombríamente, como si él no hubiera hablado: —Ahora cabalgamos en esta zancuda, pero no sabemos a dónde va. Confundimos los deseos de ella con los nuestros.

—Está yendo al continente, eso es claro —le dijo Gren, furioso.

—¿Sí? ¿Por qué no miras un poco alrededor?

Señaló con la mano y Gren miró.

El continente estaba a la vista. Al principio iban hacia él. Pero luego la zancuda había entrado en una corriente por la que ahora avanzaba, en una línea paralela a la costa. Enfurecido, Gren continuó mirando durante un largo rato, hasta que ya no pudo dudar de lo que estaba sucediendo.

—¡Estás contenta! —dijo entre dientes.

Yattmur no respondió. Se inclinó por encima del reborde y metió la mano en el agua, pero la retiró con rapidez. Una corriente cálida los había arrastrado a la isla. Esta, por la que ahora avanzaba la zancuda, era en cambio de aguas frías, y la planta los llevaba al origen de la corriente. Algo de ese frío le llegó a Yattmur al corazón.

Tercera Parte

Las aguas glaciales fluían arrastrando el témpano de hielo. La zancuda continuaba avanzando sin pausa a lo largo de la corriente. En cierto momento, la cápsula se sumergió en parte y los cinco pasajeros se empaparon; pero aun entonces la marcha de la zancuda no cambió.

No iba sola. Otras zancudas llegaban de otras islas cercanas a la costa, y todas marchaban en la misma dirección. Había llegado para ellas la época migratoria, cuando partían en busca de sementeras desconocidas. Algunas caían, derribadas y aplastadas por los témpanos; otras continuaban.

De cuando en cuando, en aquella percha que tenía algo de balsa, se unían a los humanos algunas zarparrastras, parecidas a las que vieran en la isla. Grises de frío, aquellas manos tuberosas se izaban desde el agua, buscando, a tientas un sitio abrigado, escurriéndose furtivamente de un rincón a otro. Una se subió al hombro de Gren, quien con un movimiento de asco la arrojó lejos al mar.

Los guatapanzas se quejaban poco de esos visitantes fríos que les trepaban por el cuerpo. Cuando Gren comprendió que no llegarían a tierra tan pronto como pensaba, les había racionado la comida, y todos estaban ahora callados y apáticos. El frío no mejoraba la situación. El sol parecía a punto de hundirse en el mar y un viento helado soplaba casi de continuo. En una ocasión, un diluvio de granizo cayó desde un cielo negro, y poco faltó para que los despellejara pues los sorprendió a todos descuidados.

Hasta a los menos imaginativos tenía que parecerles que estaban viajando hacia la nada. Los frecuentes bancos de niebla que flotaban en torno favorecían esa impresión; y cuando las nieblas se levantaban veían allá adelante, en el horizonte, una línea de oscuridad que amenazaba y amenazaba y no se disipaba nunca. Pero llegó por fin el momento en que la zancuda cambió de rumbo.

Acurrucados muy juntos en el centro de la cápsula, Gren y Yattmur fueron despertados por el parloteo de los tres guatapanzas.

—¡La acuosa humedad del mundo acuoso nos deja fríos a nosotros los guatapanzas llevados por largas piernas chorreantes! ¡Cantamos grandes gritos de alegría, porque o nos secamos o morimos! Nada es tan precioso como ser un pequeño guatapanza seco y caliente, y el mundo seco y caliente viene ahora hacia nosotros.

Fastidiado, Gren abrió los ojos buscando la causa de toda aquella excitación.

Y en verdad, las patas de la zancuda eran de nuevo visibles. Se había desviado de la corriente fría y ahora vadeaba el agua hacia la costa, sin alterar ni un momento el ritmo de la marcha. La costa, cubierta de una selva espesa, estaba acercándose.

—¡Yattmur! ¡Estamos salvados! ¡Al fin vamos a llegar a tierra! —Era la primera vez que Gren le hablaba desde hacía mucho tiempo.

Yattmur se puso de pie. Los guatapanzas se pusieron de pie. Los cinco, por una vez unidos, se abrazaron con alivio. Belleza revoloteaba en las alturas gritando: — ¡Recordad la Liga de Resistencia Muda en el 45! ¡Reclamad vuestros derechos! No escuchéis lo que dice el otro bando... son puras mentiras, propaganda. ¡No os dejéis atrapar entre la burocracia de Delhi y las burdas intrigas de los comunistas! ¡Vetad la Mano de Obra Simia!.

—¡Pronto seremos buenos chicos secos! —gritaban los guatapanzas.

—Encenderemos un fuego cuando lleguemos —dijo Gren.

Yattmur se alegró al verlo de mejor talante, pero un recelo repentino la llevó a preguntar:

—¿Cómo haremos para bajar allí?

Gren le clavó una mirada de cólera, la cólera de tener que admitir que el optimismo era infundado. Al notar que él tardaba en contestarle, Yattmur supuso que estaría consultando al hongo.

—La zancuda va en busca de un sitio donde depositar sus semillas —dijo Gren por último—. Cuando lo encuentre, se hundirá en la tierra. Entonces nosotros saltaremos. No necesitas preocuparte; yo estoy al mando.

Yattmur no comprendía la dureza del tono.

—Pero es que tú no estás al mando, Gren. Esta criatura va a donde quiere y nosotros estamos a merced de ella. Eso es lo que me preocupa.

—Te preocupas porque eres estúpida —dijo él.

Aunque herida, Yattmur decidió encontrar algún consuelo en aquellas circunstancias.

—Todos tendremos menos preocupaciones cuando lleguemos a tierra —dijo—. Tal vez entonces me trates un poco mejor.

La costa, sin embargo, no parecía extenderles una invitación excesivamente cordial. Mientras la contemplaban esperanzados, una pareja de grandes aves negras se elevó desde la selva. Desplegando las alas, se elevaron, volaron en círculo, y luego se dejaron caer pesadamente hacia la zancuda.

—¡Cuerpo a tierra! —gritó Gren, esgrimiendo el cuchillo.

—¡Boicotead todos los productos de manufactura chimpancé! —clamó Belleza—. ¡Vetad en vuestra fábrica la Mano de Obra Simia! ¡Apoyad el plan AntiTripartito de Imbroglío!

La zancuda vadeaba ahora las aguas poco profundas de la costa.

Con un ruido atronador y esparciendo una vaharada de olor a podredumbre, las alas negras, veloces como el relámpago, volaron por encima de la zancuda. Un instante después, Belleza, arrebatada de una órbita plácida, era llevada por garras poderosas rumbo a la costa. Mientras se alejaba resonó el grito patético: —¡Luchad hoy para salvar el futuro! ¡Salvad el mundo para la democracia!

La zancuda ya ganaba la orilla; el agua le chorreaba por las pantorrillas esbeltas. Otras cuatro o cinco de su especie llegaban con ella, o estaban a punto de llegar. La vivacidad de los movimientos, como si las animara en verdad un propósito humano, contrastaba con la lóbreguez de los alrededores. Aquella sensación de vida fecunda y palpitante que impregnaba la tierra natal de Gren y Yattmur, faltaba aquí por completo. De aquel mundo de invernáculo, no quedaba nada más que una sombra. Con el sol flotando sobre el horizonte como un ojo sanguinolento violado sobre una piedra, una luz crepuscular lo invadía todo. Arriba en el cielo, crecía la obscuridad.

La vida marina parecía haberse extinguido. No había algas monstruosas que festonearan la orilla, ni peces que encresparan las lagunas entre las rocas. La estremecedora serenidad del océano parecía acrecentar todavía más esta desolación; las zancudas, por instinto, habían elegido para emigrar una estación sin tempestades.

En la tierra había una quietud semejante. La selva crecía aún, pero era una selva adormecida por la penumbra y el frío, una selva que sólo vivía a medias, ahogada entre los azules y los grises del crepúsculo eterno. Mientras avanzaban esquivando los troncos achaparrados, los humanos veían el moho que moteaba las hojas. Sólo en un momento creyeron vislumbrar una pincelada de un amarillo brillante. En seguida una voz les gritó: —¡Votad hoy por el HRS, el camino de la democracia! —El mecanismo yacía como un juguete roto en el lugar en que los pájaros lo habían abandonado; un ala todavía asomaba entre las copas. Siguió gritando, donde ya no podían verla, mientras se alejaban tierra adentro.

—¿Cuándo nos detendremos? —preguntó Yattmur.

Gren no respondió; ni ella había esperado otra cosa. Tenía el rostro frío e inmóvil; ni siquiera la miró. Yattmur se clavó las uñas en las palmas para dominarse; sabía que la culpa no era de él.

Escogiendo con cautela el camino, las zancudas se desplazaban por el suelo de la selva; las hojas les rozaban las piernas y de tanto en tanto les sacudían los cuerpos. Marchaban siempre de espaldas al sol, dejándolo atrás, oculto bajo el follaje tumultuoso y áspero. Marchaban siempre hacia la obscuridad que señalaba el fin del mundo de la luz. En una ocasión, una bandada de aveveges se elevó de entre las copas de los árboles, batiendo las alas al sol; pero las zancudas no flaqueaban.

Aunque fascinados por lo que veían, y cada vez más temerosos, se resignaron al fin a comer otra parte de las raciones. Por último, también tuvieron que echarse a dormir, amontonados en el centro de la cápsula. Y Gren aún no había hablado.

Durmieron, y cuando despertaron, volviendo de mala gana a una vigilia que ahora asociaban con el frío, el paisaje había cambiado; pero no por cierto para mejor.

La zancuda iba cruzando un valle poco profundo. Abajo se extendía la obscuridad, aunque un rayo de sol iluminaba el cuerpo vegetal que los transportaba. La vegetación agreste cubría aún el suelo, una vegetación contrahecha que hacía

pensar en un ciego reciente, que avanza vacilante con los brazos y los dedos extendidos, y el miedo pintado en la cara. Excepto una que otra hoja aquí y allá, las ramas estaban desnudas y se retorcían en formas grotescas mientras el árbol solitario que a lo largo de los siglos se había convertido en toda una selva luchaba por crecer allí, donde nunca había tenido la intención de crecer.

Los tres guatapanzas temblaban de miedo. No miraban para abajo sino hacia adelante.

—¡Oh panzas y colas! Aquí viene el lugar que devora la noche para siempre. ¿Por qué no habremos muerto hace mucho tiempo tristes y felices, cuando estábamos juntos y sudar juntos era jugoso y bueno hace mucho tiempo?

—¡Silencio vosotros, los tres! —les gritó Gren, blandiendo el palo. El valle le devolvió la voz en ecos cavernosos y confusos.

—Oh grande y pequeño pastor sin cola, tendrías que haber sido bondadoso y matarnos con matanza larga y cruel cuando aún podíamos sudar, en los tiempos en que todavía crecíamos con colas largas y felices. Ahora viene hacia aquí el negro fin del mundo para morder a los sin colas. ¡Ay la alegre luz del sol, ay pobres de nosotros!

Gren no consiguió acallar la letanía de lamentos. Allá adelante, amontonada como estratos de pizarra, se extendía la oscuridad.

Una pequeña colina se alzaba acrecentando aquella negrura moteada. Se erguía resuelta ante ellos, soportando el peso de la noche sobre los hombros quebrados. En los niveles superiores, donde el sol la alcanzaba, tenía una pincelada de oro, el último color de desafío en ese mundo. Del otro lado, sólo había oscuridad. Ya iban subiendo las primeras pendientes. La zancuda se afanaba trepando hacia la luz. En distintos sitios del valle podían verse cinco zancudas más, una muy próxima, las otras cuatro casi perdidas en las tinieblas.

La zancuda trepaba con dificultad. Pero trepaba, trepaba hacia la luz del sol, sin detenerse.

Hasta en el valle de las sombras había penetrado la selva. En una lucha desesperada se había abierto paso en la oscuridad, para poder lanzar una postrera ola de verdor sobre la última franja de tierra iluminada. Allí, sobre aquellas laderas que miraban hacia el inmóvil sol poniente, proyectaba las ramas mohosas para que crecieran exuberantes, como desde hacía tiempo en otros sitios.

—Tal vez la zancuda se detenga aquí —dijo Yattmur—. ¿Te parece que lo hará, Gren?

—No lo sé. ¿Por qué he de saberlo?

—Tiene que detenerse aquí. ¿Hasta cuándo seguirá andando?

—No lo sé, te digo. No lo sé.

—¿Y tu morilla?

—Tampoco lo sabe. Déjame en paz. Espera a ver qué ocurre.

Hasta los guatapanzas estaban silenciosos; con temor y también con esperanza contemplaban el fantástico escenario.

Sin dar muestras de que fuera a detenerse, la zancuda continuó trepando, jadeando cuesta arriba. Las largas piernas buscaban un camino seguro entre el follaje, y los humanos comprendieron al fin que si en verdad iba a parar en algún sitio no sería allí en aquel último bastión de luz y calor. Ya estaban en la cresta de la colina y aún no se detenía la zancuda, aquel autómata vegetal al que de pronto habían empezado a aborrecer.

—¡Voy a saltar! —gritó Gren, levantándose.

Yattmur alcanzó a verle una mirada salvaje y se preguntó si sería él quien había hablado, o la morilla, y le abrazó los muslos, diciéndole a gritos que se mataría si saltaba. Gren alzó el palo y se contuvo: la zancuda, sin detenerse, empezaba a descender por la ladera oscura de la colina.

El sol brilló sobre ellos apenas un momento. Lo último que vieron fue un mundo tocado con oro en el aire inmóvil, un suelo de follaje negro y otra zancuda que asomaba por la izquierda. De repente, la colina alzó el hombro, y la zancuda se lanzó traqueteando cuesta abajo, hacia el mundo de la noche. Todos gritaron, con una sola voz, una voz que resonó en tierras invisibles y se perdió a lo lejos.

Para Yattmur sólo cabía una interpretación: habían salido del mundo e iban hacia la muerte.

Aturdida, hundió la cara en el flanco mullido y peludo del guatapanza más cercano, hasta que el traqueteo continuado y regular de la zancuda la convenció de que no se había alejado por completo de las cosas reales.

Gren dijo, a medida que recibía el mensaje que le transmitía la morilla:

—Este mundo está enclavado aquí, una mitad siempre mira al sol... ahora vamos hacia el lado de la noche, y cruzamos la línea de sombra... hacia la obscuridad perpetua...

Los dientes le castañeteaban. Yattmur se estrechó contra él y por primera vez abrió los ojos, tratando de verle la cara.

La vio flotar en la obscuridad, una cara espectral que sin embargo la reconfortó. Gren la abrazó, y así permanecieron, acurrucados, mejilla contra mejilla. Al calor de los brazos de Gren, Yattmur se reanimó lo suficiente como para echar una mirada furtiva en tomo.

Con los ojos del terror, Yattmur se había visto ya en una vacuidad vertiginosa, imaginando que habían caído tal vez en un cósmico caracol marino arrojado por la marca en las playas míticas del cielo. La realidad era menos prodigiosa y más amenazante. En lo alto, persistía un recuerdo de la luz del sol, que iluminaba el valle. Esa luz estaba dividida en dos por una sombra que crecía y crecía en el cielo, y que

era proyectada por el hombro negro del ogro al que todavía estaban trepando.

Unos golpes sordos marcaban el descenso. Yattmur escudriñó el suelo y vio que atravesaban un ondulante lecho de gusanos. Los gusanos azotaban las piernas frágiles de la zancuda, que ahora avanzaba con extremada cautela para que no le hicieran perder el equilibrio. De un amarillo reluciente a la luz pajiza, los gusanos bullían, se erguían y golpeaban con furia. Algunos eran bastante altos como para llegar casi hasta donde se acurrucaban los humanos, de modo que cuando las cabezas asomaron ondulando a la altura de la cápsula, Yattmur pudo observar que tenían unos receptáculos parecidos a cuencos en la punta. Si esos receptáculos eran bocas u ojos u órganos destinados a captar el calor, Yattmur no pudo adivinarlo. Pero gimió de horror, y esto pareció despertar a Gren. Casi con alegría enfrentó terrores que eran para él comprensibles, desmochando una tras otra las viscosas puntas amarillas a medida que asomaban en la oscuridad.

También la zancuda que marchaba a la izquierda se encontraba en apuros. Aunque apenas la distinguían, había entrado en un terreno donde los gusanos eran más altos. Recortada contra una franja de luz en la cara más distante de la loma, había sido inmovilizada, y alrededor de ella hervía ahora una selva de dedos deshuesados. La zancuda se desplomó. Cayó sin ruido, el fin de un largo viaje marcado por los gusanos.

Indiferente a la catástrofe, la zancuda en que iban los humanos siguió avanzando cuesta abajo.

Ya había atravesado el tramo más difícil. Los gusanos tenían raíces que los ataban al suelo y no podían seguirla. Ahora eran más delgados, más cortos y más ralos, hasta que al fin brotaban sólo en matorrales, que la zancuda evitaba con facilidad.

Menos intranquilos, Gren aprovechó la oportunidad para observar los alrededores. Yattmur escondió la cabeza en el hombro de él; una náusea le revolvía el estómago y no quería ver nada más.

Bajo las patas de la zancuda el suelo estaba cubierto por una espesa capa de rocas y piedras. Estos desechos habían sido arrojados allí por un río que ya no existía; el antiguo lecho del río era ahora el fondo de un valle; cuando lo cruzaron, empezaron a trepar otra vez por un terreno yermo y desnudo.

—¡Qué nos dejen morir! —gimió un guatapanza—. Es demasiado horrible estar con vida en el país de la muerte. Iguala todas las Cosas, gran pastor, concédenos el beneficio de tu afilada espada amable y cruel. ¡Permite que estos pobres hombres panza tengan un tajo breve y rápido y que puedan abandonar la larga comarca de la muerte! ¡Oh, oh, oh, el frío nos quema! ¡Ayyy, el largo frío frío!

Lloraban en un coro de aflicción.

Gren los dejó llorar. Al fin, cansado de oír los gritos, que despertaban ecos tan extraños en el valle, los amenazó con el palo. Yattmur lo detuvo.

—¿No tienen motivos para llorar? —preguntó—. Yo, más que castigarlos, también lloraría, porque es posible que pronto nos toque morir junto con ellos. Estamos fuera del mundo, Gren. Sólo la muerte puede vivir aquí.

—Tal vez nosotros no seamos libres, pero las zancudas son libres. Ellas no van hacia la muerte. ¡Te estás convirtiendo en un guatapanza, mujer!

Por un momento ella calló. Luego dijo: —Necesito consuelo, no reproches. Las náuseas me revuelven el estómago como la misma muerte.

Hablaba sin saber que las náuseas que sentía en el estómago no eran muerte sino vida.

Gren no respondió. La zancuda trepaba ahora con paso firme. Arrullada por las endechas de los guatapanzas, Yattmur se durmió. En un momento la despertó el frío. Los cánticos habían cesado; todos los demás dormían. La segunda vez que despertó, oyó que Gren sollozaba; pero el letargo pudo más que ella, y una vez más sucumbió a sueños fatigosos.

Despertó de nuevo, pero esta vez se incorporó sobresaltada. Una masa roja e informe que parecía suspendida en el aire interrumpía el melancólico crepúsculo. Jadeando entre el miedo y la esperanza, sacudió a Gren.

—¡Mira, Gren! —exclamó, señalando hacia adelante—. ¡Algo arde allí! ¿A dónde estamos llegando?

La zancuda apuró el paso, casi como si hubiera olfateado el sitio a donde iba.

En la penumbra, la visión era deslumbradora. Necesitaron observar con atención un largo rato antes de saber qué era aquello. Una loma se alzó de pronto allí delante; a medida que la zancuda marchaba hacia la cresta, veían cada vez más claramente lo que hasta entonces había estado en la sombra. Por detrás de la loma asomaba una

montaña de tres picos. Era la montaña lo que brillaba con una luz de un color rojo tan encendido.

Llegaron a la loma, la zancuda trepó con movimientos rígidos hasta la cresta, y la montaña apareció delante. Ningún espectáculo podía haber sido más espléndido.

Alrededor, reinaba soberana la noche, o una pálida hermana de la noche. Todo estaba en calma; sólo la brisa glaciara se movía sigilosa en valles que ellos no veían, como un extranjero a medianoche en una ciudad devastada. Si no estaban fuera del mundo, como había dicho Yattmur, estaban al menos fuera del mundo de la vegetación. Un vacío total obscurecía una negrura total allá abajo, magnificando el más leve susurro en un alarido balbuceante.

De toda aquella desolación emergía la montaña, alta y sublime; la base se perdía en la obscuridad; los picos se remontaban hasta encarar al sol, y humear un rosa templado, y lanzar un reflejo de esa luz al amplio cuenco de obscuridad que se abría debajo de ella.

Tomando a Yattmur por el brazo, Gren señaló en silencio. Otras zancudas habían cruzado la obscuridad; tres de ellas escalaban con paso firme la ladera. Hasta aquellas figuras extrañas y espectrales mitigaban la soledad.

Yattmur despertó a los guatapanzas, para que vieran el paisaje. Las tres rollizas criaturas se abrazaron mientras contemplaban la montaña.

—¡Oh, hermosa vista dan los ojos! —jadearon.

—Muy hermosa —convino Yattmur.

—¡Oh, muy hermosa dama lonja! Este buen pedazo de día maduro hace que una montaña en forma de montaña crezca en este lugar de noche y muerte para nosotros. Es una preciosa rebanada de sol para que nosotros vivamos dentro como en un hogar feliz.

—Tal vez —admitió Yattmur, aunque ya preveía dificultades, incomprensibles para el corto entendimiento de los guatapanzas.

Seguían trepando. La claridad aumentaba. Por último, salieron de la franja de obscuridad. El bendito sol brillaba de nuevo sobre ellos. Lo bebieron con los ojos hasta quedar deslumbrados, hasta que los valles sombríos bailaron con motas verdes y anaranjadas. Comprimido hasta parecer un limón, y hervido hasta un rojo carmesí. Por la atmósfera, parecía a punto de estallar en el borde mellado del mundo, golpeando con rayos un panorama de sombras. Quebrada en un confuso entrecruzamiento de reflectores por una docena de picos que emergían de la obscuridad, la luz solar tejía en los estratos más bajos unas maravillosas figuras doradas.

Indiferente a este espectáculo, la zancuda trepaba y trepaba, imperturbable, con piernas que le crujían con cada pisada. De cuando en cuando un zarparrastras se escabullía por debajo de los zancos hacia el valle amortajado. Por fin la zancuda

pareció llegar a destino, casi en el fondo de la depresión entre dos de las tres cimas. Allí se detuvo.

—¡Por todos los espíritus! —exclamó Gren—. Creo que no tiene intenciones de llevarnos más lejos.

Los guatapanzas alborotaban excitados, Yattmur miraba recelosa alrededor.

—¿Cómo vamos a bajar si la zancuda no se hunde en la tierra, según dijo la morilla? —preguntó.

—Tendremos que saltar —dijo Gren, luego de un momento, al ver que la zancuda continuaba inmóvil.

—Quiero verte saltar a ti primero. Con el frío, y después de pasar tanto tiempo encogidos, me siento agarrotada.

Mirándola con aire desafiante, Gren se levantó y se desperezó. Por un momento estudió la situación. Sin una cuerda, no había modo de bajar. Deslizarse por las patas tampoco era posible, a causa de la corteza lisa y abultada de las cápsulas. Gren volvió a sentarse, hundido en las tinieblas.

—La morilla nos aconseja esperar —dijo, pasando un brazo por los hombros de Yattmur, avergonzado.

Esperaron. Comieron un bocado más de las raciones, que empezaban a echarse a perder. Y por supuesto, tuvieron que dormir; cuando despertaron, la escena no había cambiado, pero otras zancudas estaban ahora inmóviles y en silencio en la parte baja de la ladera, y unas nubes espesas cruzaban por el cielo.

Impotentes, los humanos seguían allí mientras la naturaleza continuaba trabajando, inexorable, como una enorme máquina en la que ellos eran el engranaje más ocioso.

Las nubes llegaban bramando desde más allá de la montaña, grandes, negras y pomposas. Se coagulaban en los pasos, transformándose en leche cuajada donde las iluminaba el sol. De improviso, las nubes devoraron la luz. La montaña desapareció en las tinieblas. Empezó a nevar en copos lánguidos y húmedos como besos enfermos. Los viajeros se acurrucaron juntos, de espaldas a la ventisca. Abajo, la zancuda temblaba.

Pronto aquel temblor se convirtió en un balanceo rítmico. Las piernas de la zancuda se hundieron un poco en el suelo húmedo; luego, a medida que la humedad las ablandaba, empezaron también a combarse. La zancuda iba poniéndose más patizamba. En las brumas de la ladera, otras zancudas, sin la ayuda del peso suplementario en las cápsulas, la imitaron más lentamente. Ahora las piernas le temblaban y se separaban cada vez más; el cuerpo descendía.

De pronto, debilitadas por las innumerables leguas de la travesía y carcomidas por la humedad, las articulaciones se quebraron. Las seis patas de la zancuda cayeron hacia afuera y el cuerpo se desplomó sobre el terreno fangoso. Al tocar el suelo, los

seis receptáculos estallaron, esparciendo alrededor unas semillas dentadas.

Aquel despojo empapado en medio de la nieve era a la vez el término y el comienzo del viaje de la zancuda. Enfrentada como todas las demás especies vegetales al terrible problema de un mundo de invernáculo superpoblado, lo resolvía viajando a las regiones heladas, más allá de la línea de sombra, donde la selva no podía crecer. En esa ladera, y en algunas otras semejantes de la región crepuscular, las zancudas cumplían una fase del interminable ciclo de vida. Muchas de las semillas que acababa de esparcir germinarían ahora, allí donde tenían mucho espacio y un poco de calor, y crecerían hasta transformarse en pequeñas y duras zarparrastras; y algunas de esas zarparrastras, venciendo innumerables obstáculos, tomarían al fin el camino de regreso a las tierras del calor y la luz verdaderos, para allí echar raíces y florecer y perpetuar el ciclo.

Cuando los receptáculos de las semillas se abrieron, los humanos fueron lanzados de costado hacia el fango. Se levantaron trabajosamente; las piernas agarrotadas les crujían con cada movimiento. La nieve y la niebla se arremolinaban tan espesas que ellos apenas alcanzaban a verse; los cuerpos se les convirtieron poco a poco en pilares blancos, ilusorios.

Yattmur tenía prisa en reunir a los guatapanzas, temiendo que pudieran extraviarse. Al ver una figura que relucía en el aire caliginoso, corrió hacia ella y la tomó del brazo. Una cara se volvió con una mueca, y unos dientes amarillos y un par de ojos ardientes brillaron frente a Yattmur. Retrocedió, temiendo un ataque, pero la criatura ya se había alejado de un salto.

Aquel fue el primer indicio de que no estaban solos en la montaña.

—¡Yattmur! —llamó Gren—. Los guatapanzas están aquí. ¿Dónde estás tú?

—Hay alguien más aquí —dijo ella corriendo hacia Gren, olvidando con el miedo las piernas entumecidas—. ¡Una criatura blanca, salvaje, de dientes y orejas grandes! —.

Mientras los guatapanzas les gritaban a los espíritus de la muerte y la obscuridad, Gren y Yattmur escudriñaban los alrededores.

—En esta suciedad inmundada, es imposible distinguir algo —dijo Gren, quitándose la nieve de la cara.

Se agazaparon, con los cuchillos prontos. De repente, la nieve amainó, se convirtió en lluvia, cesó. A través de las últimas gotas vieron una fila de una docena de criaturas blancas que saltaban por encima de una cresta hacia el lado oscuro. Llevaban a la rastra una especie de trineo cargado de sacos, y de uno de ellos saltaba un reguero de semillas de zancuda.

Un rayo de sol atravesó las laderas melancólicas. Como si temieran la luz, las criaturas blancas se metieron en un paso y desaparecieron.

Gren y Yattmur se miraron.

—¿Eran humanos? —preguntó Gren.

Ella se encogió de hombros. No lo sabía. Ni siquiera sabía lo que significaba la palabra humano. Los guatapanzas, que ahora yacían gimiendo en el lodo, ¿eran humanos? Y Gren, ahora tan impenetrable que parecía invadido por la morilla, ¿se podía decir que era humano?

¡Tantos enigmas! Algunos que ni siquiera podía formular con palabras, y menos aún pensar en resolverlos... Pero el sol tibio le acariciaba el cuerpo una vez más. Unas líneas de plomo y oro atravesaban el cielo. Allá arriba, en la montaña, había cavernas. Podrían subir y encender un fuego. Podrían sobrevivir y dormir al calor...

Apartándose el pelo de la cara, Yattmur se encaminó lentamente montaña arriba. Aunque se sentía pesada e inquieta, tenía la certeza de que los otros la seguirían.

La vida en la gran ladera era soportable y a veces más que soportable, pues la mente humana tiene la virtud de hacer de un granito de arena una montaña de felicidad.

En medio del paisaje vasto y terrible que los rodeaba, los humanos se sentían insignificantes.

Allí, indiferentes a la presencia de todos ellos, se perpetuaban la pastoral de la tierra y el drama del clima. Entre laderas y nubes, entre lodos y nieves, la vida era humilde.

Si bien ya no había ni día ni noche que señalaran el transcurso del tiempo, otros incidentes lo revelaban. Las tormentas aumentaban en tanto que descendía la temperatura; a veces caían lluvias glaciales; a veces eran tan calientes que los abrasaban, y dando gritos corrían a resguardarse en las cavernas.

Gren se mostraba cada vez más huraño, a medida que el hongo lo dominaba con mayor firmeza. Dándose cuenta de cómo su propio ingenio los había llevado a todos a un callejón sin salida, la morilla cavilaba y cavilaba sin cesar; obsesionada por la necesidad de reproducirse, había aislado a Gren de toda comunicación con los otros.

Un tercer acontecimiento señaló el inexorable transcurso del tiempo. Durante una tormenta, Yattmur dio a luz un niño.

El niño se convirtió en la razón de la vida de Yattmur. Lo llamó Laren y estaba contenta.

En la ladera de una remota montaña de la tierra, Yattmur mecía en brazos al pequeño; y le cantaba, aunque el niño dormía.

Los rayos del sol crepuscular bañaban las vertientes más altas de la montaña; abajo, las faldas se perdían en la noche. Toda aquella zona oscura era iluminada de cuando en cuando por resplandores rojizos, cuando la montaña misma, en una pétrea imitación de los seres vivos, se lanzaba hacia las alturas en busca de luz.

Pero aun en los sitios de mayor obscuridad, ésta no era absoluta. Así como no es absoluta la muerte —la química de la vida lo transforma todo para crear nueva vida—, así también la obscuridad se revelaba a veces como un grado menor de la luz, un territorio donde se arrastraban algunas criaturas, las que habían tenido que irse de las regiones más pobladas y luminosas.

Entre esos exiliados se contaban los plumacueros, y una pareja de estas aves retozaba sobre la cabeza de la madre, recreándose en un vuelo acrobático, bajando de improviso con las alas replegadas, o extendiéndolas para flotar arriba en una corriente de aire templado. El niño despertó y la madre le señaló las criaturas voladoras.

—Allá van, Laren, allá, allá abajo en el valle y... míralas, ¡allí están! Han regresado al sol, allá, allá tan arriba.

El pequeño arrugó la nariz, complaciéndola. Las aves de plumaje coriáceo se

zambullían y emergían centelleando a la luz antes de hundirse en la trama de sombras, para volver a remontarse como desde un mar, a veces hasta el dosel de nubes bajas. Aquellas nubes, aureoladas de bronce, eran, como las montañas mismas, parte del paisaje, y lanzaban reflejos de luz al mundo ensombrecido de abajo, esparciéndolos como gotas de lluvia hasta motear los campos yermos con un oro amarillo y fugitivo.

En medio de esta cruce de claridad y penumbra volaban los plumacueros, alimentándose de las esporas que flotaban aun allí en las nubes, lanzadas al aire por la enorme máquina propagadora desde la faz iluminada del planeta. Laren, el pequeño, gorgoteaba de contento y abría las manos; y Yattmur, la madre, también gorgoteaba, complacida con cada movimiento del niño.

Una de las voladoras caía ahora en vertical. Yattmur la observó, de pronto sorprendida, al advertir que caía como muerta. El plumacuero serpeó hacia abajo, seguido por la compañera, que aleteaba con fuerza al lado. Sólo por un momento Yattmur creyó que el ave iba a enderezarse; en seguida golpeó contra la ladera de la montaña.

Yattmur se incorporó. Vio al plumacuero, un bulto inmóvil, y revoloteando encima, la doliente pareja.

No sólo ella había presenciado esta caída fatal. Un poco más arriba, en la ladera, uno de los guatapanzas había echado a correr, llamando a gritos a los otros dos. Oyó las palabras —¡Venid y mirad y ved con ojos los pájaros de alas caídas! —claras en el aire claro, y oyó el chapoteo de los pasos que trotaban bajando la pendiente. Con aire maternal, siguió observando, estrechando a Laren, lamentando como siempre cualquier incidente que pudiera perturbarla.

Alguien más andaba en busca del pájaro caído. Yattmur atisbó más abajo, a cierta distancia, un grupo de figuras que salió con rapidez de atrás de un espolón de roca. Contó ocho; vestidas de blanco, con narices picudas y grandes orejas, las siluetas se recortaban nítidas contra la penumbra azulina del valle. Arrastraban un trineo.

Ella y Gren llamaban a estos seres los monteorejas, y se cuidaban de ellos, pues eran rápidos y llevaban armas, aunque nunca habían hostilizado a los humanos.

Por un momento la escena permaneció invariable: tres guatapanzas trotando ladera abajo, ocho monteorejas trepando ladera arriba, y el pájaro sobreviviente volando en círculos, indeciso entre seguir llorando o escapar. Los monteorejas iban armados de arcos y flechas; minúsculos a la distancia pero claros, levantaron las armas, y de súbito Yattmur empezó a temer por la suerte de aquellos tres gordos bobalicones que habían venido con ella desde tan lejos. Estrechando con fuerza a Laren, se levantó y los llamó a voces: —¡Eh, panzas! ¡Volved!

Mientras gritaba, el primer monteoreja disparó ferozmente una flecha. Cruzó el aire veloz y exacta... y el plumacuero sobreviviente cayó en espiral. El guatapanza

que iba adelante se encorvó, dando gritos. El ave, aún batiendo débilmente las alas, lo golpeo entre los omóplatos. El hombre se tambaleó y se desplomó de bruces, mientras el pájaro aleteaba sin fuerzas alrededor.

El grupo de los guatapanzas se encontró con el de los monteorejas.

Yattmur dio media vuelta y echó a correr. Entró como una tromba en la caverna humeante donde vivían ella, Gren y el niño.

—¡Gren! ¡Ven, por favor! Van a matar a los guatapanzas. Ahí afuera, esos espantosos orejudos blancos están atacándolos. ¿Qué podemos hacer?

Gren yacía recostado contra una columna de roca, las manos entrelazadas sobre el vientre. Cuando Yattmur entró, le clavó una mirada muerta y en seguida bajó los ojos. La palidez que le afilaba las facciones, contrastaba con el color pardo como hígado fresco que tenía alrededor del cuello y la cabeza y que le enmarcaba la cara con repliegues viscosos.

—¿Vas a hacer algo? —lo urgió Yattmur—. ¿Qué te ocurre estos días?

—Los guatapanzas son un estorbo —dijo Gren.

Sin embargo, se incorporó. Yattmur le tendió una mano —que él tornó con apatía —y lo arrastró hasta la boca de la caverna.

—Me he encariñado con esas miserables criaturas —dijo, casi entre dientes.

Escudriñaron allá abajo, la ladera escarpada, donde las figuras se movían contra una brumosa cortina de sombra.

Los tres guatapanzas iban cuesta arriba, arrastrando a uno de los plumacueros, junto a ellos iban los monteorejas, tirando del trineo, en el que yacía el otro plumacuero. Los dos grupos caminaban conversando amablemente, con abundantes ademanes por parte de los guatapanzas.

—Bueno ¿qué me dices? —exclamó Yattmur.

Era una procesión extraña. Los monteorejas, vistos de perfil, tenían unos morros puntiagudos; avanzaban de una manera irregular: a veces se dejaban caer hacia adelante para trepar luego en cuatro patas. El lenguaje que hablaban llegaba a los oídos de Yattmur como cortos ladridos, aunque estaban demasiado lejos para que pudiese entender lo que decían... suponiendo que fuese algo inteligible.

—¿Qué me dices, Gren? —insistió Yattmur.

Gren no dijo nada; continuaba mirando al pequeño grupo que se encaminaba directamente a la caverna que él mismo había elegido para los guatapanzas. Cuando pasaron por delante del bosquecillo de las zancudas, notó que lo señalaban y se reían. Gren no se inmutó.

Yattmur lo miró, compadecida de pronto, al comprobar cómo había cambiado él en los últimos días.

—Hablas tan poco y pareces tan enfermo, amor mío. Hemos venido juntos tan lejos, tú y yo solos los dos para amarnos, y sin embargo es como si te hubieras

alejado de mí. En mi corazón sólo hay amor para ti, y en mis labios sólo ternura. Pero el amor y la ternura se pierden ahora en ti, ¡oh Gren, mi Gren!

Lo rodeó con el brazo libre, sólo para sentir que él se apartaba. Gren dijo, sin embargo, con palabras que parecían envueltas en hielo: —Ayúdame, Yattmur. Ten paciencia. Estoy enfermo.

De pronto volvió a preocuparla el otro problema.

—Ya mejorarás —dijo—. Pero ¿qué estarán haciendo esos monteorejas salvajes? ¿Es acaso posible que sean amistosos?

—Será mejor que vayas a ver —dijo Gren, con la misma voz helada.

Se desprendió de la mano de Yattmur, entró de nuevo en la caverna y se recostó, en la misma postura de antes, con las manos entrelazadas sobre el vientre. Yattmur se sentó a la entrada de la caverna, indecisa. Los guatapanzas y los monteorejas habían desaparecido en la otra caverna. Ella se quedó allí un rato, desamparada, mientras las nubes se amontonaban en el cielo. De repente empezó a llover, una lluvia que se transformó en nieve. Laren lloró y ella le dio un pecho para que mamase.

Poco a poco los pensamientos de la muchacha crecieron allí afuera, eclipsando la lluvia. Imágenes vagas pendían del aire todo alrededor, imágenes que aunque no parecían lógicas se encadenaban para ella como partes de un razonamiento. Los días tranquilos en la tribu de pastores eran una diminuta flor roja, y con un casi imperceptible cambio de énfasis, la flor también era ella, porque aquellos días tranquilos habían sido ella: nunca se había visto a sí misma como un fenómeno distinto de los fenómenos del mundo. Y cuando ahora trataba de hacerlo, sólo podía verse de un modo distante y vago, en medio de una multitud de cuerpos, o como una parte de un baile, o como la joven a quien le tocaba llevar los cubos al Agua Larga.

Ahora los días de la flor roja habían pasado, aunque un nuevo capullo se le abría en los pechos. La multitud de cuerpos había desaparecido y con ellos se perdió también el símbolo amarillo del chal. ¡El chal tan hermoso! El sol perpetuo allá arriba como un baño de calor, los cuerpos inocentes, una felicidad que se ignoraba a sí misma... esas eran las hebras del chal amarillo que veía con los ojos de la imaginación. Se vio claramente a sí misma mientras tiraba lejos el chal para seguir al vagabundo que tenía el mérito de lo desconocido.

Lo desconocido era una gran hoja marchita en la que algo se agazapaba. Ella había seguido a la hoja —la diminuta figura de ella misma se acercaba y se volvía un poco más puntiaguda —mientras el chal y los pétalos rojos se dispersaban alegremente en el viento del tiempo, que soplaba siempre en la misma dirección. Ahora la hoja se hacía carne, rodaba con ella. Y la figura de ella crecía, y en ella pululaban multitudes, una tierra de leche y partes públicas de miel. Y en la flor roja no había habido nunca nada parecido a la música de la hoja de carne.

Pero ya todo se desvanecía. La montaña llegaba, marchando. La montaña y la flor

eran antagónicas. La montaña avanzaba eternamente, en una sola ladera escarpada que no tenía principio ni fin, aunque la base reposara en una niebla negra y la cima en una nube negra. La niebla y la nube negra del ensueño le tendían manos por todas partes, con la pródiga avaricia del mal; y mientras tanto, mediante otro de esos imperceptibles cambios de énfasis, la ladera se convertía no sólo en la vida presente, sino en toda la vida. En la mente no hay paradojas, sólo hay momentos; y en el momento de la ladera, parecía como si todas las flores brillantes y los chales y la carne no hubiesen sido jamás.

El trueno resolló sobre la montaña real, despertando a Yattmur, dispersando las imágenes.

Se dio vuelta y miró hacia el interior de la caverna, para ver a Gren. No se había movido. El no la miró. Las imágenes del ensueño le habían ayudado a comprender y ella se dijo:

—Es la morilla mágica la causa de todos estos sinsabores. Laren y yo somos las víctimas, lo mismo que el pobre Gren. Se alimenta de Gren, y por eso él está enfermo. La tiene sobre la cabeza y dentro de la cabeza. De algún modo, yo tengo que arreglar cuentas con esa morilla.

Pero la comprensión no es lo mismo que el consuelo. Alzando al niño, se cubrió el pecho y se puso de pie.

—Voy a la cueva de los guatapanzas —dijo, casi segura de que no obtendría ninguna respuesta.

Gren le respondió: —No te puedes llevar a Laren bajo esa lluvia torrencial. Déjalo, yo lo cuidaré.

Yattmur cruzó la caverna hacia él. Aunque la luz era escasa, tuvo la impresión de que el hongo que le cubría el pelo y el cuello estaba más oscuro que antes. No cabía duda de que se estaba expandiendo, ahora le ocupaba parte de la frente. Una repugnancia súbita la contuvo en el momento mismo en que se disponía a entregarle el niño.

Gren alzó los ojos por debajo de la morilla, con una mirada que no era la mirada de Gren; una mirada que traicionaba esa mezcla fatal de estupidez y astucia que acecha en el fondo de toda maldad. Bruscamente, Yattmur apartó al niño de los brazos tendidos de Gren.

—Dámelo. No le pasará nada —dijo Gren—. Un humano joven puede aprender tanto.

Aunque los movimientos de Gren eran por lo general letárgicos, ahora se levantó con una agilidad felina. Ella se alejó de un salto, enfurecida, increpándolo entre dientes, sacando el cuchillo, con miedo en todo el cuerpo. Le mostraba los dientes como un animal.

—¡Apártate!

Gren, irritado, se echó a llorar.

—Dame el niño —repitió Gren.

—No, no eres tú el que habla. Tengo miedo de ti, Gren. ¡Vuelve a tu sitio!
¡Apártate! ¡Apártate!

Gren continuó adelantándose con una curiosa inseguridad, como si su sistema nervioso tuviera que responder a dos centros de mando rivales. Yattmur levantó el cuchillo, pero él no le hizo caso. Una mirada ciega le velaba los ojos como una cortina.

A último momento, Yattmur no resistió. Dejando caer el cuchillo, se volvió y se precipitó fuera de la caverna, estrechando con fuerza al pequeño.

Los truenos la perseguían retumbando mientras corría cuesta abajo. Estalló un rayo, tocando uno de los cables de la red travesera que desde un lugar cercano subía hacia las nubes. El cable chisporroteó y llameó, hasta que lo apagó la lluvia. Yattmur corría, corría hacia la caverna de los guatapanzas, sin atreverse a mirar atrás.

Sólo al llegar se dio cuenta de que no tenía ninguna idea de cómo la recibirían. Pero entonces ya era demasiado tarde. Cuando entró como una tromba desde la lluvia, los guatapanzas y los monteorejas saltaron para salirle al encuentro.

Gren se dejó caer sobre las manos y las rodillas entre las punzantes piedras de la boca de la caverna.

En las impresiones que tenía del mundo exterior dominaba el caos. Las imágenes asomaban en vaharadas, le serpeaban en la mente. Vio una pared de celdas minúsculas, pegajosa como un panal, que crecía alrededor. Aunque tenía mil manos, no podían derribar la pared; se pegoteaban en un jarabe espeso que las entorpecía. Ahora la pared de las celdas se alzaba por encima de él, cerrándose. Sólo quedaba en ella una abertura. Mirando por esa abertura, vio unas figuras diminutas a leguas y leguas de distancia. Una era Yattmur, de rodillas, gesticulando, llorando porque él no podía llegar hasta ella. En otras, reconoció a los guatapanzas. Luego identificó a Lilyyo, la mujer jefe del viejo grupo. Y otra —¡esa criatura que se retorció como un gusano! —era él, él mismo, excluido de su propia ciudadela.

El espejismo se veló y se desvaneció.

Desesperado, se recostó contra la pared, y las celdas se abrieron como vientres, rezumaron cosas ponzoñosas. Aquella ponzoña se convertía en bocas, bocas de un pardo lustroso que excretaban sílabas. Y esas sílabas lo atormentaban golpeándolo con la voz del hongo. Eran tantas y caían sobre él tan apretadas y desde todos los costados que durante un rato sólo eso lo impresionó, no lo que significaba. Lanzó un grito desgarrador, y de pronto entendió que la morilla no estaba hablando con crueldad sino con remordimiento; trató entonces de dominarse y escuchar lo que ella decía.

—No había criaturas como tú en los matorrales de la Tierra de Nadie donde vive mi especie —pronunció la morilla—. Allí nuestra misión era vivir a expensas de las criaturas vegetales. Ellas existían sin cerebro; nosotras éramos sus cerebros. Contigo ha sido distinto. He cavado demasiado hondo en el extraordinario abono ancestral de tu mente inconsciente.

He visto en ti tantas cosas maravillosas que olvidé mi propósito real. Tú me has capturado a mí, Gren, tan ciertamente como yo te he capturado a ti.

No obstante, ha llegado el momento en que he de recordar mi verdadera naturaleza. Me he nutrido de tu vida para alimentar la mía; esa es mi función, mi único camino. Ahora se acerca para mí un momento crítico, porque estoy madura.

—No comprendo —dijo Gren lentamente.

—Se me plantea una disyuntiva. Pronto habré de dividirme y esporular; por ese sistema me reproduzco, y tengo poco dominio sobre él. Podría hacerlo aquí, con la esperanza de que mi progenie sobreviva de algún modo en esta montaña inhóspita, a pesar de las lluvias, la nieve y el hielo. O... podría trasladarme a un nuevo huésped.

—A mi hijo no.

—¿Por qué no a tu hijo? Laren es mi única opción. Es joven y puro; me será mucho más fácil dominarlo a él que a ti. Es cierto que todavía es débil, pero Yattmur y tú cuidarán de él hasta que sea capaz de valerse por sí mismo.

—No, si eso significa cuidar también de ti.

Antes que terminara de hablar, un golpe que le invadió todo el cerebro lo hizo caer, atontado y dolorido, contra la pared de la caverna.

—Ni tú ni Yattmur abandonaréis al pequeño en ninguna circunstancia. Tú lo sabes, y yo lo leo en tu pensamiento. También sabes que si la oportunidad se presenta, te alejarás de estas laderas yermas y míseras para ir hacia las tierras fértiles de la luz. También eso conviene a mi plan. El tiempo apremia, hombre, y he de satisfacer mis necesidades.

Conociendo como conozco todas tus fibras, me conmueve tu dolor... pero nada puede significar para mí si se opone al reclamo de mi propia naturaleza. Necesito un huésped apto y si es posible sin entendimiento que me lleve cuanto antes a las tierras del sol, donde podré reproducirme. Por eso he elegido a Laren. Eso sería lo mejor para mi progenie, ¿no te parece?

—Me estoy muriendo —gimió Gren.

—Todavía no —tañó la morilla.

Yattmur estaba sentada en el fondo de la caverna adormilada. El aire fétido, el lloriqueo de las voces: el ruido de la lluvia fuera de la caverna, todo se combinaba para embotarle los sentidos. Yattmur dormitaba, y Laren dormía junto a ella sobre un montón de hojas secas. Todos habían comido la carne chamuscada del plumacuero, asada a medias, quemada a medias sobre una hoguera. Hasta el niño habla aceptado unos trocitos.

Cuando la habían visto llegar atribulada a la caverna, los guatapanzas la saludaron con grandes gritos: —Adelante, preciosa dama lonja, deja fuera la humedad lluviosa donde las nubes caen. Entra con nosotros y arrímate al calor sin agua.

—¿Quiénes son los que están con vosotros?

Yattmur observó con inquietud a los ocho monteorejas, que al verla se habían puesto a brincar y a sonreír, mostrando los dientes.

Vistos de cerca eran formidables: una cabeza más altos que los humanos, la piel les colgaba como un manto de los hombros recios. Se habían agrupado detrás de los guatapanzas, pero luego rodearon a Yattmur, con anchas sonrisas, y llamándose los unos a los otros con unos alaridos que eran una rara perversión del lenguaje.

Las caras eran las más horrosas que Yattmur había visto hasta entonces: quijadas largas y frente estrecha, hocicos puntiagudos y cortas barbas amarillas; las orejas retorcidas les sobresalían como segmentos de carne cruda. De movimientos rápidos y exasperados, daba la impresión de que las caras nunca estaban en reposo: unas largas y afiladas hileras de marfil aparecían y desaparecían por detrás de unos

labios grises mientras acosaban a Yattmur con incesantes preguntas.

—¿Tú sí vives aquí? ¿Tú vives sí sí en Ladera Grande? ¿Con guatapanzas, con guatapanzas vives? ¿Tú y ellos juntos sí duermen corren viven aman en Ladera Grande?

Uno de los monteorejas más corpulentos lanzó a Yattmur esta andanada de preguntas, mientras brincaba delante de ella haciendo grandes muecas. La voz era tan bronca y gutural, las frases tan entrecortadas por esa especie de ladrido, que a Yattmur le era difícil comprender.

—¿Comen, sí, viven en Negra Ladera Grande?

—Sí, vivo en esta montaña —dijo Yattmur con tono firme—. ¿Dónde vivís vosotros? ¿Qué gente sois?

Por toda respuesta el extraño interlocutor abrió los ojos de chivo hasta que todo alrededor le apareció un reborde rojizo y cartilaginoso. En seguida los volvió a cerrar, para abrir las cavernosas mandíbulas y soltar en un agudo tono de soprano una cloqueante y prolongada carcajada.

—Estos de pelos ásperos son dioses, preciosos dioses ásperos, dama lonja —le explicaron los guatapanzas, brincando los tres ante ella y empujándose, ansioso cada uno por ser el primero en descargarse de ese peso—. Esta gente de pieles ásperas se llaman los pieles ásperas, son nuestros dioses, señora, porque corren por toda la montaña de Ladera Grande, para ser dioses de los viejos y queridos guatapanzas.

Son dioses, dioses, son dioses grandes y feroces, dama lonja. ¡Tienen colas!

Esta última frase sonó como un grito de triunfo. Toda la manada iba y venía por la caverna, chillando y aullando. Y en verdad los pieles ásperas tenían colas, unas colas que les nacían en las rabadillas en ángulos procaces. Los guatapanzas las perseguían, tratando de agarrarlas y besarlas. Yattmur retrocedió de golpe, y Laren, que había estado observando todo aquel alboroto con los ojos muy abiertos, se puso a chillar a todo lo que le daba la voz. Las figuras danzantes lo imitaron, intercalando gritos y cánticos propios.

—Danza de demonios en Ladera Grande, en Ladera Grande. Dientes muchos dientes muerden, parten, mascan de noche o de día en Ladera Grande. Guatapanzas cantan a las colas de los dioses de pieles ásperas. Muchas grandes cosas malas hay para cantar en esa Mala Ladera Grande. Comer y morder y beber cuando llueve la lluvia. ¡Ai, ai, ai, aiii!

De improviso, mientras galopaban, un piel áspera de aspecto feroz arrebató a Laren de los brazos de Yattmur. Ella gritó... pero ya el niño, con el asombro pintado en la carita rosada, revoloteaba por el aire. Los pieles ásperas se lo arrojaron unos a otros, primero arriba, luego abajo, casi golpeando el suelo o rozando el techo, acompañando el juego con ladridos de risa.

Indignada, Yattmur se lanzó sobre el piel áspera que tenía más cerca. Cuando

tironeó de la larga piel blanca, sintió que los músculos de la criatura se crispaban bajo la piel; el piel áspera se volvió, y la mano gris y correosa le hincó dos dedos en la nariz y apretó. Yattmur sintió un dolor atenazante, agudo entre los ojos. Dio un paso atrás, llevándose las manos a la cara; perdió pie y cayó al suelo. Al instante, el piel áspera se lanzó sobre ella. Y casi con igual prontitud, los otros se amontonaron encima.

Eso fue lo que la salvó. Los pieles ásperas se pusieron a pelear entre ellos y se olvidaron de Yattmur. Se alejó a la rastra y fue a rescatar a Laren, que yacía en el suelo, atontado por la sorpresa, sano y salvo. Sollozando de alivio, lo estrechó contra el pecho. El niño rompió a llorar, pero cuando Yattmur miró temerosa alrededor, los pieles ásperas se habían olvidado por completo de ella y de la pelea y se disponían a asar al plumacuero una segunda vez.

—¡Oh, no lluevas lluvia mojada de tus ojos, preciosa dama lonja!

Los guatapanzas la habían rodeado y la palmoteaban con torpeza, tratando de acariciarle el pelo. Aunque la alarmaban las libertades que se tomaban con ella en ausencia de Gren, dijo en voz baja: —Tanto miedo que nos teníais a Gren y a mí: ¿cómo es que no os atemorizan estas criaturas terribles? ¿No veis lo peligrosas que son?

—¿No ves tú que estos dioses de piel áspera tienen colas? Sólo las colas que crecen en gente hacen que la gente con cola sean dioses para nosotros pobres guatapanzas.

—Os van a matar.

—Son nuestros dioses, y si los dioses con cola nos matan, nos basta eso para ser felices. Sí, ¡tienen dientes afilados y colas ásperas! Sí y los dientes y las colas son ásperos.

—Sois como niños, y ellos son peligrosos.

—Ai-ee, los dioses de piel áspera llevan dientes peligrosos en la boca. Pero esos dientes no nos maltratan con palabras como tú y Gren el hombre cerebro. ¡Mejor morir de una muerte alegre, señora!

Mientras se amontonaban alrededor, Yattmur observó por encima de los hombros velludos al grupo de los pieles ásperas. Por el momento, estaban casi inmóviles, despedazando un plumacuero; se metían grandes trozos en la boca. Al mismo tiempo se pasaban una especie de cantimplora, de la que se echaban por turno un trago en el gargüero, en medio de interminables discusiones. Yattmur notó que aun entre ellos conversaban en la misma chapurreada versión de la lengua guatapanza.

—Pero ¿cuánto tiempo se quedarán aquí en la cueva? —les preguntó.

—En esta cueva se quedan muchas veces porque ellos nos aman en la cueva —dijo uno, acariciándole el hombro.

—¿Ya vinieron antes?

Las tres caras rechonchas le sonrieron a la vez.

—Vienen a vernos antes y otra vez y otra porque aman a amables hombres guatapanzas. Tú y Gren el hombre cazador no aman a amables hombres guatapanzas, por eso nosotros lloramos en Ladera Grande. Y los pieles ásperas pronto nos llevarán de aquí en busca de una panzamama verde. Sí, sí, ¿pieles ásperas nos llevarán?

—¿Vais a dejarnos?

—Nos vamos lejos para dejarlos en la fría horrible y oscura Ladera Grande, donde todo es tan grande y oscuro porque los dioses ásperos nos llevan a un sitio verde con panzamamas calientes donde no puede haber laderas.

A causa del calor y los olores, y el lloriqueo de Laren, Yattmur estaba un poco aturrida. Se hizo repetir toda la historia, cosa que los guatapanzas hicieron volublemente, hasta que todo fue demasiado claro.

Gren, desde hacía un tiempo, no podía ocultar el odio que sentía por los guatapanzas. Estos peligrosos recién llegados, de morros puntiagudos, les habían prometido sacarlos de la montaña y llevarlos a los árboles pulposos que protegían y esclavizaban a los guatapanzas. Yattmur intuía que los monteorejas de largos dientes no eran de fiar, pero no encontraba la forma de transmitir esos recelos a los guatapanzas. Se dio cuenta de que pronto ella y el niño quedarían abandonados en la montaña, a solas con Gren,

Abrumada por tantas distintas preocupaciones, se echó a llorar.

Los otros se le acercaron, tratando torpemente de consolarla: le respiraban en la cara, le acariciaban los pechos, le toqueteaban el cuerpo, le hacían muecas al niño. Pero ella estaba demasiado atribulada para protestar.

—Tú vienes con nosotros al mundo verde, preciosa dama lonja, para estar otra vez con amables amigos lejos de la enorme Ladera Grande —le murmuraban—. Te dejaremos dormir con nosotros sueños amables.

Alentados por la apatía de la muchacha, comenzaron a explorarle todo el cuerpo. Yattmur no se resistió, y cuando la simple sensualidad de ellos quedó satisfecha, la dejaron tranquila en el rincón. Uno de ellos volvió poco después, a ofrecerle una porción de plumacuero chamuscado, que ella aceptó.

Mientras comía, cavilaba: «Gren va a matar al niño con ese hongo. Por lo tanto tendré que correr el riesgo y marcharme con los guatapanzas». Una vez decidida, se sintió más feliz y se durmió.

La despertó el llanto de Laren. Mientras se ocupaba del pequeño, miró hacia afuera. Reinaba la misma obscuridad de siempre. La lluvia había cesado y los truenos llenaban la atmósfera, como si rodaran entre la tierra y las nubes apelotonadas, tratando de escapar. Los guatapanzas y los pieles ásperas dormían en un incómodo montón, sin que los ruidos los perturbaran. A Yattmur le latían las sienes y pensó que jamás podría dormir con semejante estrépito. Pero un momento después, con Laren

acurrucado contra ella, se le volvieron a cerrar los ojos.

Cuando despertó otra vez, fue a causa de los pieles ásperas. Ladraban como enloquecidos y huían precipitadamente de la caverna.

Laren dormía. Dejando al niño sobre un montón de hojas secas, Yattmur salió a ver el motivo del alboroto. Al toparse cara a cara con los pieles ásperas, dio un paso atrás. Para protegerse de la lluvia, que ahora volvía a arreciar, se habían puesto en las cabezas unos cascos tallados de las mismas calabazas secas que ella utilizaba para guisar y lavar. Moviendo a un lado y a otro las cabezas peludas, cubiertas por aquellas calabazas demasiado grandes —con agujeros para las orejas, los ojos y los hocicos—, parecían muñecos rotos. El bamboleo y los colores abigarrados con que estaban pintados los cascos, daban un aspecto grotesco y a la vez un tanto aterrador a los pieles ásperas.

Una de esas criaturas se plantó de un salto delante de Yattmur en el momento en que salía corriendo de la caverna, bajo la lluvia torrencial, y le cerró el paso.

—Agarra garra te quedas durmiendo en cueva de dormir, señora madre. Salir a lluvia de raspa y golpe trae malas cosas que no nos gustan. Así que mordemos y rasgamos y mordemos. Brrr buuuf mejor te quedas fuera lejos de nuestros dientes.

Yattmur se echó atrás para evitar que el piel áspera la agarrase; el tamborileo de la lluvia contra el casco de calabaza se mezclaba con la confusa barahúnda de palabras, gruñidos y gañidos.

—¿Por qué no puedo quedarme afuera? ¿Me tenéis miedo? ¿Qué pasa?

—¡Trapacarráceo viene y zape zap te atrapa! ¡Grrr, dejamos que te atrape!

Le dio un empujón y de un salto fue a reunirse con los demás. Las criaturas encasquetadas iban y venían a los brincos alrededor del trineo, riñendo a gritos mientras preparaban los arcos y las flechas.

Cerca de ellos, abrazados y señalando ladera abajo, estaba el trío de los guatapanzas.

El motivo de aquel alboroto eran unas figuras que se aproximaban lentamente al grupo de Yattmur. Al principio borrosas en el aguacero, le pareció que eran sólo dos; de pronto se separaron y aparecieron tres, y ¡por todos los espíritus!, más extrañas que cualquier otra criatura que ella pudiera haber visto. Pero los pieles ásperas las conocían.

—¡Trapacarráceo, trapacarráceo! ¡Muerte a los trapacarráceos! —le pareció que gritaban, cada vez más frenéticos.

Pero el trío que avanzaba por la lluvia, pese a su singularísimo aspecto, no parecía amenazador ni siquiera a los ojos de Yattmur. No obstante, los pieles ásperas saltaban por el aire con sanguinaria vehemencia, y uno o dos ya tomaban puntería con los arcos a través de la ondulante cortina de la lluvia.

—¡Quietos! —gritó Yattmur—. ¡No disparéis! ¡Dejadlos venir! No pueden

hacernos daño.

—¡Trapacarráceo! Tú tu zape tú callas dama ¡y no haces daño ni recibes daño! — chillaron los pieles ásperas, ya del todo ininteligibles de tan excitados que estaban ahora.

Uno de ellos se abalanzó de cabeza contra ella, golpeándole el hombro con el casco de calabaza. Yattmur, asustada, dio media vuelta y echó a correr, al principio a ciegas, luego con un claro propósito.

Ella no podía dominar a los pieles ásperas; pero sí tal vez Gren y la morilla.

Chapoteando y resbalando en el agua, volvió a todo correr a su propia caverna. Sin detenerse a pensar, entró directamente.

Gren estaba de pie contra la pared oculto a medias cerca de la entrada. Yattmur había pasado junto a él sin verlo, y cuando se volvió, él ya empezaba a acercársele para arrojarse sobre ella.

Horrorizada, Yattmur gritó y gritó, con la boca muy abierta y mostrando los dientes.

La superficie de la morilla era ahora negra y pustulosa... y se había deslizado hacia abajo hasta cubrir toda la cara de Gren. Cuando él saltó, ella alcanzó a verle los ojos, que relampagueaban con un fulgor enfermizo.

Se dejó caer de rodillas. En ese momento fue todo cuanto pudo hacer para esquivarlo, tan sin aliento la había dejado la visión de aquella enorme excrecencia cancerosa.

—¡Oh, Gren! —balbuceó.

El se encorvó y la tomó con brutalidad por los cabellos. El dolor físico la hizo reaccionar; temblaba de emoción como una montaña sacudida por un terremoto, pero tenía otra vez la mente despejada.

—Gren, esa morilla te está matando —murmuró.

—¿Dónde está el niño? —preguntó Gren. Aunque el tono de la voz era fúnebre, ella notó otra cosa, algo remoto, como una especie de tañido, que la alarmó todavía más.

—¿Qué has echo con el niño, Yattmur?

Estremeciéndose, Yattmur le dijo: —Ya no hablas como tú, Gren. ¿Qué te pasa? Sabes que yo no te odio... dime qué te pasa, para que yo pueda comprenderlo.

—¿Por qué no has traído al niño?

—Tú ya no eres Gren. Eres... eres de algún modo la morilla, ¿no es verdad? Hablas con su voz.

—Yattmur... necesito al niño.

Tratando de ponerse en pie, aunque él seguía sujetándola por el cabello, Yattmur dijo, con la mayor serenidad posible: —Dime para qué quieres a Laren.

—El niño es mío y lo necesito. ¿Dónde lo dejaste?

Ella señaló los recovecos sombríos de la caverna.

—No seas tonto, Gren. Está acostado ahí detrás, en el fondo de la caverna, profundamente dormido.

Cuando Gren se volvió a escudriñar en las sombras, ella consiguió escabullirse por debajo del brazo de él y echó a correr. Gimiendo de terror, salió al aire libre.

De nuevo la lluvia le mojó la cara, devolviéndola a un mundo que habla abandonado un momento antes, aunque la horripilante visión del rostro de Gren parecía haber durado una eternidad. Desde aquel sitio, la ladera le ocultaba el extraño trío que los pieles ásperas llamaban los trapacarráceos, pero en cambio el grupo que rodeaba el trineo estaba bien a la vista. Era como un cuadro vivo, los guatapanzas y los pieles ásperas, inmóviles, alzando los ojos para mirarla, distraídos de sus propias preocupaciones por los gritos de ella.

Corrió a encontrarlos, contenta a pesar de lo irracionales que eran, de estar de nuevo con ellos. Sólo entonces volvió a mirar.

Gren la había seguido un trecho desde la boca de la caverna, y se había detenido, indeciso; luego dio media vuelta y desapareció. Los pieles ásperas farfullaban y cuchicheaban entre ellos, atemorizados sin duda por lo que acababan de ver. Aprovechando la ocasión, Yattmur señaló la caverna de Gren y dijo: —O me obedecéis, o ese terrible compañero mío de feroz cara de esponja vendrá y os comerá a todos. Dejad que esa otra gente se aproxime, y no los atacéis si no nos amenazan.

—¡Los trapacarráceos zape zape no son buenos! —protestaron los pieles ásperas.

—Haced lo que os digo o el cara de esponja os comerá, ¡con orejas y piel y todo!

Las tres figuras de andar pausado ya estaban cerca. Dos eran al parecer humanas, y muy delgadas, aunque la luz fantasmal borroneaba la escena. Pero la figura que más intrigaba a Yattmur era la que venía última. Aunque avanzaba sobre dos piernas, no tenía nada en común con las otras dos: era más alta, y la cabeza parecía enorme. Por momentos, daba la impresión de que tenía una segunda cabeza debajo de la primera, además de una cola, y de que caminaba con las manos apretadas al cráneo superior. Pero no estaba segura, pues el diluvio, además de ocultarla a medias, la envolvía en un trémulo y centelleante halo de gotas.

Como desafiando la impaciencia de Yattmur, el insólito trío se detuvo. Ella los llamó, les indicó que se acercaran, pero ellos no se inmutaron. Seguían inmóviles en la ladera, como petrificados bajo la lluvia torrencial. De pronto, una de las siluetas de aspecto humano empezó a borronearse poco a poco, se hizo translúcida y... ¡desapareció!

Tanto los guatapanzas como los pieles ásperas, visiblemente impresionados por la amenaza de Yattmur, habían esperado en completo silencio. Ante aquella desaparición, hubo todo un coro de murmullos, aunque los pieles ásperas no parecían demasiado sorprendidos.

—¿Qué está pasando por allí? —preguntó Yattmur a uno de los guatapanzas.

—Una cosa muy rara de oír, dama lonja. ¡Varias cosas raras! Por esta lluvia mojada y sucia vienen dos espíritus y un malvado trapacarráceo guiado por un malvado espíritu número tres en la lluvia toda mojada. ¡Por eso gritan hoy los pieles ásperas, con muchos malos pensamientos!

Las palabras no tenían mayor sentido para Yattmur. Repentinamente enfadada, dijo: —Decid a los pieles ásperas que se callen y que vuelvan a la caverna. Yo recibiré a estos recién llegados.

Echó a andar hacia ellos con los brazos extendidos y las manos abiertas, para indicar que iba en misión de paz. Aunque los truenos retumbaban aún en las colinas, la lluvia amainó y luego cesó por completo. Ahora veía más claramente a las dos criaturas... y de pronto fueron de nuevo tres. Un contorno borroso cobró sustancia poco a poco hasta convertirse en un escuálido ser humano que también clavó en Yattmur una mirada vigilante, como los otros dos.

Desconcertada por aquella aparición, Yattmur se detuvo. La figura corpulenta avanzó entonces, hablando a gritos, y adelantándose a los otros.

—¡Criaturas del universo siempre verde, el Sodal Ye de los trapacarráceos viene a traeros la verdad! ¡Estad preparados!

Tenía una voz pastosa, madura, como si hubiera viajado a través de gargantas y paladares poderosos antes de convertirse en sonido. Las otras dos figuras avanzaron también al amparo de estas resonancias. Yattmur vio que, en efecto, eran humanos: dos hembras, en verdad de un orden muy primitivo, y totalmente desnudas, excepto los complicados tatuajes en los cuerpos; la expresión de las caras era de una invencible estupidez.

Comprendiendo que algo tenía que ofrecer a modo de respuesta, Yattmur se inclinó y dijo: —Si venís en paz, os doy la bienvenida a nuestra montaña.

La figura voluminosa dejó escapar un inhumano gruñido de triunfo y desdén.

—¡Esta montaña no es tuya! ¡Esta montaña, esta Ladera Grande, de tierra y piedra y roca, te tiene a ti! La Tierra no es tuya: ¡tú eres de la Tierra!

—Has dado demasiado alcance a mis palabras —le dijo Yattmur, irritada—. ¿Quién eres?

—¡Todas las cosas tienen un largo alcance! —fue la respuesta.

Pero Yattmur ya no lo escuchaba; el rugido de la criatura corpulenta había desencadenado una frenética actividad a espaldas de ella. Se volvió para ver a las pieles ásperas que se preparaban a partir, en medio de chillidos y empujones, mientras daban vuelta el trineo para lanzarse colina abajo.

—¡Queremos ir con vosotros y correremos sin molestar junto a la amable máquina viajera! —gritaban los guatapanzas, mientras corrían atolondrados de un lado a otro y hasta se revolcaban por el barro en homenaje a aquellos dioses de caras

feroces—. ¡Oh por favor que nos maten con muerte amable o que nos lleven corriendo y cabalgando lejos de la Ladera! Muy lejos de esta Ladera Grande y de la gente lonja y de este trapacarráceo grande y rugidor. ¡Queremos irnos, irnos, amables dioses crueles de dioses ásperos!

—No, no, no. Jop jop fuera, ¡hombres extraviados, Ahora partimos rápido, y cuando todo esté tranquilo volvemos por vosotros! —gritaban los pieles ásperas haciendo cabriolas.

Todo era actividad. En un instante, a pesar del caos y el despropósito aparentes, los pieles ásperas estaban en camino; corrían al lado y atrás del trineo, empujándolo o frenándolo; se encaramaban en él, parloteaban, lanzaban al aire los cascos de calabazas y los recogían al vuelo; marchaban rápidos por el suelo escarpado, rumbo a las tinieblas del valle.

Llorando su suerte con delectación, los abandonados guatapanzas volvieron furtivamente a la caverna, apartando los ojos de los recién llegados. Cuando los gañidos de los pieles ásperas se perdieron en la distancia, Yattmur oyó desde la caverna el llanto de Laren. Olvidando todo lo demás, corrió a buscarlo, lo meció hasta que el niño gorgoteó de contento, y volvió a salir con él, dispuesta a continuar la conversación con la figura corpulenta.

Ni bien Yattmur reapareció, la criatura se puso a perorar.

—Esos dientes ásperos, esas pieles ásperas han huido de mí. Idiotas con cerebros de plantas, eso es lo que son, animales con sapos en la cabeza. Ahora no quieren escucharme, pero llegará el día en que me escucharán. Toda su especie será llevada por los vientos como granizo.

Mientras así hablaba, Yattmur lo observaba con atención, cada vez más perpleja. No podía saber de qué especie era, pues la cabeza enorme, una cabezota de pez con un labio inferior colgante que casi le ocultaba la falta de barbilla, no tenía ninguna proporción con el resto del cuerpo. Las piernas, aunque combadas, eran de aspecto humano; del pecho y de los brazos, que seguían inmóviles, enroscados detrás de las orejas, parecía brotarle una excrecencia peluda, una especie de cabeza. De vez en cuando Yattmur atisbaba una larga cola que ondulaba detrás.

La pareja de mujeres tatuadas seguía junto a él, la mirada en blanco, al parecer sin ver ni pensar; en verdad sin ninguna otra actividad más complicada que la de respirar.

De pronto el extraño personaje interrumpió su perorata para observar las nubes espesas que ocultaban el sol.

—Me quiero sentar —dijo—. Ponedme en un peñasco adecuado, mujeres. Pronto el cielo estará despejado y entonces veremos lo que veremos.

La orden no era para Yattmur ni para los desamparados guatapanzas, acurrucados a la entrada de la caverna, sino para las mujeres tatuadas.

A pocos pasos de allí había un montón de pedruscos. Uno era grande y liso en la

superficie. junto a él se detuvo el extraño trío, y cuando las mujeres retiraron la parte de arriba de la de abajo, ¡la figura corpulenta se dividió en dos! Una mitad quedó sobre la piedra, chata como lo que era, un pez; la otra mitad se encorvó allí cerca.

Yattmur comprendió al fin y ahogó una exclamación. Detrás de ella unos guatapanzas gemían aterrados y se precipitaban al interior de la caverna. ¡La criatura corpulenta, el trapacarráceo, como lo llamaban los pieles ásperas, era dos criaturas! Una gigantesca figura pisciforme muy parecida a los delfines que ella había visto en las inmensidades del océano, había sido acarreado hasta allí por un humano viejo y encorvado.

—¡Eras dos! —exclamó.

—¡De ninguna manera! —respondió el delfináceo desde la losa—. Respondo al nombre de Sodal Ye, el más insigne de los sodales trapacarráceos. Soy el Profeta de las Montañas Nocturnas, que viene a traeros la voz de la verdad. ¿Tienes inteligencia, mujer?

Las dos mujeres tatuadas flanqueaban al hombre que había acarreado al pez. No hacían nada concreto. Movían las manos hacia él sin hablar. Una de ellas mascullaba. En cuanto al hombre, era evidente que había acarreado aquella carga a lo largo de numerosas estaciones. Aunque ya no tenía el peso sobre los hombros, seguía encorvado: una estatua del abatimiento con los brazos marchitos todavía rodeando el aire por encima de él, la espalda agobiada, los ojos fijos en el suelo. De cuando en cuando cambiaba la postura de los pies; fuera de eso, permanecía inmóvil.

—Te he preguntado si tienes inteligencia, mujer —dijo la criatura que decía llamarse Sodal Ye, con la voz pastosa como hígado—. Habla pues, ya que sabes hablar.

Yattmur apartó la mirada del desdichado portador y dijo: —¿Qué buscas aquí? ¿Has venido a prestar ayuda?

—¡Habladora como una mujer humana!

—¡Tus mujeres no parecen muy habladoras!

—¡No son humanas! No hablan, tendrías que saberlo. ¿O es que nunca hasta ahora te habías encontrado con los arablers, la tribu de los tatuados? De cualquier modo, ¿por qué le pides ayuda a Sodal Ye? Soy un profeta, no un sirviente. ¿Tienes acaso algún problema?

—Un grave problema. Un compañero que...

El Sodal Ye sacudió una aleta.

—Basta. No me molestes ahora con tus historias. Sodal Ye tiene cosas más importantes que hacer, como observar el cielo magnífico, el océano en el que flota esta semilla diminuta que es la Tierra. Además, este sodal tiene hambre. Dame de comer y yo te ayudaré, si puedo. Mi cerebro es el más poderoso del mundo.

Pasando por alto la jactancia, Yattmur señaló el extravagante séquito y preguntó:

—¿Y tus acompañantes... no tendrán hambre, también?

—Ellos no te molestarán, mujer; comen las sobras que deja Sodal Ye.

Yattmur se alejó de prisa, sin escuchar la nueva perorata que había iniciado Sodal Ye. Tenía la impresión de que ésta era una criatura con la cual, a diferencia de los pieles ásperas, podía llegar a entenderse: una criatura vanidosa e inteligente y no obstante vulnerable; pues bastaría —si fuera necesario con matar al portador para que el sodal quedara totalmente desvalido. Encontrar a alguien con quien pudiera tratar desde una posición de fuerza era tonificante; le tenía buena voluntad al sodal.

Los guatapanzas siempre se habían mostrado tiernos como madres con Laren. Lo dejó al cuidado de ellos, observando la alegría con que se dedicaban a entretenerlo, antes de preparar la comida para los huéspedes. El cabello le goteaba mientras iba y venía, la ropa empezaba a secársele sobre el cuerpo, pero no les prestó atención.

Amontonó en una calabaza grande los restos del festín de plumacuero y otros comestibles que habían recogido los guatapanzas: brotes de zancudas, nueces, hongos ahumados, bayas y los frutos pulposos de la calabaza. Otra de las calabazas se había llenado con el agua que goteaba de una grieta en el techo de la caverna. También la llevó.

Sodal Ye seguía tendido sobre el peñasco. Estaba envuelto en una misteriosa aureola de luz cremosa y no apartaba los ojos del sol. Depositando las calabazas en el suelo, Yattmur se volvió también hacia el poniente.

Las nubes se habían abierto. Sobre el mar oscuro y encrespado del paisaje, pendía el sol. Había cambiado de forma. Bajo el peso de la atmósfera, se había achatado en los polos; pero la deformación atmosférica no podía explicar el ala enorme roja y blanca que le había brotado, un ala que casi tenía el tamaño del cuerpo central.

—¡Oh! ¡La luz bendita echa alas para volar y abandonarnos! —gritó Yattmur.

—Todavía estás a salvo, mujer —declaró Sodal Ye—. Esto profetizo. No te inquietes. Más provechoso será que me traigas algo de comer. Cuando te hable de las llamas que están a punto de consumir nuestro mundo, comprenderás, aunque antes de predicar necesito alimentarme.

Pero Yattmur no podía apartar la mirada del extraño espectáculo del cielo. El centro de la tormenta se había trasladado desde la zona crepuscular hasta las regiones del poderoso baniano. Por encima de la selva, crema sobre púrpura, se amontonaban las nubes; los relámpagos zigzagueaban casi sin cesar. Y en el centro del paisaje pendía aquel sol deformado.

El sodal la volvió a llamar y Yattmur, azorada, le acercó la comida.

En aquel momento, una de las dos infelices mujeres empezó a desvanecerse en el aire. Yattmur miraba tan fascinada que estuvo a punto de dejar caer las calabazas. Un instante después la mujer se diluyó en una mancha borrosa. Sólo las líneas del tatuaje

permanecieron flotando en el aire, como garabatos sin sentido. Luego, también ellos se esfumaron y desaparecieron.

Nada se movía ahora. Poco a poco reaparecieron los tatuajes. Luego, la mujer, con la mirada en blanco y escuálida de siempre. La otra mujer se volvió hacia el sodal y emitió dos o tres sílabas confusas.

—¡Perfecto! —exclamó el sodal, batiendo la cola de pez contra la piedra—. Has sido sensata y no has envenenado la comida, madre, así que ahora me pondré a comer. —.

La mujer que había intentado aquel remedo de lenguaje se adelantó y llevó la calabaza de la comida hasta donde yacía Sodal Ye. Metió la mano en ella y empezó a darle de comer, echándole puñados enteros en la boca carnosa. El sodal comía ruidosamente y con fruición, y sólo se detuvo una vez para beber un poco de agua.

—¿Quiénes sois, todos vosotros? ¿Qué sois? ¿De dónde habéis venido? ¿Cómo desaparecéis? —le preguntó Yattmur.

—Algo de todo eso podré decirte, o no —respondió Sodal Ye masticando con la boca llena—. Pero has de saber que esta hembra, la muda, puede «desaparecer», como tú dices. Déjame comer. Quédate quieta.

Al fin la comida terminó.

En el fondo de la calabaza el sodal había dejado unas migajas, y esa fue la comida que compartieron los tres infortunados humanos, haciéndose a un lado con una humildad desoladora. Las mujeres le dieron de comer al agobiado compañero, cuyos brazos continuaban inmóviles, como paralizados, por encima de su cabeza.

—Ahora estoy dispuesto a escuchar tu historia —anunció el sodal —y a ayudarte si es posible. Has de saber que pertenezco a la raza más sabia de este planeta. Mi estirpe se ha extendido por todos los vastos mares y la mayor parte, menos atractiva, de los territorios. Soy un profeta, un Sodal de la Sabiduría Suprema, y me rebajaré a ayudarte si considero que tu problema tiene algún interés.

—Tu soberbia es extraordinaria —dijo Yattmur.

—Bah, ¿qué es la soberbia cuando la Tierra está a punto de sucumbir? Adelante con tu tonta historia, madre, si es que piensas contarla.

Yattmur deseaba hablarle al sodal del problema de Gren y la morilla. Pero como no conocía el arte de narrar una historia y de escoger los detalles significativos, le contó virtualmente toda la vida de ella, y cómo había vivido con los pastores aposentados en el linde de la selva cerca de la Boca Negra. Le relató luego la llegada de Gren, y Poyly, y habló de la muerte de Poyly, y de los peregrinajes que vinieron luego, hasta que como una mar gruesa el destino los había arrojado en las costas de la Ladera Grande. Le habló por fin del nacimiento del niño, y de cómo supo que Laren estaba amenazado por la morilla.

Durante todo el relato, el sodal trapacarráceo siguió tendido con aparente indiferencia sobre la piedra; el labio inferior le colgaba tan abajo que le descubría los bordes anaranjados de los dientes junto a él —en total indiferencia— la pareja de mujeres tatuadas yacía sobre la hierba flanqueando al encorvado portador, que aún seguía de pie como un monumento a la preocupación, con los brazos por encima del cráneo. El sodal no los vigilaba; tenía la mirada perdida en los cielos.

Al fin dijo:

—Eres un caso interesante. He oído los detalles de un número infinitesimal de vidas que no difieren mucho de la tuya. Comparándolas entre ellas, y sintetizándolas con mi extraordinaria inteligencia, me hago una idea clara de las postrimerías de este mundo.

Yattmur se levantó, furiosa.

—¡Merecerías que te derribara de tu percha, pez corrompido! —exclamó—. ¿Eso es todo cuanto tienes que decirme, cuando antes me ofreciste ayuda?

—Oh, podría decirte muchas cosas más, pequeña humana. Pero tu problema es tan simple que para mí es casi como si no existiera. Me he encontrado ya con esas morillas durante mis viajes, y aunque son astutas, tienen varios puntos débiles, fáciles de descubrir para una inteligencia como la mía.

—Sugiere algo, por favor, pronto.

—Sólo tengo una sugerencia que hacer: que le entregues el niño a tu compañero Gren cuando él te lo pida.

—¡Eso no!

—¡Ah, ah! Pues tendrás que hacerlo. No te vayas. Acércate y te explicaré por qué.

El plan no convenció a Yattmur. Pero más allá de la presunción y la pomposidad, había en el sodal una fuerza pétrea y tenaz. Por otra parte la presencia misma del sodal era imponente; la sonoridad con que pronunciaba las palabras hacía que pareciesen incontrovertibles; Yattmur fue confiada en busca de Laren, resuelta a seguir las instrucciones del sodal.

—No me atrevo a enfrentarme con él en la caverna —dijo.

—Entonces mándalo a buscar por tus guatapanzas —ordenó el sodal—. Y date prisa. Yo viajo en nombre del Destino, un amo que en estos momentos tiene muchos asuntos pendientes para ocuparse de tus problemas.

Hubo un prolongado retumbar de truenos, como si algún ser poderoso corroborara las palabras del sodal. Yattmur miró con ansiedad hacia el sol, todavía vestido con plumas de fuego, y luego fue a hablar con los guatapanzas.

Estaban echados los tres juntos sobre la tierra, abrazados, parlotando. Cuando Yattmur apareció en la boca de la caverna, uno de ellos recogió un puñado de tierra y guijarros y se lo arrojó.

—Antes tú no entras tú nunca vienes aquí ni quieres venir y ahora que quieres venir es demasiado tarde, ¡cruel dama lonja! Y ese pez trapacarráceo es mala compañía para ti... nosotros no queremos verte. Los pobres hombres panza no quieren verte aquí... o dejamos que amables pieles ásperas te coman en la cueva.

Yattmur se detuvo; sentía una confusa mezcla de cólera, remordimiento y miedo. Al fin les dijo con voz firme: —Si es así, vuestros problemas apenas comienzan. Sabéis que quiero ser vuestra amiga.

—Tú haces todos nuestros problemas. ¡Pronto fuera de aquí!

Yattmur se alejó hacia la otra caverna, seguida por los gritos de los guatapanzas. No sabía si el tono era insultante o suplicante. El relámpago, con muecas burlonas, le movía la sombra alrededor de los tobillos. El pequeño se le revolvía en los brazos.

—¡Quieto! —le dijo con impaciencia—. No te hará daño.

Gren estaba echado en el fondo de la caverna, en el mismo rincón en que lo había visto antes. Un relámpago le atravesó fugazmente la máscara pardusca, en la que sólo los ojos centelleaban, acechando. Advirtió que ella lo miraba; sin embargo, no se movió ni habló.

—¡Gren!

Tampoco entonces se movió ni habló.

Vibrante de tensión, desgarrada entre el amor y el odio, Yattmur se inclinó, indecisa. Centelleó otro relámpago y ella alzó una mano entre los ojos y la luz, como si se negara a ver.

—Gren, puedes tener al niño si lo quieres.

Entonces Gren se movió.

—Ven a buscarlo afuera; aquí hay demasiada oscuridad —dijo ella, y salió. Una náusea le vino a la boca ante la miserable dificultad de existir. La luz jugaba inconstante en las faldas saturninas, y Yattmur se sintió todavía más mareada.

El trapacarráceo yacía aún sobre la piedra; a su sombra, en el suelo, estaban las calabazas, ahora vacías, y el desdichado portador, las manos en alto, los ojos clavados en el suelo. Yattmur se sentó pesadamente de espaldas a la roca, cobijando al niño en

el regazo.

Un momento después, Gren salió de la caverna.

Caminando lentamente, con las rodillas temblorosas, se acercó a ella.

Yattmur transpiraba, no sabía si a causa del calor o de la tensión. Sin atreverse a mirar la masa pulposa que cubría la cara de Gren, cerró los ojos, y sólo los volvió a abrir cuando lo sintió cerca, mirándolo a la cara cuando él se inclinó hacia ella y el niño. Gorjeando, Laren le tendió confiado los brazos.

—¡Niño razonable! —dijo Gren con aquella voz que le era ajena—. ¡Serás un niño distinto, un niño prodigioso, y yo jamás te abandonaré!

Yattmur temblaba ahora de pies a cabeza y a duras penas podía sostener al pequeño. Pero Gren estaba allí, de rodillas, tan próximo que el olor que exhalaba la invadió, acre y viscoso. Y vio, a través de las pestañas temblorosas, que el hongo que cubría la cara de Gren empezaba a moverse.

Colgaba por encima de la cabeza del niño, preparándose para caer sobre él. Yattmur lo observó, esponjoso y purulento, entre una superficie de piedra y una calabaza vacía. Yattmur creía estar respirando a gritos entrecortados, y que por eso Laren se echaba a llorar... y otra vez el tejido resbaló por la cara de Gren, lento y pesado como un potaje espeso.

—¡Ahora! —gritó Sodal Ye, autoritario y acuciante.

Yattmur empujó de golpe la calabaza vacía por encima de la cabeza del niño. La morilla, al caer, quedó prisionera, atrapada en el fondo de la calabaza. Gren se combó hacia un costado, y Yattmur pudo verle el rostro verdadero, retorcido como una cuerda en un nudo de dolor. La luz, rápida como un pulso, aparecía y desaparecía, pero ella sólo sentía que algo gritaba, y se desmayó sin reconocer su propio grito.

Dos montañas se entrechocaron como quijadas con una tumefacta y llorosa versión de Laren perdida entre ellas. Yattmur volvió en sí, se incorporó de golpe, y la visión monstruosa desapareció.

—Así que no estás muerta —dijo el sodal, irritado —Ten la bondad de levantarte y hacer callar a tu hijo, ya que mis mujeres no son capaces.

Yattmur tenía la impresión de haber estado tanto tiempo sumergida en la noche, que le parecía increíble que la escena apenas hubiese cambiado. La morilla yacía inerte en el fondo de la calabaza, y Gren de bruces junto a ella. Sodal Ye seguía sobre la roca. La pareja de mujeres tatuadas estrechaba a Laren contra los pechos resecos, sin conseguir acallar el llanto del niño.

Yattmur se incorporó, lo tomó en brazos y le acercó a la boca un pecho lozano; el pequeño se puso a mamar con voracidad y dejó de llorar. Poco a poco los estremecimientos que sacudían a Yattmur fueron calmándose.

Se inclinó por encima de Gren y le acarició el hombro. Gren volvió la cara.

—Yattmur... —murmuró.

Tenía lágrimas en los ojos. Regueros de picaduras rojas y blancas se entrecruzaban en los hombros, la cabeza y la cara de Gren, allí donde la morilla le había hincado las sondas nutricias.

—¿Se ha ido? —preguntó, y era otra vez la voz de Gren.

—Mírala —dijo Yattmur. Con la mano libre inclinó la calabaza para que Gren pudiera mirar dentro.

Gren miró durante largo rato a la morilla; viva aún, pero impotente e inmóvil, yacía como un excremento en el fondo de la calabaza. Rememoró —más con asombro ahora que con temor —todo lo ocurrido desde el momento en que la morilla cayera sobre él por primera vez en las selvas de la Tierra de Nadie, las cosas que, como un sueño, habían quedado atrás: los largos viajes por tierras desconocidas, las empresas que había tenido que acometer, y principalmente todos esos conocimientos que el Gren anterior, el Gren libre, nunca hubiera alcanzado.

Sabía bien que todo esto había ocurrido por mediación del hongo morilla, no más poderoso ahora que un resto de comida quemada en el fondo de un cuenco; y comprendió por qué al principio había aceptado con gratitud aquel estímulo, pues le había ayudado a superar ciertas limitaciones, para él naturales. Sólo cuando las necesidades vitales de la morilla se opusieron a las de él, el proceso se hizo maligno, sorbiéndole casi literalmente el seso, de modo que acatando las órdenes de la morilla, había llegado a renegar de su propia naturaleza.

Ahora todo había pasado. El parásito había sido derrotado y ya nunca volvería a oír la voz de la morilla tañéndole en la cabeza.

No obstante, lo que ahora sentía era más soledad que triunfo. Pero exploraba ávidamente los largos corredores de la memoria, y reflexionaba: Algo bueno ha dejado en mí; soy capaz de juzgar, de ordenar mis pensamientos, aún puedo recordar lo que ella me enseñó... y ella sabía tantas cosas.

Le parecía en ese momento que a pesar de todo el dolor causado por la morilla, la mente que al principio era un charco de agua estancada se le había transformado en un mar de aguas vivas. Y miró con piedad al hongo en el fondo de la calabaza.

—No llores, Gren —oyó que decía Yattmur—. Estamos salvados, estamos todos salvados, y tú pronto estarás bien.

Gren se rió, estremeciéndose.

—Sí, pronto estaré bien —dijo. Frunció en una sonrisa la cara estropeada por las llagas, y acarició los brazos de Yattmur—. Pronto estaremos bien.

La tensión cedió entonces. Gren dio media vuelta y se quedó dormido.

Cuando despertó, Yattmur estaba atareada con Laren; el pequeño gorjeaba de contento mientras ella lo bañaba en el arroyo de la montaña. También las mujeres tatuadas estaban allí, yendo y viniendo con los cubos de agua que vertían sobre el trapacarráceo, todavía echado sobre la piedra mientras el portador continuaba

petrificado en la actitud servil de costumbre. De los guatapanzas, nada se sabía.

Gren se incorporó con cautela. Tenía la cara tumefacta pero la mente despejada. ¿Qué era, entonces, el rumor trepidante que lo había despertado? Advirtió de reojo un movimiento, y al darse vuelta vio unas piedras y algunas que rodaban también en otro sitio de la ladera.

—Un terremoto —dijo Sodal Ye con voz cavernosa—. Ya he hablado con tu compañera Yattmur y le he explicado que no hay por qué alarmarse. El mundo se acaba, de acuerdo con mis predicciones.

Gren se puso de pie y dijo: —Tienes una voz potente, cara de pez. ¿Quién eres?

—Yo te libré del hongo devorador, pequeño hombre, porque soy el Sodal, el Profeta de las Montañas Nocturnas, y todas las criaturas de las montañas oirán lo que he de decir.

Gren estaba aún pensando en todo esto, cuando llegó Yattmur y dijo: —Has dormido tanto desde que te dejó la morilla. También nosotros hemos dormido, y ahora nos prepararemos para irnos.

—¿Irnos? ¿Hay algún sitio adónde ir?

—Te lo explicaré como se lo he explicado a Yattmur —dijo el sodal, parpadeando mientras las mujeres le echaban encima otra calabaza de agua—. He dedicado mi vida a recorrer estas montañas predicando la Palabra de la Tierra. Ahora ha llegado para mí el momento de regresar a la Bahía de la Bonanza, donde viven los míos, a recibir nuevas instrucciones. La Bahía se abre en el linde de las Tierras del Crepúsculo Perpetuo; si consigo llevaros hasta allí, podréis regresar fácilmente a vuestras selvas eternas. Yo seré vuestro guía y vosotros ayudaréis a quienes cuidan de mí en el camino.

Al ver que Gren titubeaba, Yattmur dijo: —Tú sabes que no podemos quedarnos en Ladera Grande. Nos trajeron aquí contra nuestros propios deseos. Ahora tenemos la oportunidad de irnos y hemos de aprovecharla.

—Si tú lo quieres, así será, aunque yo estoy cansado de viajar.

La tierra tembló de nuevo. Con un humor involuntario, Yattmur, dijo: —Tenemos que irnos de las montañas antes que se vayan las montañas. —Y agregó—. Y tenemos que persuadir a los guatapanzas, para que nos acompañen. Si se quedan, los monteorejas o el hambre acabarán pronto con ellos.

—Oh, no —dijo Gren—. Ya nos han causado bastantes molestias. Deja que se queden aquí, los infelices. Yo no los quiero con nosotros.

—Desde el momento que ellos no quieren ir contigo, el problema está resuelto —dijo el sodal con una rápida sacudida de la cola—. Y ahora, en marcha, pues a mí nadie me hace esperar.

No tenían casi pertenencias, tan primitiva y natural era la vida que llevaban en la montaña. Prepararse significaba simplemente alistar las armas, juntar unos víveres

para el viaje, y echar una última mirada a la caverna en que Laren había nacido.

Gren miró de soslayo una calabaza.

—¿Qué hacemos con la morilla? —dijo.

—Déjala que se pudra aquí —respondió Yattmur.

—La llevaremos con nosotros —dijo el sodal—. Mis mujeres la llevarán.

Las mujeres del sodal ya estaban activas, las líneas de los tatuajes confundidas con las arrugas, mientras forcejeaban para levantar al sodal de la piedra y transportarlo a los hombros del portador. Entre ellas se comunicaban sólo con gruñidos, aunque una era capaz de responder con monosílabos y gestos cuando el sodal le hablaba en una lengua que Gren desconocía. Observó fascinado aquella operación, hasta que el sodal quedó firmemente instalado sobre las espaldas del hombre.

—¿Por cuánto tiempo ha sido condenado a acarrear este pobre infeliz? —preguntó.

—El destino de su raza, un destino elevado por cierto, es servir a los trapacarráceos. Ha sido adiestrado para eso desde edad temprana. No conoce ni desea conocer ninguna otra vida.

Emprendieron la marcha ladera abajo, con las dos esclavas a la cabeza de la comitiva. Yattmur echó una mirada atrás y vio a los tres guatapanzas que los contemplaban melancólicamente desde la entrada de la caverna. Los saludó y los llamó con una mano. Vio que se levantaban lentamente y echaban a andar tropezando uno con otro al tratar de mantenerse juntos.

—¡Adelante! —los alentó—. ¡Venid, y nosotros os cuidaremos!

—Nos han traído ya suficientes problemas —dijo Gren. Se agachó, recogió un puñado de piedras y se las arrojó a los guatapanzas.

Uno de los guatapanzas recibió una pedrada en la ingle, otro en el hombro. Dando media vuelta, huyeron hacia la caverna, mientras gritaban a voz en cuello que nadie los quería.

—Eres demasiado cruel, Gren. No tendríamos que dejarlos a merced de los pieles ásperas.

—Te digo que me tienen hartos. Solos estaremos mejor.

Continuaron caminando, ladera abajo, mientras las voces de los guatapanzas se perdían a lo lejos. Gren y Yattmur nunca las oirían otra vez.

A medida que descendían por la falda escabrosa de la Ladera Grande, las sombras trepaban y les salían al encuentro. Durante un rato las vadearon, hundidos en la obscuridad hasta los tobillos; de pronto se alzaron, engulléndolos, cuando el sol se ocultó detrás de una montaña.

El lago de obscuridad que cruzaban, y por el que viajarían durante un tiempo, no era total. Aunque no había en el cielo bancos de nubes que reflejaran la luz del sol, los frecuentes relámpagos les iluminaban el camino.

A la altura en que los riachos de la Ladera Grande confluían en un torrente, el agua había excavado una hondonada, y allí el suelo era escabroso, y tuvieron que avanzar a lo largo de la orilla más alta, en fila por el borde de un risco empinado. La necesidad de andar con cautela retardaba la marcha. Descendían penosamente rodeando las peñas, muchas de ellas visiblemente desplazadas por los temblores de tierra recientes. Además del ruido de sus propios pasos, sólo los gritos quejumbrosos e intermitentes del portador acompañaban el rugido monótono del torrente. Pronto un ruido de aguas turbulentas les anunció la presencia invisible de una cascada. Escudriñaron la obscuridad, y atisbaron una luz. Por lo que pudieron ver, brillaba al borde del risco. La procesión se detuvo, en un grupo apretado y temeroso.

—¿Qué es eso? —preguntó Gren—. ¿Qué especie de criatura habita en este foso miserable?

Nadie le respondió.

Sodal Ye gruñó algo a la mujer que hablaba y ésta a su vez le gruñó a la muda. Al instante la muda empezó a desvanecerse en el lugar donde estaba, rígida, como atenta a algo.

Yattmur oprimió el brazo de Gren. Era la primera vez que él veía esta misteriosa desaparición. En las sombras que los envolvían parecía más portentosa que nunca. El cuerpo transparente de la mujer mostró el perfil de un barranco; los tatuajes quedaron un momento como flotando en la penumbra. Gren miró con atención. La mujer había desaparecido, era tan intangible como las resonancias de la catarata.

La escena estuvo como paralizada hasta que la mujer reapareció. Sin palabras, hizo algunos ademanes que la otra interpretó por medio de gruñidos para Sodal Ye. Luego el sodal fustigó con la cola las pantorrillas del portador para indicarle que reanudara la marcha, y dijo: —No hay peligro. Uno o dos de los pieles ásperas están allí, quizá vigilando un puente, pero se marcharán.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Gren.

—Será mejor que hagamos ruido —dijo Sodal Ye, ignorando la pregunta de Gren.

Inmediatamente soltó un ladrido profundo; Yattmur y Gren se estremecieron de terror y el niño se echó a llorar.

Mientras avanzaban, la luz parpadeó y pasó al otro lado de la cresta. Cuando llegaron a donde la habían visto antes, descubrieron que el risco descendía en un declive empinado. La luz de los relámpagos reveló a una media docena o más de las criaturas hocicudas; brincaban y escapaban a los saltos por la hondonada. Una de ellas llevaba un remedo de antorcha. De vez en cuando miraban atrás y ladraban invectivas.

—¿Cómo supiste que iban a escapar? —preguntó Gren.

—No hables tanto. Tenemos que ser cuidadosos.

Habían llegado a una especie de puente; una de las paredes de la garganta se había desplomado de plano, hasta apoyarse contra la pared opuesta. Por debajo de este arco corría el torrente tumultuoso, antes de precipitarse en la barranca. En aquel camino tan accidentado e incierto, la obscuridad parecía multiplicar los peligros, y el grupo avanzaba titubeando. No obstante, apenas pisaron el puente en ruinas, una multitud de seres minúsculos les saltaron a los pies entre chillidos crepitantes.

El aire se resquebrajó en negros copos voladores.

Gren, despavorido, golpeaba con ferocidad los pequeños cuerpos que se elevaban junto a él como cohetes, todo alrededor. Alzó los ojos y vio una hueste de criaturas que volaban en círculos.

—Murciélagos, simplemente —le explicó Sodal Ye con indiferencia—. Apresuraos. Vosotros, los humanos, no conocéis lo que es tener prisa.

Avivaron el paso. De nuevo centellearon los relámpagos, transformando el mundo en una pálida y fugaz naturaleza muerta. En las grietas del camino, en el suelo que pisaban, y por toda la pared del puente, hasta donde las aguas se volcaban turbulentas como barbas que hubieran crecido en el río, centelleaban unas telarañas enormes. Gren y Yattmur jamás habían visto nada semejante.

Yattmur dejó escapar un grito de asombro y terror, y el sodal dijo con desdén: —No sois capaces de ver más allá de las meras apariencias. ¿Cómo seríais capaces si sólo sois criaturas terrestres? La inteligencia siempre ha venido del mar. Nosotros los sodales somos los custodios de la sabiduría del mundo.

—No eres un dechado de modestia —dijo Gren, mientras ayudaba a Yattmur a pasar al otro lado.

—Los murciélagos y las arañas habitaban en el antiguo mundo frío, muchos eones atrás —dijo el sodal—, pero el crecimiento del reino vegetal los obligó a buscar nuevas formas de vida, o perecer. Por esa razón renunciaron gradualmente a la lucha feroz y buscaron la obscuridad, a la que en todo caso ya eran aficionados los murciélagos, y las dos especies se unieron así en una alianza.

El sodal siguió discurrendo con la serenidad de un predicador, pese a que el portador jadeaba, forcejeaba y gemía tratando de trepar por una cuesta y pisar tierra firme, ayudado por las mujeres tatuadas. La voz del sodal fluía tranquila, espesa y

aterciopelada como la noche misma.

—La araña necesita calor para empollar, o más calor que el de estas regiones. Por lo tanto deposita los huevos, los guarda en una bolsa, y los serviciales murciélagos los transportan a lo alto de la Ladera Grande, o a una de esas cimas donde calienta el sol. Cuando están maduros, le traen de vuelta la progenie. Pero no trabajan gratis.

Las arañas adultas tejen dos telas, una común, y la otra mitad dentro y mitad fuera del agua, de modo que la parte inferior funciona como una red. En esa red atrapan peces y criaturas pequeñas y luego las izan por el aire para que los murciélagos coman. Muchas otras cosas raras hay aquí de las que vosotros, habitantes de las tierras, no tenéis conocimiento.

Ahora viajaban a lo largo de una escarpa que descendía en pendiente hasta una llanura. Al alejarse de la mole de una montaña, fueron teniendo una visión más clara de los alrededores. Desde la densa trama de sombras se levantaba de tanto en tanto el cono carmesí de una colina bañada por el sol. Las nubes que se amontonaban en el cielo echaban luz sobre un paisaje que cambiaba minuto a minuto, y los hitos del camino aparecían y se ocultaban como detrás de una cortina movida por el viento. Poco a poco las nubes envolvieron al sol, y la obscuridad aumentó y avanzaron pisando con más cuidado.

A la izquierda asomó una luz vacilante. Si era la misma que habían visto cerca del barranco, los pieles ásperas venían siguiéndolos. Al ver la luz, Gren recordó la pregunta que antes hiciera al sodal.

—¿Cómo es que desaparece esa mujer tuya, sodal? —preguntó.

—Hay todavía mucho camino antes de llegar a la Bahía de la Bonanza —declaró el sodal—. Por lo tanto, quizá me entretenga contestando con franqueza a tu pregunta, ya que pareces un poco más interesante que casi todos los de tu especie.

La historia de las tierras por las que ahora viajamos nunca podrá ser reconstruida, pues los seres que vivían aquí se han desvanecido sin dejar otro testimonio que unos huesos inútiles. Sin embargo, hay leyendas. Los de mi raza, los trapacarráceos, somos grandes viajeros; hemos viajado mucho y a lo largo de numerosas generaciones; y hemos recogido esas leyendas.

Así supimos que Las Tierras del Crepúsculo Perpetuo, aunque desiertas en apariencia, han albergado a numerosas criaturas. Y esas criaturas siempre siguen el mismo camino.

Siempre vienen de las regiones verdes y luminosas en las que brilla el sol. Siempre se encaminan hacia la extinción o hacia las comarcas de la Noche Eterna, y a menudo van a parar a lo mismo.

Algunas de estas criaturas suelen quedarse aquí durante varias generaciones. Pero siempre los recién llegados las desplazan, alejándolas del sol.

En una época floreció aquí una raza que nosotros conocemos como Pueblo de la

Manada porque cazaban en manadas, como los pieles ásperas en situaciones críticas, pero con mucha más organización. Como los pieles ásperas, los de la manada eran vivíparos, y de dientes afilados, pero andaban siempre a cuatro patas.

Los de la manada eran mamíferos, pero no humanos. Esas distinciones son obscuras para mí, pues la Diferenciación no es mi especialidad, pero tu gente conoció en un tiempo al Pueblo de la Manada, los llamaban lobos, creo.

Después de la manada vino una raza intrépida de una especie de humanos; trajeron criaturas cuadrúpedas que les proporcionaban alimentos Y ropas, y con las que se apareaban.

—¿Es eso posible? —preguntó Gren.

—Me limito a repetir las antiguas leyendas. Las posibilidades no me incumben. En todo caso se llamaban el Pueblo Pastor. Los pastores expulsaron de aquí a los de la manada y fueron a su vez desplazados por los aulladores, la especie que según la leyenda nació del apareamiento de los pastores con los cuadrúpedos. Algunos aulladores sobreviven aún, pero la mayoría fue exterminada en la siguiente invasión, cuando aparecieron los cargadores. Los cargadores eran nómades, yo me he topado con algunos, y unas bestias salvajes. Luego llegó otra rama humana, los arablersos, una raza con cierta limitada habilidad para el cultivo de la tierra, pero ninguna otra.

Los arablersos fueron pronto desplazados por los pieles ásperas o bambunes, para darles el nombre que les corresponde.

Los pieles ásperas han habitado en esta región durante siglos, a veces más poderosos, a veces menos. En realidad, de acuerdo con los mitos, tomaron el arte de la cocina de los arablersos, el transporte en trineos de los cargadores, el don del fuego de la manada, el don de la palabra de los pastores, y así sucesivamente. Qué hay de verdad en todo esto, no lo sé. Lo cierto es que los pieles ásperas se han adueñado de estas tierras.

Son arbitrarios y poco dignos de confianza. Algunas veces me obedecen, otras no. Por fortuna, los poderes de mi especie los atemorizan.

No me extrañaría que vosotros, humanos arborícolas... gente lonja me pareció oír que os llamaban los guatapanzas, anticipaseis la próxima ola de invasores. Si así fuera...

Una buena parte de este monólogo cayó en saco roto, pues tanto Gren como Yattmur tenían que poner atención para avanzar por el valle de piedra.

—¿Y esta gente que tienes como esclavos, quiénes son? —preguntó Gren, señalando al portador y a las mujeres.

—Como tú mismo tendrías que haberlo entendido, son especímenes de arablersos. Nuestra protección los ha salvado de una muerte segura.

Los arablersos, como ves, han involucionado. Quizá en otro momento pueda explicarte lo que quiero decir. Han involucionado hasta el máximo. Se transformarán

en vegetales si la esterilidad no acaba antes con ellos. Perdieron el don de la palabra hace ya mucho tiempo. Perdieron, digo, aunque en realidad han ganado, pues han conseguido sobrevivir, renunciando a aquello que los separaba del mero nivel vegetativo.

Los cambios de esta naturaleza no son raros en las condiciones actuales del mundo, pero en ellos la involución trajo consigo una transformación más inusitada. Los arablersos perdieron la noción del tiempo; al fin y al cabo, ya no hay nada que nos recuerde el transcurso diario o celeste del tiempo; y los arablersos, al involucionar, lo olvidaron del todo. Para ellos el tiempo no era más que la vida de un individuo. Era, es, el único lapso que son capaces de reconocer: la duración de una existencia.

Así, pues, han desarrollado una vida coextensiva, y mientras tanto viven en el momento en que necesitan vivir.

Yattmur y Gren se miraron a través de la obscuridad, sin comprender.

—¿Quieres decir que estas mujeres pueden ir hacia adelante o hacia atrás en el tiempo? —preguntó Yattmur.

—No fue eso lo que yo dije; ni así lo dirían los arablersos. La mente de los arablersos no es como la mía y ni siquiera como la tuya, pero cuando por ejemplo llegamos al puente custodiado por los pieles ásperas de la antorcha, hice que una de las mujeres se adelantara en su propia duración para ver si cruzaríamos sin incidentes.

Volvió e informó que así sería. Seguimos avanzando y comprobamos que estaba en lo cierto, como de costumbre.

Por supuesto, sólo operan cuando hay algún peligro; este proceso es, más que nada, un medio de defensa. Por ejemplo, la primera vez que Yattmur nos trajo de comer, ordené a la mujer que se desplazara en la duración inmediata y averiguara si nos había envenenado. Cuando volvió e informó que aún estábamos con vida, supe que podíamos comer.

Asimismo, cuando os vi por primera vez en compañía de los pieles ásperas y... ¿cómo los llamáis?, los guatapanzas, la mandé a ver si nos atacaríais. Esto demuestra que hasta una raza miserable como los arablersos tiene alguna utilidad.

Avanzaban lentamente por las laderas del pie de la montaña, a través de una penumbra de color verde oscuro, alimentada por la luz del sol que se reflejaba en las nubes. A veces veían unas luces que avanzaban por la izquierda; los pieles ásperas todavía venían siguiéndolos, y ahora llevaban varias antorchas.

Mientras el sodal hablaba, Gren observaba con una curiosidad nueva a las dos arableras que encabezaban el grupo.

Iban desnudas, y advirtió el escaso desarrollo de los caracteres sexuales. El pelo, escaso en la cabeza, era inexistente en el pubis. Tenían las caderas estrechas, y los pechos chatos y caídos, aun cuando (si era posible atribuirles alguna edad) no parecían viejas.

Caminaban sin entusiasmo ni vacilaciones, y nunca se volvían para mirar atrás. Una de ellas llevaba sobre la cabeza la calabaza de la morilla.

Con un estremecimiento de horror y estupefacción, Gren trató de imaginar la extraña visión del mundo que tendrían esas dos mujeres. ¿Qué significaría para ellas la vida, qué cosas pensarían, cuando la duración de la existencia no era una serie consecutiva sino concurrente?

—Pero ¿son felices estos arablos? —le preguntó al sodal.

El trapacarráceo soltó una carcajada ronca.

—Nunca se me había ocurrido preguntármelo.

—Pregúntales ahora.

Con una impaciente sacudida de la cola, el sodal dijo: —Todos vosotros, los humanos y las especies similares, tenéis la maldición de la curiosidad. Es una característica horrible que no os llevará a ninguna parte. ¿Por qué he de hablarles, sólo para satisfacer tu curiosidad?

Además, la capacidad de desplazarse en el tiempo va acompañada por una nulidad absoluta de la inteligencia; para no distinguir el pasado del presente y el futuro se necesita una enorme concentración de ignorancia. Los arablos desconocen el lenguaje; si les metes en la cabeza la idea del verbo, les cortas las alas. Si hablan, son incapaces de desplazarse. Si se desplazan, no pueden hablar.

Por esa razón siempre he necesitado llevar conmigo dos mujeres; mujeres de preferencia, pues son todavía más ignorantes que los hombres. A una de ellas le han enseñado unas cuantas palabras para que yo le diga que haga esto y aquello; ella se lo transmite por gestos a la amiga, la que puede desplazarse cuando hay algún peligro. Todo esto ha sido urdido de una manera un tanto burda, pero me ha ahorrado muchos sinsabores durante mis viajes.

—¿Y qué pasa con el pobre infeliz que te acarrea? —preguntó Yattmur.

El sodal soltó un vibrante gruñido de desdén.

—¡Una bestia holgazana, nada más que una bestia holgazana! Lo he montado desde que era casi niño, y ya está casi agotado. ¡Arre, monstruo haragán! Date prisa, o no llegaremos nunca.

Muchas cosas más les contó el sodal. A algunas, Gren y Yattmur reaccionaban con una furia contenida. A otras no prestaban oídos. El sodal peroraba incesantemente, pero con una voz que era sólo un eco más en la obscuridad, en medio del estrépito de los relámpagos y los truenos.

Caía una lluvia tan torrencial que la llanura se había convertido en un pantano, pero ellos no se detenían. Las nubes flotaban en una luz verdosa; pese a lo difícil que era avanzar por aquel suelo fangoso, notaron que hacía un poco más de calor. Sin embargo, la lluvia no cesaba. Como en aquel campo abierto no había ningún refugio, continuaban adelante, terca y penosamente. Era como si caminaran por una olla de

sopa arremolinada.

Cuando la tormenta amainó, ya habían empezado a subir otra vez. Yattmur insistió en detenerse a causa del pequeño. El sodal, que había disfrutado con la lluvia, accedió de mala gana. Al pie de una roca, consiguieron encender a duras penas un miserable y humeante fuego de pastos. El niño mamó. Ellos comieron frugalmente.

—Estamos llegando a la Bahía de la Bonanza —declaró Sodal Ye—. Desde esta próxima cadena de montañas la veréis, las placenteras aguas oscuras y saladas, y el largo rayo de sol que las atraviesa. Ah, qué maravilloso estar otra vez en el mar. Es una suerte para vosotros, los habitantes de la tierra, que seamos una raza tan abnegada; de lo contrario jamás cambiaríamos las aguas por este mundo de tinieblas. Y bien, la profecía es la carga que nos ha tocado y hemos de llevarla con buen ánimo...

Empezó a gritar a las mujeres ordenándoles que recogieran de prisa más hierba y raíces para alimentar el fuego. Lo habían instalado en lo alto de la roca. El infeliz portador estaba abajo en el hueco, de pie con los brazos por encima de la cabeza casi tocando las llamas, dejando que el humo lo envolviera mientras él trataba de calentarse.

Notando que Sodal Ye estaba distraído, Gren corrió hasta el portador y lo tomó por el hombro.

—¿Puedes entenderme? —le preguntó—. ¿Hablas en mi lengua, amigo?

El hombre no levantó la cabeza en ningún momento. Le colgaba sobre el pecho como si tuviera el cuello roto, y la volteaba lentamente mientras mascullaba algo ininteligible. Cuando un nuevo relámpago tembló sobre el mundo, Gren vio unas cicatrices en la columna vertebral del hombre, cerca del cuello, y comprendió de pronto que lo habían mutilado para que no pudiera alzar la cabeza.

Apoyando en el suelo una rodilla, Gren escrutó desde abajo el semblante hundido entre los hombros. Tuvo una visión de una boca contraída y un ojo reluciente como una brasa.

—¿Hasta dónde puedo confiar en este trapacarráceo, amigo? —preguntó.

La boca se crispó, como en una agonía larga y agotadora. Barbotó unas palabras espesas: —No bueno... Yo no bueno... romper, caer, morir como basura... ver, yo acabar... una vez más trepar... Ye de todos los pecados... Ye tú en cambio acarrear... tú en cambio espalda fuerte... tú acarrear Ye... él saber... yo acabar como basura...

Algo salpicó la mano de Gren en el momento en que daba un paso atrás; no pudo saber si eran lágrimas o saliva.

—Gracias, amigo, eso ya lo veremos —replicó. Se acercó a Yattmur que estaba limpiando a Laren y le dijo: —Sentía en los huesos que este pez charlatán no era de confiar. Tiene el plan de utilizarme como bestia de carga cuando el portador muera... o eso dice el hombre, y a esta altura ha de conocer los métodos trapacarráceos.

Antes que Yattmur pudiera responder, el sodal dejó escapar un rugido.

—¡Algo se acerca! —dijo—. Mujeres, montadme en seguida. Yattmur, apaga ese fuego. Gren, súbete aquí y mira qué puedes ver.

Encaramándose en el promontorio de roca, Gren escudriñó los alrededores mientras las mujeres empujaban a Sodal Ye y lo instalaban sobre la espalda del portador. Por encima de los jadeos de los arablers, Gren alcanzaba a oír los otros ruidos que habían alarmado al sodal: unos aullidos y ladridos distantes y persistentes que subían y bajaban de tono en un ritmo furioso. La sangre se le fue de la cara.

No muy lejos, vio con inquietud un grupo de unas diez luces dispersas en la llanura, pero no era de allí de donde venían los aullidos espeluznantes. De pronto atisbó unas figuras en movimiento; intentó distinguirlas mejor; el corazón le golpeaba en el pecho.

—Puedo verlos —informó—. Brillan... brillan en la oscuridad.

—Entonces son aulladores, sin duda; la especie humana animal de que he hablado antes. ¿Vienen para este lado?

—Así parece. ¿Qué haremos?

—Baja con Yattmur y callad. Los aulladores son como las pieles ásperas; pueden ser terribles si se los perturba. Haré que mi mujer se desplace y vea qué está por ocurrir.

—La pantomima de los gruñidos y los gestos fue representada, antes y después de que la mujer desapareciera y reapareciera. Mientras tanto los aullidos espeluznantes continuaban aumentando.

—La mujer se desplazó y nos vio subiendo cuesta arriba, de modo que no corremos peligro. Esperemos en silencio hasta que los aulladores se hayan alejado; entonces reanudaremos la marcha. Yattmur, haz callar a ese hijo tuyo.

Un tanto tranquilizados por las palabras del sodal esperaron junto a la roca.

Poco después los aulladores pasaron veloces, a no más de una pedrada de distancia, en fila. Los aullidos, destinados a atemorizar, subieron de tono y se extinguieron poco a poco mientras se alejaban. Era imposible saber si corrían, saltaban o brincaban. Pasaron en una carrera rauda y tumultuosa, como imágenes en el sueño de un maníaco.

Aunque resplandecían con una débil luz blancuzca, las formas eran poco definidas. ¿Burdos remedos de figuras humanas? En todo caso, pudieron ver con claridad que eran altos, y delgados como espectros, antes que se alejaran haciendo cabriolas por la llanura, dejando atrás como una estela aquellos aullidos pavorosos.

Gren descubrió que se había abrazado con fuerza a Yattmur y Laren, y que estaba temblando.

—¿Qué criaturas eran ésas? —preguntó Yattmur.

—Ya te dije, mujer, eran los aulladores —dijo el sodal—, la raza de la que he estado hablando, la que fue expulsada a las regiones de la Noche Eterna. Ese grupo volvía probablemente de una expedición de caza. También nosotros hemos de ponernos en camino. Cuanto más pronto lleguemos a esa montaña próxima, más contento estaré.

Reanudaron, pues, la marcha; Gren y Yattmur sin la paz mental de que antes habían disfrutado.

Gren se había habituado a echar miradas atrás, y fue el primero en advertir que las luces de las antorchas se estaban acercando. De tanto en tanto, un ladrido llegaba hasta él en el silencio como una rama que flotara a la deriva en el agua.

—Esos pieles ásperas nos están cercando —le dijo al sodal—. Han venido siguiéndonos durante casi todo el trayecto, y si no andamos con cuidado nos capturarán en esta colina.

—No es costumbre de ellos perseguir a nadie tan porfiados. Por lo general se olvidan en seguida de lo que se han propuesto. Algo ha de atraerlos allá, más adelante... un festín, posiblemente. De todos modos, son temerarios en la obscuridad; no correremos el riesgo de que nos ataquen. Daos prisa. ¡Arre, arablero holgazán, arre!

Pero las antorchas iban adelantándose. A medida que escalaban la interminable ladera, la luz filtrada aumentó paulatinamente, y por fin distinguieron un confuso montón de figuras alrededor de las antorchas. Todavía se encontraban a cierta distancia, pero era toda una muchedumbre la que venía detrás.

Las preocupaciones de los viajeros se multiplicaban. Yattmur notó la presencia de otras criaturas en el flanco derecho; se adelantaban cruzando oblicuamente el llano. Los ecos de los aullidos y ladridos se apagaban en la inmensidad. Ya no cabía duda de que una numerosa hueste de pieles ásperas venía persiguiéndolos.

Ahora, casi corriendo de ansiedad, el pequeño grupo trataba de llegar a la cresta de la colina.

—Estaremos a salvo cuando lleguemos a la cima. ¡Arre! —gritó el sodal—. Ya no falta mucho para que veamos la Bahía de la Bonanza. ¡Arre, arre, holgazán, mala bestia!

Sin una palabra ni un gesto de advertencia, el portador se desplomó, y el jinete, despedido hacia adelante, fue a caer en una barranca. Por un momento el sodal estuvo tendido de espaldas, algo atontado; luego, con una sacudida de la poderosa cola, se irguió otra vez, y estalló en una andanada de imaginativas maldiciones contra el rocín.

Las mujeres tatuadas se detuvieron y la que llevaba la calabaza con la morilla la depositó en el suelo con cuidado, pero ninguna de las dos acudió a ayudar al hombre caído. Gren corrió en cambio hasta el manajo de huesos y lo dio vuelta con la mayor

delicadeza posible. El portador no emitió ningún sonido. El ojo que parecía un ascua encendida se le había cerrado.

Interrumpiendo la retahíla de maldiciones, Gren dijo al sodal: —¿De qué te quejas? ¿Acaso este pobre desdichado no te acarreó hasta que ya no pudo más y dio el último suspiro? ¡Lo has vapuleado a tu antojo, así que considérate satisfecho! Ahora está muerto, y libre de ti, y ya nunca más volverá a acarrearte.

—Entonces tendrás que acarrear me tú —respondió el sodal sin vacilar—. Si no salimos de aquí rápidamente, moriremos despedazados por esas manadas de pieles ásperas. Escúchalos... ¡se están acercando! De modo que date prisa, hombre, si sabes lo que te conviene, y haz que estas mujeres me carguen sobre tu espalda.

—¡Oh, no! Tú te quedas aquí, en la barranca, sodal. Sin ti avanzaremos con más rapidez. Esta ha sido tu última cabalgata.

—¡No! —La voz del sodal resonó como una bocina de niebla. —Tú no conoces esa cresta montañosa. Del otro lado hay un camino secreto que desciende a la Bahía de la Bonanza, un camino que yo podré encontrar; estas mujeres no. Sin mí, quedaréis atrapados en la cima, te lo aseguro. Y los pieles ásperas os capturarán.

—Oh, Gren, tengo tanto miedo por Laren. Llevemos al sodal, en vez de estar aquí discutiendo, por favor.

Gren la miró a la melancólica luz del amanecer. Yattmur era un borrón, un contorno de tiza sobre la cara de una roca; no obstante, cerró el puño con fuerza como ante un adversario real.

—¿Quieres que sea una bestia de carga?

—¡Sí, sí, cualquier cosa es preferible a que nos despedacen! Sólo falta pasar una montaña ¿no? Tanto tiempo cargaste con la morilla sin quejarte.

Con amargura, Gren hizo una seña muda a las mujeres tatuadas.

—Así está mejor —dijo el sodal, meneándose entre los brazos de Gren—. A ver si puedes bajar un poco la cabeza, para no molestarme la garganta. Ah, todavía mejor. Excelente, sí, ya aprenderás. Adelante, ¡arre!

Con la cabeza gacha y la espalda encorvada, Gren subía trabajosamente la ladera, llevando a cuestras al trapacarráceo; junto a él, Yattmur cargaba al pequeño, y las dos mujeres encabezaban la procesión. Un desolado coro de alaridos llegaba flotando hasta ellos. Vadearon una corriente helada que les llegaba a las rodillas, se ayudaron a trepar por una pendiente escabrosa, y pisaron al fin un terreno más firme.

Yattmur pudo ver que en la elevación siguiente brillaba el sol. Cuando miró en torno, descubrió un mundo nuevo, un mundo más alegre de laderas y cimas. Las pandillas de pieles ásperas habían desaparecido detrás de los peñascos.

Ahora había franjas de luz en el cielo. Algunos traveseros se desplazaban por las alturas, hacia la parte anochecida del planeta, o trepaban por el espacio inmenso. Eran como una señal de esperanza.

Todavía tenían que marchar un rato. Pero al fin sintieron la caricia del sol caliente sobre la espalda, y al cabo de una caminata larga pero animosa, se detuvieron jadeando en la cresta. La otra cara de la montaña era un acantilado casi vertical por el que nada ni nadie podría descender.

Al abrigo de un centenar de entrecruzadas cortinas de sombra, se tendía un brazo de mar, ancho y sereno, Un rayo de sol que se desplegaba en abanico envolvía en un halo luminoso la bahía de riscos en que reposaba el océano. En las aguas se agitaba una multitud de criaturas, que dejaban estelas fugaces. En una franja de la costa, había otras figuras en actividad, yendo y viniendo entre unas chozas blancas, diminutas como perlas a lo lejos.

El único que no miraba hacia la bahía era Sodal Ye. Contemplaba absorto el sol y la exigua porción de mundo luminoso que se veía desde aquel mirador privilegiado, las tierras en que el día brillaba eternamente. Allí el resplandor era casi intolerable. El sodal no necesitaba instrumentos para saber que el calor y la luz habían aumentado desde que abandonaran la Ladera Grande.

—Tal como lo he augurado —declaró—, todo ahora se funde para transformarse en luz. Se acerca el advenimiento del Gran Día, en el que todas las criaturas se transformarán en partes del universo verde. Tendré que hablaros de eso en alguna ocasión.

El relámpago que casi se había agotado sobre las Tierras del Crepúsculo Perpetuo revoloteaba aún en el lado luminoso. Un rayo extraordinariamente vívido cayó en la selva poderosa... y permaneció visible. Onduló como una serpiente, apresado entre la tierra y los cielos, y se fue aquietando y engrosando hasta que algo semejante a un dedo índice se extendió en el dosel del espacio y el extremo del rayo se perdió en la atmósfera brumosa.

—¡Aaaah, ahora he visto la señal de las señales! —dijo el sodal—. Ahora veo y ahora sé que el fin de la Tierra se aproxima.

—¿Qué es eso, en nombre del terror? —dijo Gren, mirando de soslayo la columna verde, desde abajo de la carga.

—Las esporas, el polvo, las esperanzas, el crecimiento, la esencia verde de los siglos terrestres, nada menos. Sube, asciende en busca de nuevos ámbitos. ¡Bajo todo ese verdor el suelo ha de estar recocado como ladrillo! Durante media eternidad calientas un mundo, lo colmas de fecundidad, y luego le aplicas una corriente suplementaria: y de la energía refleja emerge el extracto de la vida, apoyado y sostenido en el espacio por corrientes galácticas.

Gren se acordó de pronto de la isla del risco alto. Aunque no sabía lo que quería decir el sodal al hablar de extractos de vida sostenidos por corrientes galácticas, recordó aquella extraña experiencia en la caverna de los ojos. Hubiera querido preguntarle a la morilla qué era eso.

—¡Vienen los pieles ásperas! —gritó Yattmur—. ¡Escuchad! Los oigo gritar.

Miró atrás, y en la obscuridad del camino por el que habían llegado vio unas figuras pequeñas, algunas todavía con antorchas humeantes, que trepaban lentas pero seguras, casi todas a cuatro patas.

—¿A dónde vamos? —preguntó Yattmur—. Si no paras de hablar, pronto nos alcanzarán, Sodal.

Ensimismado, Sodal Ye tardó en contestar. Al fin dijo: —Tenemos que llegar un poco más arriba. Sólo un corto trecho. Detrás de ese espolón hay un camino secreto que desciende a las rocas. Allí encontraremos un pasaje que nos llevará directamente a la Bahía de la Bonanza, atravesando el acantilado. No te preocupes; esos pobres infelices tienen todavía mucho que trepar.

Sin esperar a que Sodal Ye terminase de hablar, Gren reanudó la marcha hacia el espolón.

Echándose a Laren sobre el hombro, Yattmur corrió hacia adelante. De pronto se detuvo.

—Sodal —dijo—. ¡Mira! Uno de los traveseros se ha estrellado detrás del espolón. ¡Tu camino de escape ha de estar totalmente bloqueado!

El espolón se alzaba en el borde del risco, como una descabellada chimenea construida en la cúpula de un tejado. Detrás de él, maciza y firme, yacía la mole de un travesero. No lo habían visto hasta entonces sólo porque tenían delante el flanco ensombrecido, que se elevaba como una extensión del risco.

Sodal Ye gritó: —¿Cómo vamos a pasar por debajo de ese vegetal inmenso? —y azotó con la cola las piernas de Gren, furioso de frustración.

Gren se tambaleó y cayó contra la mujer que llevaba la calabaza. Los dos rodaron por el suelo mientras el sodal aleteaba junto a ellos, vociferando.

La mujer lanzó un grito de algo que era una mezcla de dolor y rabia, y se cubrió la cara mientras empezaba a sangrarle la nariz. El sodal le graznaba órdenes pero ella no le obedecía. Mientras Yattmur ayudaba a Gren a levantarse, el sodal dijo: — ¡Malditos sean tus descendientes comedores de estiércol! Le estoy ordenando que le diga a la otra que se desplace y vea cómo podemos salir de este atolladero. Patéala y oblígala a prestar atención... y luego vuelve a cargarme sobre tus espaldas, y a ver si en adelante eres más cuidadoso.

Otra vez empezó a gritarle a la mujer.

De improviso, la mujer se levantó. Tenía la cara contraída como un fruto exprimido. Tomó la calabaza, la balanceó en el aire y la estrelló contra el cráneo del sodal. El golpe lo dejó inconsciente. La calabaza se partió y la morilla resbaló como una melaza, cubriendo, con una especie de aletargada complacencia, la cabeza del sodal.

Las miradas de Gren y de Yattmur se encontraron, inquietas, interrogantes. La

boca de la mujer que desaparecía se abrió en una carcajada silenciosa.

La compañera se sentó a llorar; la duración de ese único momento de rebeldía había empezado y había terminado.

—¿Y qué hacemos ahora? —preguntó Gren.

—Veamos si podemos encontrar el pasadizo; eso es lo primero —dijo Yattmur.

Gren le acarició el brazo para reconfortarla.

—Si el travesero está vivo, quizá podamos encender un fuego debajo de él y hacer que se vaya —dijo.

Dejaron a las mujeres junto al sodal, esperando no se sabía qué, y echaron a andar hacia el travesero.

A medida que la cantidad de radiación solar aumentaba, acercándose al día, ya no tan lejano, en que el sol se convertiría en nova, también el crecimiento de la vegetación había ido aumentando hasta alcanzar una supremacía indiscutible, avasallando a todas las otras formas de vida, obligándolas a extinguirse o a buscar refugio en la zona del crepúsculo. Los traveseros, grandes monstruos aracnoides de origen vegetal, que a veces tenían hasta una milla de longitud, eran la culminación del poder en el reino de las plantas.

La fuerte radiación había llegado a ser una necesidad para ellos. Primeros astronautas vegetales del mundo de invernáculo, viajaban entre la Tierra y la luna mucho después de que los hombres abandonaran sus ruidosas ocupaciones y se retiraran a los árboles de los que habían venido.

Gren y Yattmur avanzaban por debajo de la mole fibrosa, negra y verde de la criatura; Yattmur estrechaba a Laren que miraba todo con ojos atentos. Presintiendo un peligro, Gren se detuvo.

Alzó los ojos. Una cara morena lo miraba desde aquel flanco monstruoso. Luego de un momento de terror, distinguió más de una cara. Escondida en la pelambre que cubría al travesero, había una hilera de seres humanos.

Instintivamente sacó el cuchillo.

Al advertir que los vigilaban, los observadores abandonaron el escondite y se amontonaron contra el travesero. Habían aparecido diez de ellos.

—¡Regresa! —dijo Gren, volviéndose a Yattmur.

—Pero los pieles ásperas...

Los atacantes los tomaron por sorpresa. Desplegando mantos —o alas, saltaron desde muy arriba de la cabeza de Gren y se dispusieron a rodearlos. Todos blandían palos o espadas.

—¡Atrás o mi espada os traspasará! —gritó Gren con furia salvaje, plantándose de un salto delante de Yattmur y el pequeño.

—¡Gren! ¡Tú eres Gren del grupo de Lily-yo!

Las figuras se habían detenido. Una de ellas, la que había hablado, se adelantó con los brazos abiertos, dejando caer la espada.

¡Gren conocía aquel rostro moreno!

—¡Sombras vivientes! ¡Lily-yo! ¡Lily-yo! ¿Eres tú?

—¡Soy yo, Gren, y ninguna otra!

Y ahora otros dos se acercaban a Gren con gritos de júbilo. Los reconoció, rostros olvidados pero siempre familiares, los rostros de dos miembros adultos del grupo tribal. Haris, el hombre, y Flor, le estrechaban la mano. Estaban muy cambiados, pero Gren, en la sorpresa del reencuentro, ni siquiera lo notó. Les miraba los ojos más que

las alas.

Viendo que Gren les miraba las caras con curiosidad, Haris dijo: —Ahora eres un hombre, Gren. También nosotros hemos cambiado. Estos que nos acompañan son gente amiga. Hemos regresado del Mundo Verdadero, volando por el espacio en el vientre del travesero. Ha enfermado en el camino y se ha estrellado en esta miserable tierra de sombras. No sabemos cómo volver a las selvas cálidas, y hace mucho tiempo que estamos aquí, soportando los ataques de toda clase de criaturas inimaginables.

—Y aún tendréis que soportar a la peor —dijo Gren. No le gustaba ver a gente a quien admiraba, como Haris y Lily-yo, entendiéndose con los hombres volantes—. Nuestros enemigos se preparan a atacarnos. Ya llegará el momento de contar historias (y sospecho que la mía es más extraña que la vuestra), pues una gran manada, dos grandes manadas de pieles ásperas nos vienen siguiendo.

—¿Pielas ásperas los llamas? —dijo Lily-yo—. Pudimos observarlos desde lo alto del travesero. ¿Qué te hace suponer que somos nosotros la presa que buscan? En estas desdichadas tierras de hambre, es más probable que sea el travesero lo que les interesa como alimento.

Esta idea sorprendió a Gren; no obstante, reconoció que era probable. Sólo esa enorme cantidad de alimento podía haber impulsado a los pieles ásperas a una persecución tan larga y perseverante. Se volvió para ver qué pensaba Yattmur. No estaba allí.

Sacó inmediatamente el cuchillo que acababa de envainar y saltó en derredor, buscándola y llamándola. Los miembros de la banda de Lily-yo que no lo conocían manoteaban nerviosos las espadas, pero Gren no les prestó atención.

Yattmur estaba allí cerca, estrechando al niño y mirando a Gren con expresión de enfado. Había vuelto a donde estaba tendido el sodal; las mujeres arableras seguían junto a él, impávidas, mirando hacia adelante. Mascullando con furia, Gren apartó a Haris y fue hacia Yattmur.

—¿Qué estás haciendo? —gritó—. Trae aquí a Laren.

—Ven a buscarlo —replicó ella—. Yo no quiero tener ninguna relación con esos salvajes extraños. Tú me perteneces... ¿por qué me dejas por ellos? ¿Por qué hablas con ellos? ¿Quiénes son?

—¡Oh sombras, protegedme de las mujeres estúpidas! No comprendes.

Calló de golpe.

Era demasiado tarde para escapar del acantilado.

Avanzando en un silencio impresionante, quizá porque les faltaba el aliento, las primeras filas de pieles ásperas aparecieron por detrás de la cresta.

Cuando enfrentaron a los humanos se detuvieron, pero los que venían atrás los empujaron y los obligaron a seguir. Con los mantos rígidos colgando de los hombros

y mostrando los dientes, no tenían un aspecto amistoso. Uno o dos llevaban todavía en las cabezas las ridículas calabazas.

Yattmur dijo, con los labios helados: —Algunos de estos prometieron ayudar a los guatapanzas a volver a la tierra natal.

—¿Cómo lo sabes? Son todos tan parecidos.

—Ese viejo de bigotes amarillos, al que le falta un dedo... a ese al menos lo reconozco.

Lily-yo, acercándose con los del grupo, preguntó: —¿Qué vamos a hacer? ¿Crees que estas bestias nos molestarán si los dejamos con el travesero?

Gren no respondió. Avanzó hasta plantarse frente a la criatura de los bigotes amarillos que Yattmur había señalado.

—No tenemos malas intenciones, bambunos pieles ásperas. Bien sabéis que nunca os hostilizamos cuando vivíamos en Ladera Grande. ¿Están con vosotros los tres hombres guatapanzas que eran compañeros nuestros?

Sin responder, Bigotes Amarillos se dio vuelta y arrastrando los pies fue a consultar a los otros. Los pieles ásperas más próximos se enderezaron sobre las patas traseras y conversaron entre ellos. Por fin Bigotes Amarillos se volvió hacia Gren mostrándole los colmillos mientras hablaba. Escondía algo entre los brazos.

—Chi chi cha sí, flaco, los panzas saltonas están cof cof con nosotros. ¡Mira! ¡Agarra!

Con un movimiento rápido le tiró algo a Gren. Gren estaba tan cerca que lo tomó en el aire.

Era la cabeza mutilada de un guatapanza.

Gren reaccionó sin pensarlo dos veces. Dejó caer la cabeza, y con una furia roja, lanzó el cuchillo. La hoja se hundió en el vientre del piel áspera antes que pudiera escabullirse. Mientras aullaba tambaleándose, Gren le alcanzó la pata gris con las dos manos, dio una rápida media vuelta, y arrojó a Bigotes Amarillos por el borde del acantilado.

Se hizo un silencio total, un silencio de sorpresa, cuando se apagaron los gritos de Bigotes Amarillos.

Un momento más, y sabremos qué suerte nos toca, pensó Gren. La sangre le quemaba demasiado para que eso le importara. Sentía detrás de él la presencia de Yattmur, Lily-yo y los demás humanos, pero no los miró.

Yattmur se inclinó hacia el objeto destrozado y sanguinolento que yacía a los pies del grupo. La cabeza mutilada era un mero objeto, un objeto de horror. Observando la gelatina acuosa de los ojos, Yattmur leyó en ella el destino de los tres guatapanzas.

Gritó sin que nadie la oyera: —¡Y siempre fueron tan cariñosos con Laren!

De pronto un ruido estalló detrás.

Un rugido terrible, un bramido de una cadencia y un poder extraños, y tan

repentino que la sangre se le cambió en nieve. Los pieles ásperas gritaban despavoridos; en seguida, volviéndose, entre riñas y empujones corrieron a refugiarse otra vez en las sombras bajo la cresta de la montaña.

Ensoberdecido, Gren miró alrededor. Lily-yo y sus acompañantes se encaminaban hacia el travesero moribundo. Yattmur trataba de apaciguar al niño. Las mujeres arableras, con las manos sobre las cabezas, yacían de bruces en el suelo.

De nuevo llegó el ruido, henchido de una angustiada desesperación. Sodal Ye se había recuperado y gritaba, colérico. De repente, abriendo la boca carnosa con el enorme labio inferior, habló, con palabras que sólo gradualmente fueron cobrando sentido:

—¿A dónde vais, cabezas huecas, criaturas de los llanos oscurecidos? Tenéis sapos en la cabeza sí no comprendéis mis profecías donde crecen los pilares verdes. Crecimiento es simetría, simetría hacia arriba y abajo, y lo que llamamos decadencia es en verdad la segunda etapa del crecimiento. Un mismo proceso, cabezas de chorlos, el proceso de la involución, que os hunde en el verdor original... ¡Estoy perdido en los laberintos, Gren! Gren, como un topo estoy excavando túneles en una tierra de inteligencia... Gren, las pesadillas... Gren, te estoy llamando desde las entrañas del pez. ¿Puedes oírme? Soy yo... tu antiguo aliado, el hongo morilla.

—¿El hongo morilla?

Desconcertado, Gren cayó de hinojos delante del trapacarráceo, y observó inexpresivamente la corona leprosa y pardusca que ahora adornaba la cabeza del pez. Mientras Gren miraba, los ojos se abrieron, velados al principio, y luego se clavaron en él.

—¡Gren! Estuve a punto de morir... Ah, el dolor de la conciencia... Escucha, hombre, soy yo, tu morilla, quien te habla. Ahora he dominado al sodal, y estoy sirviéndome de él, como antes me serví de ti. Hay tanta riqueza en esta mente... y al unirlos a mis propios conocimientos... ah, veo con claridad no sólo este pequeño mundo sino toda la galaxia verde, el universo siempre verde...

Frenético, Gren se levantó de un salto.

—Morilla, ¿te has vuelto loca? ¿No ves la situación en que estamos, todos a punto de morir a manos de los pieles ásperas no bien se recobren y decidan atacar? ¿Qué podemos hacer? ¡Si de verdad estás aquí, y en tu sano juicio, ayúdanos!

—No me he vuelto loca, a menos que ser la única criatura sensata en este mundo de cabezas huecas signifique estar loco... Está bien, Gren, la ayuda llegará pronto, ¡te lo aseguro! ¡Mira el cielo!

Desde hacía largo rato una claridad misteriosa inundaba el paisaje. En la distante e ininterrumpida masa de la selva, se alzaba la columna verde, junto a otra un poco más lejos. Parecía que comunicaran este resplandor a la atmósfera y Gren vio sin asombro unas franjas nubosas de un matiz viridiscente que surcaban el espacio. De

una de esas nubes descendía un travesero. Bajando con lentitud, parecía venir hacia el promontorio en que se encontraban Gren y su grupo.

—¿Viene hacia aquí, morilla? —preguntó Gren.

Aunque lamentaba la resurrección de la criatura tiránica que hasta poco antes le había sorbido la sangre y la vida, comprendió que ahora, al depender exclusivamente del sodal sin piernas, la morilla podía ayudarlo al fin sin hacerle daño.

—Baja en esta dirección —respondió la morilla—. Echaos aquí, tú, Yattmur y el niño, para que no os aplaste al aterrizar. Es posible que venga a copular, a aparearse con el travesero moribundo. Ni bien se pose, tenemos que subirnos encima. Tú tendrás que acarrearne, Gren, ¿entiendes? Luego te iré indicando otras cosas.

Mientras la morilla hablaba por la boca burbujeante del sodal, el viento encrespó las hierbas. En lo alto, el gran cuerpo velludo se expandió hasta casi ocultar el cielo, y luego se posó suavemente al borde del acantilado, encaramándose sobre el travesero moribundo. Las grandes patas descendieron, afirmándose como puntales en los musgos que cubrían la roca. Arañó el suelo buscando un apoyo y ya no se movió.

Gren y Yattmur, seguidos por las mujeres tatuadas, se acercaron y observaron la altura del travesero. Gren soltó la cola del sodal, que había llevado hasta allí a la rastra.

—¡No podremos trepar tan alto! —dijo—. Estás completamente loca, morilla, si lo crees posible. ¡Es demasiado grande!

—¡Trepas, hombre, trepas! —gritó la morilla.

Gren continuaba indeciso, cuando aparecieron Lily-yo y los de la banda. Se habían escondido detrás del risco, y querían partir cuanto antes.

—Como dice tu criatura-pezu, sólo así podremos salvarnos —dijo Lily-yo—. ¡Trepas, Gren! Ven y nosotros te cuidaremos.

—No puedes tenerle miedo a un travesero, Gren —dijo Haris.

Gren no se movió; las palabras de los otros no lo alentaban. No soportaba la idea de ir aferrado a algo que volaba por el espacio; recordó el viaje a lomo del avevege que se había estrellado en la Tierra de Nadie, recordó las largas travesías en la barca y en la cápsula de la zancuda, y que la situación había empeorado luego de cada desembarco. Sólo en el viaje que acababa de concluir, el que había emprendido ya libre del hongo, el punto de destino le había parecido mejor que el punto de partida.

Mientras titubeaba, la morilla volvió a gritar con la voz del sodal, instigando a los otros a que subieran por las patas fibrosas, incluso con la ayuda del grupo de Lily-yo. Pronto todos estuvieron encaramados en la cima del lomo, mirando hacia abajo y llamando. Sólo Yattmur seguía junto a Gren.

—Justo ahora, que nos libramos de los guatapanzas y de la morilla, ¿por qué hemos de depender de esta criatura monstruosa? —murmuró.

—Tenemos que ir, Gren. Nos llevará a las selvas calientes, lejos de los pieles

ásperas, donde viviríamos en paz con Laren. Tú sabes que no podemos quedarnos.

Gren la miró, miró al niño de ojos grandes en los brazos de Yattmur. Ella había soportado tantos sinsabores, desde que la Boca Negra cantara aquella canción irresistible.

—Iremos si tú lo deseas, Yattmur. Deja que lleve al niño. —Miró hacia arriba, y con los ojos relampagueantes de cólera, le habló a la morilla: —Y acaba de gritar como una estúpida... ¡ya voy!

Gritó demasiado tarde: la morilla ya había callado. Cuando Gren y Yattmur llegaron por fin jadeando a lo alto de la montaña viviente, descubrieron que la morilla ya estaba atareada, dando instrucciones a Lily-yo y sus acompañantes para la ejecución de una nueva empresa.

El sodal le echó a Gren una de sus miradas porcinas y dijo: —Como tú sabes tan bien como cualquiera, me ha llegado la hora de dividirme, de propagarme. Así que voy a dominar a este travesero, además del sodal.

—Ten cuidado, no vaya a ser que él te domine a ti —dijo Gren débilmente. De pronto cayó sentado sobre el lomo, cuando el travesero se movió. Pero la gran criatura, en el umbral de la fertilización, tenía tan poca sensibilidad que no interrumpió su ciega tarea mientras Lily-yo y los otros, trabajando afanosamente con los cuchillos, le abrían la epidermis.

Cuando al fin apareció un cráter, levantaron a Sodal Ye y lo colgaron de cabeza sobre él; el trapacarráceo se debatió débilmente, pero la morilla lo tenía demasiado dominado. La horrible masa esponjosa de la morilla empezó a deslizarse y la mitad cayó dentro del orificio; en seguida —siempre de acuerdo con las instrucciones —los otros lo cubrieron con una especie de tapón de carne. Gren estaba maravillado de cómo se habían dado prisa en cumplir las órdenes de la morilla; él parecía ser ahora inmune a las órdenes.

Yattmur se sentó y amamantó a su hijo. Cuando Gren se instaló junto a ella, le señaló con el dedo la cara oscura de la montaña. Desde aquel mirador elevado podían ver en las sombras los grupos de los pieles ásperas que se alejaban cariacontecidos a ocultarse en un lugar seguro, en espera de los acontecimientos. Aquí y allá chispeaban las antorchas, punteando la oscuridad como capullos en un bosque melancólico.

—No nos atacarán —dijo Yattmur—. Tal vez podríamos bajar y encontrar el camino secreto a la Bahía de la Bonanza.

El paisaje se inclinó.

—Ya es demasiado tarde —dijo Gren—. ¡Agárrate con fuerza! Estamos volando. ¿Tienes bien sujeto a Laren?

El travesero se había elevado. Abajo centelleaba el acantilado de la costa, y caían desde él, desplazándose rápidamente por encima de la piedra. La Bahía de la Bonanza

se volvía hacia ellos, ensanchándose a medida que giraba y se acercaba.

Se deslizaron por una larga sombra, y de allí pasaron a la luz —la sombra del travesero empastada en el mar estriado —y de nuevo a la sombra y luego otra vez a la luz a medida que se elevaban, ya con mayor firmeza, hacia el penacho del sol.

Laren gritó de miedo y volvió a mamar, cerrando los ojos, como si el espectáculo fuese demasiado terrible para él.

—¡Reuníos todos alrededor de mí! —gritó la morilla—, para que os hable por la boca de este pez. Escuchad todos lo que he de deciros.

Aferrándose a los pelos fibrosos, se instalaron alrededor del hongo; sólo Gren y Yattmur se resistían a obedecer.

—Ahora tengo dos cuerpos —declaró la morilla—. Me he hecho cargo de este travesero y estoy gobernando su sistema nervioso. Irá sólo donde yo quiera. No temáis, nada malo ocurrirá por el momento.

Más temible que el vuelo es el conocimiento que he extraído de este trapacarráceo, Sodal Ye. Tenéis que saberlo, porque ha alterado todos mis planes.

Estos sodales son habitantes de los mares. El crecimiento vegetal ha aislado a las criaturas inteligentes, pero no a los sodales, que en la libertad de los océanos han podido mantenerse en contacto unos con otros. Aún pueden recorrer todo el planeta. De modo que no han perdido; han ganado en sabiduría.

Han descubierto que el mundo está a punto de acabar. No inmediatamente, no hasta que pasen muchas generaciones; pero sin duda acabará, y estas verdes columnas de peligro que se elevan desde la selva hacia el cielo son la señal de que el fin ya ha comenzado.

En las regiones de verdadero calor, regiones desconocidas para todos nosotros, donde viven las matas incandescentes y otras plantas que utilizan el fuego, hace ya tiempo que hay columnas verdes. En la mente del sodal descubro que él las conoce. Veo desde un mar humeante los incendios en las costas.

La morilla enmudeció. Gren adivinó que estaba sondeando más profundamente la inteligencia del sodal. Se estremeció, admirando de algún modo aquel apasionado interés por las cosas del mundo, y sintiendo al mismo tiempo que la naturaleza de la morilla le parecía repugnante.

Allá abajo, flotando lentamente, se deslizaban las Tierras del Crepúsculo Perpetuo. Cuando los labios pesados volvieron a moverse para transmitir con la voz del sodal los pensamientos de la morilla, las tierras eran mucho más brillantes.

—Estos sodales no siempre comprenden todo lo que conocen. Ah, la belleza del plan cuando uno alcanza a comprenderlo... Humanos, la mecha encendida de una fuerza llamada involución... ¿Cómo podré decirlo para que vuestros diminutos cerebros lo comprendan?

Hace muchísimo tiempo los hombres, vuestros remotos antepasados,

descubrieron que la vida nacía y se desarrollaba, por así decir, de una partícula de fertilidad: de una ameba que sirvió de puerta de entrada a la vida, como el ojo de una aguja; del otro lado estaban los aminoácidos y el mundo de la naturaleza inorgánica. Y descubrieron, además, que ese complejo mundo inorgánico procedía de una sola partícula, un átomo primario.

Los hombres llegaron a conocer y comprender estos extraordinarios procesos de crecimiento. Pero los sodales descubrieron además que el proceso de crecimiento incluye lo que los hombres llamaban decadencia: que la naturaleza no sólo tiene que construir para destruir, también tiene que destruir para construir.

Esta criatura en la que habito ahora, sabe que el mundo está destruyéndose. Y es lo que ha estado tratando de predicar obscuramente entre vosotros, las razas inferiores.

Al principio, todas las formas de vida de este sistema solar estaban confundidas entre sí, y al perecer se transformaban en otras nuevas. Llegaron a la Tierra desde el espacio como motas, como chispas, en los días de la era cámbrica. Luego esas formas evolucionaron en animales, vegetales, reptiles, insectos... todas las variedades y especies que inundaron el mundo, muchas de ellas hoy extinguidas.

¿Por qué se extinguieron? Porque las corrientes galácticas que determinan la vida de un sol destruyen ahora ese sol. Estas mismas corrientes determinan la vida animada. Al acabar con la existencia de la tierra, también acaban con la vida. Así pues, la naturaleza involuciona. ¡Otra vez las formas empiezan a confundirse! Nunca dejaron de ser un todo interdependiente, viviendo siempre unas a expensas de las otras; pero ahora se funden una vez más. Los guatapanzas ¿eran vegetales o humanos? Los pieles ásperas ¿son humanos o animales? Y las criaturas del mundo de invernáculo, estos traveseros, los saucesinos de la Tierra de Nadie, las zancudas que se reproducen como las plantas y emigran como los pájaros... ¿cómo incluirlos en la antigua clasificación?

Hasta yo me pregunto qué soy.

La morilla calló de pronto. Los oyentes, inquietos, intercambiaron miradas furtivas, hasta que un coletazo del sodal les advirtió que les hablaba otra vez.

—Todos los que estamos aquí hemos quedado por accidente fuera del curso de la involución. Vivimos en un mundo en el que cada generación es cada vez menos definida. La vida toda tiende hacia la inconsciencia, hacia lo infinitesimal: hacia la partícula embrionaria. De este modo se cumplirán los procesos del universo. Las mareas galácticas llevarán las esporas de la vida a otro sistema, del mismo modo que una vez las trajeron aquí. Ya habéis visto que el proceso está en marcha, en las verdes columnas de luz que extraen vida de las selvas. El calor aumenta sin pausa, y el proceso de involución se acelera.

Mientras la morilla hablaba, la otra mitad, la que gobernaba al travesero, lo había

obligado a descender todavía más. Ahora flotaban por encima de una selva espesa, por encima del baniano que cubría todo aquel continente bañado por el sol. El calor los envolvió como un manto.

Había allí otros traveseros; moles enormes que se desplazaban ágilmente por las redes hacia arriba y abajo. Casi sin una sacudida, el travesero de la morilla se posó sobre las copas de la selva.

Gren se puso en pie rápidamente y ayudó a Yattmur a levantarse.

—Eres la más sabia de las criaturas, morilla —dijo—. No siento remordimientos al dejarte, porque veo que ahora ya puedes cuidar de ti misma. A fin de cuentas, eres el primer hongo que ha resuelto el enigma del universo. Yattmur y yo hablaremos de ti cuando estemos a salvo en los niveles medios de la selva. ¿Vienes con nosotros, Lily-yo, o ahora te dedicas a viajar, cabalgando vegetales?

Lily-yo, Haris y los otros también estaban de pie, enfrentando a Gren en aquella actitud que era a la vez hostil y defensiva y que él había conocido hacía mucho tiempo.

—¿No irás a abandonar a este cerebro espléndido, a este protector, a esta morilla que es tu amiga? —le preguntó Lily-yo.

Gren asintió.

—Bienvenidos a ella... o ella a vosotros. A vosotros os tocará decidir, como lo he hecho yo mismo, si es un poder bueno o malo. Yo me llevo a Yattmur, a Laren y a las dos mujeres araberas a la selva a que pertenezco.

Chasqueó los dedos, y las mujeres tatuadas se levantaron dócilmente.

—Gren, eres tan testarudo como antes —dijo Haris con un dejo de cólera—. Vuelve con nosotros al Mundo Verdadero, es un sitio mejor que la selva. Acabas de oír lo que ha dicho la morilla-peza, que la selva está condenada.

Gren descubrió complacido que ahora disponía de argumentos que en otra época no conocía.

—Si lo que la morilla dice es verdad, Haris, vuestro mundo Verdadero también está condenado, tanto como éste.

La voz de la morilla volvió a sonar, esta vez vibrante e irritada.

—Así es, hombre, pero aún no has escuchado mi plan. En los pensamientos oscuros de este travesero he descubierto una obscura conciencia de mundos muy distantes, muy distantes y con otros soles. Puedo guiar al travesero hacia esos mundos. Yo y Lily-yo y los otros viviremos seguros dentro de él, comiendo de su carne, hasta que lleguemos a esos mundos nuevos. Basta con seguir las columnas verdes y desplazarse por las corrientes galácticas del espacio, y ellas nos llevarán a un buen sitio. Tienes que venir con nosotros, Gren.

—Estoy cansado de acarrear y ser acarreado. ¡Id y buena suerte! ¡Poblad de gente y de hongos todo un nuevo mundo!

—Sabes bien que esta Tierra morirá por el fuego, ¡hombre insensato!

—Eso dices tú, oh morilla sabia. También dijiste que eso no ocurriría hasta dentro de muchas generaciones. Laren y el hijo de Laren y el hijo del hijo de Laren vivirán en el verdor, antes que cocinarse en la tripa de un vegetal que viaja con rumbo desconocido. Vamos, Yattmur. ¡Arre, mujeres! Vosotras también os quedaréis.

Se dispusieron a partir. Indicando a las dos mujeres que se adelantaran, Yattmur entregó el niño a Gren, que lo acomodó en el hombro. Haris avanzó un paso empuñando el cuchillo.

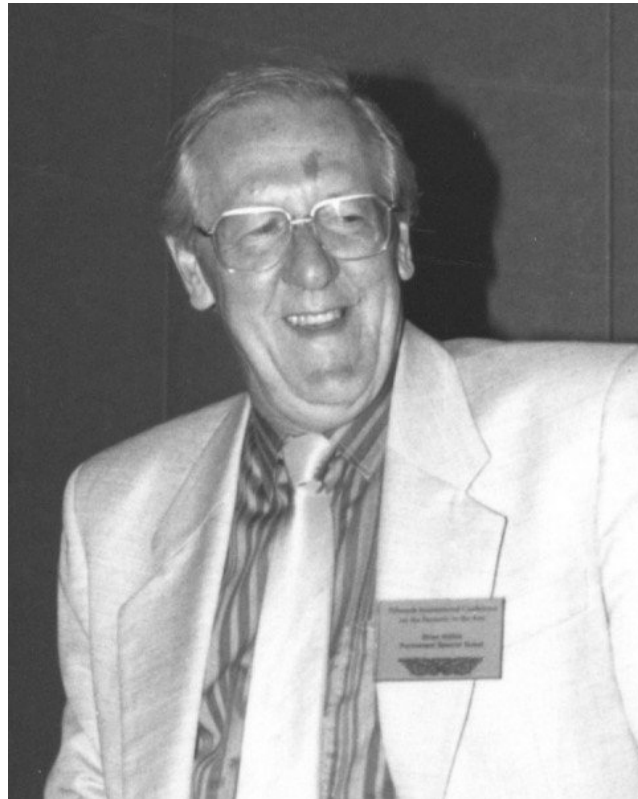
—Siempre fuiste difícil de manejar —dijo—. No sabes lo que haces.

—Eso puede ser verdad; pero al menos sé lo que vosotros estáis haciendo.

Sin hacer caso al cuchillo del hombre, descendió lentamente por el flanco velludo. Bajaron hasta que pudieron aferrarse a una rama delgada, y ayudaron a descender a las sumisas araberas. Gren miró, maravillado y feliz, la espesura verde.

—Vamos —dijo alentando a los otros—. Este será nuestro hogar, aquí donde el peligro fue mi cuna, ¡y lo que hemos aprendido nos ayudará a defendernos! Dame la mano, Yattmur.

Tomados de la mano descendieron hasta una enramada. No volvieron la cabeza para mirar atrás cuando el travesero se elevó y lentamente se alejó de la selva subiendo por el cielo moteado de verde, hacia los azules solemnes del espacio.



BRIAN W. ALDISS, Nació en Norfolk (Inglaterra) en 1925. Tras combatir en la segunda guerra mundial y viajar por toda Asia, trabajó como librero en Oxford. En 1954 ganó su primer premio literario, concedido por The Observer . Dirigió la revista de ciencia ficción Sf Horizons , que fundó junto con Harry Harrison en 1966, asimismo, fue director literario de The Oxford Mail y corresponsal de The Guardian . En 1978 se hizo cargo del área de ciencia ficción de Penguin Books y pasó a presidir la British Science Fiction Association.

Escritor, crítico y destacado antólogo, es autor de, entre otras obras, Frankenstein desencadenado , El tapiz de Malacia , Invernáculo, El momento del eclipse , Informe sobre probabilidad A , la trilogía de Heliconia / Primavera , Heliconia / Verano, y Heliconia / Invierno , así como de algunos poemas y un libro de viajes. Entre los múltiples premios que ha recibido, cabe destacar el Nebula (1956), el de la British Science Fiction Association (1971, 1973, 1982 y 1985) y el Hugo (1962, por Invernáculo). Se le considera uno de los mayores exponentes de la corriente literaria de la New Wave, y ha sido revalorizado últimamente gracias a la adaptación cinematográfica de su obra por parte de Spielberg con Inteligencia artificial.

Aldiss es un escritor preocupado por la condición humana, de modo que su obra roza lo biográfico, repleta de sensaciones e imágenes evocadoras de la juventud y plagada de inquietudes respecto a la percepción de la realidad y a la ambigüedad de nuestro mundo, que aún lo terrible y lo fascinante, lo bello y lo repulsivo.

Tras su participación en la Segunda Guerra Mundial (como tantos otros

británicos), volvió a la vida civil en 1948.

Aldiss es uno de los principales representantes de la llamada Nueva Ola de la ciencia ficción británica.

Novelas

La nave estelar (1958) Non-Stop

Invernáculo (1962) Hothouse

Cuando la Tierra esté muerta (1963) Starwarm

Barbagrís (1964) Greybeard

Los oscuros años luz (1964) The Dark Light Years

Criptozóico (1967) An Age o Cryptozoic

Informe Sobre Probabilidad A (1968) Report on Probability A

A cabeza descalza (1969) Barefoot in the Head

Frankenstein desencadenado (1973) Frankenstein Unbound

The 80 minute Hour (1974)

El tapiz de Malacia (1976) The Malacia Tapestry

La otra isla del Doctor Moreau (1980) Moreau`s Other Island

Heliconia primavera (1982)

Verano de Heliconia (1983)

Heliconia Invierno (1985)

Drácula Desencadenado (1991) Dracula Unbound

Recopilaciones de relatos

Espacio y tiempo (1957) Space, Time and Nathaniel

Galaxias como granos de arena (1960) Galaxies like Grains of Sand

El árbol de la saliva (1966) The Saliva Tree and other strange growths

El momento del eclipse (1971) The Moment of Eclipse

Los superjuguetes duran todo el verano () Supertoys Last All Summer Long

Premios

Hugo de 1962 a la mejor novela por Invernáculo

Nébula de 1965 al mejor relato por El árbol de la saliva

John W. Campbell Memorial de 1982 por Heliconia primavera